MARTÍN

CAPARRÓS

ARGENTINISMOS

SETENTISMO EJÉRCITO DEMOCRACIA SEGURISMO DERECHO SUMANOS FUTURO MODELO CAMPO MILITANCIA PERONISMO TRUCHO ELECCIONES LAGENTE PROGRESISMO RELATO ÉL INEPSIA POLÍTICA KIRCHNERISMO CRISPACIÓN HONESTISMO

Espejo de la Argentina Planeta

ARGENTINISMOS

MARTÍN CAPARRÓS

ARGENTINISMOS

Las palabras de la patria

Espejo de la Argentina Planeta

Caparrós, Martín
Argentinismos.- 1ª ed. – Buenos Aires : Planeta, 2011.
E-Book

ISBN 978-950-04-2669-6

1. Ensayo Argentino. I. Título
CDD A864

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial Planeta

Primera edición en formato digital: julio de 2011 - **Club del eBook**

Conversión a formato digital: Ebook Factory

www.ebookfactory.org

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-2669-6

«No nos importan las críticas, no nos importan los agravios, no nos importan las calumnias, porque ¿quiénes son los que agravian, los que difaman, los que calumnian? Son aquellos que nunca hicieron nada, que cuando les tocó hacer algo no lo hicieron, por incapacidad y por impotencia, hasta diría yo por cobardía. Yo les puedo dar la más absoluta certeza de que los que hemos asumido la responsabilidad de incursionar en la política y hacer una realidad de esos sueños a través de la utopía, así vengan degollando no nos vamos a apartar de la huella, y no nos vamos a fugar del gobierno. A nuestro pueblo le quedan dos opciones este mes de octubre: o votar para atrás y volver a la época de la guitarra y de las falsas promesas, o votar para adelante, que es esta realidad, esta Argentina que crece, que se proyecta, que se desarrolla.»

Era una cena placentera, tan normal. Junio de 2008; en pleno conflicto campestre, Margarita y yo comíamos con dos parejas de amigos de siempre —décadas de cariño. Charlábamos, hasta que alguien dijo algo sobre el tema del momento. Entonces T. —llamémoslo T.— me miró y dijo que mejor no habláramos de eso: yo sé lo que pensás, me dijo, yo pienso distinto, nos vamos a pelear. Yo le dije que cómo no íbamos a hablar, que éramos amigos, que siempre habíamos hablado; él insistió que mejor no; yo le dije que si dos amigos no podían intercambiar opiniones políticas todo estaba perdido. Tenía sentido —parecía que tenía sentido— y T. terminó por aceptarlo. Así que nos pusimos a debatir el asunto del campo; él apoyaba con ardor al gobierno, yo no. Media hora más tarde estábamos a los gritos, insultos, enojos espantosos. Nos dijimos cosas feas; no volvimos a vernos.

Poco a poco, ese tipo de situación se nos hizo lugar común y pasó a tener un nombre propio: la palabra crispación se hizo frecuente en el idioma de los argentinos. La palabra crispación encierra muchas cosas: la decisión de un gobierno que pensó que enfrentar era una buena táctica de poder, la tozudez de una oposición que suplió la falta de ideas e iniciativas con la crítica a mansalva, la confusión de ciertos discursos y relatos y, sobre todo, situaciones como aquélla: peleas entre parientes, entre amigos, entre pares, enfrentamientos a los que las opiniones políticas proveyeron una violencia inhabitual, inesperada.

Hemos perdido —si es que alguna vez la tuvimos— la capacidad de debatir. Se agravia, se amenaza, se putea en arameo, pero es muy difícil discutir alguna idea. Gente con la que tantas veces estuve de acuerdo ahora me odia; cuando quiere ser amable me trata sólo de traidor. Gente que respeto ve en este gobierno cualidades que no consigo percibir ni un poquitito. Gente que no respeto en absoluto le critica aspectos que yo también criticaría —y entonces reviso mis críticas. Me gustaría tanto —me aliviaría tanto— poder estar a favor de alguno de ellos, saber dónde está el bien y dónde el mal. La vida es mucho más fácil cuando uno sabe dónde está el bien y dónde el mal. En busca de esa facilidad la gente se hace religiosa, patriota, hincha de fútbol.

Por eso me descubro añorando subir a esos banquitos, perorar con verdades, libertades, grandes palabras de alguna moral. Los envidio —de verdad los envidio—: quién pudiera tener esas certezas más o menos férreas, más o menos ciegas. Es tan bueno tener certezas, saber cómo es el mundo, poder catequizar —y ser coherente con lo que uno dice. Y es tan buen negocio tener certezas: podés venderlas bien en el

mercado de certezas —los medios, la verdulería, los empleos, las prebendas— y siempre hay gente que te quiere por tus certezas, lo firmes, lo bien expresadas, lo valientes que son.

Yo no lo logro, últimamente, y me desespero más porque no quiero situarme en el medio, no quiero pensarme neutral, templado, calmo; al contrario, me gusta embarrarme, embanderarme. Lejos de mí postular que hay dos demonios y que quiero mantenerme equidistante. No quiero, y además en este caso creo que hay uno solo, el mismo tipo de demonio: unidades de negocios y poder que se pelean por un solo queso a gritos de principios. Y que, encima, te miran con odio o con pena si no apoyás sus argumentos, si no te alineás del lado donde, sin duda, anida la verdad justo antes de lanzarse en proceloso vuelo. No es mentira, no es ironía barata: de verdad me gustaría ser uno de ellos. Mi vida, palabra, sería mucho más fácil.

O, en su defecto, desentenderme: decidir que la política es definitivamente una basura para basureros, que a mí qué me importa, que yo igual me las rebusco más o menos bien y que se cuelguen todos del sauce más florido. Pero tampoco puedo: hay algo en mi formación, supongo —y en la formación de miles y miles de argentinos, espero— que me haría sentir alguna especie de canalla si lo hiciera. Así que sigo interesándome, tratando de entender, recibiendo cachetazos varios.

Me siento, en síntesis, colgado del pincel —y sospecho que nos pasa a muchos, estos días. Yo, al menos, suelo descubrirme dolido y perplejo. Dolido por la violencia de esos enfrentamientos, por la rapidez con que el insulto reemplaza cualquier argumento. Perplejo, porque no entiendo por qué tanto.

No descarto la necesidad de la violencia como desgraciado instrumento de la historia. Más adelante voy a tratar de discutirlo pero, en síntesis, creo que hay cambios que no se pueden hacer sin enfrentamientos, porque todo cambio social y económico supone que haya sectores que perderán parte de lo que tienen —sus privilegios, su dinero, su capacidad de dictar las leyes y las normas— y no suelen resignarlo sin pelear. Los cambios importantes han requerido siempre cierta dosis de violencia; es una lástima, pero los hombres todavía no hemos inventado otra manera. Lo que no entiendo, en este caso, es tal enfrentamiento por tan poca cosa. Tanta pólvora, tan tristes chimangos.

Sobre esa situación anómala, esa aparente contradicción, quiero pensar en estas páginas. No quiero contar pequeñas historias de curros o engañitos. Quiero tratar de pensar. Por suerte, no siempre me sale. Pero creo que vale la pena intentarlo, equivocarse, intentarlo otra vez.

El formato de este libro es casi simple: voy a explorar las palabras que, estos últimos años, ocuparon buena parte de la escena, para pensar qué dicen esas palabras que se nos fueron haciendo cotidianas con un sentido que no es el que solía. Son palabras que se han vuelto argentinismos: progresismo, modelo, lagente, política, campo, democracia, derecho sumanos, peronismo, relato, militancia, kirchnerismo, futuro, Él, trucho, setentismo —y varias más: quiero tratar de saber qué decimos cuando decimos lo que decimos. Indagar en esos sentidos nuevos —intentar armar con ellos un panorama de la Argentina actual— es la trama que sostiene estas páginas. Donde el peronismo actual —el llamado kirchnerismo— ocupa mucho espacio por las razones obvias: es lo más decisivo que pasó en la Argentina en los últimos años. Si me intereso tanto menos por su oposición más institucional —peronistas varios, radicales, boquipapas— no es porque los sienta más cercanos sino, más bien, porque no creo que valga la pena dedicarles mucho tiempo.

Dudé mucho en escribir este libro, que seguramente no convencerá de nada a nadie. Imagino que los que estén de acuerdo encontrarán argumentos que los reafirmen, el alivio del reconocimiento; los que no, supongo, buscarán los patinazos que puedan servirles para descalificarnos —al libro y a mí. Está claro que ésta es una de esas veces en que la situación política de un país se transforma en algo demasiado personal para demasiadas personas —y yo entre ellas.

Por eso quiero aclarar, antes que nada, desde dónde hablo. No hay nada más incómodo que tener que explicar la propia posición, pero aun así quiero decir que yo fui uno de esos que tuvimos que dejar la Argentina mientras el matrimonio Kirchner hacía buenos negocios, de esos que criticábamos al peronismo de Menem mientras el matrimonio Kirchner y su gobierno peronista hacían buenos negocios, de esos que trabajábamos para recuperar la historia reciente mientras el matrimonio Kirchner prohibía en su capital marchas de las Madres.

Y quiero decir que nunca voté peronista —lo cual significa que no voté al doctor Luder, que no voté al doctor Menem, que no voté al doctor Duhalde, que no voté a los doctores Kirchner—; que nunca tuve un cargo público; que nunca recibí dinero de ningún grupo político. Y —disculpen que lo diga— que he dejado por lo menos una docena de empleos pero nunca escribí nada que no pensara, que no pudiera sostener. Me incomoda decirlo, pero últimamente no se puede dar nada por sentado.

Por eso vale la pena parar y pararse, pensar qué es lo que uno piensa. Sé que estoy perplejo. Pero, además, estoy molesto, inquieto, irritado: me persigue la sensación de que algo está muy mal en la Argentina y que mucha gente muy respetable se resiste a verlo.

No lo ven, y entonces dudo de lo que creo que veo. El kirchnerismo es, para mí, una cura de humildad. Cuando era muy chico e intentaba ser revolucionario y peronista, con perdón, siempre había algún viejo —¿treinta, cuarenta años?— zurdo aguafiestas que venía a decir que el peronismo era la forma en que los patrones argentinos más inteligentes o más temerosos habían desviado y desarmado las reivindicaciones obreras para que no amenazaran al sistema capitalista. Yo, por supuesto, entendía que el pobre tipo no entendía la historia y lo miraba por encima del hombro con desdén y un poco de cabreo. Ahora, muy a menudo, me siento como aquellos viejos, y no siempre me gusta. Y peor: si el peronismo de izquierda era una versión descafeinada, mistificada de los grandes movimientos obreros, el kirchnerismo aparece como una versión mistificada, descafeinada de aquel peronismo: reflejo del reflejo, degradación platónica.

Pero, mientras lo pienso, me perturba la sensación de que hay algo importante que me escapa y me escapa. Este libro es el efecto de esa perplejidad que no se rinde, el resultado de una incomodidad que no me suelta: por qué no consigo apoyar a un gobierno que, aparentemente, hace ciertas cosas que yo apoyaría —y que, incluso, llevo años esperando.

La clave, creo, está en la palabra aparentemente. No recuerdo en la Argentina un gobierno que pusiera más distancia entre el discurso y la práctica. Lo creo, pero a menudo dudo: me pregunto si hay cosas que no consigo ver y que justifican el hecho de que todas esas personas que respeto —y todas esas que no, faltaba más— estén convencidas de que el kirchnerismo es un movimiento que vale la pena apoyar. Entonces vuelvo a dudar —y, ahora, lo hago en público. No soy neutral; nunca lo fui, no quiero serlo. Tengo ideas, sólo que trato de desconfiar de ellas: de ponerlas a prueba. Entre las cuatro o cinco cosas que defiendo, la duda tiene un lugar central: reivindico sin dudar la duda como forma de conocer el mundo. Si algo del «setentismo» realmente ha vuelto en estos años, es el imperio de la afirmación tajante. No sólo entre los supuestos setentistas; también entre sus adversarios más o menos liberales. Yo, insisto, reivindico la duda: por eso este libro es, en última instancia, un panfleto dudoso, una búsqueda porfiada de las preguntas pertinentes.

1
Democracia

sust. fem. sing., argentinismo: régimen político basado en la entrega del supuesto poder ciudadano a un pequeño grupo de especialistas altamente desprestigiados, llamados políticos. Se sostiene en un mito que pretende que el pueblo gobierna porque una vez cada tanto vota por esos políticos, transformados en candidatos de quienes nadie espera que cumplan lo que prometen.

En la Argentina, la democracia tal como la practicamos —la democracia realmente existente— se instauró en 1983. La historia oficial querría convencernos de que fue el resultado de una tremenda presión popular en su favor —las «luchas por la recuperación de la democracia»— y solemos creerlo. Los mitos tienen la capacidad de imponerse a las evidencias: todos sabemos que los militares de la dictadura tuvieron que retirarse porque se equivocaron en sus decisiones económicas y militares: de no haber sido por sus tablitas y su guerra de Malvinas, quién sabe cuántos años habrían durado en el poder. Su retirada, de todos modos, parecía razonable: sus matanzas habían garantizado que el poder de sus patrones no se vería amenazado y que ya no eran necesarias sus armas para sostenerlo: que un régimen más tolerante podría funcionar sin peligros para los más ricos. Porque, a través de esas matanzas, los militares habían acabado con buena parte de los que podrían cuestionar ese poder —militantes y, sobre todo, militantes sindicales—, y habían creado un clima de miedo que no se disiparía rápidamente. Es probable que, aun así, habrían preferido quedarse un tiempo más. Pero los ricos argentinos fueron enormemente ingratos con sus mejores servidores y —a diferencia de los chilenos, por ejemplo— una vez hecho el trabajo sucio los dejaron caer.

Esa mezcla de errores, deber cumplido e ingratitud abrió las puertas al «retorno de la democracia» —y ese retorno también es semimítico. En todo caso, nunca estuvo muy claro desde dónde volvió, dónde había estado. Entre 1930 y 1983, la Argentina tuvo muy poca democracia: en esos 53 años hubo sólo dos elecciones según las reglas, y las dos tuvieron lugar en gobiernos peronistas que intentaban reelegirse, noviembre de 1951 y septiembre de 1973 —y las dos llegaron al mismo resultado: las ganó el general Perón con el 62% de los votos. Las demás, contadas, elecciones fueron un festival de fraudes y/o exclusiones. El resto fueron golpes y gobiernos militares.

Y sin embargo, la instauración democrática de 1983 sigue llamándose «retorno de la democracia». En esa descripción está la base de la idea: la democracia no es una elección, no es una de las opciones posibles; es la condición de base, la esencia de nuestra forma de gobierno, que existe más allá de que exista: cuando no está en acto es porque alguna excepción la ha suspendido, pero sigue vigente, latente. Hasta que vuelve.

Cuando llegó la democracia, muchos argentinos esperaban grandes cosas de ella. Fueron esas elecciones que un candidato alfonsinista pudo ganar repitiendo que «con la democracia se come, se educa, se cura». Era conmovedor. La democracia equivalía a justicia social, a vida digna: la política era, entonces, el instrumento para acceder a esas delicias.

Y después, poco a poco, empezamos a ver que la democracia no producía nada de eso. En realidad, estos veintiocho años de democracia son la historia de cómo fuimos aprendiendo que esa frase no era cierta. Y más aún: que su política económica se parecía demasiado a la que habían llevado adelante los dictadores y que, por lo tanto, sus efectos sociales eran semejantes pero cada vez peores. Los militares habían empezado un trabajo; los políticos democráticos lo continuaron sin mayores cambios. Tenían mucho que hacer: transformar un país donde el Estado y una muy relativa equidad social garantizaban alimentación, salud, educación, vivienda, empleo, en una selva donde los pobres se morían de pobreza. En 1975 había 26 millones de argentinos, y un millón de ellos eran pobres, el 4%. En 1997 éramos 37 millones y 9 millones de pobres, el 26%. En 2010 somos 40 millones y hay 12 millones de pobres, el 30%. Para que ese proceso fuera tolerado por la población había que acabar con lo único que podría oponerse: la actividad política.

Los militares habían sentado las bases del trabajo; los políticos de la democracia lo completaron. El golpe fue, durante décadas, la forma de reafirmación del poder de los ricos argentinos cuando se veían amenazados. En los ochenta y, sobre todo, en los noventa, comprobaron que la tarea de los militares de los setenta había sido tan eficaz que ya no precisaban esos sobresaltos: la democracia de delegación les daba la posibilidad de gobernar y hacer todos los negocios que querían sin que ninguna oposición amenazara sus posiciones.

De dónde, una definición: d*emocracia* es un argentinismo que significa algunas cosas y, sobre todo, no significa tantas otras. Como bien dice Perogrullo —y muchos se resisten a creerle— d*emocracia* no quiere decir igualdad social, no quiere decir repartición de la riqueza,

no quiere decir justicia para todos, no quiere decir comida para todos, no quiere decir salud para todos —o no necesariamente. Hay algunas sociedades democráticas donde hay algo de eso, y hay cantidad de sociedades muy democráticas donde no, porque democracia no significa eso: la democracia es una forma de gobierno, que se puede usar para estructuras socioeconómicas diversas.

La democracia, en principio, sólo garantiza ciertas libertades básicas: la libertad de expresión, la libertad de circulación, la libertad de delegar el poder de los ciudadanos a unos representantes nombrados en elecciones. Eso no la hace ni mejor ni peor: es lo que es. Como quien quisiera criticar al pinche guacamole de Chihuahua porque no sirve para pintar las paredes de los escuelas rurales misioneras. Digo: la democracia es una forma de organización de la participación ciudadana en el poder, una forma de contrato político que regula el funcionamiento de un gobierno y los derechos del Estado y de sus súbditos. No es una decisión sobre la justicia o injusticia de que algunos tengan todo y otros nada, que unos coman y otros no, que unos vivan y otros menos. Pero la confusión insiste: se habla de la democracia como si la democracia fuera todo eso —o al menos una buena parte. Y la pobre no es. Sobre todo: no es un fin —porque define muy poquito—; puede ser —si lo es— un medio para obtener otras cosas. Aquellas que no es, sin ir más lejos.

Así, la democracia se fue convirtiendo en una rutina desesperanzada: un mecanismo para decidir lo mismo que decidían los dictadores pero sin represión. «Mi estupidez avanza» —escribí, confesional, en abril de 2003. «Tardé años y años en entender que tenían razón los muchachos del norte cuando decían que le debíamos la democracia al modelo neoliberal. Y eso que la operación fue bastante sencilla.

»Los militares primero, sus continuadores liberales después, se cargaron el Estado argentino: destruyeron su capacidad de regular la vida política y social, entregaron su poder de decisión a los deudores externos y los ricos nacionales, regalaron sus empresas y recursos. Achicar el Estado es agrandar el país, decían, convencían. Así que consiguieron un país que debió llegar a ser enorme y un Estado que pasó a valer —casi— nada, en términos de poder real.

»Por eso pudieron entregar el miniestado a personajes poco confiables, por un lado, y a los —muy relativos— azares del voto, por otro. Hasta los años setenta, cuando el Estado era la llave del poder en la Argentina, los ricos lo defendieron con uñas y dientes: golpes, matanzas, proscripciones. Después pasó a importarles mucho menos. Achicar el Estado quizá no fuera agrandar el país, pero sí consolidar la democracia: total, no importa quién gobierne ese aparato devaluado.

El verdadero poder no está por esos lados.

»La democracia es un lujo que pueden darse porque el gobierno gobierna muy poquito. En la peor de sus hipótesis, si una fuerza hostil se apoderara del Estado sería muy poco lo que podría hacer con él. La democracia latinoamericana es un producto del neoliberalismo: el desdén por un aparato de Estado que el programa liberal dejó liliputiense. La verdadera política —las decisiones verdaderas— están en otra parte.»

Que es una forma de preguntarse cómo se inventa una democracia que sirva para ejercer algún control —decidir algo— sobre los poderes mundiales relamente existentes. Cómo se adapta —si es que puede adaptarse— un mecanismo que corresponde —y mal— a un período en que los estados nacionales tenían cierto poder de decisión. Ahora, mundo globalizado, empresas mayormente extranjeras, flujo de capitales, bancos internacionales, los estados pobres deciden muy poquito. La democracia tal como la conocemos está cada vez más lejos de poder manejar esas variables; los ciudadanos, que ni siquiera manejan esta democracia, ya ni siquiera pueden hacerse la ilusión de que manejan las decisiones que, a su vez, manejan sus vidas.

A la democracia, además, le falta una de las grandes ventajas de las dictaduras: que permiten el consuelo de extrañar la democracia, la esperanza de que en democracia todo va a ser mejor. En democracia, en cambio, uno de los argumentos principales para defenderla es el miedo a esa dictadura. Es, sobre todo, el recuerdo del horror el que ha hecho de la democracia un tótem indiscutible: nuestra religión cívica. Es difícil vivir sin certezas absolutas, sin un valor incuestionable, sin alguna convicción definitiva —dicen que en algo hay que creer. El problema de las certezas absolutas es precisamente ése: que son certezas, que son absolutas, o sea: que obturan la posibilidad de pensarlas, la posibilidad de revisarlas. Y en general lo que nos impide pensarlas, revisarlas es el miedo.

Es triste pensar desde el miedo —pero es lo más frecuente: el miedo siempre ha sido uno de los grandes motores de la reflexión. No hay nada más humano que el miedo: si algo nos distingue de otros animales es esta asombrosa capacidad de prever y, por lo tanto, de temer. El miedo a la muerte, el miedo al sinsentido, el miedo a la inmensidad tan oscura y ajena han producido algunas de las mayores construcciones de la cultura humana: las religiones, tanta filosofía. El miedo, está claro, nunca ha sido zonzo —así que tira brutas piedras y esconde sus manos. El problema es cuando se ve la hilacha en sus tejidos.

—Ya le dije, qué bueno que tenemos democracia.

—¿Ah, sí, por qué?

—Y, porque tenemos democracia.

—¿O sea?

—¿Cómo, todavía no entendió? Porque no tenemos dictadura.

Para eso sirve también recordar los horrores: para recordarnos que debemos pensar la democracia en función de la dictadura, que no debemos compararla con ella misma sino con el espanto que la precedió. O sea: para convencernos de seguir pensando desde el miedo de ese horror y, por lo tanto, mantener que cualquier cosa va a ser mejor que aquello.

Así se construye el culto de la democracia, único dios. Ese miedo es uno de los efectos más fuertes, más eficaces de la represión militar de hace treinta años: instalar en la famosa Memoria (véase «Setentismo», pág. 79) la idea de que cualquier tentativa distinta es peligrosa, la idea de que no hay otra opción que el capitalismo con delegación política o, dicho de otro modo: esta democracia de delegación. Para eso sirvieron, también, aquellos crímenes: para convencernos de que preguntar, cuestionar, dudar es peligroso —y que mejor conformarse con lo que hay. Es la función primera, fundante, del Factor Dictadura —pero, por supuesto, no la única.

—Pero usted vio lo que fueron los otros sistemas. Un desastre. ¿Qué quiere, que seamos como Rusia? Ya sabe: puede que la democracia no sea buena, pero todos los demás son peores.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Usted conoce todos los demás?

—Claro, cómo no los voy a conocer.

—Nadie puede conocer lo que no existe.

Ésa es la otra parte del truco: convencernos de que hay que comparar con lo que conocemos. Lo que hizo que la humanidad cambiara un poco a través de los últimos diez mil años fueron esos nabos que compararon con lo desconocido: con la imaginación, con los deseos. Si no fuera por esa actitud estaríamos muy cómodos rumiando pterodáctilo a la piedra en el living de la caverna 26. O, con suerte, seríamos súbditos del rey de España y su metrópolis y nos la estaríamos pasando bomba pipa.

Abundan los que citan, supuestamente, a sir Winston Churchill, duque de Marlborough, último gran imperialista británico: dicen que dijo que «la democracia es mala, pero no hay ningún régimen mejor». La trampa sofista es evidente. Lo mismo podría haber dicho Séneca, un suponer, en Roma, año 64: el esclavismo es feo pero no hay nada mejor. O Pascal, París, 1650: la monarquía absoluta tiene sus problemas pero no hay nada mejor. Y habrían tenido razón, probablemente: no había, en cada uno de esos momentos, nada mejor. Lo que los dejó atrás —lo que hizo que los hombres ya no fueran propiedad de otros, o que un solo hombre dejara de tener derecho de vida y muerte sobre todos los demás por la gracia de Dios— fue la

convicción de que esos regímenes eran peores que otros que todavía no se conocían, que sólo podían, entonces, ser imaginados, ser buscados.

En la Argentina, la democracia de delegación produjo el período presidencial más largo de nuestra historia, el de aquel candidato que ganó elecciones prometiendo una revolución productiva y pudo terminar la destrucción del aparato productivo, de la red de transportes, de la educación y la salud públicas, y dedicarse a la venta del patrimonio —agua, petróleo, aviones, teléfonos, energía— acumulados por generaciones de argentinos. Y produjo, como reacción, el desastre de la Alianza. Los progres argentinos —muchos de los que después se entusiasmarían con el kirchnerismo (véase «Progresismo», pág. 241)— habían votado a uno de los animales más contrahechos de esa larga historia de contrafácticos que es la política patria. Sus representantes, ensoberbecidos por un par de pequeños triunfos electorales, impacientes por llegar al gobierno sin tomarse el trabajo de construir una opción y un programa de gobierno, decidieron unirse a un abogado católico conservador en una fórmula electoral que sólo aparecía cohesionada por la promesa de una gestión «honesta» frente a la corrupción menemista: fue un gran momento de eso que algunos llamamos «honestismo» (véase pág. 169).

El gobierno de la Alianza duró dos años, y en ningún momento se entendió qué estaba haciendo. El doctor De la Rúa se había encaramado con la promesa de acabar con el peronismo de los noventa a través de una administración honrada y razonable, y había terminado perdiendo a su segundo Álvarez en una corruptela y convocando al primer neoliberal Cavallo para conducir la economía y, corralito mediante, había regalado a los bancos el dinero de millones. Y para colmo había intentado, en su manotazo de ahogado borrachín, recuperar el control matando a docenas de argentinos. Lo sabemos: tras su fuga tragicómica vinieron los cinco presidentes, la sarta de errores y mentiras, el desastre económico, la sensación —devenida certeza— de que ninguno de los supuestos representantes representaba más a nadie. Y todo era un caos: eran los días en que nadie sabía qué pasaría unos meses más tarde, en que Ezeiza rebosaba de fugitivos que escupían antes de dejar la patria «para siempre», en que la circulación económica parecía a punto de ser reemplazada por el trueque, en que más de la mitad de la población había caído bajo la línea de pobreza.

Llegó entonces el gran sobresalto de la democracia argentina. Por primera vez en casi dos décadas, el miedo a la alternativa dejó de tener sentido: de pronto, en esos días de enero, pareció que nada podía ser mucho peor que lo que había. Veinte años de delegación

habían producido un país al borde del abismo. Con la democracia no se comía, no se curaba, no se educaba. Y el fenómeno era —con sus variantes— continental: en esos días, una encuesta del PNUD —Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo— decía que el 54,7% de los latinoamericanos «apoyaría a un régimen autoritario si resolviera sus problemas económicos». (Aunque aquella encuesta, como todos los discursos públicos democratistas, dividía al mundo posible en democracia y dictadura, sin plantear ninguna otra posibilidad: otra vez la misma trampa. Cuando una encuesta o un debate propone la dicotomía entre dictadura y democracia está tratando de establecer que no hay otras opciones. Que esas dos posibilidades son todo el universo. Y yo creo que las dos son grados de la misma idea: que el poder se delega, que el pueblo no gobierna ni delibera sino a través de quienes lo representan más o menos, por elección o por imposición: que la delegación del poder es la base de todo el mecanismo.)

La encuesta también decía que el apoyo a la democracia era mayor entre las capas «con más educación» —los más ricos, los que pueden permitirse el lujo de elegir un régimen político a partir de sus convicciones y no de su pancita. En cualquier caso, en la Argentina, la crisis se presentó sobre todo como el hartazgo frente a esa forma de la delegación, frente al engaño de sus políticos, frente a la idea de ser representados por representantes que sólo se representaban a sí mismos.

Recuerdo esos días tan extraños en que miles y miles cantaban que se vayan todos —siendo todos, por supuesto, todos los políticos— e imaginaban que estaban imaginando otras formas de vivir en un país. Eran días sorprendentes, intensos, en que muchos nos equivocamos pensando que estábamos a punto de algo nuevo. Yo, en mi error, llegué a armar un libro que se llamaba *Qué País,* donde postulaba que lo más importante de esa agitación era que habíamos recuperado la vieja pregunta por el país que queríamos, por el futuro. Y no de un modo teórico, sosegado, sino por mera necesidad: porque veíamos cómo se hundía el que teníamos, y era indispensable tratar de pensar otro (véase «Futuro», pág. 378).

Fueron los días de miles y miles en la calle, los días de las asambleas, de la inquietud de millones que veían que su país se derrumbaba, y sus vidas con él; los días de la inquietud de unos pocos que habían hecho muy buenos negocios en esos años democráticos, y que empezaron a temer lo que podría pasar si el tótem se caía. Durante unos meses, los poderosos argentinos intentaron todas las formas posibles de recuperación de su lugar: de su poder. Era obvio que tendrían que conceder un poco: el clamor era demasiado fuerte

como para ignorarlo.

Sabemos que las experiencias diferentes de esos días no llegaron muy lejos. Ahora podemos pensar la crisis de 2001 como la versión local de ese formato inaugurado por la caída del Muro, en que una comunidad decide sacudirse un régimen sin tener un proyecto de reemplazo. No es una revolución sino una revuelta: el estallido sin más programa que acabar con un poder y «recuperar» unas libertades supuestamente perdidas, sin más precisiones. Un estallido que después deja en otras manos el manejo del resultado del vacío que acaba de crear —como pasa, estos días, en Túnez, en Egipto, en el resto de África del Norte.

Entonces, el intento asambleario no funcionó por varias razones: primero, supongo, porque nadie sabía bien cómo hacerlo; después, porque los pequeños partidos de la izquierda más conservadora se empeñaron en copar la novedad y reducirla a sus viejos esquemas; y, con el transcurso de los meses, porque los argentinos mostramos una vez más que somos impacientes y levemente frívolos y, al no ver resultados inmediatos, perdimos el interés por el asunto. O, mejor: nos asustamos y empezamos a buscar un papá bueno, uno que no fuera como todos, o sea: a creer que el problema no era el mecanismo de la delegación sino las personas en las que delegábamos. Que toda la culpa, una vez más, era del chancho o, mejor dicho, la piara.

2
Política

sus. fem. sing., argentinismo: conjunto de operaciones por las que un grupo de amorales se llena los bolsillos gracias al uso del poder. Espacio y mecanismo de todas las malicias; denuesto demoledor: «*eso es pura política*».

Te pueden decir hijodeputa, te pueden decir conchudo, decir basurainfame, decir turrodemierda, decir botóndecuarta, pero ningún insulto será más insultante que si te dicen político. En la sociedad argentina contemporánea no hay empleo menos prestigioso: los chorros tienen sus cumbias, los empresarios sus envidias, los profesionales sus saberes, los futbolistas sus fanáticos; los políticos como conjunto tienen, en general, el odio o, en el mejor de los casos, el desprecio.

Por supuesto, los lugares comunes aceptados para un conjunto de gente nunca suponen que los cumplan todos los integrantes del conjunto: yo también tengo un amigo judío, el otro día hablé con un puto y la verdad que parecía un tipo tranqui. Con los políticos pasa lo mismo: son denostados como grupo pero, cada dos años, cada ciudadano debe tratar de creer que alguno de ellos no es tan horrible, que va a ser diferente, que lo puede votar. No es fácil, pero siempre hay recursos y, sobre todo, siempre hay alguna opción inesperada. Desprestigiados como están, los políticos han entendido que uno de sus mejores argumentos para conseguir esa ceguera temporal es sostener que no son políticos sino recién llegados, outsiders —¿hay palabra castellana para outsiders? ¿forasteros? ¿pajueranos? ¿meteretes?— que se interesan por lo público desde otra posición: que no son políticos, dicen, aunque no sepan decirnos qué sí son.

Quizá prefieren no decirlo, cuestión de no escupir para arriba. Porque, en general, los argentinos compartimos la idea de que los políticos son más que nada avivaditos, ambiciosos buenos para nada que, sin opciones decentes, decidieron buscar suerte en ese terreno cenagoso. Creemos, en síntesis, que los políticos lo son porque no pueden ser otra cosa —o, por lo menos, ninguna otra en la que tan escaso talento pueda conseguir tanto poder —tanto dinero— tan rápido. La actividad política no se percibe como una forma de participación, de servicio, de entrega al bien común; se piensa más bien como una carrera basada en triquiñuelas y acomodos y deglución de batracios variados. Una carrera: la elección de una forma de vida

que exige acomodos y acomodaciones, empleados que quieren sobrevivir en partidos que sólo quieren sobrevivir porque no tienen planes ni convicciones ni programas, trepadores. Un campo reservado para los que no se imaginan buenos médicos, ingenieros, poetas, biólogos, programadores, choferes de camión. Los jóvenes argentinos mejor preparados, los más inteligentes, los más activos, no se piensan como políticos: no quieren ser, cuando sean grandes, Duhalde, Fernández, Scioli; eso se lo dejan a los que sólo pueden rebuscárselas de alguna forma oscura. La política sería un ganapán —ganacaviar— que sus practicantes no quieren abandonar porque no podrían hacer nada más rentable; y que, por eso, están dispuestos a cualquier arreglo, a cualquier transa, a cualquier traicioncita para no quedarse sin laburo. Y también, porque temen que, si se quedan sin laburo —sin fueros, sin privilegios, sin apoyos—, pueden terminar en Tribunales. Así, en general, los vemos.

La sensación, por supuesto, parece justificada cuando uno repasa el plantel político actual: señores que han cambiado cuatro veces de partido, como Patricia Bullrich o Ricardo López Murphy o Felipe Solá o Daniel Scioli; señores que han anunciado docenas de catástrofes que nunca llegaron, como Elisa Carrió; señores que traicionan sus pactos todavía calentitos, como Cleto Cobos; señores que usan la plata de papá para comprarse voluntades, como Francisco de Narváez; señores que empiezan a equivocarse justo antes de decir la primera palabra, como Mauricio Macri; señores que todavía están por decir la primera palabra, como Carlos Reutemann, todos ellos famosos por la fiera oquedad de sus cabezas, el tesón con que intentan mostrarla y su fidelidad a nada que no les dé poder. En síntesis, una colección de semianalfabetos funcionales, gente de tan escasas luces que la doctora Fernández hablando de corrido produjo sorpresa y maravilla: como quien se emociona porque un médico puede apuntar su estetoscopio o un guitarrista puntear un par de cuerdas.

La sensación prospera porque no queda claro para qué sirven: nadie los imagina como los encargados de pensar proyectos a mediano y largo plazo y proponérselos a sus conciudadanos a ver si los apoyan. Se los piensa más bien como componedores de corto plazo, tramoyeros de esquina; tanto, que un intelectual de la talla de Tomás Abraham pudo decir, explicando los fracasos de un político, que el hombre «nunca entendió que vale más el abrazo de un puntero que un plan habitacional a largo plazo».

Y la sensación aumenta más aún porque los políticos argentinos empezaron por no hacer lo que decían, y terminaron por no decir nada —por repetir frases más y más huecas con la sonrisa odol. La política argentina parece funcionar según ese principio: unos dicen

«Acá va la vaca» y los otros, enardecidos, dicen exactamente lo inverso: «Acá va la vaca» —hasta que aparece una inteligencia superior que dice «Dábale arroz a la zorra el abad», a ver quién sabe contestarle. Gajes de la elocuencia. Muestra su calidad el hecho repetido de que nuestros políticos crecen cuando callan y caen cuando hablan: los más exitosos, los más esperados son los que nunca dicen nada que importe. O, en el mejor de los casos, hablan con las palabras que las encuestas les sugieren.

La mayoría de los políticos no habla a partir de lo que piensa —¿piensa?—, de lo que considera correcto —¿correcto?—, de lo que va en el sentido de su idea del mundo —¿idea del mundo?—. Un político, en general, no es un señor que tiene ideas —compartidas con muchos que lo eligen porque, si acaso, es el que mejor podría expresarlas—; no es un señor que sirve para ofrecerle a la sociedad la posibilidad de discutir esas ideas, pensarlas y repensarlas, revisar convicciones e imaginar caminos, a partir de ciertos principios. No; ahora, la decisión del político consiste en elegir, entre las diversas opiniones que circulan, cuál le parece más útil para acercarse a los poderes. El único principio, en este caso, sería el fin: hacen encuestas, dicen lo que la gente (véase «Segurismo», pág. 125) quiere oír.

Sin principios, los políticos tienen que «auscultar» los deseos de su clientela y para eso contratan a unos señores que miran a esa clientela desde sus prejuicios y les consiguen resultados previsibles, resultado de dos o tres preguntas que confirmen esos prejuicios. Sin principios, los políticos no tienen más que seguir lo que alguien les sugiere: encuestas, asesores, periodistas, primos. Un líder puede ser aquel que plantea los nuevos debates e intenta que una sociedad reflexione sobre sí misma y busque modos de funcionar mejor. O puede ser aquel que trata de saber qué quieren escuchar para decirlo copia conforme. Estamos en plena democracia encuestadora, y el líder eco es la forma habitual de la política: el facilismo de la demagogia reemplazando la valentía de proponer las cuestiones. Lo que le permite a un candidato a presidente como el pequeño Alfonsín decir —hace unos días, abril de 2011— que no va a negociar con el PRO porque «si hiciéramos una alianza con Macri, la gente no nos votaría» y conseguir que su explicación parezca natural: que sea natural que no hable de diferencias políticas o ideológicas, de proyectos distintos, de principios; que pueda decir que se trata exclusivamente de contentar al público consumidor para sumar algunos votos. La democracia encuestadora es pura adaptación de vendedor astuto, que sabe plegarse, en cada caso, a lo que supuestamente se le pide; no un espacio donde pensar, entre muchos, cómo podría ser la vida, y trabajar en esa dirección. Es como si se esforzaran por hacer literal el chascarrillo de Borges cuando decía que la democracia es un abuso de

la estadística.

Porque la política es así, la política está como está. Por eso no le interesa a casi nadie. Nuestros políticos lo consiguieron y lo consiguen todavía —y eso les sirve para que la política siga pareciendo un asco o una tontería y nadie les dispute el territorio: para seguir siendo, mediocres como son, los que gobiernan la Argentina.

Pero sin duda el elemento que más contribuyó a convertirlos en los parias de nuestra sociedad fue la convicción generalizada de que son todos corruptos, corruptísimos (véase «Honestismo», pág. 169): ladrones.

Aunque tampoco los ayudó comprobar la cantidad de ellos que son hermanos tíos o yerniprimos entre sí. En la Argentina contemporánea, donde ningún vínculo crea vínculos serios, lo único que asegura cierta fidelidad es la familia. Es, por fin, la consagración de la sangre.

La sangre y la familia siempre han tenido un papel importante en la política argentina, y nadie lo entendió mejor que aquel general gritón que primero no quiso poner como candidata a su segunda mujer y después puso a su tercera porque quería tener a raya a sus tan variados seguidores. El experimento terminó —es fama— en hecatombe: el gran momento de la sangre en la política argentina. En los setenta, los militares que refundaron la patria a base de sangre —ajena— no imaginaron que iban a reformular también un dato básico de su política politiquera.

En esos años oscuros, cuando la política estaba disuelta, el pequeño grupo de personas que recordaba y buscaba a los que habían desaparecido no tenía más justificación posible que los vínculos de sangre: si las Madres no hubieran sido madres, si hubieran sido compañeros o amigos de los secuestrados, se las habrían cargado en media hora. Pero eran madres —ni siquiera padres— y los militares patriotas no se atrevieron a matarlas; desde entonces, cada vez que hubo muertes en la escena social y política argentina, nadie pareció más autorizado a reclamar por ellas que sus madres y padres y hermanos: la sangre de los vínculos. El modelo se generalizó. Tanto que, hace unos años, cambió de signo: el ex ingeniero Blumberg, cuyo única legitimidad fue, también, un hijo muerto, lo usó para pedir más y más represión. Digo: ese vínculo de sangre, que había aparecido como lo único que permitía resistir la prepotencia del poder —la represión extrema— se convirtió en una forma de pedir la prepotencia del poder: la represión extrema.

Pero lo que mejor se impuso no fue la sangre como forma de legitimación; fue la sangre como única prueba de confiabilidad.

—José Carlos, yo quisiera pertenecer a su partido político y

colaborar con su accionar.

—Pero Luis Ernesto, mi estimado, ¿le parece?

—Sí, José Carlos, me parece.

—No sé qué decirle, Luis Ernesto. ¿Usted sabe cuál es nuestra propuesta para arreglar el sistema de salud?

—No exactamente, José Carlos, sólo de algún modo.

—El problema es que nos conocemos poco, Luis Ernesto.

—Bueno, no sé si usted sabe que yo soy el hijo de la hermana del tío de su suegra Dorita, José Carlos.

—¡Pero entonces somos primos, Luis Ernesto! ¿Quiere ser concejal? ¿Subsecretario?

Cuando existe la política —cuando los partidos políticos son conglomerados de personas que comparten una visión del mundo y ciertas ideas de cómo y hacia dónde debería dirigirse— los vínculos familiares no tienen importancia: creer que el gobierno debe ser criollo y no español o que no tiene que haber millones sin salud ni educación ni comida suficiente son ideas lo bastante fuertes como para relegar otras consideraciones, como para garantizar cierta unidad y cierta confianza —aun entre imparientes.

En cambio, cuando la política no existe —cuando los partidos políticos son conglomerados de personas que creen cosas variadas y variables y están dispuestas a variarlas todo lo necesario para garantizar su permanencia en el poder— cualquier vínculo es débil, sospechoso, porque siempre está a punto de ser traicionado si aparece otro más ventajoso. Es entonces cuando la sangre —la familia, los vínculos supuestamente indisolubles— ocupa el lugar privilegiado. Por algo los agrupamientos de la mafia italoamericana se llamaban famiglie.

Digo: cuando había un fin común era fácil constituir un grupo o partido que lo buscara; ahora, cuando el poder es un fin en sí mismo, sin más fines, nada crea esos vínculos que sólo la sangre sostiene. En este amasijo de traiciones que es la política argentina lo único que garantiza cierta fidelidad son los lazos de sangre. Aquí, ahora, el mapa de la política es un gran árbol genealógico: senadoras consortes, ministras hermanas, primos y primas e hijos e hijas y suegros y nueras de todo tipo en todo tipo de puestos y puestitos. Sólo en el Senado, el cuerpo legislativo más importante de la república, por lo menos 18 de los 72 senadores —un cuarto de los senadores de la Nación— son cónyuges, hijos, hermanos o cuñados de caudillos provinciales: los hay por Formosa, Catamarca, Chubut, Jujuy, Buenos Aires, San Juan, Santiago, La Rioja, Neuquén, Córdoba, Tucumán, Entre Ríos, Misiones, San Luis, Salta, y siguen firmas.

En la espera permanente de la traición, los grupos politiqueros se refugian en la familia, y es patético. Por eso en el peronismo, la

quintaesencia del partido político sin política, la sangre define; por eso, entre otras cosas, ahora tenemos una presidenta. Fue —más allá de sus méritos personales— la consagración de la política de la sangre, el punto más bajo de la confianza en la política.

Los argentinos no dudamos —no podríamos dudar— de la inepsia (véase pág. 217) de nuestros políticos. Pero hay que reconocer que han tenido, pese a todo, una habilidad que se les reconoce poco: apropiarse de una palabra y malversarla o, dicho de otra manera, persuadirnos de que p*olítica* es aquello que hacen ellos, los políticos. Y que, por lo tanto, la política es lo más repugnante. Fue un logro hercúleo, inesperado.

La historia empezó en 1983, cuando la democracia (véase pág. 17) era deseada por tantos millones de argentinos. Desde entonces, a los gestores de la democracia se les dio por serruchar con denuedo la rama de la que se colgaban: nos vendieron que la política es esa porquería de pasillos oscuros y componendas oscurísimas, valijas y pactos, arreglos y traiciones, y que el poder se usa para conservar el poder, y se ganaron el repudio más masivo. Entonces, por supuesto, muchas personas prefirieron apartarse todo lo posible.

Por eso, en estos años, los que hacían política tenían que decir que no la hacían. Por eso, en estos años, en ciertas marchas, las banderas políticas eran —¿son?— rechazadas por lagente y los gobernantes todavía pueden descalificar a quienes se movilizan en pos de una reivindicación tal y cual con el famoso argumento de que «son políticos» o, peor, «están infiltrados por la política»: cuando se dice que ahí hay política, lo que se está diciendo es que hay gato encerrado, propósitos ocultos; que esos tipos dicen que quieren una cosa pero en realidad quieren otra: que hacen política. Tanto así que incluso cuando se dirimen cuestiones fuertes —como, hace un par de años, el reparto de la renta del campo— no hay partidos políticos que representen a los distintos sectores en conflicto, y la pelea se hace confusa y embarrada. En cualquier caso nos convencieron bien: la política es caca, nene, no la toques, dejásela a ellos, no te ensucies.

No creo que lo hayan hecho a propósito: no me parece que sean tan astutos. El invento, en cualquier caso, les sirvió a muchos: a ellos, por supuesto, para mantener la exclusividad sobre una actividad en la que muy pocos querrían sacarles los lugares. Y, más en general, a los ricos argentinos para descalificar la única herramienta que conocemos para mejorar nuestras vidas: la actividad política. No esos cotilleos de escritorio y negocios de restorán caro sino la discusión, la participación, la organización de miles y miles de personas en busca de ciertos cambios decisivos: la política.

No creo que lo hayan hecho a propósito. Pero si el invento fue

casual, la insistencia de ciertos sectores y ciertos medios en mantenerlo vivo no lo es: les conviene que muchos piensen el lugar común, que la política es una mierda, que no queremos ensuciarnos, que sólo queremos vivir en paz, ocuparnos de nuestras vidas, nuestras familias, nuestros trabajos y nuestros negocios: que se ensucien ellos, que gobiernen ellos. Así fue cómo los políticos argentinos consiguieron convertir a la política en el gran desaparecido de la democracia.

Nada podría resultarles más útil, finalmente.

La tensión entre el descrédito de la política y la supervivencia de la política se mantuvo en equilibrio inestable durante casi 15 años —si aceptamos que ese descrédito empezó a instalarse con fuerza aquel fin de Semana Santa de 1987 en que el doctor Alfonsín nos explicó que la casa estaba en orden.

Durante esos años la desaparición de la política se fue perfeccionando. Hace unos días releí un artículo que escribí a fines de los noventa, cuando me topé con unos dichos de la señora María Eva Duarte de Perón. «La señora decía que "no comprendía que habiendo pobres, hubiese ricos, y que el afán de éstos por la riqueza fuese la causa de la pobreza de tanta gente. Nunca pude pensar desde entonces en esa injusticia sin indignarme". La frase, convengamos, es un poco primaria, pero fue como un golpe: es raro cuando te sorprende algo que podría ser obvio. (…) No podía dejar de pensar en esa obscenidad básica y, sobre todo, en cómo logramos olvidarla. Es cierto que miles de técnicos en economía, periodismo, política, tendido de redes cloacales y encuestas varias trabajan para eso. Pero igual es sorprendente que hayamos conseguido dejar de lado la cuestión, que podamos hablar de tantas otras cosas y no de la central: ¿no es básicamente intolerable que haya ricos muy ricos y, en consecuencia, pobres muy pobres? ¿No es terriblemente obsceno que haya tantos hombres y mujeres y chicos que no comen suficiente porque algunos se gastan un mes de comida para cuatro en una camisa que usarán un par de veces? ¿Que yo pueda manducarme en una cena de cien mangos lo que tantos ganan en dos semanas de trabajo, si los ganan? ¿Por qué no nos resulta insoportable? ¿Cómo hemos conseguido convencernos de que ésa es la lógica del mundo?

»—Pero mi estimado, yo lo hacía más…

»Ya sé, debería disculparme: a esta altura se supone que uno debería pensar cosas más inteligentes. Ahí está la primera trampa: minucias como ésta pasan por tosquedades, por consignas trasnochadas. Resulta más presentable rizar el rizo del rizoma, el porcentaje de la raíz cuadrada, liarse en vericuetos. Además, los que prefieren que olvidemos ese dato controlan la política y los medios, los focos de producción del discurso. Así fue como nos convencieron

de que no existe causalidad: que los pobres no son pobres porque los ricos son ricos. Y también, que existe una “riqueza legítima”: que es correcto que un patrón le pague a sus empleados dos con veinte mientras se llena de guita gracias al trabajo que les compra. Me parece que allí actúa, como tantas otras veces, la falta de perspectiva histórica: seguramente vendrán tiempos en que esta idea parezca inverosímil, sorprendente.

»Así que en las últimas décadas consiguieron desterrar la indignación casi obvia de la señora de Perón del imaginario social: no deja de ser un gran logro. Y funciona, mientras uno no se choca con una frase o se para a pensarlo unos minutos. Entonces empieza a aparecer la simplicidad de las ideas más simples: la cantidad de riqueza básica —de comida, de combustible, de tierras— que hay en el mundo es limitada, y todo depende de cómo se reparta. Se podrían citar cifras y más cifras: que el quinto más rico de la población tiene el 86% de la riqueza del mundo y el quinto más pobre sólo el 1%, que los doscientos —200— tipos más ricos del mundo tienen la misma riqueza que los seiscientos millones —600.000.000— más pobres, que la mitad de los hombres y mujeres del mundo viven con menos de dos dólares por día, que por cada chico menor de cuatro años que se muere en los países ricos se mueren cinco en los países pobres, que la esperanza de vida de un americano o un canadiense es de ochenta años y la de un ugandés o un nigeriano de cuarenta, que en la Argentina una de cada tres personas no come suficiente, por ejemplo. Las cifras podrían multiplicarse y son impresionantes, pero más impresionante es que hayamos aprendido a convivir con todo eso, que no estemos en un estado de indignación permamente ante la obscenidad básica —como sí lo estamos, por ejemplo, ante los curros y curritos, los errores y excesos del modelo. Y que pensemos que ese estado de cosas es una especie de fatalidad y no el producto de decisiones políticas que se podrían cambiar con otras decisiones políticas.»

Aquí, durante esos 15 años, la política parecía ser otra cosa, algo que no tenía nada que ver con esas decisiones, y el equilibrio se mantenía inestable hasta que, a fines de 2001, estalló en mil pedazos. Lo sabemos: en ese momento, el odio general a los políticos —y el susto por la crisis económica y el secuestro de la módica riqueza de la clase media— tuvo una primera consecuencia: la vuelta de la política a las calles, a las cabezas de los argentinos. Aunque incluso entonces, cuando ya no pudimos seguir disimulando, cuando quedó tan claro que nos habían mentido, que los reyes magos ni siquiera eran los padres, se hizo complicado reaccionar. Tanto que, al principio, hasta la cacerola salió a la calle a hacer política gritando que aborrecía la

política: negando lo que hacía.

Esa vuelta de la política tomaba la forma paradojal del rechazo más extremo de la política tal como solíamos entenderla: que se vayan todos suponía —quizá demasiado tácitamente— que tendríamos que hacernos cargo de ese espacio de donde los echábamos: que tendríamos que hacer mucha política.

Solemos pensar que lo central de la crisis de 2001 fue ese cuestionamiento de la delegación; por lo menos tan decisiva fue la vuelta de la desigualdad y la pobreza al debate común. En esos días, la situación social que había sido laboriosamente invisibilizada por el peronismo del doctor Menem nos saltó a los ojos. En esos días de presencias en las calles, los caceroleos fueron casi una anécdota; el cambio decisivo de 2001 fue la irrupción de otros caminantes: los cartoneros —que devolvieron la pobreza a la conciencia de los otros argentinos, que impidieron que siguiéramos haciéndonos los osos.

Ahora el lugar común pretende que «ha vuelto la política»: lo dicen, lo repiten. La discusión, es cierto, ha vuelto, aunque la lastra la convicción de que no puede producir cambios significativos, que lo que está en juego son retoques —que, a veces, se presentan como mucho más, hasta que pasa el tiempo suficiente como para notar que no lo eran. Si —casi— todos los partidos y actores políticos están de acuerdo en mantener este sistema económico y social, es lógico que la política no termine de despertar interés en muchos millones. Y que, al mismo tiempo, los que no consiguen funcionar dentro de ese sistema no tengan representación en esos partidos. Por eso, cuando sí se discute algo, lo que aparece es la confrontación directa, la pelea en la calle, más allá de partidos políticos que no representan a los sectores en pugna: tomas de tierras, piquetes, ocupaciones sindicales.

Y, mientras tanto, los políticos —los supuestos protagonistas de esa política que volvió— siguen, en general, sin producir respeto: la mayoría de la población sigue creyendo que son unos chorros inútiles tramposos; sigue, en síntesis, suscribiendo la definición de política —y sobre todo de los políticos— que la democracia argentina produjo. Es curiosa la idea de que hay política cuando no se respeta a los políticos: sería una actividad sin sujeto, o algo distinto de lo que hacen sus sujetos supuestos.

Pero es cierto que han vuelto ciertas formas de la política, porque los políticos tuvieron que relevar los dos desafíos de 2001: recuperar la confianza en la delegación, enfrentar la pobreza demasiado visible. Así, la historia de estos diez años fue, en última instancia, la historia de los laboriosos esfuerzos de los dirigentes políticos y los ricos argentinos por recuperar la confianza en el sistema que solemos llamar democracia y sus efectos sociales y económicos. El peronismo

del doctor Néstor Carlos Kirchner fue, aparentemente, el mejor situado para entenderlo e intentar hacerse cargo. Cómo lo hizo es otra historia o, mejor dicho: la base de su historia.

3
Peronismo

sust. mas. sing., argentinismo, arcaísmo: la particularidad argentina. Anfibología: vocablo de significado múltiple, indefinible. **2.** El nombre del poder.

El peronismo es como el durian. En Kuala Lumpur, en Kuching, en Putrajaya, en cualquier lugar de la Malasia, el chiste para el extranjero recién llegado es siempre el mismo: su anfitrión le ofrece una comida y le va repitiendo, mientras pasan los platos, que como postre le quiere ofrecer la fruta nacional de los malayos, su identidad hecha fibra. La expectativa crece; al final llega el durian: un bicho levemente ovoide, verde, tamaño ananá grande. El anfitrión, ceremonioso, lo abre, corta un trozo de su carne lechosa y se lo da al invitado, que lo prueba anticipando otra delicia tropical. Pero el sabor es repugnante: una especie de perro muerto, podridito, con un lejano fondo de perfume de telo; el invitado, sin embargo, dice qué delicia, qué frutón, qué interesante: teme ofender la sensibilidad de los locales, el orgullo nacional, esas minucias. Hasta que, al cabo de un rato de verlo tragar como quien traga mierda y se sonríe, el anfitrión y sus amigos sueltan la carcajada, le dicen que no necesita simular más, que ellos saben que ningún extranjero puede soportar el durian porque no lo entienden, no se dan cuenta de lo bueno que es. Después, a veces, le explican que eso es lo que más les gusta: tener una fruta que sólo ellos disfrutan, que sólo ellos comprenden.

Los argentinos también tenemos, para ofrecer al forastero, un fruto que ninguno termina de entender —pero somos levemente más vuelteros. Un famoso peronista escribió, hace muchos años, que el «peronismo es el hecho maldito del país» —y le agregó burgués, porque entonces quedaba mejor. Si viviera, además de ser montonero, el peronista John William Cooke podría seguir sintetizando, refinando su frase: «el peronismo es el hecho del país», podría decir. El hecho antonomásico, tajante, decisivo del país, podría decir. Porque es una denominación de origen que lleva sesenta y cinco años denominando y dominando la escena de la patria. Tanto, que consiguió producir uno de los mitos más potentes entre los numerosos mitos que conforman nuestro discurso político: que «sólo el peronismo puede gobernar la Argentina».

Sólo el peronismo: es una de esas frases que se repiten como si

fueran una verdad revelada, algo que no admite discusión, algo que sólo los estúpidos ignoran —una de tantas certezas nacionales. Un axioma no necesita, en general, explicaciones, y si alguien las pide se pone fuera del lugar común —en ese espacio incómodo adonde no llega el techito del saber compartido—, pero siempre hay uno que se apiada de él o quiere demostrarle su superioridad, y se lo dice: es que los peronistas saben manejar el poder, no como los demás, que son unos niños de pecho y tienen demasiados pruritos y les falta crueldad y piensan demasiado. Y, enseguida, le ofrece como respaldo fáctico la imagen famosa del helicóptero de De la Rúa fugándose de la Rosada:

—Un peronista nunca habría hecho algo así.

Dice el pedagogo, olvidando a un general peronista que se escapó a una cañonera: de olvidos están hechas las historias, y el axioma resplandece. La explicación sobreentiende que la fuerza principal del peronismo en esta etapa está en la debilidad de los demás.

Pero el axioma crea, a su vez, esa debilidad, en la medida en que convence a millones de su realidad. El axioma le sirve, por supuesto, al peronismo: es la forma más fácil, más inmediata de descalificar a la mayoría de sus oponentes. El axioma supone varias cosas. Supone, para empezar, que existe algo que llamamos gobernar la Argentina y que siempre consiste en más o menos lo mismo, en el uso de ciertos resortes del poder económico y político; supone, entonces, que esos resortes no pueden —no precisan— cambiar. Y supone, también, que existe un set de habilidades necesario para ejercer ese poder: para eso habría que ser —pretende el lugar común— ambicioso, despiadado, ligeramente amoral: entender que para el ejercicio del poder no hay nada más importante que el ejercicio del poder. También supone —o, mejor, enuncia el hecho de— que la implantación territorial y sindical de los peronistas —su supuesta influencia en los pobres y los trabajadores— les permite interferir con éxito cuando son otros los que tratan de ejercer ese poder: que si no están ellos, nadie más puede estar.

En ese axioma, el peronismo cobra toda su dimensión de Unión para el Poder o, como se bautizó últimamente uno de sus sectores, Frente para la Victoria. En ese nombre está contenida toda la mutación del peronismo en las tres últimas décadas: Frente para la Victoria. No parece necesario enunciar con qué objetivos se busca esa victoria: como si nadie dudara de que la victoria es, en sí, objetivo suficiente. Por ese axioma, dicen algunos, se explica la supervivencia del peronismo: un movimiento que puede adoptar cualquier política, que nada define si no es su capacidad para concentrar y ejercer el poder: que nada define.

Pero el peronismo no subsiste por su propia fuerza sino por la impotencia de los demás. Sobrevive porque ninguna otra fuerza fue

capaz de producir un proyecto atractivo para la mayoría de los argentinos —y sobre todo los más pobres— que lo siguen votando. Y porque sabe funcionar como la empresa madre de un gran diario argentino que, cada vez que alguno de sus competidores está a punto de lanzar un medio nuevo —un diario deportivo, un diario popular, un diario gratuito— que podría erosionar su poder, se apresura a lanzar, antes que el otro, un medio semejante: su poder le sirve para ocupar ese espacio, no dejar lugar para ninguno más, mantener su poder.

El peronismo es un todo caótico que no necesita definirse para subsistir porque no tiene enemigos que lo fuercen a eso —o, incluso, porque sabe producir sus propios enemigos. Y, sin definición, fuerte de su indefinición, ahonda su condición de cuerpo amorfo donde todo cabe —y se propone sobrevivir indefinidamente, con la sola meta de sobrevivir indefinidamente.

Hubo tiempos en que lo definían ciertos rasgos identitarios. El peronismo era la elección de los trabajadores: el primer peronismo, ya tan mitificado, lo demostraba sin lugar a dudas. Sobre aquel peronismo tan cantado, tan mejorado por sus continuadores, tan lejano que ahora hasta sus enemigos lo elogian, hay recalcitrantes que siguen diciendo que era una forma de contener a los pobres dándoles algo para que no pidieran todo. Se basan en datos, argumentaciones, análisis y, entre otras cosas, en que el entonces Perón lo dijo tan clarito en aquel discurso clásico de su campaña para convertirse en el presidente y general Perón, ante los representantes de los ricos argentinos reunidos en la Bolsa de Comercio, agosto de 1944: «El remedio es suprimir las causas de la agitación: la injusticia social. Es necesario dar a los obreros lo que éstos merecen por su trabajo y lo que necesitan para vivir dignamente, a lo que ningún hombre de buenos sentimientos puede oponerse, pasando a ser éste más un problema humano y cristiano que legal. Es necesario saber dar un 30% a tiempo que perder todo a posteriori.

»Éste es el dilema que plantea esta clase de problemas. Suprimidas las causas, se suprimirán en gran parte los efectos; pero las masas pueden aun exigir más allá de lo que en justicia les corresponde, porque la avaricia humana en los grandes y en los chicos no tiene medidas ni límite.

»Para evitar que las masas que han recibido la justicia social necesaria y lógica no vayan en sus pretensiones más allá, el primer remedio es la organización de esas masas para que, formando organismos responsables, organismos lógicos y racionales, bien dirigidos, no vayan tras la injusticia, porque el sentido común de las masas orgánicas termina por imponerse a las pretensiones exageradas

de algunos de sus hombres. Ése sería el seguro, la organización de las masas. Ya el Estado organizaría el reaseguro, que es la autoridad necesaria para que cuando esté en su lugar nadie pueda salirse de él, porque el organismo estatal tiene el instrumento que, si es necesario, por la fuerza ponga las cosas en su quicio y no permita que se salgan de su cauce.

»Ésa es la solución integral que el Estado encara en este momento para la solución del problema social. Se ha dicho, señores, que soy enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que les acabo de decir no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado.»

Les explicó el coronel Juan Domingo Perón a los más ricos argentinos, que no terminaron de entenderlo porque eran, tanto cuanto ricos, idiotas angurrientos. Y, sesenta años después, uno de los peronólogos peronistas más profusos, José Pablo Feinmann, lo defiende con un argumento interesante, educativo: «Un discurso de Perón es un discurso de Perón. Por decirlo sin vueltas: no hay discurso de Perón que no encuentre en algún otro su contracara. Ésta era, por lo demás, la concepción que Perón tenía del "movimiento" peronista. En un movimiento como el peronista en cuanto a ideología tiene que haber de todo, célebremente dijo. No lo dijo una, lo dijo varias veces. Si hay de todo, Perón deberá elegir un discurso para cada uno de esos actores sociales y políticos». Un leguleyo diría que a confesión de partes, relevo de pruebas; yo, si lo dijera, me quedaría con mucho por decir.

Porque cada peronismo siguió cumpliendo con la premisa del coronel Perón pero, entre tanto, esa Argentina donde los asalariados de la industria y los servicios estatales podían ser «la columna vertebral del movimiento», porque eran la fuerza social y económica decisiva, desapareció —en la última parte del siglo veinte. Y apareció, en cambio, un sector más o menos desocupado que vive en el margen permanente, sin conseguir trabajos fijos, sin inserción precisa: con ese cambio, el peronismo perdió su base más representativa y buena parte de su identidad —aunque se fue, faltaba más, haciendo otra: ya hablaremos de la deriva clientelista (véase «Militancia», pág. 343).

(Con ese cambio cambiaron, también, sus oportunistas: los «entristas», militantes de otras opciones políticas que querían meterse en el peronismo para «transformarlo desde adentro» o, simplemente, para aprovechar su caudal popular. En los años sesenta, militantes de izquierda se acercaban al peronismo «porque el pueblo es peronista, y para hacer la revolución hay que estar con el pueblo». Ahora, en cambio, el entrismo peronista es más amplio —¿más democrático?— y

tiene que ver con que el poder es peronista, y entonces para ejercer el poder hay que hacerse peronista. Es el entrismo de boquipapas como Macri o De Narváez, por ejemplo, o ex comunistas como Sabbatella o Filmus, entre tantos otros.)

El peronismo también se definía por sus rasgos culturales, cuando existía una «cultura baja» que se suponía ampliamente peronista y se oponía a la «cultura alta» gorila: el fútbol contra la ópera, si vamos a simplificar. Pero con la disolución de esa cultura alta como identidad de clase, con la plebeyización de los consumos culturales de los sectores más educados o más ricos —con la cumbia en las fiestas de Punta del Este— aquella dicotomía se acabó. Ya nada permite saber, a priori, si Santiago o Cacho o Mabel o Jonathan o María de las Mercedes es peronista o no. Nada le permite saberlo, a priori, al observador externo; nada, tampoco, les permite saberlo a priori a ellos mismos.

Algunos sostienen que, pese a todo, lo que define al peronismo es la idea de justicia social, de la que deviene su nombre oficial —su nombre light—, «justicialismo». Muchos de sus líderes han demostrado que la dicha justicia social les importa un pepinazo. Pero, aun si no fuera así, está claro que la justicia social es plastilina. La idea de justicia —social y no social— varía con los momentos y las circunstancias. ¿Qué quiere decir justicia social? ¿Que los trabajadores se lleven la mitad del PBI y los patrones la otra mitad, cuando los trabajadores son millones y los patrones miles? ¿Que todos los ciudadanos tengan derecho a no morirse de enfermedades tratables? ¿Que no haya explotadores ni explotados? ¿Qué los pobres se jubilen y puedan seguir siendo pobres pero jubilados? ¿Que no haya propiedad privada, porque la propiedad es el robo? ¿Que los ciudadanos tengan derecho a un gobierno fuerte que los proteja de los temibles delincuentes? ¿Que no haya gobierno porque todo gobierno es corrupción? ¿Que les den 220 pesos a los que comen poco? Depende de tiempos y lugares: la justicia es una convención ideológica. Lo que para algunos —tiempos, países, personas— es justo, para otros no. La justicia social es otra agachada peronista: decir algo que no dice nada, que se puede variar a voluntad. Igual que peronismo.

Otros dicen que peronismo es, si es algo, el nombre de esta liga de gobernadores que, en los últimos años, gobierna la Argentina. Hasta 1989 los presidentes democráticos argentinos no habían sido gobernadores: ni Perón ni Frondizi ni Illia ni Cámpora ni Alfonsín lo fueron. Menem, una vez más, lo hizo: fue el primero, y desde entonces todos menos una, esposa de gobernador. El «empoderamiento» de los gobernadores es un producto de la destrucción del Estado que empezó con los militares y culminó con el peronismo menemista, cuando la

Nación perdió el control sobre la salud, la educación, la energía, los transportes. Ahora el poder político nacional depende de las alianzas de esos jefes; se vio tan claro en el caos de 2001, cuando los gobernadores pasaron por encima del Congreso y se reunieron para elegir a aquella sucesión de presidentes interinos —entre ellos mismos: Puerta, Rodríguez Saá, Duhalde.

Así que la Argentina se convirtió en un consorcio de caudillos, un reino de taifas en que los jefes territoriales arman alianzas para conservar y repartirse el poder nacional, y no se puede decir que nos haya ido bien con este mecanismo. A veces creo que si los gobernadores no pudieran elegirse entre ellos, algo cambiaría en la forma de administrar las provincias y, por supuesto, la Nación. Por eso se me ocurre una modesta proposición perfectamente naba: una ley que defina que ningún gobernador puede ser presidente hasta que pase por lo menos diez o quince años en el llano.

O sea: si un ciudadano quiere ser gobernador de su provincia, que lo sea —que lo intente—, pero sólo porque quiere ser gobernador de su provincia: sabiendo que es la culminación de su carrera política. Entonces gobernaría para su provincia, no para su carrera, y su gobierno no sería un ejercicio de acumulación de poder sino una renuncia explícita a todo lo que no sea dirigir su territorio por un lapso preciso, limitado. Nos perderíamos algún administrador con experiencia; nos salvaríamos de una cantidad de jefecitos que gobiernan pensando en acumular poder futuro —y condicionan así la vida de sus gobernados y la política nacional. Quizás algunas cosas cambiarían. Entre ellas, el dizque peronismo.

Yo siempre pensé que si fuera fiel ferviente seguidor de un dios me dedicaría más que nada a negar su existencia. Haría de todo: expondría sus contradicciones para desprestigiarlo, le lanzaría desafíos para menoscabarlo, difundiría novedades de la ciencia para desmentirlo, me pelaría el upite para que nadie creyera que Él existe. Todo por Él, para Él, de puro feligrés. Es que hay autorías que es mejor negar: como si alguien pensara en defender la influencia de Bilardo en la invención del antifútbol, de Tinelli en el estilo de la televisión criolla, del comisario Lugones en la renovación de los modos de interrogar a un reo. De la misma manera, si yo creyera que un dios —mi Dios— es responsable de este mundo de mierda, lo negaría por todos los medios: trataría de evitar que lo hicieran responsable de este desastre que vivimos. El verdadero creyente simula ser ateo —como yo, y eso hace que los ateos seamos siempre sospechosos.

Por eso, si yo fuera fiel ferviente apasionado peronista me dedicaría más que nada a negar su existencia, disimularla,

minimizarla todo lo posible. El peronismo ha gobernado treinta de los últimos cuarenta años, y ya lleva sesenta y cinco como la fuerza política decisiva en la Argentina. El peronismo, si existiera, sería como dios: el responsable de este país-desastre. Es una suerte que no exista.

El peronismo no existe por pura falta de sentido. Si una palabra no significa nada —si no se sabe qué significa, si significa demasiadas cosas, esa palabra no funciona y tiende a desaparecer. Si perro quisiera decir mamífero carniza de ojos tristes, engaño socarrón, adolescente que ese día se quedó sin plata, cuarto planeta del sistema solar de la vigésima de Andrómeda, la hojita que al caer produce en su refrote contra el suelo un chistido que recuerda vagamente al canto gregoriano, el tercer órgano sexual, empleado perserverante, verde botella, rojo pecado, blanco radiante, atropello violento con los codos, choricito y venticuatro más, nadie diría perro porque no está diciendo nada. Hablar es poner en acto un pacto: yo digo uch y vos sabés que uch significa más o menos uch; para que una palabra sirva tiene que significar determinadas cosas, no cualquiera. Peronismo no cumple con este pacto: con éste tampoco.

Una designación política que designa, según lugares y momentos, a un general populista nacionalista macartista o una guerrilla socialista nacional o unos privatizadores liberales proyanquis furibundos o unos caudillos provinciales hambreadores clientelistas o unos conservadores populares sin demasiado pueblo o unos socialdemócratas demócratacristianos redistribuidores que no redistribuyen y tantos tantos otros; que nombra al mismo tiempo a Menem Duhalde Cafiero Scioli Kirchner Kirchner Rodríguez Saá Rodríguez Saá Firmenich Macri Moyano Duarte Reutemann D’Elía Favio Iglesias Duarte Vandor Walsh López Rega designa tanto que no designa nada. Un movimiento o partido que puede ser tantas cosas es tan confuso que no es nada: no existe.

El mecanismo tenía, pese a todo, un poco más de lógica en vida del líder epónimo: cuando respiraba el general Perón, todos esos sectores variados, incluso enfrentados, podían proclamar que los unía su sumisión, su aceptación de los dictados de su jefe. Ahora, que ya no hay tal cosa como un jefe indiscutible —ni siquiera un jefe indiscutido —, sólo aceptan los dictados del que tiene más poder en cada momento; ese momento, inestable como es nuestro país, puede durar meses, semanas, días, hasta que vuelvan a pelearse, a separarse, a insistir en su propia inexistencia.

El ¿peronismo? es un engaño, un arma: les sirve a los autodenominados peronistas para convencernos de que son parte de lo mismo y que, por lo tanto, los demás deberíamos considerarlos como un todo, votarlos como un todo, temerlos como a un todo. El

¿peronismo?, al fin, es el 60: una línea de colectivos que en realidad son muchas. Todas tienen el mismo color, el mismo número, pero una va a Tigre, otra a Escobar, otra a San Isidro, una por Flemming, otra por Maipú, otra por el Acceso, y todas se pintan igual, aunque sean tan distintas. Así lleva a sus clientes, entregados, apiñados, a cualquier lado, el ¿peronismo?

Los autodenominados peronistas saben que no existen pero, por supuesto, tratan de negarlo: la frase «no soy» es un contrasentido lógico. Entonces te dicen que el ¿peronismo? existe y se define porque los autodenominados tienen en común su voluntad de poder, su sapiencia en el logro y uso del poder. El poder político suele usarse para organizar sociedades de tal o cual modo; ellos en cambio organizan sociedades del modo que sea necesario para tener poder. Pero si el ¿peronismo? es eso entonces llamémoslo nietzschismo o ambición o codicia desatada.

También hay autodenominados que conceden que el ¿peronismo?, claro, no es una definición política pero sí un sentimiento. Bostero y peronista: diríamos, dos sentimientos en un solo corazón. Pero ser de Boca es gratis: el fútbol es una gran farsa maravillosa sin influencia sobre la comida de las personas. En cambio siempre pensé que la política no era un sentimiento sino un modo de conseguir que más gente viva mejor —o peor, según quién y cómo se ejerce. Y que es un conjunto de decisiones, de entusiasmos, de procedimientos, de entrega y de inteligencia. Pero decir «un sentimiento» es evitar cualquier discusión política: no tienen que explicar a quién representan, cómo, para qué, a quién tratan de beneficiar o combatir: no, alcanza con hablar de tradiciones y sensaciones y los que no lo entienden son amargos, gorilas o intelectualosos. Es curioso que hayan podido currar tanto tiempo, compañeros autodenominados, con pavada semejante. Y que tantos lo sigan aceptando.

Así que, por ahora, la mayor muestra del poder del ¿peronismo? es que creamos que existe, y que sigamos usando esa palabra. Eso es lo curioso: para los demás, para los que no lucramos con esa palabra, decir peronismo, hablar de peronismo es una debilidad, una concesión. ¿Por qué tenemos que darles el changüí de seguir aceptando que existen, que son uno, cuando todo muestra que no es cierto?

Quizás algo podría cambiar, en la Argentina, si dejáramos de hacerles el favor de llamarlos como ellos dicen que se llaman, si decidiéramos no usar esa palabra que no sirve como palabra porque designa cualquier cosa, que sólo les sirve a ellos para buscar poder —y empezáramos a llamarlos por sus diversos nombres. Algo podría cambiar, insisto, si tratáramos de llamar, alguna vez, a las cosas por su

nombre.

Mientras tanto, el ¿peronismo? sigue aprovechando su inexistencia para existir una y otra vez, para no dejar de existir ni a pelotazos. Porque lo que sí define al ¿peronismo?, más allá de su voluntad de poder —a causa de su voluntad de poder—, es su posibilidad de reinventarse todo el tiempo: si fuera algo definido —si existiera— no podría hacerlo pero, no siendo, puede.

Es curioso que un movimiento tan basado en la historia pueda deshacerse tan fácil de la historia: cada ¿peronismo? ha sobrevivido todos estos años gracias a ese mecanismo que consiste en postular que el ¿peronismo? anterior no era el verdadero ¿peronismo?, que traicionó a su esencia pero que el próximo ¿peronista? volverá a encarnarla, es decir: volverá a las raíces de la Edad de Oro ¿peronista?

Ése fue su primer yeite: la nostalgia de esa Edad de Oro. El ¿peronismo? aprendió rápido a vivir de esos años, porque estuvo, tras ellos, dieciocho años proscripto. «Yo no fui bueno, pero los que vinieron después me hicieron mejor», solía decir, con su cinismo habitual, el general Perón, para definir esa avivada. Pero, a medida que se convirtieron en la principal opción de poder en la Argentina, no pudieron seguir remitiéndose a ese pasado mítico —porque se transformaron en un presente continuo y dramático—, y tuvieron que inventar la idea de la traición permanente: cada ¿peronismo? traiciona sus ideas, y por eso aparece otro que las va a recuperar.

Si algo define al ¿peronismo? es postular que el verdadero ¿peronismo? siempre es otro, o mejor otros dos: el anterior, por supuesto —el de la Edad de Oro en motoneta—, y el próximo —el que estamos forjando—. Ése es el gran truco: el Efecto Ave Félix. Desde los años setenta, por lo menos, el ¿peronismo? lo aplica con gran felicidad. Cada vez que un ¿peronismo? triunfa hace, ya en el poder, cosas muy distintas de las que prometía desde el llano. Entonces aparece, en el llano, un nuevo ¿peronismo? que promete hacer cosas muy distintas y se presenta como el verdadero ¿peronismo? Hasta que llega al poder y empieza a hacer cosas muy distintas de las que prometía desde el llano. Entonces aparece, en el llano, un nuevo ¿peronismo? que promete hacer cosas muy distintas y se presenta como el verdadero ¿peronismo? Hasta que llega al poder y empieza a hacer cosas muy distintas de las que prometía desde el llano. Entonces aparece, en el llano, un nuevo ¿peronismo? que. El resultado es extraordinario: siempre hay un ¿peronismo? dispuesto a reemplazar al anterior, que se maleó. Siempre hay un ¿peronismo? dispuesto a ejercer el poder que el anterior gastó. El cafierismo fue el Ave Félix del ¿peronismo? patotero de Herminio Iglesias, el menemismo fue el AF del ¿peronismo? socialdemócrata de Cafiero, el chachismo intentó

ser el AF del ¿peronismo? neoliberal de Menem, el kirchnerismo sigue siendo el AF del mismo menemismo, que da para mucho, y ahora incluso el macrismo pretende ser el AF de los Kirchner.

Y así han durado, con sus más y sus menos, estos sesenta y cinco años de gloria patria.

El ¿peronismo? volvió por enésima vez al poder en mayo de 2003, cuando uno de sus variados candidatos salió segundo y aprovechó la retirada del primero —que, por supuesto, también era ¿peronista? En aquellas elecciones, tan difuminadas, cinco aspirantes consiguieron más del 10% de los votos; tres de ellos se llamaban «peronistas». Uno, Carlos Menem, representaba la continuidad del modelo neoliberal; otro, Adolfo Rodríguez Saá, era una especie de desarrollista nacionalista; el tercero no terminaba de quedar claro. Si había alguna necesidad, aquellas elecciones terminaron de mostrar la absoluta ambigüedad del ¿peronismo?: su mentada inexistencia como definición política. Que el nuevo presidente, el doctor Néstor Carlos Kirchner, quiso confirmar: en su discurso de asunción, aquel 25 de mayo, entre tantas palabras, la palabra Perón y la palabra Eva y la palabra peronista y la palabra peronismo fueron la gran sorpresa de la tarde: no aparecieron ni una sola vez. Va de nuevo: en el discurso más importante de su carrera política hasta entonces —y desde entonces— el doctor Kirchner no nombró al ¿peronismo? ni una sola vez. Después, algunos sospecharíamos que era una forma más de ser ¿peronista?, una de tantas.

4
Kirchnerismo

sus. mas. sing., argentinismo: peronismo actual. Reducido grupo de políticos de origen peronista que gobernó el país en los últimos ocho años. Su núcleo duro está formado por un difunto, el doctor Néstor Carlos Kirchner, una presidenta, la doctora Cristina Elisabet Fernández viuda de Kirchner, y cinco o seis personas más. **2**. fig.: Movimiento efímero organizado alrededor de los antecitados, integrado por sectores y personajes de pelajes claramente diversos.

Kirchnerismo, orígenes

El kirchnerismo no tiene mucha historia. Ya lo sabemos, pero últimamente no sabemos bien qué es lo que sabemos, así que creo que vale la pena recordarlo: a fines del año 2002, el doctor Néstor Carlos Kirchner no era nadie en la política argentina. Unos pocos, los especialistas, conocían el nombre de ese gobernador repetido de una provincia extrema, ese hombre sin demasiados atributos que, a lo largo de doce años de gobierno, no había hecho nada particularmente notorio. Había participado, sí, con entusiasmo, en la venta de los recursos petroleros del Estado nacional a una empresa extranjera —la española Repsol— y su gobierno había recibido a cambio unos 500 millones de dólares, que mandó rápidamente al extranjero; algunos rumoreaban que habían sido más, pero nunca pudieron probarlo. En general, esas cosas no son muy probables.

El doctor Kirchner era un digno exponente de esos años oscuros y brishosos: un gobernador peronista que definió al doctor Carlos Menem como «el mejor presidente de la Argentina desde Juan Perón» y le agradeció su visita al Calafate, octubre del ’94, plena rifa del Estado, diciéndole, belicoso, los cabeshos al viento, que «acá está el pueblo de Santa Cruz, acompañando el proceso de transformación y cambio que la República Argentina debe llevar adelante. Muchos creían que, porque nosotros levantábamos nuestra voz como corresponde, pidiendo, buscando soluciones, podía haber alguna diferencia con usted en el concepto de cambiar y transformar la Argentina. Por el contrario, discutimos y cambiamos».

El doctor, entonces, se confundía con el resto de los gobernadores chicos menemistas. Si algo lo destacaba en el pelotón eran calidades que él después preferiría no destacar: las obras públicas florecían en manos amigas, la prensa estaba disciplinada sin fisuras para apoyar a su gobierno y, en un sistema donde los caudillos provinciales suelen

tener legislaturas muy adictas, la cámara de diputados de Santa Cruz se llevaba todos los premios. En aquellos días de principio de siglo, el gobernador salteño Romero manejaba el 66% de los diputados de su provincia; los hermanos Saá-Saá, en la república de San Luis, llegaban al 75; el doctor Kirchner, calladito, controlaba 22 diputados de los 24 que conformaban el cuerpo —para un 92% que no tenía parangón. Era un dato, pero no lo mirábamos. No por nada; sólo porque nadie tenía por qué mirar a Santa Cruz.

El doctor Kirchner, en cambio, miraba el resto del país. Y, calladito, empezó a preparar un plan de desembarco: intentaría ser presidente. Para eso empezó, muy desde abajo, a armarse un grupo de soldados. Imaginaba, optimista, que, si todo iba bien, quizá pudiera presentarse con posibilidades en las elecciones 2007: era un error. Fue el primero de una larga lista de errores que terminaron en un éxito perfectamente inesperado.

Porque hubo, en esos días, otro error grosero: la Policía Federal se le fue de las manos a un experto —el doctor Eduardo Duhalde— y mató a dos militantes populares, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. Aquel día el diario *Clarín* produjo su tapa inolvidable: «La crisis se cobró dos nuevas muertes», decía, apelando al sujeto histórico impersonal más laborioso de la historia argentina. La crisis hacía —y haría— de todo. Aquel día el gobernador de Santa Cruz hizo lo mismo que *Clarín*: también prefirió no molestar a su guía y presidente y se calló, una vez más, la boca: la prensa del momento no registra ninguna declaración suya sobre la matanza. El doctor Duhalde, en cambio, supuso que había perdido cualquier legitimidad eventual para quedarse en el gobierno —y llamó a elecciones para el año siguiente. Sus candidatos, lo sabemos, eran otros: Carlos Reutemann, el gran mudo de la política argentina, que se bajó casi enseguida; Manuel De la Sota, ambicioso sin justificación, que nadie pensaba votar. El doctor Kirchner fue, antes que nada, el recurso del doctor Duhalde cuando se quedó sin candidatos. Entonces buscó a ese gobernador lejano, lo levantó en sus brazos, lo puso en la carrera. El doctor Kirchner no estaba preparado para correr; se le presentó la oportunidad y —como hubiera hecho, supongo, la mayoría de los políticos— se lanzó sobre ella.

En esos días escribí que «Kirchner siempre me cayó bien: lo respeto, lo admiro incluso —un poco. Es cierto que no tiene la fuerza que solía impulsar a algunos de sus compañeros —tanto más salvajes — pero igual me atrae. Alguien dijo que su estilo es “notable por su tensión psicológica y su erotismo”, pero yo no estoy tan seguro. Yo creo que Kirchner se basa más en el primer impacto —visual, formal— que en la impresión profunda. Y se podría decir que le interesa más el paisaje general que las particularidades de los hombres.

»También es cierto que no analiza con precisión: su manera es más bien expresionista, pero produce sensaciones que pueden llevarte a entender ciertas cosas. Y produjo obras de lo más interesantes: cumplió con las expectativas. Pero no pudo soportar que las autoridades de su país condenaran su trabajo y se voló la tapa de los sesos. Ernst Kirchner —uno de los mejores pintores expresionistas de Alemania— se suicidó el 15 de junio de 1938 porque no les gustaba a los nazis.

»Néstor Kirchner, en cambio, está tan feliz de gustarle al gobierno de su país y eso —si la Argentina no fuera la Argentina, o si la Argentina fuera la Argentina— podría parecerse al suicidio. Un candidato quiere conseguir los votos de los opositores al gobierno con el apoyo de ese gobierno: es sibilino. Un candidato quiere convencernos de que él es la renovación de la política cuando lleva añares en esa política y es el candidato de sus representantes más tradicionales: alguien sospecharía que nos toma por tarados, y que seguramente tiene razón. Un candidato se apoya en un gobierno que consiguió que por fin hubiera más de veinte millones de pobres en la Argentina: parece raro, pero es sólo la primera impresión. Si se piensa que el peronismo siempre fue el partido de los pobres —y así les va—, es lógico que quieran ampliar su base política: necesitan más. Hay lógicas que no habría que desdeñar, aunque parezcan poco lógicas. En la Argentina los suicidas siempre apuntan sus pistolas hacia cabezas de otros cuellos».

La candidatura del doctor Kirchner no fue la consecuencia de ninguna construcción política: no tenía detrás un programa, un partido, un movimiento que lo apoyara; fue el resultado de esas casualidades que lo pusieron en un lugar inverosímil —que ni él mismo esperaba. Pero la característica principal de esas elecciones era que no había a quién votar: Menem era la continuidad del saqueo, Moreau la continuidad del desastre, López Murphy la continuidad de los radicales, Rodríguez Saá la continuidad del kilombo. El doctor Kirchner se benefició del apoyo del doctor Duhalde —visto entonces como el presidente que había conseguido ordenar un poco las cosas y sacar al país del abismo económico— y se benefició sobre todo de su ambigüedad: nadie sabía quién era, qué sería, qué haría, lo cual en ese momento era lo mejor que le podía pasar a un candidato. Incluso su partido mantenía esa ambigüedad: decir Frente para la Victoria era decir la nada en cuatro tiempos. Difícil encontrar definición más indefinida, más alejada de cualquier programa, más ideológica en su cuidado de no expresar alguna ideología —o, quizá, más peronista: ganar es lo que importa. Su lema de campaña iba en la misma dirección: «Un país normal es posible».

El concepto de norma —de normalidad, de normatividad— ha merecido décadas de trabajos, de reflexiones. No vamos a ponernos foucaultianos de café, pero la idea de que la «norma» siempre es una imposición de algún poder ya está bastante establecida. ¿Quién decide qué es normal y qué no? ¿Quién define la norma? ¿Quién tiene esa potestad normalizadora? La idea de norma —y de normal— supone la existencia de un poder que la define, y de una cantidad de nabos que aceptamos. Y que creamos un consenso: eso que entendemos/soportamos como normal y, por lo tanto, como indiscutible. ¿Qué país es normal? ¿La Argentina era normal a principios de siglo, cuando tan pocos elegían a sus autoridades? ¿O en los treinta, cuando el fraude ponía presidentes? ¿O en los sesenta, cuando cualquier gobierno que se desviara algo de algo era despedido con marchas militares? ¿O en los noventa, cuando unos cuantos se quedaron con todos sus recursos? O quizá sólo son normales otros países, o ninguno: nadie sabe. Pero muchos compran. Así se arman las consignas: algo que nadie sabe pero muchos compran. «Normal» es uno de esos lugares comunes que todos suponen entender —que nadie cuestiona—: en los que cada cual entiende cosas diferentes. O sea: un slogan, una palabra, por demasiado llena, tan vacía.

Esa impresión general se reforzaba con el nombre de su compañero de fórmula, mucho más conocido que él: Daniel Scioli, un invento del doctor Carlos Menem que nunca había renegado de su creador. Pero el Frente para la Victoria consiguió parte del voto peronista y, curiosamente, mucho del voto antimenemista; aun así, el 27 de abril de 2003, no superaron el 22,2% de los votantes; el doctor Menem tuvo, en esas elecciones, un 24,4 —hubo, en la Argentina de la famosa crisis, casi cinco millones de señoras y señores que votaron al doctor Carlos Menem; no al Mahatma Gandhi, no al Eternauta: al doctor Menem. Pero la evidencia de que no conseguiría mucho más llevó al doctor riojano a retirarse y permitir que, con esa base electoral tipo Illia, el doctor sureño se hiciera con la presidencia.

El doctor había ganado con todo tipo de votos ajenos —duhaldistas, antimenemistas, despistados varios— porque no tenía prácticamente votos propios. Yo, en esos días, me preguntaba «¿cómo resultará haberse convertido en candidato porque los otros no podían o no querían, y después ser votado presidente porque el otro es el Monstruo? ¿Será duro ser el Mal Menor? ¿O será que el Sillón borra todas las penas, que llegar les da tanto placer que no les importa cómo fue el viaje? ¿No es un poco increíble que el próximo presidente de los argentinos sea un tipo que no pensaba, ni en sus mejores sueños, intentar serlo antes de 2007? No que no se le hubiera ocurrido serlo ahora: se le ocurrió, quería, pero estaba convencido de que no tenía ninguna chance. Lo sabía, lo decía: su capacidad de previsión —lo más

importante en un político— fue por lo menos corta. Y ahora va a ser presidente. Guau. El país generoso no se arredra».

Con un apoyo tan escaso y la sombra de su jefe sobre su cabeza, los especuladores de esos días dudaban de cómo haría el doctor Kirchner para gobernar; se hablaba, entonces, del «Chirolita de Duhalde», y se hacían apuestas sobre su capacidad para convertirse en un verdadero presidente. Promediaba mayo de 2003, y las primeras informaciones sobre su equipo no ayudaban a encontrar una respuesta. Su jefe de Gabinete sería Alberto Fernández, un ladero de Domingo Cavallo que había formado parte de su lista de legisladores sólo dos años antes, junto con videlistas como Elena Cruz; su ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, el finado Gustavo Béliz, era un menemista del Opus Dei que también compartió fórmula electoral con Cavallo; su ministro del Interior, Aníbal Fernández, era un duhaldista del conurbano lleno de historias turbias; su ministro de Economía, Roberto Lavagna, era el mismo de Duhalde; su ministra de Desarrollo Social era su hermana. Por eso su discurso de asunción fue una sorpresa para muchos.

Aquel discurso, que el doctor Kirchner leyó con una torpeza que lo hacía más simpático, insistía en la necesidad del cambio y la construcción de un futuro: «En los países civilizados con democracias de fuerte intensidad, los adversarios discuten y disienten cooperando. Por eso los convocamos a inventar el futuro», decía.

Para describir ese futuro, el doctor Kirchner habló de mejorar la educación y la salud públicas, de promover la solidaridad, de justicia social, de romper con el clientelismo promoviendo el pleno empleo, de recuperar el valor de la justicia, de profesionalizar a las Fuerzas Armadas, de ampliar el mercado interno, de dinamizar la economía por medio de la obra pública, de cambiar el sistema impositivo para tornarlo progresivo, de pagar la deuda externa sin hambrear a los argentinos, de reintegrar al país en el comercio internacional, de recuperar —en síntesis— ese país donde la movilidad social era el sueño común: «En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente», decía, sin querer engañar a nadie. «No se trata de cerrarse al mundo, no es un problema de nacionalismo ultramontano, sino de inteligencia, observación y compromiso con la Nación. Basta ver cómo los países más desarrollados protegen a sus trabajadores, a sus industrias y a sus productores. Se trata, entonces, de hacer nacer una Argentina con progreso social, donde los hijos puedan aspirar a vivir mejor que sus padres, sobre la base de su esfuerzo, capacidad y trabajo. Para eso es preciso promover políticas activas que permitan el desarrollo y el

crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso. Como se comprenderá el Estado cobra en eso un papel principal, en que la presencia o la ausencia del Estado constituye toda una actitud política. (…) Es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión y creando oportunidades a partir del fortalecimiento de la posibilidad de acceso a la educación, la salud y la vivienda, promoviendo el progreso social basado en el esfuerzo y el trabajo de cada uno».

Más allá de sus detalles, ésa era la idea básica del discurso: reconstruir el Estado argentino (véase más abajo) y reparar el mercado interno para mejorar el funcionamiento del capitalismo criollo. Para hacerlo, el gobierno debía volver a producir confianza en la delegación democrática: «Deben encararse los cambios con decisión y coraje, avanzando sin pausas pero sin depositar la confianza en jugadas mágicas o salvadoras ni en genialidades aisladas. Se trata de cambiar, no de destruir; se trata de sumar cambios, no de dividir. Cambiar importa aprovechar las diversidades sin anularlas. Se necesitará mucho trabajo y esfuerzo plural, diverso y transversal a los alineamientos partidarios. Hay que reconciliar a la política, a las instituciones y al Gobierno con la sociedad».

Y había otros dos párrafos que ahora, ocho años después, cobran un interés particular. Cuando el doctor Kirchner leyó que «atrás quedó el tiempo de los líderes predestinados, los fundamentalistas, los mesiánicos. La Argentina contemporánea se deberá reconocer y refundar en la integración de tipos y grupos orgánicos con capacidad para la convocatoria transversal en el respeto por la diversidad y el cumplimiento de objetivos comunes». Y cuando pronunció, por única vez en una hora de perorata, en medio de sus 5746 palabras, dos que después usaría tanto: «Entre los fundamentales e insustituibles roles del Estado ubicamos los de ejercer el monopolio de la fuerza y combatir cualquier forma de impunidad del delito, para lograr seguridad ciudadana y justicia en una sociedad democrática en la que se respeten los *derechos humanos*». Fue, insisto, la única vez que lo dijo, y lo dijo, como queda claro, para hablar de la represión del delito y la búsqueda de la seguridad.

Desde ese día pasaron ocho años y cantidad de cosas. La Argentina, por suerte, ya no es lo que era entonces. Aunque tampoco sepamos bien qué es ahora. En todo caso, la acción del doctor Kirchner y los suyos ha tenido efectos muy durables.

Kirchnerismo y democracia

El primer efecto del gobierno kirchnerista fue la recuperación de la confianza en la delegación democrática. Es difícil —injusto, peligroso— hacer, en cualquier situación, juicios de intenciones: suponer por qué las personas —y, más aún, las personas públicas— hacen lo que hacen. No hay forma de saberlo, sus razones pueden ser variadas, múltiples, incluso contradictorias; sólo es posible definir con alguna certeza los efectos que producen.

Por eso insisto: el primer gran efecto del kirchnerismo en el poder fue que muchas personas volvieron a creer en la delegación; a creer que otros pueden hacer por nosotros lo que nosotros precisamos, a recuperar la esperanza de que llegue un papá bueno. Fue veloz. «Kirchner consiguió, en un mes, restablecer la confianza en la delegación», escribí entonces, junio de 2003. «El alivio de la delegación. Cuando hablar mal de la política se convirtió en el lugar común de la Nación, lo que decíamos era algo así como que "no se puede delegarles el poder a estos fulanos que lo usan para engañarnos y robar". Entonces, en vez de buscar otros fulanos que nos engañaran con más delicadeza —que decidieran por nosotros—, pareció que queríamos buscar otras formas de participación: de decisión. Pero claro, eso es más complicado: hay que hacerlo, requiere tiempo, esfuerzos, ideas. Y casi nadie —pasado el primer sobresalto— tiene ganas.

»Así que ahora todos muy felices de poder delegar otra vez: de encontrar de nuevo un papá bueno que haga por nosotros lo que nosotros dejamos de hacer —o nunca hicimos. La esperanza K, la tan mentada, tiene mucho que ver con ese alivio: qué bueno, alguien se encarga de lo nuestro. Ahora ya no es nuestra responsabilidad lo que pasa. Hubo tiempos, cuando creíamos que no había políticos, en que un cartonero era algo que nos pasaba a todos. Ahora le pasa de nuevo al gobierno, a papi.

»Y, para papá, el presidente nuevo parece mandado a hacer: por ahora, pese a sus anuncios iniciales, no le preguntó nada a nadie. Decide, hace, no pregunta y hace: no invita a participar, sino a delegarle las decisiones, a confiarle. O sea: otra vez a esperar que las cosas nos vengan de arriba. Ése es, por el momento, el principal efecto K: que ha restablecido el funcionamiento de la delegación, "que lo hagan ellos". Y eso, a mediano plazo, no le va a servir ni a él. Pero supongo que, esta vez, la culpa no es del todo suya. (…) Alguien sospecha que, en general, los argentinos siempre quisieron que las circunstancias les permitieran no meterse en política. Circunstancias variadas: o ser peronistas —según la famosa frase de Gatica—, o una buena dictadura que lo impidiera, o un supuesto gobierno exitoso. Y que sólo se meten cuando les parece que todo está demasiado mal, que no hay más remedio. Ahora —todavía, por un tiempo más— somos

felices y el mañana nos pertenece y qué geniales que éramos, al final, viste que no había que desesperarse, así que ya no importa enterarse demasiado. Para eso sirve, también, la esperanza K: para el alivio de no tener que ocuparse de esas boludeces. Él se ocupa, no es necesario que nos ocupemos. Ya podemos disfrutar de Tinelli.»

Por supuesto, entre sus armas para recuperar la confianza en la delegación estaba su idea de que la delegación no sería tanta: mucha, sí, pero no tanta tanta. En su discurso de asunción, Kirchner hablaba de «utilizar los instrumentos que la Constitución y las leyes contemplan para construir y expresar la voluntad popular». Ahora, ocho años después, sabemos que sus gobiernos nunca convocaron a ninguna consulta popular. Y que, más aun, todas sus decisiones fueron tomadas en un grupo tan pequeño, tan cerrado, tan incapaz de consultarlas, que sólo ese mecanismo explica la cantidad sorprendente de errores cometidos. Pero lo cierto es que rápidamente, en sólo unos meses de gobierno, los argentinos dejaron de pensar en la necesidad de algún tipo de sistema alternativo a esa democracia de delegación —que se había mostrado tan nociva— y aceptaron volver al redil. Por decirlo de un modo preciso: creo que Kirchner salvó a la democracia de delegación en la Argentina.

Y lo hizo con un discurso progre (véase «Progresismo», pág.241). ¿Por qué alguien que había gobernado sin ninguna veleidad progresista durante una docena de años, de repente se lanzó a una oratoria progre? ¿Porque se había pasado esos años disimulando agazapado, esperando su oportunidad? ¿Porque entendió que era la única manera de sintonizar con una sociedad desencantada de la política derechista de sus predecesores, no sólo en la Argentina sino en todo el continente?

El kirchnerismo forma parte de una tendencia hacia la centroizquierda que atravesó América Latina después del gran fracaso neoliberal, favorecido por el fin de la guerra fría y el aumento de los precios de las materias primas que produce la región. Era una oportunidad histórica: después de ese fracaso, las sociedades buscarían su camino en el camino más opuesto y en cada país, esa búsqueda se resolvió —se fue deshilachando— con trucos diferentes. «La curiosidad argentina no reside entonces en el programa posneoliberal, una tendencia general que abarca a casi toda la región, sino en quién lo protagoniza», escribió hace poco José Natanson. «En la mayoría de los países, las fuerzas que asumieron el poder tras el fin de la etapa neoliberal fueron, lógicamente, aquellas que habían liderado la lucha contra las reformas de los noventa: el PT brasileño, el MAS boliviano, el Frente Amplio uruguayo. En Argentina, todo así lo indicaba, debía ser el Frepaso, el gran protagonista de la oposición a Menem, pero la

decisión de Chacho Álvarez de aceptar la continuidad de la política macroeconómica terminó con la formación de la Alianza y el gobierno de De la Rúa, con Cavallo como ministro. Y al final fue el peronismo, el mismo que había concretado el giro neoliberal, el responsable de asumir la conducción de la nueva etapa.» Y que la anomalía argentina no reside en el giro a la izquierda cuando se cayó el modelo neoliberal sino en quien lo llevó adelante; que lo anómalo no es el programa sino el sujeto político: que la anomalía se llama peronismo. O, mutatis mutandis, kirchnerismo.

Que le agregó, poco después, la recuperación del mito setentista (véase «Setentismo», pág. 79): una forma política que incluye un poder muy centralizado —basado en la figura de un líder indiscutido y seguidores muy verticales— contra las vías que se buscaban en 2002 para dejar de lado esa manera del poder. Pero que, al mismo tiempo, le ofrecía al nuevo papá, decidido a mostrarle a los suyos que era cool y canchero y capaz de entenderlos, la oportunidad de recordarles que también había sido joven y rebelde y se había agarrado un pedo alguna vez.

«Sí. Somos felices. Sí, somos felices», escribí en esos días de enero de 2004, tratando de fijar el clima del momento. «Hace sol, la humedad no nos mata, las vacaciones aturullan nuestras playas, el consumo en los supermercados aumenta el 10% con respecto al año en que no consumimos, la Punta del Este rebosa de Porsches argentinos, se vende un tercio más de libros que aquel año, uno de cada cinco hogares argentinos vive de un plan de ayuda del Estado, Kirchner declara que eso no está bien, Kirchner boxea con Bush y gana por knock out, la pelea se suspende y nunca fue, la televisión rezuma programas que hablan o murmuran o gritan los chismes más jugosos, reaparecen los fideos importados, las chicas lindas argentinas son cada vez más lindas, las chicas lindas argentinas son cada vez más argentinas, las revistas ya no saben dónde meter sus ortos, la sociedad se consolida en su formato especial setenta-treinta, Kirchner nos promete un país justo, somos felices muy felices, la esperanza de vida de los argentinos baja por primera vez, la democracia cumple veinte años y se consolida y regocija al soberano, hay ciento cincuenta bodegas boutique nuevas y nuestros vinos triunfan en el mundo, boca gana boca gana boca gana boca y somos muy felices sí felices, la torta publicitaria aumenta entre un 30 y un 40, los piqueteros se pelean entre ellos, es verano nada perturba nuestra paz no pasa nada, los diarios y revistas tienen que hacer la vertical con una mano para llenar sus ediciones y yo también, yo peor que ellos pero somos felices, la Argentina está en calma, la cantidad de desocupados y no muy ocupados bajó y ahora no llegan ni a la mitad de los

trabajadores, hay más trabajo y los accidentes laborales crecen el doble que el empleo y este año se pusieron en tres muertes por día porque ahora sí que producimos, los cartoneros ya encontraron su lugar en el paisaje, los bancos están abiertos, la bolsa de valores sube y sube algunos la levantan con pala de excavar, vuelve a haber crédito las cuotas ya renacen la inversión de los que invierten aumenta cantidad, Kirchner se pone firme con los militares que hablan de los setenta y Bonafini lo elogia y dice que se equivocó cuando creyó que era una mierda, los aviones están llenos otra vez, miles de turistas vienen a visitarnos y a deslumbrarse con lo lindos que estamos, les vendemos unos bifes increíbles somos felices muy felices, lo malo ya pasó fue un susto un patinazo, creímos que los políticos no daban pero ahora vemos que no era tan así creímos que el país se hundía pero ahora vemos que sí flota, nos pegamos un susto pero ya se pasó la verdad no era pa' tanto, la actividad industrial creció 18% con respecto al año en que no se fabricaba nada y ahora usamos el 70% de nuestra capacidad instalada y los sectores que más crecieron son las carnes la yerba y el aceite de soja para demostrarle al mundo cómo somos de punta, en Punta un plato de fideos cuesta por lo menos 20 pesos pero comer fideos no es muy fashion, fashion está a punto de dejar de ser una palabra fashion y los gurúes se excitan pensando qué vendrá, no vale la pena pensar qué país vendrá porque éste al fin y al cabo está bastante bien, Kirchner habla de los desaparecidos y homenajea a sus madres e hijos, los hospitales funcionan a menudo y hay algunos remedios, quizás haya ciento y pico días de escuela con su copa de leche, las tarifas de los servicios no subieron, los sueldos no han aumentado en años pero la inflación ni siquiera llegó al 100% somos felices ahora sí somos felices si no fuéramos seríamos unos resentidos rencorosos amargos bolivianos, el mundo que nos miraba con desconfianza por el default y el kilombo ahora se maravilla de cómo nos recuperamos, qué bien la Argentina está creciendo y si sigue así dentro de unos años va a ser como era hace unos años, tenemos un presidente joven que sabe y puede y es un gusto, vamos a tener una abortista en la suprema corte, el Pami va a ser un ejemplo de limpieza y de decencia, Kirchner es un fierro y hasta invita intelectuales a comer, Kirchner dice lo que todos queríamos escuchar y nos hace descubrir que todos queríamos escuchar lo que dice y descubrir que nos gusta escuchar cosas que les gustan a los que no nos gustan y si el país va para adelante todos vamos a estar ahí y por suerte somos argentinos y antes exagerábamos muchísimo, ahora sí que vamos bien y ni siquiera estamos mal somos felices, sí, bastante felices, seguro que hay cosas que arreglar pero vamos por el buen camino, por fin tenemos un gobierno que interpreta al pueblo y estamos todos tan contentos, si queda un poco de desnutrición es una cuestión de tiempo

ya se va a pasar el gobierno está trabajando para eso no hay que ser extremista, un poco de miseria pero tampoco hay que ser impaciente si recién llevan siete meses o vos te creés que estas cosas se arreglan de un día para el otro, no, ya se sabe, pero por fin nos está yendo bien y es otra cosa. Somos felices, sí, somos felices. Nosotros, digo, y no sé bien qué digo, pero me pasa casi siempre.»

Cualquier parecido con el verano de 2011 es pura coincidencia.

Kirchnerismo y Estado

Esa recuperación de la confianza en la delegación democrática no sólo era necesaria para desalentar búsquedas alternativas; también era indispensable para encarar la reconstrucción del Estado. Los argentinos veníamos de un largo período de propaganda antiestatal, que confluyó en 2001 con el rechazo radical de la clase política a cargo de la conducción de ese Estado denigrado. En ese clima, cualquier tentativa reestatista habría sido imposible por impopular.

Y el propósito de reconstruir el Estado era central en el kirchnerismo desde el principio. Fue —queda dicho— el eje de su discurso inaugural, y uno de sus puntos más sostenidos. Insisto: no quiero hacer juicios de intenciones, no sé por qué lo decidió. Hay un par de párrafos, en aquel discurso del coronel Perón, 1944, que podrían servir de guía: «El abandono por el Estado de una dirección racional de una política social, cualquiera que ella sea, es sin duda el peor argumento, porque es el desgobierno y la disociación paulatina y progresiva de las fuerzas productoras de la Nación. En mi concepto, ésa ha sido la política seguida hasta ahora. El Estado, en gran parte, se había desentendido del problema social». Y eso, decía el entonces coronel, era un peligro: «Las masas obreras que no han sido organizadas presentan un panorama peligroso, porque la masa más peligrosa, sin duda, es la inorgánica. La experiencia moderna demuestra que las masas obreras mejor organizadas son, sin duda, las que pueden ser dirigidas y mejor conducidas en todos los órdenes. La falta de una política social bien determinada ha llevado a formar en nuestro país esa masa amorfa. Los dirigentes son, sin duda, un factor fundamental que aquí ha sido también totalmente descuidado. El pueblo por sí no cuenta con dirigentes. Y yo llamo a la reflexión a los señores para que piensen en manos de quién estaban las masas obreras y cuál podía ser el porvenir de esas masas, que en un crecido porcentaje estaban en manos de los comunistas…»

No sé por qué el kirchnerismo decidió que necesitaba reconstruir el Estado argentino. Pero lo cierto es que el gobierno de un país es, en

última instancia, el conductor de su Estado. Entonces alguien podría ponerse mal pensado y susurrar que el doctor Kirchner entendió que tenía que reconstruir —algo de— ese Estado porque si no su gobierno no gobernaría nada. Otros dirán que se dio cuenta de la obviedad: que la desaparición del Estado parecía arrastrar la desaparición del país. Otros, que lo guiaba una convicción profunda sobre el papel del Estado como regulador de los conflictos sociales. Otros, los honestistas convencidos, que como los menemistas ya habían vendido todo sólo se podía hacer algún dinero si el Estado resucitaba y se lanzaba a riadas de obra pública. Cualquiera de las razones es posible, y seguramente la realidad esté, como suele, en una mezcla. Pero lo cierto es que el gobierno kirchnerista se ha dedicado a esa reconstrucción y que dentro de un par de décadas, cuando se hayan disipado las nieblas del presente, será recordado sobre todo por su reconstrucción parcial del Estado destruido entre 1976 y 2001.

No es mucho, tampoco es poca cosa. Entre sus pasos más importantes estuvo la resurrección de la Corte Suprema de Justicia, la recuperación de una política exterior sin alineamiento automático con los Estados Unidos, el incremento de la obra pública —que pasó de 1.900 millones de pesos en 2003 a 44.250 en 2010—, la reestatización paulatina de ciertos servicios que sus compradores no habían sabido hacer rentables, como el correo, las aguas, la aerolínea de ¿bandera?, y el auge de ese raro mecanismo de «nacionalización» que consiste en favorecer la compra de empresas ex argentinas por parte de empresarios argentinos muy amigos —lo que se ha dado en llamar el capitalismo de amigos. Y finalmente, la recuperación de la jubilación pública y la centralización de una parte importante de la asistencia social en una asignación llamada universal. Sobre todo eso volveremos más adelante.

(Para mí es un problema. Yo creo que el Estado es —junto con los dioses— uno de los inventos más nefastos del hombre: máquinas potentes para hacernos hacer las peores porquerías. Y sería feliz si no hubiera Estado —en otras circunstancias. Porque también creo que, en un país como la Argentina actual, el Estado es necesario para regular aunque sea un poquito el enfrentamiento tan desigual entre las clases, para conseguir que los que pierden todo el tiempo tengan algún premio consuelo: un médico tras cuatro horas de cola, una escuela con su mate cocido, un bolsón de comida, una frazada. Lo creo y es mi desgracia: es humillante —un signo de lo mal que estamos— tener que estar en desacuerdo conmigo mismo, querer que el Estado argentino se refuerce, se parezca un poco más a lo que era.

Ahora está tan mal —no sólo el Estado, el país está tan degradado — que si volviera a los niveles de 1970 sería un avance

extraordinario. A los niveles de 1970, digo: cuando la famosa generación de entonces —y yo entre ellos— lo encontró intolerable y se dispuso a todo para hacerlo distinto.

Reconstruir —estaba por decir recuperar, pero la palabra es reconstruir— el Estado no garantiza nada en cuanto a su uso posterior; sólo supone armar una herramienta que sirve para controlar a los ciudadanos y también, ese poquito, a los más ricos. O sea: que serviría, eventualmente, para que alguien lo usara para eso si quisiera. Y podría servir, incluso, más eventualmente, para garantizar que la mayoría tenga acceso a ciertos derechos mínimos. Por eso, supongo, estos intentos tibios tienen la oposición que tienen. Por eso, a veces, este gobierno puede pasar por «progresista» cuando hace gestos mínimos de reafirmación de la existencia de ese Estado: desde discutir alguito con los acreedores externos hasta tratar de controlar la policía, pasando por no privatizar los últimos bancos o intentar intervenir en el mercado petrolero a través de una pequeña empresa pública.

Insisto: un Estado es la mejor máquina que los hombres inventaron para que unos pocos dominen a muchísimos —a cambio de algunas concesiones. Que su recreación pueda ser una tarea «progresista» sólo da cuenta de lo mal que estamos.

Pero, mientras tanto, los privatistas han vuelto a la lucha. Entendámonos: los privatistas no son los que quieren que no haya Estado; son los que pretenden que el Estado se limite a su papel de represión y control, y les deje hacer lo que quieran con el poder que les da su dinero. Tras el estrepitoso fin de fiesta, los privatistas de los noventa estaban en fuga, la cola entre las patas. Su gran argumento —tan pegadizo, tan defendible— es la idea de que el Estado es inútil, una cueva de ratas y ladrones y, sobre todo, una runfla de incapaces. Es una idea difícil de sostener. Si el Estado no es capaz de administrar una compañía eléctrica, una telefónica, un hotel por horas, si no pueden manejar —digamos— Aerolíneas Argentinas, menos, mucho menos, pueden manejar la Argentina. O sea: un gobierno no puede usar esa explicación para privatizar, porque entonces lo primero que tendría que hacer sería tomarse el helicóptero. Pero la idea prendió: gracias a ella, lo sabemos, el peronismo del doctor Menem malvendió casi todo.

Su fracaso hizo que después muchos —la mayoría— revisaran esa idea y, en estos últimos años, el peronismo del doctor Kirchner aprovechó ese cambio para reestatizar ciertos servicios y funciones. Lo hizo tan mal, con tan poca transparencia y credibilidad, que ahora los privatistas aprovechan para contraatacar, y tratar de instalar de nuevo aquella desconfianza. Una vez más, los errores y excesos del gobierno les permiten eludir la discusión de fondo: ¿qué significa que esa

riqueza esté en manos del Estado o de empresas privadas?

Hay un dato tan obvio y tan brutal: la meta, la única razón de ser de una empresa privada es ganar plata: que sus dueños ganen plata. Entonces, necesariamente, tiene que cobrarte más que lo que vale su producto para que le produzca la ganancia que busca. O sea: por definición, una empresa privada va a quedarse con parte de tu plata. No por avidez, rapiña, crimen: por principio, legalmente aceptado. Se justifican diciéndote que eso es lo que les pagás para que el servicio que te ofrecen sea mejor: nos quedamos con una parte, pero a cambio te damos algo mejor que lo que recibirías sin nosotros. El Estado, en cambio, por definición, no tiene que quedarse con nada: ésa es la diferencia decisiva. Se supone —y debería ser así— que si el Estado te provee electricidad o agua o salud nadie debe llevarse dividendos y, por lo tanto, todo lo que consiga sigue siendo, de diversas maneras, de los ciudadanos. Y no hay ninguna razón a priori para sostener que el Estado debería hacer las cosas peor que una empresa privada. Lo mismo pero más barato y en beneficio de todos: la ecuación es imbatible.

Entonces los privatistas tienen que demostrar que el Estado es ineficiente, que nunca puede cumplir con su cometido, porque si pudiera sería mejor que el privado por default. El mito de la inutilidad del Estado —tan bien alimentado por la inutilidad del Estado— sirve para eso. Aunque es arduo sostenerlo tras la crisis de 2008, cuando lo que se muestra es la inutilidad de la gran banca privada —y la necesidad de intervención de distintos Estados para salvarla.

Pero los privatistas insisten, no se rinden, y aprovechan, es obvio, la venalidad y codicia y torpeza de los que manejan el Estado, tan estatistas que quieren quedarse con él para siempre y truchan y curran para conservar su poder, y destruyen sus propios argumentos. La discusión debería ser otra: si es mejor que la economía esté manejada por empresas privadas que ganan dinero o por el Estado que no. Este Estado es un desastre, lo sabemos. Pero, frente a eso, hay dos opciones políticas. Dije políticas: aprovechar el deterioro del Estado para justificar la privatización de todo, que es lo que se viene haciendo desde hace treinta y cinco años con los brillantes resultados a la vista, o empeñarse realmente en su reforma. Ése es el debate que los privatistas, desesperadamente, tratan de esquivar, basándose en el mito, persistiendo en él, para justificar nuevas olas de privatizaciones.

Entretanto, la Argentina sigue hundida en lo que alguna vez llamamos la paradoja neoliberal. Hemos hablado tanto de la quiebra del Estado, de la destrucción del Estado; hemos hablado tanto del rechazo a la política, de la desaparición de la política. Pero —de un modo perverso—, gracias a esa destrucción, el Estado y la política

nunca tuvieron tanta influencia en la vida de tantos argentinos.

La paradoja es que ese Estado deshecho consiguió que dependieran de él más personas que nunca. La estructura clientelista es una consecuencia de los dos cambios más decisivos de la Argentina de fin del siglo: la destrucción de la industria nacional que produjo un aumento exponencial de la pobreza —de la cantidad de pobres— y el deterioro de los servicios del Estado —la educación y la salud pública. Entre ambos, dejaron a millones de personas sin empleos genuinos ni garantías de atención. El efecto más importante de los cambios sociales y económicos introducidos por los neoliberales antiestatistas fue que, para muchos millones de argentinos, el Estado y la política es su única fuente de ingresos: millones que viven de subsidios, planes y empleos estatales.

Están, para empezar, las familias de los cuatro millones de chicos que reciben la Asistencia Universal por Hijo (véase «Modelo», pág. 298), y el millón, aproximadamente, que recibe otros subsidios. Pero, además, el Estado argentino en sus distintos niveles es el primer empleador del país con mucha diferencia. En la Argentina hay once millones de asalariados; alrededor de un 30%, más de tres millones, son empleados por la Nación, provincias, municipios y empresas estatales. En muchos casos —es muy difícil calcular cuántos— no son puestos de trabajo genuino sino subsidios encubiertos que refuerzan la dependencia de quien los recibe —y de sus familias— hacia quien se los da.

En general, esos empleos y subsidios son discrecionales: para conseguirlos hay que tener algún contacto con el amigo del puntero que es amigo de ese amigo del secretario del subsecretario de Planeamiento Agrícola. O sea: hay que relacionarse con la política y, cuando esos políticos son desplazados, el mapa se conmueve; muchos, entonces, votan a los que están en el poder justamente para que eso no suceda: lo que solemos llamar clientelismo. Por lo cual la política está más presente que nunca antes. Hubo tiempos en que relacionarse con la política era, si acaso, una elección: alguien tenía un trabajo y elegía dedicar cierto tiempo más o menos libre a mejorar el mundo derredor; ahora es, para tantos, la única forma de seguir comiendo.

Menem lo hizo. O, dicho de otra forma: el que lo hizo fue el Estado «liberal». Que el efecto más visible de quince años de hiperliberalismo —«achicar el Estado es agrandar el país»— haya consistido en aumentar hasta niveles inéditos la dependencia de millones y millones de argentinos de los estados nacionales y provinciales y sus patrones políticos parece, a primera vista, una paradoja extraordinaria. Yo desconfío de las primeras vistas.

Una vez más, el problema de los juicios de intenciones: cómo

saber si hubo dirigentes que pensaron que, si conseguían que la Argentina se quedara sin aparato productivo, mucha gente dependería del Estado y, por lo tanto, les resultaría más manejable. Digo: si alguien pensó en crear las condiciones para que el clientelismo asistencialista —directo o disfrazado— fuese la forma central de subsistencia de un buen tercio de los argentinos. Si creyera que nuestros dirigentes —no sólo los políticos, también los empresarios y otros dueños— son más inteligentes que lo que son, pensaría que hicieron todo lo posible por destruir el país, por inventar esta pobreza: es lo que les garantizó, durante todos estos años, la supervivencia en el poder. Quizá lo hayan hecho, quizá no. A veces creo que no; no porque sean más morales que eso —la mayoría no lo es—, sino porque son notoriamente más estúpidos. Pero, voluntario o no, éste fue el resultado de la famosa democracia, gloria y loor.

Ese clientelismo del empleo público, en cualquier caso, es la forma en que se aplica eso que solemos llamar «feudalismo» de las provincias argentinas. Que también fue favorecido por el neoliberalismo peronista de otra forma: hubo tiempos en que la autonomía —la «feudalización»— de las provincias estaba recortada por el peso de un Estado central fuerte, con mandos efectivos, con palancas. La educación, por ejemplo, venía en buena parte de la Nación, la salud algo menos, los transportes —ferrocarriles, aviones, carreteras— eran nacionales, los combustibles, la energía, las comunicaciones. El peronismo de los noventa desarmó ese Estado central: queriendo o sin querer, abrió el camino para esta autonomía de los caciques provinciales —esto que, ahora, muchos llaman feudalismo, en vez de federalismo.

Y abrió al mismo tiempo las puertas para una estructura curiosamente unitaria, donde el Estado central —sus gobernantes— sólo puede imponer su voluntad política con el control discrecional de la transferencia de recursos de la Nación a las provincias. Así se ve cómo provincias claramente cercanas al gobierno —con Santa Cruz a la cabeza— reciben infinitamente más que las que no lo son: que en 2010 el gobierno nacional gastó 21.800 pesos en obras y subsidios por cada santacruceño, y menos de 6.000 por cada mendocino, santafesino, jujeño, correntino o misionero. Tanto que, últimamente, los candidatos oficialistas en provincias y municipios lo blanquean: basan sus campañas electorales en que su cercanía con el gobierno central va a conseguir obras y dineros para sus territorios. Es una de las numerosas maneras en que el peronismo de dos mil aprovecha las bases sentadas por el peronismo de los noventa: en que el kircherismo usa las bases menemistas. Y es, en última instancia, una reproducción a gran escala del modelo clientelar: igual que cualquiera de sus empleados innecesarios, los gobernadores deben portarse bien —

militar en la línea síseñor, síseñora— si quieren que el patrón presidencial de turno se digne tirarles un hueso. Son las pequeñas delicias del Estado peronista.

Son las bases. A partir de allí, ya asentado su poder, ya recuperada cierta confianza en la delegación, ya emprendida la reconstrucción del Estado, el peronismo actual pudo empezar a construir su «país normal». Sobre esa construcción tratan muchas de las páginas siguientes.

5
Setentismo

sus. mas. sing., argentinismo: actitud política o cultural basada en la nostalgia de los movimientos políticos predominantes en la izquierda argentina entre 1969 y 1976. **2.**: denuesto dirigido a descalificar esa actitud.

Uno de los efectos más inesperados del peronismo de estos años consistió en integrar al habla común una palabra improbable: *setentismo*. Setentismo es un invento raro: no está construido sobre un modelo reconocible. No existe veintismo, ni cincuentismo, ni siquiera cerismo; sólo el setentismo emergió —primero como adjetivo, *setentista*— para denominar a los que supuestamente querían recuperar el clima de una época.

No hay nada más vago, menos preciso que un «clima de época» —cualquiera sea esa época. Las épocas están hechas de demasiados elementos, que cada observador acentúa como quiere o puede. En esos mismos años setenta, por ejemplo, apareció un fenómeno nuevo que tuvo y sigue teniendo una gran influencia en la cultura argentina: el «rock nacional» de Nebbia, Spinetta, García y entenados es perfectamente contemporáneo de esas organizaciones políticas y podría reclamar la calificación de setentismo. La emancipación de las mujeres patrias, su conquista de un papel central en la sociedad, su adopción de medios contraceptivos regulares también datan de la misma época, y también podrían reclamarlo. O los cambios en la estructura familiar tradicional o el comienzo del tuteo para todos. Pero los argentinos sabemos que, cuando oímos *setentismo*, debemos oír «actitud política o cultural basada en la nostalgia de los movimientos políticos predominantes en la izquierda argentina entre 1969 y 1976». Y, enseguida, casi todos sabemos que debemos manifestar ante esa idea encono o adhesión: que no es una palabra que se pueda decir en tono meramente descriptivo.

Por mor de coherencia, todo empezó con una farsa. Nunca nadie había pensado en el doctor Kirchner como un militante del peronismo revolucionario hasta aquella noche de mayo de 2003 en que su antiguo jefe, el doctor Menem, fue al programa de televisión del doctor Grondona y lo acusó de ser un montonero. La acusación era curiosa: venía de un doctor que, en junio de 1973, siendo gobernador de La Rioja, había dicho públicamente que «la revolución del 25 de

mayo tiene su sentido más profundo en la defensa que harán de ella la Juventud, las FAR y Montoneros. Aún hay muchos conservadores metidos en el Movimiento, en el gobierno nacional, y ésta es una lucha a muerte».

Al otro día, Kirchner contestó la acusación como si fuera una: le dijo que él nunca había sido montonero sino «militante de la Juventud Peronista y de la Juventud Universitaria Peronista» y «parte de la Tendencia Revolucionaria del peronismo». Era su modo de tranquilizar al público e irritar a la verdad. Él sabía, como sabe cualquiera que hubiese sido militante de la JP y de la JUP, que ambas organizaciones eran controladas directamente por los Montoneros y formaban parte de su organigrama; que sus cuadros dirigentes pertenecían a «la Organización Político-Militar» y que todos lo celebrábamos, que si no estábamos dentro de «la Organización» era porque no nos daba el pinet; y que, clara y explícitamente, formábamos parte del proyecto montonero. Kirchner lo sabía; en su respuesta mintió, leguleyo, por omisión. A veces decir una parte de la verdad es no decir ninguna. Yo recordé, aquella tarde, al doctor Clinton cuando un juez le preguntó si había tenido sexo con la señorita Lewinsky.

—¿Sexo? Defina sexo, por favor.

Poco después el doctor Menem se fugó; veinte días más tarde, en su discurso de asunción, el doctor Kirchner —queda dicho— sólo pronunció una vez las palabras *derechos humanos*, y fue para decir que iba a garantizar la represión de los delitos. Era coherente con su historia.

La famosa Memoria —tan meneada, tan satisfecha de su Alzheimer— nos ayuda a recordar que, durante la dictadura, el doctor y la doctora Kirchner vivían en Río Gallegos, pueblo chico, donde todos saben quién es quién, y se dedicaban a ganar mucha plata ejerciendo lo más degradante del capitalismo: el préstamo usurario. No es un dato menor, una anécdota amarilla, así que va de nuevo: se dedicaban al préstamo usurario y la ejecución hipotecaria, a quedarse con las casas —21, entre 1976 y 1981— de familias pobres que no conseguían pagar sus hipotecas y perdían el esfuerzo de una vida. Lo hacían ellos, que después se volverían jueces de pasados, mientras los militantes de verdad morían peleando contra ese sistema que ellos encarnaban como nadie.

Esa Memoria también ayuda a recordar que, en esos años de dictadura, los doctores Kirchner nunca se preocuparon por prestar sus servicios a las víctimas sino que más bien se pusieron del lado de los dictadores cada vez que pudieron; que el doctor apareció en fotos con los militares locales y publicó solicitadas en que les agradecía su

ayuda y el «estado de derecho». También está muy claro que los Kirchner nunca se interesaron por los derechos humanos antes de 2003. Hay suficientes testimonios que cuentan cómo el 24 de marzo nunca fue una fecha señalada en Santa Cruz bajo el gobierno del doctor Kirchner —«no hacían ni siquiera una misa por los desaparecidos», dijo una militante de DD.HH. de Río Gallegos— y cómo, cuando esos organismos invitaron a Madres de Plaza de Mayo a la provincia, la administración kirchnerista no quiso ayudarlos con pasajes ni recibirlas en sus oficinas.

Supongamos que alguien puede, de pronto, cambiar de ideas. Pero, ¿por qué cambiarían los demás? ¿Por qué, por ejemplo, Hebe de Bonafini, que sabe bien que los doctores no quisieron recibirla en Río Gallegos, no dice una palabra sobre eso? ¿Por qué los que tendrían todo el derecho de reclamarles su pasado no lo hacen? ¿Por pragmatismo —bueno, si ahora están de nuestro lado por qué los voy a rechazar? ¿Es una actitud más sabia o es aquello que se solía llamar oportunismo? ¿Cuáles serían sus límites?

El asunto es complicado. Para situarlo en su contexto quiero tratar de reconstruir los cambios de la famosa Memoria de los años setenta en las décadas que pasaron desde entonces. M*emoria* es, dicen, una palabra grave. De esas que hay que decir parado: una palabra con un solo sentido.

Pero hubo tiempos en que memoria era una palabra multiforme: San Martín Rosas Perón actuaban todos juntos en la política local, Marcel Proust recordaba a la mamma en el olor de un bizcocho mojadito de té, mi amigo Pato recitaba de corrido Roma Silvero y Marzolini, mi amigo Pablo la tenía tan buena que podía pasar al frente del aula sin temor, yo la tenía tan mala que temía. Después nos fuimos olvidando, y memoria fue perdiendo sus sentidos.

De la raíz latina mem salieron dos palabras: mens —mente— y memor —el que se acuerda—; la memoria, como concepto, llegó más tarde. Primero apareció el que se acordaba, y después el recuerdo. En la Argentina, ahora, la memoria es anterior al que la ejerce: hay una Memoria, hay una obligación que —parece— todos deberían ejercer. En la Argentina, ahora, secuestraron la palabra memoria, y la Memoria nos tiene de rehenes.

El diccionario no lo dice todavía, pero ya va a llegar: *Memoria*: sustantivo, femenino, argentinismo: el recuerdo de los crímenes de la dictadura establecida en 1976. La palabra memoria, tan plural, se cerró en un sentido único; por eso puede haber nombres tan extraños como «Museo de la Memoria». Un museo, por definición, es un lugar de la memoria: un lugar donde se guardan recuerdos de dinosaurios, pintores exitosos, batallas empatadas. Que un museo pueda llamarse

Museo de la Memoria es la consagración de la palabra con sentido único. La Memoria se ha impuesto: la Memoria sustantivo femenino argentinismo.

Para tratar de entender cómo se fue armando esta Memoria quiero empezar por reproducir, con perdón, parte de un artículo que publiqué en 1999, cuatro años antes de la asunción del doctor Kirchner, sobre lo que significaba entonces —lo que yo creía que significaba entonces— hablar de los setenta:

«Hablar de los setenta, en general, hasta ahora, fue hablar de lo malos que eran los malos y cuánto sufrieron sus víctimas. El modelo Nunca Más se impuso durante quince años y, aunque amenazado, sigue siendo el más fuerte: el recuerdo está hecho de historias terribles sobre la crueldad de los crueles represores, detalles espeluznantes, crímenes intolerables. Es fácil temblar de indignación ante tanto desastre: cualquier persona de bien tiembla. Las almas bellas agradecen, pero a esa versión de la historia le faltan, en general, dos cuestiones: una razón política para los victimarios, la identidad de las víctimas.

»—¿Cómo, razón política? ¡Eran unos fachos hijos de puta, eso es lo que eran!

»Es como si los militares hubieran sido, antes que nada, muy malos. Seres de una extrema crueldad, complacidos en las peores sevicias, y no ejecutores eficaces de un plan diseñado para acabar con toda oposición popular en la Argentina durante décadas. Como si las torturas y desapariciones no hubieran servido para quebrar la resistencia a los cierres de fábricas, privatizaciones, pauperización y cambio de estructuras sociales que necesitaba el poder para armar este nuevo país. Como si la represión y los asesinatos no hubieran sido necesarios para poner en marcha la Argentina actual.

»—Bueno, no hay que confundir. Aquello era una dictadura, y ahora esto es muy distinto.

»—Es, por suerte. Ahora hay muchas libertades. El problema es que, entre ellas, también está la bruta libertad de cagarse de hambre, por ejemplo. Gracias al modelo que empezaron los militares y siguieron los demócratas.

»Falta, en las versiones más comunes, una razón política y la identidad de aquellas víctimas: la historia sigue estando trucada. La Noche de los Lápices es una buena síntesis: el episodio más conocido, la película más vista, la movilización anual de los colegios recuerdan un recuerdo falso. Se habla, cada año, de los “chicos del secundario que pedían el boleto estudiantil”. Se calla, cada año, que varios de ellos militaban en grupos del ERP y de los Montoneros. Como se callan los que hablan maravillas de —digamos, por ejemplo— Rodolfo Walsh

por lo buen escritor y periodista que era y no dicen que, en ese momento, la patota de la ESMA lo buscaba sobre todo por sus trabajos como experto montonero en inteligencia. Como se callan tantos otros.

»—¿Y qué querés, hermano, que vayamos por ahí diciendo que eran guerrilleros? ¿Eso en qué ayuda?

»El silencio sobre las historias de las víctimas era necesario en 1978, cuando sus parientes —convertidos en madres— pedían su aparición en medio del terror. Nosotros, la mayoría de nosotros, contribuimos a esa torcedura de la historia. Nosotros conseguimos que nunca se "hablara de los setenta": que se recitaran, si acaso, las listas de las atrocidades. Por razones variadas, la necesidad de olvidar quiénes eran los muertos desbordó más allá de esos tiempos. Ahora ese olvido —esa ocultación— es casi una aceptación del discurso militar —compartido entonces por tantos argentinos olvidadizos—: si eran subversivos, merecían la muerte. Como si saber, aceptar y contar que eran "guerrilleros" pudiera justificar que los hayan secuestrado, torturado, asesinado. Como si la maldad de los malos fuera, en ese caso, menos condenable, y hubiera que ocultar, para condenarlos, quiénes fueron sus víctimas, o sea: si los chicos eran guerrilleros lo que hicieron los militares no estuvo tan mal, después de todo. Así que mejor no lo digamos.

»Durante quince años los desaparecidos fueron fotos acusadoras sin historia propia: eran porque habían sido víctimas. Eran, en tanto objetos —de secuestros, de torturas, muerte. Pero no eran sujetos de su historia. Se la habían quitado: cambiarles la historia fue, finalmente, otra forma de desaparecer a los desaparecidos. Quizá, para aprender a olvidar los setenta, habría que empezar por aceptar que sus muertos fueron los que fueron.

»Los militares del 76 no escribieron un paréntesis en la historia argentina: fueron el principio de un capítulo nuevo en esa historia. Los legados de la patota militar fueron muchos, variados. No sólo una estructura social que empezó a cambiar entonces y terminó de conformarse con el menemismo, no sólo una economía que renunció a cualquier sueño de producción sofisticada o autónoma, no sólo una banalización de los debates y el consumo cultural, sino también un raro cambio en las formas de la movilización.

»—Che, mañana hay una marcha por Cabezas.

»—Ah, claro, vamos. Y después se junta en Tribunales con el acto por la AMIA.

»Es notable: el modelo derechos humanos de los años ochenta organiza buena parte de las actividades políticas actuales —fuera de la politiquería de los partidos tradicionales. En estos años, la mayoría de las grandes movilizaciones en las calles argentinas han salido a preguntar quién mató a los muertos, según aquel modelo: María

Soledad, la Embajada, la AMIA, Bulacio, Bru, Cabezas y los otros. Es curioso que ahora, en tiempos duros, la protesta social que más mueve sea ésa: buscar responsabilidades por las muertes.

»Es justo y necesario, pero a veces parece como si cerrara otras posibilidades. Y creo, cada vez más, que en un país donde los vivos están lo suficientemente jodidos podríamos empezar a darle más importancia a sus reclamos. Si no, si seguimos dejando que los pedidos por los muertos ocupen casi todo el panorama, los militares del 76 se siguen burlando de nosotros: no encontramos la manera de dejar de funcionar según el modelo que ellos, con su violencia, nos obligaron a aceptar. Seguimos manteniendo los mismos reflejos defensivos de cuando ellos nos corrieron a tiros y torturas. Seguimos siendo, una y otra vez, sus víctimas.

»—¿Y qué vas a hacer, hermanito, te vas a olvidar de todos los muchachos?

»—No, nunca dije eso. No digo olvidarlos: de todas formas, los hijos de puta ya lo intentaron tanto, y no se puede. Digo: guardarlos en el lugar que se merecen, respetarles su historia, y dejar de trabajar para Lázaro Costa. Reclamar por los vivos, por los vivos, ¿me entendés? Si querés, de últimas, hasta podés decir que es una forma de lealtad con su historia. Pero me parece que ése no es el punto.

»El ilustre gremio de prensa es un ejemplo: nos hemos pasado un par de años pidiendo sobre todo por José Luis Cabezas. Está bien, pero mientras tanto los dueños de los medios consiguieron que las jornadas de trabajo se alargaran como nunca antes, que muchos de sus empleados renunciaran a beneficios y derechos. Y nosotros seguimos movilizándonos por la muerte de Cabezas, sobre todo. Poco, muy poco, por las vidas de los que la dan todos los días, en doce horas diarias, de domingo a sábado, en contra de todos los convenios.

»Digo: ya pasó mucho tiempo, ya hay otra gente, ya podemos atrevernos a dejar de ser ésos. A dejar de ser aquellos derrotados que nos pasamos estos años deambulando, melancólicos, pidiendo por los que ya no están. A dejar de movernos como los militares pretendieron. Y atrevernos a querer de nuevo cosas de este mundo. Pero, para eso, es probable que haya que empezar a olvidar, en algún punto, la herencia de los famosos setenta.»

Lo escribí, insisto, en 1999. Aquella forma de pensar los setenta que describía en esas líneas estaba a punto de empezar a cambiar.

La idea del setentismo del doctor Néstor Kirchner empezó a circular desde el primer momento de su gobierno aunque él, en su discurso inaugural, no haya hecho nada por confirmarla. Y menos lo hizo su práctica inmediata. No había nada menos «setentista» que esa forma de gobernar que el doctor había elegido.

Si había algo que identificaba a las diversas visiones que coexistían en la izquierda de los años setenta era la idea de que la política es un proceso que precisa, antes que nada, convencer a cuanta más gente mejor y conseguir que todas esas personas se organicen y participen —porque la idea básica setentista de la política era que sólo la participación de muchos conseguiría producir efectos reales en la sociedad. Y si hay algo que caracterizó al gobierno del doctor Kirchner desde el primer momento fue una forma de funcionar totalmente personalista, donde las decisiones se tomaban entre tres o cuatro, donde por no haber discusión y participación no había siquiera juntas de ministros: en sus ocho años de gobierno, el kirchnerismo nunca produjo una reunión de gabinete —y por eso, supongo, cometieron tantos errores: no tienen esa instancia en que cinco o diez personas aportan miradas nuevas sobre los asuntos; a fin de cuentas, son siempre los mismos cuatro encerrados en un living con muebles elegantes.

Pero, en cambio, el doctor Kirchner empezó a ver el interés de relacionar su gobierno con el mito de esos años: sería, para empezar, el gran defensor de aquellos ausentes. Yo supongo —sólo supongo— que era, en esos días turbulentos de 2003, la forma más barata de congraciarse con cierta izquierda y cierta progresía. Digo barata porque en la práctica sólo implicaba respaldar unos juicios —que ya estaban en marcha de todos modos— contra una serie de ancianos y casi ancianos hijos de mil putas que habían perdido el apoyo de sus patrones, que ya nadie se atrevía a defender: era un modo altisonante de colocarse con relación a un problema que había sido importante pero que no provocaba ya ningún efecto en la estructura social y política del país. Y esa colocación le permitía cambiar —imaginariamente— de pertenencia: dejar de ser uno de esos políticos que la sociedad rechazaba tan tajante en esos días, e inscribirse en otro equipo, otra mitología. Usar a fondo el Factor Dictadura.

El gran momento de ese proceso fue, sin duda, el 24 de marzo de 2004. Yo entonces —más disculpas— insistía: «Siempre pensé que era un error centrar el recuerdo de esos años en ese momento espeluznante en que los militares argentinos decidieron hacerse cargo directamente, sin más intermediarios, de la represión y el cambio de estructuras: que era un modo de rendirles un homenaje eterno, de seguir sometidos a sus decisiones —en lugar de romper con ese yugo y recordar cuándo por fin tuvieron que irse, por ejemplo. Pero el error tiene sentidos.

»Celebrar el 24 de marzo significa, antes que nada, insistir en el recuerdo de que los ricos argentinos estuvieron —y están, seguramente— dispuestos a hacer de todo para seguir siéndolo: si lo hicieron entonces, por qué no en cualquier otro momento, si ven

necesidad. Una forma de agitar el fantasma para producir disciplina social: muchachos, acuérdense de aquello, no se olviden de que si quieren cambios importantes no les van a salir gratis.

»Celebrar el 24 de marzo también significa postular la inocencia perfecta de la democracia. En estos años en que no somos capaces de discutir la democracia, en que tenemos tanto miedo de discutir esta democracia —aunque sea el sistema en el que tantos chicos se mueren sin necesidad, tantos grandes sufren hambre o enfermedades muy curables—, postular que todo empezó el 24 de marzo es una forma de exculpar al gobierno democrático de Perón, Perón y compañía: un modo de pretender que todo el mal empezó con el golpe, que la democracia no torturó, secuestró y mató, democráticamente, a cientos de personas. No; hay que presentar una ruptura brutal donde no la hubo y seguir vendiendo que la democracia es impoluta inmaculada, el mejor de los mundos, que los malos fueron esos militares sanguinolentos feos y que todo aquello fue un paréntesis que ya se cerró, que quedó en el pasado.

»Sobre todo eso: que fue un exabrupto que se acabó, algo que se puede encerrar en los museos, y no el principio de una era en la Argentina —que todavía dura. (…) Yo creo que no habría que celebrar el 24 de marzo. Si quieren que todos recordemos que hubo una dictadura militar y criminal, celebremos, si acaso, el día en que se terminó, 10 de diciembre. Pero si quieren recordarla en serio que cuenten para qué sirvió aquel golpe: para dar vuelta la estructura social y económica de la Argentina —para lo cual, antes que nada, necesitaban deshacer los sindicatos y organizaciones que se oponían, que defendían sesenta años de conquistas. Que cuenten que aquel golpe construyó esta Argentina: que recuerden que el golpe del 24 de marzo lo celebran —con sus prebendas, con su impunidad, con sus extremos beneficios— todos los días los ricos argentinos».

Era por eso que decía que lo interesante de la reflexión sobre la dictadura no era pensar cómo torturaban, sino para qué lo hacían. Y que no se trataba de olvidar o no olvidar sino de elegir qué queríamos recordar de todo aquello: si centrar la «memoria» en las atrocidades o recordar también las decisiones de los que después fueron sus víctimas, y recordar, sobre todo, para qué los malos ejercieron su maldad. Y que si querían organizar un museo en la ESMA la sala principal —tras una entrada con listas de las víctimas y los victimarios, homenaje y condena— debía estar llena de televisores sintonizados en los canales de noticias: para decir, con todas las letras de esas imágenes, que el efecto más importante de aquel golpe es esta Argentina.

Aquel 24 de marzo, como es fama, el doctor Néstor Kirchner,

presidente, fue al Colegio Militar y ordenó a su comandante en jefe del Ejército que descolgara el cuadro del general Videla.

«Esa orden no sólo habilitaba el camino de la reparación y de la justicia, no sólo les devolvía encarnadura a las víctimas del terrorismo de Estado, sino que también producía un hecho inédito: afirmaba la supremacía del poder político democrático, por primera vez en décadas, respecto, en este caso, del poder militar. Simbólicamente vino a remover la lápida que pesaba sobre una democracia que se había mostrado, hasta ese día, débil y resignada», escribió, mucho después, uno de sus voceros de centroizquierda, el profesor Ricardo Forster, describiendo en una sola frase dos mecanismos clásicos del peronismo kirchnerista: la reescritura de la historia, la sobrevaloración del enemigo para sobrevalorar las propias acciones. Así como el grupo Clarín es «el monopolio», el escuchimizado ejército argentino (véase «Ejército», pág.115) sigue siendo un «poder militar» frente al cual la democracia siempre se había «mostrado débil y resignada».

Fue lo que dijo ese día el doctor Kirchner, desde la ESMA, en su peroración: «Vengo a pedir perdón de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante veinte años de democracia tantas atrocidades». ¿La vergüenza de quién? Su ambigüedad era curiosa, casi un lapsus: ¿el doctor Kirchner sentía vergüenza por haberse callado durante veinte años o acaso ese Estado, que juzgó y encarceló a los comandantes en tiempos peligrosos, había hecho silencio?

Un rey de Francia, Luis XIV, dijo, de puro divino: «Después de mí el diluvio». Al doctor Kirchner le correspondería, en cambio, una versión más y menos ambiciosa: «Antes que yo el diluvio». El pasado es algo infinitamente modificable, y las cosas empiezan a suceder cuando nos suceden a nosotros. Las reacciones de los involucrados —del verdadero doctor Alfonsín, sobre todo— fueron violentas, y el doctor Kirchner tuvo que disculparse. Pero ya no importaba: el acto estaba ahí, listo para ser repetido hasta el hartazgo por los medios adictos.

Puedo suponer cosas, pero en definitiva no lo sé. Y me gustaría saber cómo fue que un hombre que, a lo largo de décadas de vida pública —e incluso su día culminante— no les había prestado ninguna atención particular, decidió de pronto que convertiría a los años setenta en uno de los apoyos simbólicos decisivos de su gobierno. Es cierto que, para eso, primero tuvo que reescribir —también— aquella historia: para poder ser «setentista» debía empezar por reinventar los setenta. Está claro en una entrevista rara que el presidente concedió a un Héctor Timerman, de la revista D*ebate,* en abril de 2004, poco después del famoso descuelgue: «Yo estoy definido ideológicamente desde el primer día de mi militancia política, allá por los años setenta,

cuando desde una participación política activa, creí que la Argentina se podía cambiar, creí en un proyecto popular, con consenso, en una democracia con equidad, con justicia, con dignidad. Creí que era posible construir un país distinto» —decía el doctor Kirchner, y convertía «la patria socialista» de los jóvenes montoneros en «un país distinto» y «la toma armada del poder» para la construcción de ese socialismo en «una democracia con equidad, con justicia, con dignidad».

Lo cierto es que, poco a poco, grandes sectores de la población se convencieron de que el gobierno del doctor Kirchner implicaba una continuidad con las organizaciones revolucionarias de los setenta. No era difícil convencerse, en la medida en que él solía insistir en eso —y allí empezó el gran cambio en la lectura de los setenta: en la Memoria. Unos meses más tarde, por ejemplo, el doctor fue a un pueblo de la provincia de Buenos Aires que se llama Vedia a entregar unas becas, pensiones y financiamiento de obras, y dijo que conocía a varios militantes montoneros —dijo, usando la terminología *Nunca más*, «a varios desaparecidos»— oriundos de allí:

—No me vean a mí cuando me miren, véanlos a ellos, yo soy un simple instrumento.

Dijo, tratando de transmutarse una vez más o definiendo, con precisión innecesaria, su jugada: esconderse detrás de esos muchachos, usar esa memoria para producir una imagen falseada: no me vean a mí cuando me miren, véanlos a ellos. ¿Por qué no habrían de verlo a él? Porque él estaba haciendo lo que ellos querían, dijo:

—Hablábamos entre nosotros sobre cómo íbamos a hacer un país más justo, un país mejor.

Les dijo el doctor Kirchner a los familiares de aquellos muchachos.

—Pero cuando soñábamos, no imaginábamos que yo iba a venir como presidente a cumplir con lo que ellos hubieran querido para Vedia.

Dijo, refiriéndose a esas becas, pensiones y dineros que fue a llevar al pueblo. Era insultante, con perdón: sus amigos habían muerto peleando por el socialismo, porque no hubiera ricos y pobres, y él decía que lo que ellos «habrían querido para Vedia» eran unas monedas. Era indignante y me indignó: «Kirchner, no les tome el pelo, por favor, pobres muchachos: gracias a los militares ellos no pueden defenderse, pero usted no se aproveche», escribí entonces. Y lo cito porque me sigue pareciendo un buen ejemplo —uno entre tantos, una muestra perfecta— del uso kirchnerista de los setenta: la distorsión de sus ideas y voluntades políticas para tratar de legitimar los actos de un gobierno que, como bien lo definió el doctor en su campaña presidencial, sólo quería constuir «un país normal». Lo cual no es un

proyecto bueno o malo en sí, sólo materia de debate; lo insultante es querer presentarlo como un proceso de cambio cuasi revolucionario.

Es cierto que el mero discurso era un poco pobre: cualquiera que se tomara el trabajo de confrontar las políticas de este gobierno con los «sueños» de aquellos militantes vería la enorme diferencia —que iba mucho más allá de las diferencias de etapa y de contexto: suponía ideologías completamente diferentes. Por eso, el discurso setentista no habría funcionado si el gobierno no hubiese podido alistar, para legitimarlo, a ciertos sectores de prestigio indiscutido: básicamente, una parte importante de las Madres de Plaza de Mayo. El argumento era fácil: «Si las Madres lo apoyan, ¿quién soy yo —sobreentendido: quién sos vos— para negarlo?» Fácil, en el sentido de falaz —que no siempre es lo mismo.

Es difícil discutir a las Madres de Plaza de Mayo: con su valentía se ganaron un lugar que parece indiscutible. Pero una cosa es respetar esa valentía, esa pelea que dieron cuando nadie se atrevía, y otra muy distinta adjudicarles la voz de sus hijos muertos: suponer que, cuando hablan, dicen lo que esos militantes habrían dicho. Nadie sabe lo que «habrían dicho». Pasaron muchas cosas, muchos años, muchos cambios, y es casi imposible suponerlo. Pero, así como yo no lo puedo suponer, tampoco pueden suponerlo la señora Bonafini ni la doctora Fernández, supongo. Y lo que sí está claro es que lo que realmente decían —no lo que habrían dicho sino lo que decían entonces— no tiene nada que ver con lo que hace este gobierno: absolutamente nada que ver.

El mero discurso setentista era un poco pobre, y seguramente tampoco habría prendido si no le hubiera servido a los enemigos del gobierno para atacarlo, para negarle legitimidad. Más allá de exabruptos como los del general Luciano Benjamín Menéndez, que dijo en cada uno de sus juicios que «los guerrilleros del setenta están hoy en el poder», la prensa más conservadora, tipo *La Nación*, retomó el sonsonete y lo elevó a la categoría de certeza. Allí aparece —con perdón de los juicios de intenciones— otra de mis dudas: es obvio que, para el gobierno, usar el discurso setentista no es pura ganancia: también lo enfrenta a ciertos sectores de la población. A muchos menos, por supuesto, que los que se molestarían si no hubiera existido esa reescritura previa del proyecto setentista —el «país mejor» en lugar de la «patria socialista»— pero, aun así, a muchas personas. Lo cual me hace pensar que debió haber, en el principio, algo más que cálculo, pura astucia taimada. Pero esa comprobación no acerca sus realidades a los «sueños setentistas».

Uno de los argumentos que más esgrimen unos y otros para

demostrar su afirmación es que la «generación del 70» ocupa cargos importantes en el gobierno kirchnerista. Para empezar, la idea de «generación del 70» es perfectamente discutible. ¿Cómo se define una generación? Un observador externo podría decir que es el conjunto de personas que en un momento dado compartieron, por edad y convicción, ciertas ideas, actividades, producciones. En tal caso, la susodicha generación estaría integrada por todos los que militaron en alguna de las muy distintas opciones revolucionarias que se ofrecían entre 1960 y 1976. Ese conjunto comprendió tanta gente tan variada —jóvenes estudiantes, viejos sindicalistas, villeros, psicoanalistas, torneros, abogados, peronistas, maoístas, mi tía Juanita, maestros, periodistas, actores, leninistas, trotskistas, Carlos Menem, empleados de comercio, madres de familia, filósofos, obreros de la Fiat, diputados nacionales, intendentes de pueblo, peones, taxistas, José Pedraza, médicos cardiólogos, yo mismo, un estanciero, dos financistas, ladrones, cantautores, bancarios, guevaristas, físicos atómicos, Coti Nosiglia, un sargento primero— que no resulta sorprendente que después tomaran los rumbos más diversos. Algunos de ellos creyeron mantener sus ideas —más o menos adaptadas a los cambios climáticos —, otros las desecharon por completo. ¿Por qué habría que imaginar que un montón de personas ya disímiles van a seguir pensando igual tres o cuatro décadas más tarde?

La definición del observador externo, entonces, sería inoperante: a efectos de sus vidas presentes, importa poco que fulano y mengana y zutana y perengano hayan pensado parecido, cuando fulano es un conocido ingeniero atómico gay que vive en Houston y mengana acaba de jubilarse como operaria en un taller textil para cuidar a los hijos de su hija soltera y zutana es abogada de empresas privatizadas con oficina en Puerto Madero y misa en el Pilar y perengano lleva treinta y dos años en una fosa común en Campo de Mayo.

Así visto, entonces, como definición presente, «generación del 70» no significa nada. A menos que intentemos la opción subjetiva: definir a la «generación del 70» como el conjunto de los que todavía se autoperciben y reivindican como pertenecientes a ella, y suponen que esa pertenencia es decisiva en sus vidas. Como si el entomólogo, en vez de contar los ojos del mosquito, le preguntara cuántos cree que tiene; como si el médico dejara que su paciente se diagnosticara. Según ese método, claro, una pareja que se fue a su pueblo a lucrar con el préstamo usurero sería lo mismo que sus ex supuestos compañeros que, en ese mismo momento, morían peleando para eliminar ese tipo de explotación —y muchas otras. Según ese método, Hitler estaba limpiando el mundo de sus lacras y cada Bush intentó llevar la paz y la concordia a los últimos rincones de la tierra.

O sea: que no creo que exista una «generación del 70», sino una

cantidad de gente que hizo cosas muy distintas en esos años y que, desde entonces, las hizo más distintas todavía. Entre ellos, esos gobernantes que ahora reivindican su afinidad con las ideas que suelen asociarse a esa «generación» y que, en muchos casos, practicaron todo lo contrario. Todo eso sin dejar de lado ese dato que —evitando los usos lacrimógeno-hagiográficos— debería ser central: buena parte de esa generación fue asesinada. Hablar de lo que hace ahora la «generación del 70» se parece a atribuirle a mi bisabuela muerta en Treblinka los crímenes del Estado de Israel.

(Y, de mientras: yo creo que ese grupo de personas que activamos en los sesenta y setenta somos, sin duda, el grupo social más fracasado de esta larga racha de fracasos que es la historia argentina. Como dijo, en un libro reciente, Carlos Fleitas: quisimos cambiar la sociedad, hacer un país tan diferente. Ahora, cuarenta años después de ese propósito, la Argentina es un país infinitamente peor que aquel contra el cual luchábamos: un país mucho más pobre, mucho más injusto, mucho más bruto, mucho más enfermo: mucho más difícil de vivir. Debe haber otros baremos, supongo, menos drásticos, para medir éxitos y fracasos. Y es cierto que no estábamos solos, pero no me parece que sirva como excusa decir que los militares nos mataron varios miles: si los militares nos mataron varios miles fue porque presentamos la batalla equivocada, otra que supimos perder por goleada. Perdimos la pelea que decidimos empezar: eso es fracaso. Pero, insisto, el fracaso central es más amplio: es la Argentina, es haber facilitado/permitido que este país sea tanto peor que el que nos parecía intolerable entonces.)

En cualquier caso, el lugar común que pretende que la «generación del 70 está en el poder» quedó instalado. El argumento de «la generación» facilita dos reescrituras de la historia al mismo tiempo. Una, que acepta que el kirchnerismo encarnó aquel proyecto político de cambio y entonces, dice, demostró su inutilidad: como quien dice menos mal que perdieron, ahora que gobiernan, miren lo que hacen.

—¿Para esto querían ganar? ¿Éstos eran los que decían que iban a hacer un país mejor? Si roban igual que todos…

Y, así, descalifica la política de aquellos militantes gracias a su supuesta manifestación actual.

La otra reescritura centra —sigue centrando— la lectura de esa época en la violencia política. Es otra discusión que habría que retomar: el lugar común según el cual la violencia fue el rasgo decisivo de la militancia de los años sesenta y setenta. Ahí está el nudo del discurso de los militares y los ricos argentinos sobre el

período: la forma de disimular, a partir de una verdad evidente, otras verdades tan evidentes como ésa: que, además de militantes armados, había miles y miles de personas que militaban sin armas en sus fábricas, gremios, barrios, escuelas, universidades. Que estaban de acuerdo, en muchos casos, con el uso de las armas, y en muchos otros no. Eran los más peligrosos a mediano plazo y, por eso, fueron los más reprimidos, los más asesinados. Pero a los militares y los ricos les conviene una memoria en que la violencia sea la única forma en que se manifiesta la voluntad de cambio real, para demonizar esa voluntad —en nombre de la democracia. Y la Memoria kirchnerista retomó esa idea de los setenta, la apuntaló con las herramientas del Estado.

El efecto paradojal —o no— del discurso setentista del kirchnerismo fue que facilitó una nueva demonización de los demonios: al hacer un uso político de aquella historia, reabrió el debate político sobre ella: necesario, interesante. Uno de cuyos resultados fue que los conservadores aprovecharon la legítima desacralización de las víctimas de la represión para volver a poner en circulación el tipo de argumento que habían tenido que guardarse durante treinta años. Así pudieron, después de tanto tiempo, volver a recordar que aquellos militantes, que habían sido transformados en jóvenes «idealistas» amorfos —tal como las efigies de Guevara pueden adornar un reloj, una remera de marca, la bandera de una barrabrava —, eran militantes de izquierda que no descartaban el uso de la violencia para buscar sus objetivos. Y consiguieron una vez más asimilar toda la práctica política de los años sesenta y setenta con la idea de prepotencia, de patoterismo —de «montonerismo»—: en síntesis, con la idea de violencia.

Lo cual abrió, a su vez, el camino a discursos morales sobre la violencia, que evitan cualquier contextualización, que no toman en cuenta el momento, las condiciones históricas. Una crítica moral que, por supuesto, se centra sobre aquel ejercicio de «la violencia» y deja de lado la consideración de aquellos proyectos políticos. ¿Cómo no lo harían si el gobierno, el supuesto representante del setentismo, dice que cumple los sueños de aquella generación entregando becas y subsidios? O sea: también el gobierno deja de lado los proyectos políticos de aquellos militantes y los convierte en portaestandartes de un vaguísimo «cambio», de la búsqueda de una «sociedad mejor» —como si alguien buscara alguna vez una peor. Lo que se trata de dejar de lado sistemáticamente es que esos militantes no querían una sociedad mejor: querían otra, una forma radicalmente distinta de organización social.

Si los «defensores» de los militantes setentistas los despojan de su contenido político, sólo queda la lucha por la lucha misma —y,

entonces, la crítica «moral» es una respuesta coherente. Por eso creo que vale la pena recuperar ciertos datos sobre la violencia de los años sesenta y setenta. Hablamos, para entendernos —¿dije hablamos para entendernos?—, de violencia política. Pero después pretenderemos que casi toda violencia lo es. Y casi toda política, también.

La Argentina, es obvio, es una sociedad formada a partir de una colonia. Digo, para introducir mi primer axioma tonto: las sociedades que fueron coloniales tienen un acceso más directo a la violencia política. O más visible, por lo menos.

Porque tienen en su origen, en sus libros de historia, en sus mitos fundadores, la violencia política. Las sociedades coloniales fueron demasiado obviamente fundadas por la violencia «ilegítima» de los conquistadores. Pero fueron, después, redimidas y refundadas por la violencia «legítima» de los próceres. Nuestras sociedades requirieron, para constituirse como países a principios del siglo XIX, el recurso a la violencia política. Las guerras de independencia son nuestro mito fundacional; sus guerreros son los padres de nuestras patriecitas. Decía, por ejemplo, un general José de San Martín: «Cuando la Patria —decía Patria, por supuesto, con mayúscula— está en peligro, todo está permitido, excepto no defenderla».

Crecimos convencidos de que esa violencia era necesaria. La mayor justificación estaba en las escuelas sarmientinas. Crecimos aprendiendo que nuestros mejores héroes, los que ocupan los monumentos más marmóreos, las avenidas más pulidas, son los que mataron más y más duros enemigos. El general San Martín es el campeón indiscutible; Belgrano, Moreno, Güemes también pelearon y mataron para liberar a la patria naciente de su opresión intolerable — o eso, al menos, decían los manuales.

La legitimidad de esa violencia política está tan bien instalada en nuestra simbología oficial, en nuestras canciones nacionales, en nuestros corazones escolares, en nuestro callejero que, en los años sesenta y setenta, sólo se precisaba una operación de asimilación para justificar el nuevo recurso a la violencia política: bastaba con postular que la Patria estaba nuevamente oprimida por potencias extranjeras para que cualquier combate por ella se inscribiera en sus mejores tradiciones. Ése es el chiste de la teoría —política— de la dependencia y la propuesta de «liberación»: Patria sí, Colonia no, decía un slogan de época, que sintetizaba todo esto. Para construir la Patria contra la Colonia era lógico retomar los métodos de construcción de patrias que nos habían enseñado en las fiestas escolares. La violencia fundacional nos permitió liberarnos del Imperio y establecernos como naciones independientes. Si había otro Imperio, cualquier reacción violenta contra el poder de esos colonos y de sus representantes nativos era

completamente válida. Estados Unidos y las oligarquías nacionales, se llamaba eso entonces. Guerra de liberación, se llamaba eso entonces.

No era la única justificación: Karl Marx había dicho —y tantos otros repetido y sostenido con análisis convincentes— que la violencia era la partera de la historia. Por otro lado, estaba muy claro que cada vez que la democracia argentina se pasaba de una raya que no era fácil discernir, los militares argentinos se ponían el penacho de plumas y retomaban el mando que, de tanto en tanto, delegaban en algún civil. Estaba claro, obscenamente claro que el asiento del poder era la fuerza de sus armas. Entonces muchos afirmaban que nadie podía pensar en una política de llegar al poder —en una política— sin contar con algún modo de armas.

Y había una tercera operación, sintetizada en una frase de otro militar, uno que la Argentina requirió y odió sin parar durante cincuenta años: el teniente general Juan Domingo Perón decía que «la violencia de arriba engendra la violencia de abajo». Volveremos — sobre eso.

La política de lucha armada de izquierda en la Argentina duró menos de diez años, sus partidarios consiguieron un espacio político y social importante y se acabó cuando los ricos argentinos ordenaron a los militares argentinos que ejercieran una violencia mucho más brutal. Yo sospecho que esa violencia no era proporcional a la amenaza que sufrían pero creo, también, que sí era proporcional al miedo que esa gente sintió: fueron los primeros en sobrevalorar esa amenaza. Y además les venía muy bien: la famosa utilidad del enemigo —que el peronismo de los doctores Kirchner ha llevado a cumbres borrascosas. Pero, en general: si el miedo por dos torres cayendo puede darte un mundo, el temor a miles de militantes te asegura un país.

Conocemos esa historia. Ese período sirvió para que la Argentina hiciera su única contribución reciente al lenguaje global: la palabra *desaparecidos*. Y se saldó con el mito de la interrupción: que ese período de violencia desatada del Estado había sido un paréntesis en el «normal desenvolvimiento de las instituciones de la república» y que, una vez cerrado, retomábamos la frase anterior. Business volvían as usual y la democracia restituía la vida conocida, el país que había sido. Ése fue el leitmotiv de la restauración democrática. Terminada la pesadilla, despertábamos y todo recuperaba su lugar.

Enorme mayoría de argentinos —y los pocos extranjeros a quienes importaba— compraron ese mito. Tardaron muchos años —muchos tardarán algunos más— en descubrir que no había sido así. La violencia militar había sido partera de otra historia. Fue la piedra, bruta piedra, sobre la cual se edificó, Pedro, esta iglesia: esta

Argentina.

No hubo paréntesis: somos el producto de aquella violencia. Nadie sabe cómo habría sido la Argentina sin esa violencia del Estado, pero ciertamente no habría sido así.

Vaya a saber qué habría pasado en la hipótesis —casi impensable— de que el ganador hubiera sido el otro bando. Los perdedores sosteníamos que nuestro objetivo era la construcción de una sociedad socialista en la Argentina; siempre podrá discutirse si era factible, qué ventajas y desventajas habría tenido ese modelo. Se puede pensar que la concepción autoritaria y militarista que mostraron las organizaciones guerrilleras en su última etapa se habría impuesto; en tal caso el resultado social de esos esfuerzos habría sido nefasto. O quizá no. Pero sin duda no sería este país: ganaron los que trataron de impedirlo, los defensores de una sociedad capitalista de mercado en la Argentina. Pero claro, los encargados de defenderla se pasaron un poco de rosca en su misión de guerra, y entonces quedaría feo que radicales, peronistas, liberales y la señora Tota aceptaran y asumieran que si pueden seguir viviendo en esta Argentina capitalista es porque los militares hicieron el trabajo sucio de deshacerse de los que queríamos, entonces, otra cosa.

Otro axioma tonto: la violencia del Estado argentino a fines de los setenta fue una guerra defensiva de la democracia de mercado contra el ataque de quienes la juzgaban injusta y querían destruirla. El planteo parece de Perogrullo pero no debe ser, porque pocos lo dicen. Quizá porque supone algunas palabras viejas, como sistema capitalista: palabras de la época en que no se intentaba simular que era el único sistema posible. Quizá porque es muy difícil pensar, desde el imperio de la democracia, épocas que no la tenían como único dios verdadero. Quizá porque pone a la violencia en un lugar un poco más complejo.

Aquella violencia estatal defendió el sistema de delegación democrática —amenazado, se supone, por grupos que querían reemplazarlo por otras formas de gobierno. Pero además la violencia estatal acabó con las posibles resistencias a un plan más complejo. Al destruir la fuerza de los sindicatos y de los partidos antisistema, dejó el campo libre para la conversión de una economía industrializada y relativamente autosuficiente en una economía agroexportadora e importadora de productos manufacturados. Esta transformación dejó sin trabajo a millones de personas: esa política nunca habría sido posible sin ese debilitamiento de las organizaciones políticas y sindicales de los que estaban por ser expulsados del sistema.

Esos años de violencia militar fueron el cimiento de los cambios más profundos que se produjeron en la Argentina en todo el siglo XX.

Pero los cambios no estaban terminados: los gobiernos democráticos los perfeccionaron y consolidaron. Se trataba —en síntesis y con perdón— de terminar de latinoamericanizar a la Argentina.

Octavo axioma tonto: la violencia estatal-militar argentina fue el lanzamiento de la campaña de latinoamericanización de nuestro país.

En los últimos veinticinco años sus ricos trajeron por la fuerza la Argentina a Latinoamérica. Latinoamérica, por desgracia, no sólo es una mezcla de culturas, ciertos libros, las canciones, idiomas que a veces se parecen. Es, sobre todo, ciertas formas sociales y económicas, cierta organización política y social. La Argentina de los años veinte concentraba la mitad del comercio exterior y los ferrocarriles de América Latina, el 55% de su papel de imprenta, el 58% de sus automóviles, el 60% de su correspondencia y el 73% de su oro. Era, con todo, diferente. Decíamos: en los setenta empezaron a convertirla en una economía agroexportadora e importadora de productos manufacturados —que no tuviera, entre otras cosas, obreros que demandaran cosas. Y que ocupara, en el famoso concierto de las naciones, el lugar que los países centrales querían adjudicarle. Hay, incluso, documentos: órdenes del secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger a su embajador en Buenos Aires, sin ir más lejos, marzo de 1976, que recomendaban que el proyecto económico de la Junta Militar pusiera «el énfasis en la disminución de la participación estatal en la economía, promoción de la exportación, atención al relegado sector agrícola, y una actitud positiva hacia la inversión extranjera».

Era, nos decían, la construcción del «capitalismo moderno». Y, junto con eso, de un Estado débil, cautivo de los ricos, que no asegurara la educación, la salud, la seguridad de sus ciudadanos. Y, sobre todo: la polarización de las clases sociales, la consolidación de un sólido tercio de ciudadanos pobres, la caída de la clase media, la distribución cada vez más desigual de la riqueza. Un país latinoamericano, en el sentido más brutal de la palabra.

Insisto: ninguno de esos cambios podía conseguirse sin violencia. Incluso los violentos por excelencia de la historia argentina sabían que había lujos que no podían permitirse: «En el gobierno del Proceso los jefes militares decían que no podía haber desocupación ya que cada desocupado era un guerrillero en potencia», escribió hace unos años el ideólogo de derecha Juan Alemann en el diario de la derecha, *La Nación*. Esta desocupación, esta miseria sólo les resultaron posibles cuando su violencia había acabado con cualquier amenaza de oponerse con eficacia a ellas. Para eso la necesitaban.

Pero la palabra violencia es engañosa: suele pensarse como un

estallido, un exabrupto: palos que quiebran, fuego que traga, balas que desgarran. Hay otras formas de contar, sospecho, la violencia. Ahora es cuando empiezan los problemas: si acordamos en que no hay nada más violento que un Estado que obliga a sus ciudadanos a pasar hambre, morirse antes de tiempo o, por lo menos, no esperar casi nada de la vida, ¿qué oponerle?

En términos de violencia cotidiana, el mundo se ha vuelto mucho más violento desde que la primera gran violencia descubrió que no podía oponérsele ninguna violencia equivalente: desde la caída del dique de Berlín.

Lo cual nos lleva al decimocuarto axioma de tres por diez: lo que llamamos civilización es una cristalización del nivel de violencia en el punto en que la violencia deja de ser percibida como tal.

Hasta que, porque sigue creciendo, porque la cristalización es ilusoria, vuelve a ser percibida como tal, y entonces se producen —a veces— cambios de civilización.

Sintetizando: la Argentina latinoamericanizada significa mayor violencia normalizada del Estado —menos cuidados, más maltratos. Y también la aparición de una violencia desarticulada que se cuela por todos los agujeros. La pauperización aumenta la criminalidad, la criminalidad aumenta un poco la inseguridad, los medios aumentan mucho la sensación de inseguridad y los honestos ciudadanos que votaban alianzas imposibles piden la mano dura del hombre fuerte. O sea: más violencia del Estado.

Fue un desvío: volvamos a la violencia política y su crítica moral. Es maravilloso decir yo estoy en contra de todo tipo de violencia. Yo también estoy en contra de todo tipo de violencia, por supuesto. Pero es probable que ninguno de los que lo dicen ataquen a San Martín por haber peleado contra los españoles en Chacabuco, ni siquiera en Cancha Rayada. O que descalifiquen a los resistentes franceses que trataban de impedir que los nazis siguieran matando judíos a cuatro con veinte la docena. Te dirán que no, que en esos casos era necesaria, que era lógica y justificada, porque nadie se atreve a decir que era mejor seguir siendo colonia o vivir en un mundo nazi. Con lo cual toda la discusión terminará tratando sobre oportunidades, sobre subjetividades: cuándo se justifica pelear y cuándo no, cuándo cada quien considera que es lícito pelear.

Lo cual supone dos corolarios: la aceptación de que, por desgracia, nunca hubo cambios políticos importantes que no requirieran cierta violencia para imponerse. Y que, por lo tanto, la crítica moral de la violencia es un lujo de épocas bobas, de momentos en que no hay en juego nada que la justifique. O, dirán algunos, a la Fukuyama, un lujo de estos tiempos en que ya llegamos al final del

camino, la democracia que es el grado más alto de civilización que puede alcanzar la humanidad. Para decir —como quien no lo dice— que un mundo donde mueren veinticinco mil —acabo de escribir veinticinco mil— personas por día —acabo de escribir por día, son más de mil por hora, son diecisiete por minuto— por causas evitables es un logro humanitario impar.

El problema de la violencia no es moral: es físico, es concreto. Ya lo dijo el Padrino cuando se parecía a Marlon Brando: «No me gusta la violencia, Tom: yo soy un hombre de negocios. La sangre es un insumo caro». La violencia —¿qué significa hablar de «la violencia»?— es mala: duele, hace mucho daño. Yo estoy contra todo tipo de violencia porque, en general, cuando hay alguna violencia social los más perjudicados no son los que ahora lanzan sus críticas morales de dedo levantado sino los otros, los que están más cerca mío. Es obvio: los que tienen poder tienen el poder de defenderlo con violencia, y siempre lo han usado.

Decía: hasta ahora, nunca hubo cambios políticos importantes que no requirieran cierta violencia. Uno podría vestirse de optimista y suponer que el gran cambio político que podemos esperar es la posibilidad de producir cambios políticos importantes —cambios reales en la organización de nuestras sociedades— sin violencia. Ojalá aprendamos cómo. Todavía no sabemos, pero es la meta más legítima.

Mientras tanto: es curioso cómo se reescribió la historia de los años setenta. Hoy la mayoría de los argentinos tienden a olvidar que estaban en contra de la violencia revolucionaria, que preferían el capitalismo y que estuvieron muy satisfechos cuando los militares salieron a poner orden. «Ostentamos el dudoso mérito en ser el primer país en el mundo que juzga a sus soldados victoriosos, que lucharon y vencieron por orden de y para sus compatriotas», dijo uno de los asesinos —y tiene razón. Pero la sociedad argentina se armó un relato según el cual todos estaban en contra de los militares o, por lo menos, no tenían ni idea. Es cierto que no podían haber imaginado que esa violencia era tan bruta, tan violenta, pero había que ser muy esforzado o muy boludo para no darse cuenta de que, más allá de detalles espantosos, las fuerzas armadas estaban matando con renovados bríos.

El relato de la inocencia mayoritaria se ha impuesto, pese a sus contradicciones evidentes. Los mismos medios que ahora cuentan con horror torturas y asesinatos las callaron entonces; los mismos partidos políticos que se hacían los tontos ahora las condenan; los mismos ciudadanos que se alegraban privada y hasta públicamente del retorno del Orden ahora se espantan. Y todos ellos conforman esta masa de ingratos a la que se dirige el asesino hijo de puta: «luchamos por y para ustedes» —les dice y, de hecho, los militares preservaron para

ellos el capitalismo y la democracia de delegación. Pero la sociedad argentina se ha inventado un pasado limpito en el que unos pocos megaperversosasesinos como éste hicieron a espaldas de todos lo que ellos jamás habrían permitido, y les resulta mucho más cómodo. Como les resulta mucho más cómodo, ahora, indignarse con el ex que repensar qué hicieron entonces, a quién apoyaron, en qué los benefició la violencia de los represores, y lo fácil que les resultó, muchos años después, asombrarse, impresionarse e indignarse.

«Es tan barato llenarse la boca hablando de saldar las deudas con el pasado, que hasta lo hacen todos ésos», escribí, cabreado, en 2004. «El truco es fácil: hacer como si ese pasado fuera un museo, un conjunto de ruinas griegas. En vez de tratarlo como lo que es, origen del presente y del futuro. O, a lo sumo, tomar los efectos presentes del pasado en su sentido más vaporoso: es lo que hacen cuando hablan de acabar con la impunidad militar porque da un mal ejemplo a la sociedad y después abundan los ladrones.

»Digo, repito: es fácil sentirse probos y decentes metiendo presos a un par de militares que ya no significan nada —o meterlos presos reduciendo su significado a una cuestión entre moral y policial. Lo interesante, si queremos acabar con ese pasado, sería dedicarse a sus efectos presentes, materiales: este país de mierda. Pero eso es mucho más complicado, porque habría que meterse con los que sí conservaron el poder.»

Aunque, últimamente, más sectores se acercaron a la idea de que el efecto más grave de esos crímenes no fueron los crímenes en sí mismos —con ser tan graves— sino la Argentina actual: que somos la sociedad que esos militares empezaron a armar. O sea: empezaron a leer como continuidad lo que siempre se había leído como corte, y a buscar a sus beneficiarios: se dividían ciertas aguas. El gobierno de los doctores Kirchner adoptó, en casos en que le convino, esa idea de la continuidad. Cuando rompió con el grupo Clarín, por ejemplo, después de varios años de feliz sociedad, los reproches por sus actitudes en la dictadura y por el origen de los hijos de la viuda de Noble fueron su arma principal, incontestable.

Y el discurso de la continuidad criminosa apareció más serio aquel día de 2009 cuando Estela de Carlotto dio, en la Plaza de Mayo, una lista de los que estaban y siguen estando, de los que aprovecharon y aprovechan: «…los Macri, los Herrera de Noble, los Bunge & Born, los Pérez Companc, los Rocca, Fortabat, Blaquier y su Ingenio Ledesma, la Sociedad Rural Argentina, Mercedes-Benz, Ford, Techint, Acindar y tantos más». Pero, si se rompía la idea del paréntesis, se hacía preciso debatir en qué consiste la continuidad de aquel proceso, dónde está, dónde no: ¿en *Clarín* y *La Nación*, Macri y Techint, o también en un

gobierno que paga la deuda externa y mantiene una desigualdad extrema? Como en tantos otros actos del peronismo kirchnerista, una idea noble se degradaba en una realización bastarda: utilizaron la complicidad con la dictadura de un par de empresas para atacarlas cuando dejaron de ser sus socios. E incluso tras ese descubrimiento tardío de la culpa de unos pocos, siguieron trabajando con empresas y empresarios —y muchas otras personas— que tenían por lo menos tanta relación con la dictadura como el grupo Clarín.

En síntesis: esa Memoria, que se pretende monumental, inconmovible, cambia; los recuerdos se van modificando según cuándo, cómo, para qué. Esa Memoria —el gran relato argentino de las últimas décadas— tuvo, hasta ahora, tres fases bien distintas. Las tres tuvieron un elemento común: fueron escritas por los derrotados. Desde el principio los ricos argentinos, que conservaron su poder gracias a la intervención militar, tuvieron que aceptar que esa intervención —cuyos modos no podían defender— fuera demonizada y, así, la forma del relato y la Memoria no quedó en manos de los que ganaron sino de los que perdimos.

La cuestión es larga y complicada; para tratar de sintetizarla quiero intentar una periodización de sus etapas; las fechas son, como siempre, aproximadas.

1977-1995: el militante como víctima. Cuando las primeras Madres de Plaza de Mayo empezaron a recorrer despachos y vicarías pidiendo por sus hijos, lo último que podían hacer era reconocer la militancia de esos jóvenes —que, además, en muchos casos ignoraban. Así que los presentaron como ingenuos que cayeron víctimas de la maldad extrema de un aluvión de perros sanguinarios.

Esta forma pasó a su vez a los organismos de derechos humanos y cristalizó en el *Nunca Más*: en ese texto, los secuestrados y asesinados son personas que no tienen historia previa, que sólo se narran en la medida en que son secuestrados y asesinados. Por eso el discurso común empezó a llamarlos, colectivamente, los desaparecidos. En ese relato todo el acento estaba puesto en la maldad incomprensible de los malos; al disimular la elección política de los reprimidos, la versión diluía la finalidad política de la represión. Además, muchos seguían pensando que si identificaban a las víctimas como militantes justificaban —de algún modo— su destino trágico: era la forma progre, defensiva del algo habrán hecho, por algo será.

1996-2003: el militante como militante. Frente a eso hubo quienes empezaron a decir, tiempo después, que recordar a todas esos hombres y mujeres como objeto de las decisiones de sus verdugos y no como sujetos de sus propias decisiones era un modo de volver a desaparecer a los desaparecidos —en la medida en que se los privaba

de su historia, se los transformaba en otros. Se emprendieron entonces ciertos esfuerzos por recuperar las historias de quienes hasta entonces sólo habían sido víctimas; se empezó a saber más sobre sus vidas y elecciones, y se empezó a decir que la mayoría de las víctimas de la dictadura lo fueron porque habían elegido pelear por una forma de sociedad radicalmente distinta de la que defendían los militares.

Esa nueva forma de la Memoria permitió dar a esas historias un sentido más general —más político—, y permitió también recordar que los asesinos no mataban por perversión sino por preservar una forma social y económica, que triunfó y fue la base de la Argentina contemporánea. Esa parte era la más difícil de aceptar: implicaba admitir que nuestro país es el que es porque aquellos militares derrotaron a aquellos militantes: que su dictadura no fue un paréntesis en nuestra historia sino la fundación de nuestra sociedad actual, que vivimos los resultados —¿los frutos?— de ese proceso, y que los triunfadores de hoy les deben sus triunfos. También quedó pendiente una discusión más seria y documentada sobre los proyectos y prácticas de los militantes revolucionarios, sus aciertos y errores.

2004-2010: el militante como héroe indefinido. Cuando llegaron al gobierno, los doctores Kirchner empezaron a reivindicar a los militantes setentistas como su referencia histórica, su precedente heroico. Para eso tuvieron que falsear esas historias: como no tenían ninguna intención de retomar las convicciones socialistas que los habían llevado a la muerte, los transformaron en unos raros activistas socialdemócratas: revindicaron su militancia pero la vaciaron de su contenido y su proyecto. Así, esos militantes podían ser usados como mito de origen de un gobierno que trataba de reconstruir el Estado burgués argentino para que pudiera funcionar dentro del capitalismo globalizado —y conservar su poder.

La Memoria sirvió, durante este período, para justificar escaramuzas del gobierno contra otros sectores con los que estuvo aliado y de pronto peleó, como el grupo Clarín. Con su estrategia, los Kirchner crearon una confusión fundamental: que ahora los montoneros mandan, que este gobierno es la concreción de las voluntades de aquellos hombres y mujeres. Es sorprendente: cualquier comparación veloz de las ideas políticas de unos y otros muestra la diferencia abismal entre esos militantes que querían un mundo sin ricos y estos ricos empresarios que no paran de hacer plata. Pero en una sociedad sin proyecto, donde cualquier posibilidad de construcción fue reemplazada por el pragmatismo más barato, la retórica puede ocupar el lugar de la política, y algunos intelectuales se conformaron con ese poco de oratoria y cerraron los ojos a la realidad que la rodea: se dejaron arrullar. Ellos ayudaron también a que el equívoco se difunda y se amplifique; por sus grietas se filtra la última

fase —todavía incipiente— de la Memoria.

2010: el militante como monto patotero. La fase recién empieza y, por lo tanto, no es fácil nombrarla todavía. Aparecen las primeras pistas: el uso de la Memoria como arma arrojadiza —en conflictos como el de Papel Prensa, donde una medida antimonopólica justa no se justifica por su propia justicia sino por el origen supuestamente espurio de la empresa— ha terminado por soliviantar a muchos, y catalizó el cambio incipiente en las formas de pensar los setenta. Cuando la doctora Fernández vuelve a poner en circulación a David Graiver y a su testaferro amenazado por «Peñalosa y el doctor Paz» revive, sin la menor crítica, la zona más nefasta de la historia montonera: la de una conducción que manejaba su dinero de secuestros con la ayuda de un banquero muy dudoso, una conducción mesiánica que terminó traicionando a sus propios militantes.

Lo cual permite a los portavoces de la derecha revisar las formas predominantes de la Memoria. Durante años la presión social los obligó a aceptar esa imagen del joven bienintencionado que murió por sus convicciones; ahora, gracias a las maniobras torpes del gobierno, sienten que pueden relanzar la imagen de la militancia setentista que sus medios y su propaganda armaron en 1975 para justificar la matanza: los militantes como seres violentos, peligrosos, falsos, resentidos, llenos de odios y codicia, que merecían lo que estaba por pasarles. Para eso retoman la operación que siempre intentaron: centrarse en algunos dirigentes siniestros y pretender que sus conductas eran las de todos, opacando la honestidad y buena voluntad de la gran mayoría: el efecto Galimberti-Firmenich.

Cuando ya parecía imposible, los sectores que ganaron, con el golpe de 1976, la batalla social, económica y política, lanzaron su contraataque cultural, y ahora quieren controlar también las formas de la Memoria. Se lo deben a la truchada de los doctores Kirchner. Que ni siquiera supieron manejarla con destreza; una vez más escupieron para arriba: con sus errores y exabruptos arruinaron su versión de la historia, se cargaron el mito de origen que se habían atribuido. Ahora, en esta nueva imagen (re)emergente, los montoneros de ayer se parecen a los Kirchner de hoy: gritan consignas justicieras mientras hacen negocios turbios con banqueros —y vuelven a ser, por lo tanto, un blanco fácil. Este gobierno ha vuelto, de otro modo, a desaparecer a los desaparecidos.

Que el gobierno de los doctores Kirchner sea «setentista» es una idea que hace agua por todos los costados. Salvo, quizá, por uno que se ha explorado poco. Cierta gente definía a los años setenta como el tiempo del «pensamiento mágico» porque miles —o millones— de personas imaginamos que podíamos cambiar el mundo —empezando

por el país— con la fuerza de nuestra voluntad.

Decían también que esos cambios eran imposibles, y que sólo podían haberlos esperado quienes se dejaran engañar por una ilusión muy alejada de la realidad: por su pensamiento mágico. No se les ocurrió que esa forma del pensamiento mágico era un error de magos inexpertos.

Ahora, tres décadas más tarde, el doctor y la doctora Kirchner corrigieron la idea: entendieron que la magia nunca trata de cambiar la realidad, sino de producir la ilusión de que lo hace. Ningún mago saca de su galera una paloma: hace como que la saca, nos convence. Ningún mago parte por la mitad a su bataclana: nos lo hace creer, con sus pases y sus abracadabras.

Ése es el verdadero pensamiento mágico. En una época que se define por un consenso muy extendido de que nada puede cambiar radicalmente, el doctor y la doctora ofrecieron la ilusión de que producían ciertos cambios. Nada importante —porque de todos modos no se puede—, pero algo. Mucho menos, por supuesto, que lo que parece; para todo el resto, está la magia del relato.

6
Ejército

sus. mas. sing., argentinismo: estructura militar incapaz de cumplir con sus supuestos —inciertos— objetivos militares eventuales. **2.**: Foco de poder que perdió su poder.

Durante décadas el ejército argentino fue la fuerza armada que los ricos argentinos necesitaron para garantizar su monopolio de la violencia. Entonces, e*jército* era una de las palabras decisivas. Ya no lo es.

Hace un par de años me dio por preguntarme en público lo que me había preguntado muchas veces en privado: para qué tenemos un ejército. O, como yo no tengo nada: para qué existe el ejército argentino. Durante más de un siglo, la respuesta fue más o menos clara: el ejército —tierra, agua o aire— era el reaseguro armado de los ricos argentinos contra la posibilidad de un levantamiento de los sectores que querían compartir su poder, socavar su poder, sacarlos del poder: era su arma para conservar el poder. Así funcionó cuando se acabaron las guerras territoriales —contra los indios, contra los paraguayos, contra las provincias— y los que se alzaban eran los radicales, en 1890, en 1905; así funcionó, a partir de 1930, cada vez que los gobiernos democráticos no parecieron aptos para mantener la hegemonía de los ricos —porque eran populistas, porque molestaban a las grandes corporaciones, porque no conseguían reprimir todo lo necesario—; entonces los señores convocaban un par de reuniones, doraban píldoras, prometían prebendas y mandaban al ejército a poner orden —y gobernar, junto con ellos, unos años. El ejército, en esos años felices, era uno de los polos de la política argentina y, precavidos, muchos ricos mandaban a algún hijo menor a formar parte de ese cuerpo, a mantener una mano en el pomo. Era lógico: necesitaban ese poder armado. Pero ahora —por ahora— la democracia les garantiza el control y la supervivencia del sistema, y los golpes están muy desprestigiados y terminan por salir muy caros, así que el ejército ya no les interesa. Por eso, entre otras cosas, lo fueron achicando; por eso, entre otras cosas, ya no mandan a sus hijos al Liceo y ahora los coroneles de la Nación no se llaman Anchorena sino Spichicuchi.

El ejército solía presentarse, también, como el esqueleto de la Patria, el conservador de la famosa tradición sanmartiniana, el

reaseguro contra los enemigos de la argentinidad. La última vez —una de las muy pocas— que el ejército sanmartiniano peleó contra extranjeros fue en 1982, Islas Malvinas, y ya todos sabemos cómo fue: la tontería soberbia de pensar que una banda —casi heroica— de muchachos mal preparados y peor equipados podía abollar siquiera la carrocería de uno de los ejércitos potentes de este mundo. Fuera de eso llevamos, grasiadió, más de cien años sin una pinche guerra externa. Y, lo mejor: sin grandes perspectivas de tenerlas.

En la paz, entonces, hay algo que los ejércitos sí suelen tener y que llaman, pomposamente —porque los términos científicos quedan bien, dan serio— «hipótesis de conflicto». Hace años que me pregunto qué hipótesis de conflicto real puede sostener el ejército patrio. Con los ingleses ni hablar, porque no hay forma de que no perdamos. Con los birmanos, checoslovacos, norvietnamitas y otros demonios soviéticos va a ser complicado —para empezar, porque habría que encontrar una buena excusa; para seguir, porque viven muy lejos; para terminar, porque ya no existen. Con los franceses o los indios o los australianos tampoco suena lógico; quedan, por supuesto, los vecinos. La posibilidad de que vayamos al combate contra Chile, un suponer, por diez leguas de hielos continentales, o contra Paraguay por el agua de un estero, o contra Brasil por un casino en Iguazú o un penal mal cobrado es cada vez más tenue. El mundo actual está lleno de organizaciones y mecanismos para que eso no suceda, y el nivel de conflicto al que —eventual, remotamente— podríamos llegar con nuestros vecinos es perfecto para que lo solucione una de esas mediaciones.

Lo cual es tan afortunado porque, de todas formas, no estamos a la altura. Nuestro ejército —desprestigiado, descuidado, justamente reducido, mal equipado— no sería capaz de combatir dos días seguidos contra Brasil, que ha gastado muchos miles de millones de dólares en aviones, helicópteros y submarinos nucleares, y ni siquiera contra Chile, que también acumula fierros a lo bobo. América Latina sigue llena de pobres, pero nuestros vecinos están derrochando fortunas: el gasto militar en la región se duplicó en los cinco últimos años. Lo cual nos deja dos opciones: o sumarnos de atrás a una carrera carísima que no podemos permitirnos y vamos a perder de cualquier modo, o hacer de necesidad virtud y declarar que no queremos ni precisamos un ejército, transformar la Argentina en un país desarmado —o relativamente desarmado— y decir que somos los más buenos y razonables y maravillosos. Y quizás, incluso, alguien nos crea. Nosotros mismos, por ejemplo.

Sería fantástico. Una medida inteligente, desapasionada, modélica —y además muy rentable. El presupuesto nacional del último año en que hubo presupuesto nacional, 2010, prevé gastar 12.600 millones de

pesos, un 4,6% del total, en las fuerzas armadas. Esos 12.600 millones son poco menos que los 14.300 que se dedican a la asistencia social, por ejemplo —que podría entonces duplicarse. O más del doble que el presupuesto de salud, 5.600 millones —que podría triplicarse: tantos hospitales, tantos remedios, tantos cuidados para tantos millones. O seis veces más que los 2.100 millones del presupuesto de ciencia y técnica; un área que, si recibiera esa inyección, podría ayudar a intentar un país que dejara de ser el sojero de los chanchos chinos. Eso sin contar las numerosas posesiones de las tres fuerzas que podrían servir para escuelas, hospitales, empresas públicas, iniciativas mixtas. Y habría miles de empleados más o menos capacitados que podrían reciclarse en otros empleos —con un lapso largo de readaptación y seguro de desempleo a cargo del Estado. Muchos de ellos, incluso, podrían aumentar las fuerzas de seguridad —que ahora parece una de las prioridades de la política argentina.

Aun así, sería extraordinario. ¿Se imaginan el desfile del 9 de julio de escuelas, asociaciones, clubes de barrio, criadores de llamas y vicuñas? ¿Se imaginan el edificio Libertador sede de tres carreras de la UBA? ¿Se imaginan los dólares de los turistas japoneses por un crucero en verdadero portaaviones a la Antártida? ¿Se imaginan la cantidad de pilotos más o menos preparados que podrían trabajar en Aerolíneas? ¿Se imaginan las grandes granjas cooperativas en las tierras ex militares? ¿Se imaginan al presidente Pepe Mujica declarándonos la guerra para defender sus plantas de papel y a nuestro gobierno diciéndole que sí faltaba más con todo gusto pero nosotros no hacemos esas cosas, que si quiere invadir que invada nomás, que la fuerza es el derecho de las bestias?

Quedaríamos tan bien, sería todo tan lindo: nada te legitima tanto frente a una situación de conflicto como no querer ningún conflicto. Solucionaríamos un par de problemas acuciantes y, de yapa, seríamos un país envidiado, estudiado, un caso testigo, un orgullo menor en una época en que andamos tan escasos de orgullitos: de cómo una sociedad se desembarazó de un parásito arcaizante que no le servía para nada y consiguió convertir esos recursos perdidos en beneficio para su sociedad. Porque, de todas formas, insisto, lo que tenemos es un ejército de utilería, de opereta: un ejército que sirve para decir que tenemos un ejército pero no tiene hipótesis de conflicto razonables ni medios para llevarlas adelante. Un ejército que funciona según las premisas del pensamiento mágico: decimos que existe, pero no existe realmente. En tales condiciones, no tiene ningún sentido conservarlo. A menos que los —nuevos— ricos quieran guardarlo por si de nuevo necesitan patotearnos y matarnos; si así fuera no deberíamos pedir su cierre para mejorar un par de cosas; deberíamos exigirlo por puro instinto de supervivencia.

Y no voy a insistir en el hecho de que el ejército argentino es la institución más violenta de nuestra historia, la más homicida, porque no quiero que las emociones tiñan una propuesta que va más allá: que, en el famoso concierto de las naciones, el poder moral de desarmarse es mucho mayor que el escaso y costosísimo poder de fuego de un ejército que no tiene objetivos.

Cuando la hice más o menos pública, mi posición fue criticada de formas muy diversas. Algunos me decían que el ejército servía para defender nuestros recursos naturales. Era un triunfo de la ideología —nacionalista— contra la historia: imaginar, pese a tantos hechos y evidencias, que el ejército va a proteger los recursos naturales argentinos. ¿Para quién, para la Barrick Gold, para Repsol? Cuando tuvo poder, el ejército entregó más recursos que nadie. La tal entrega no es como en las películas: no vienen hordas de soldados a ocupar los pozos o las minas; llegan en jets privados ejecutivos con valijas de dólares para los funcionarios, jueces, periodistas, militares que pueden ayudarlos a quedárselos. Y el ejército después, si acaso, se los cuida. Otros me decían que tenía que haber ejército porque siempre hubo, o porque son buenos ayudando en tareas humanitarias en caso de catástrofe natural —como si, en esos casos, los fal sirvieran para algo.

Pero la respuesta que más me sorprendió fue la del entonces secretario de Estrategia y Asuntos Militares, Germán Montenegro, el segundo en la jerarquía de su ministerio. El secretario dijo en varios medios que «la Argentina, que no tiene hipótesis de conflicto a corto o mediano plazo, configura a sus Fuerzas Armadas teniendo en cuenta un escenario de incertidumbre». Y que la Argentina no tiene hipótesis de conflicto para sus fuerzas armadas porque «en lo inmediato no hay un país que pueda amenazar la soberanía argentina», aunque —dijo el secretario Montenegro— «tenemos recursos muy importantes, un territorio rico, presentamos reclamos sobre la ampliación de la plataforma continental y no sabemos qué amenazas pueden surgir desde el escenario internacional incierto y cambiante». O sea: que están ahí por si acaso y ya veremos.

No le importó a nadie, aun cuando la ley 23.554 de Defensa Nacional, promulgada en 1988, diga tan claro en su artículo 8º que «el sistema de defensa nacional tendrá por finalidad: a) Determinar las hipótesis de conflicto y las que deberán ser retenidas como hipótesis de guerra; b) Elaborar las hipótesis de guerra, estableciendo para cada una de ellas los medios a emplear…»

Que el gobierno no cumpliera la ley tampoco le importó a nadie. El ejército, entonces, sigue sin saber para qué está. Por eso insisto: me parece que vale la pena pensar qué pasaría si no estuviera. Es el momento, como casi siempre.

Y, quizá, disolver el ejército sería una buena forma de empezar a cambiar nuestra idea de comunidad —la noción de qué es lo que nos une, de quiénes son los que se unen— y dejar de lado esa que llamamos «patria».

El ejército siempre fue el «último reservorio de la patria» y la pelea de los nacionalismos progres —¿nacionalismos progres?— del estilo que el kirchnerismo ha retomado consistió en quitarle ese lugar: en demostrar que la «patria» no era un concepto oligárquico y represivo sino un patrimonio popular. A mí me resulta difícil de aceptar que, para mejorar las vidas de los veinticinco millones de argentinos que el sistema excluye haya que empezar por excluir a todos los que no son argentinos.

Alguien dijo que la patria era el último refugio de los canallas, y creo que pensaba en gente como el general Leopoldo Galtieri y compañía: sólo que aquella vez, abril de 1982, la compañía eran muchos millones de argentinos festejándolo, vivándolo. Sólo la patria puede producir cosas como ésas: que millones de fulanos y fulanas, oprimidos y reprimidos durante años, apoyaran de pronto a sus dictadores so pretexto de defender a la patria contra el enemigo exterior.

(Hay un ejemplo que me gusta en el *Juicio a Eichmann*, de Hannah Arendt: en diciembre de 1941, en Minsk, un Wilhelm Kube, comisario general nazi de la Rusia ocupada, recibió la primera partida de judíos alemanes para el «tratamiento especial». Ya había aplicado ese tratamiento —la muerte, todavía por fusilamiento— a decenas de miles de judíos rusos. Pero cuando recibió a los alemanes se sintió incómodo y escribió una carta: «Soy una persona dura y estoy dispuesto a ayudar a resolver la cuestión judía, pero la gente que viene de nuestro propio medio cultural no es lo mismo que estas hordas de animales nativos», dijo, justificando por qué le parecía improcedente exterminar —judíos— alemanes de la misma forma que exterminaba —judíos— rusos. La idea de patria —de compatriotas, su encarnación más obvia, más visible— resistía. El comisario general había superado la mayoría de los límites posibles: no tenía problemas con matar, no tenía problemas con matar miles de personas porque fueran judíos, pero le incomodaba matar compatriotas. Al fin, por supuesto, terminaría haciéndolo, pero no era lo mismo: la patria se impone allí donde todos los demás conceptos —religión, ley, moral— han dejado de funcionar.)

Son ejemplos extremos: todos los días, con menos rimbombancia, sin clarines, la patria produce esos efectos, esas confusiones. Pensar en términos de patria es suponer que un hombre o una mujer que nació en el mismo territorio que yo está mucho más cerca de mí que otro que no: que el patrón que te explota es mejor si tiene tu mismo

documento, que el ladrón que te roba, que el policía que te reprime, que el líder que te engaña son mejores si tienen tu mismo documento.

Aunque últimamente, en la Argentina, el efecto patria se había difuminado mucho: se volvió cada vez más etéreo, más simbólico. Una cosa era ser argentino cuando ser argentino suponía que uno tenía derecho a una buena educación gratuita, a una buena atención médica gratuita, a comer y dormir y vivir todos los días. Desde que los militares empezaron el proceso de quiebre, de marginalización de millones, ser argentino ya no significa nada de eso —y, por lo tanto, la adhesión a la patria sólo está hecha de discursos, gestos, símbolos. El fútbol, ahora, es uno de las escasos mecanismos que siguen produciendo efecto patria: cuando yo grito el mismo gol que Videla, que Macri, que Tinelli, que Fernández, estoy siendo víctima del efecto patria: compartiendo un sentimiento con gente con quien no querría compartir nada de nada.

Y la historia. En estos últimos años, la revisión de la historia ha tendido a producir ese efecto. No era fácil: el peronismo de los noventa había conseguido deshacer los sentidos de la historia. Lo escribí hace casi veinte años, cuando el riojano prófugo promulgó unos billetes donde Rosas coexistía con Sarmiento, Roca con San Martín: el todo igual nada mejor había llegado, vía pesos, a la historia. Que Rosas y Sarmiento pudieran estar juntos en la guita implicaba que ya no valía la pena discutir si Rosas o Sarmiento: que sus actos no producían diferencias políticas en el presente, que ya no tenían ningún sentido más allá del cuentito. Por eso, supongo, esos años se llenaron de novias del Restaurador y amantes del General: los «próceres como seres humanos» —cuyas políticas se medían por el baremo de la revista *Caras*. Ahora, lo vemos, la historia ha vuelto. Hay libros de historia que se venden como pan caliente o lactal o de pancho o figazzita, hay programas de historia en radios y televisiones, hay avidez; hay un bicentenario. Y hay, sobre todo, una recuperación del discurso nacionalista del peronismo clásico (véase «Relato,» pág. 257). Hay, en general, un efecto patria más eficiente, más profundo, mejor organizado.

Siempre creí que sería bueno que no hubiera más patrias: la idea de patria es armar un conjunto para excluir a todos los demás, para justificar esa exclusión, ese desdén, esas matanzas. La patria es una idea paranoica: siempre funciona en referencia a una amenaza externa. Frente a los diferentes, nosotros los —supuestamente— iguales nos juntamos, nos defendemos, nos queremos.

Siempre quise que se acabaran las patrias: que las afinidades fueran electivas, no por derecho de suelo; que un hombre se pueda sentir más cerca de los que piensan como él, viven como él, esperan

como él —y no de sus meros compatriotas. Que el torturador y el torturado, el explotador y el explotado, el rico y sus empobrecidos, no tengan un espacio común donde —deberían— encontrarse.

(Hay, sí, una defensa económica de la patria, cierto nacionalismo material: si las empresas son argentinas no remiten sus ganancias a otros lugares y —eventualmente— las reinvierten aquí. Lo cierto es que los ricos argentinos en general no reinvierten: gastan en sus lujos, y ni siquiera necesariamente en el país. Lo cierto es, también, que los ricos argentinos ya no funcionan como argentinos: están globalizados. El argumento económico, de todos modos, es una racionalización: hay una razón simbólica —ideológica— previa, que está en la base del nacionalismo: son nuestros hijos de puta; son de los nuestros.)

Los peronismos siempre fueron fuertemente patrióticos, nacionalistas. Se podría pensar que sus políticas de alianza de clases lo necesitaban: si querían que los obreros y los patrones se llevaran bien, se sintieran parte de un esfuerzo común, ninguna goma los pegaría mejor que la patria. Y uno de sus símbolos más resistentes, más resistibles, más degradados: el ejército argentino, que —por suerte— ya no sirve para mucho más que eso.

7
Segurismo

sust. mas. sing., argentinismo: doctrina política que postula que el problema central de una sociedad está en su criminalidad. Aparece en lugares y momentos muy diversos, pero se desarrolla con más facilidad en sociedades donde ha habido cierto deterioro de la situación económica y social de sus clases bajas y medias.

El segurismo no es un invento argentino: sin ese nombre, ha tenido sus grandes momentos a lo largo de la historia. Para citar sólo los más notorios, podemos hablar de Berlín en los años treinta del siglo pasado, Nueva York en los setenta, Bogotá en los ochenta, Buenos Aires en los primeros de este siglo. El segurismo responde al miedo de sectores sociales de clase media y baja —las clases altas suelen tener sus propios mecanismos de autodefensa— que se sienten desprotegidas frente a un aumento de las diferencias económicas que, en ciertos casos, se traduce en un aumento de la criminalidad. Es lo que el segurismo llama «inseguridad», palabra mágica que se constituye en centro de todo enunciado y justificación de cualquier pronunciamiento.

El segurismo, enfermedad infantil del capitalismo de mercado, pretende que las respuestas no deben enfrentar al deterioro social sino a sus consecuencias, por vía de mayor represión. No siempre desemboca en gobiernos más autoritarios, pero puede suceder. Cuando no, produce una intensificación de la represión y el control social dentro de los límites del mismo sistema político.

El segurismo lleva a una demonización de esos sectores empobrecidos relacionados con el aumento de la delincuencia. Y tiende a intensificar las divisiones en la sociedad —y a justificar esas divisiones definiendo como delincuentes en acto o en potencia a los ciudadanos pobres (véase «villero» en «Derecho sumanos», pág. 152).

El segurismo, que no analiza las razones y causas del problema, tiende a creer, con el mismo mecanismo, en soluciones mágicas, igualmente irrazonadas —irrupción policial, arsenales legales— y en la aparición de líderes salvadores capaces de aplicarlas: la famosa mano dura del hombre fuerte.

El segurismo y sus slogans sustituyen —o intentan sustituir— el resto de los debates políticos y sociales que esa situación parece precisar.

El segurismo impregna todo el ámbito ideológico y consigue

ciertos milagros culturales, como hacerte creer que la policía te ayuda, que está de tu lado.

Los cultores del segurismo suelen actuar de buena fe, aunque haya propagadores de la doctrina que intenten aprovecharse de ella para mejorar su situación política o económica.

El segurismo, a escala mundial, se llama amenaza terrorista.

El segurismo le sirve, por supuesto, a algunos: más que nada, a los que piden más orden, más represión, más control social. Y a los que quieren demostrar que los pobres son malos y peligrosos —los pobres, no la pobreza—, y a los que quieren partir todavía más la sociedad: blindar a los que zafan y deshacerse de los otros.

Y, además, el segurismo siempre fue un gran negocio. So pretexto de ofrecer seguridad empezaron los primeros jefes de las cavernas a ser jefes; eran grandotes, más hábiles con el garrote y, a cambio de proteger a mujeres y niños y débiles, pidieron cada vez más privilegios. El Estado sigue haciendo lo propio: le obedecemos, le pagamos porque —supuestamente— nos ampara de amenazas externas e internas; incluso se jactaba, hasta hace poco, de tener «el monopolio de la violencia». Ya no: cuando metieron su Estado en la picadora neoliberal, los ricos argentinos abrieron ese monopolio a la industria privada y convirtieron la seguridad en un geyser de guita. No hay cifras fiables —porque en ese tipo de negocio las cifras nunca son muy claras— pero se calcula que la industria argentina de la seguridad mueve más de 1.000 millones de dólares anuales y más de 100.000 trabajadores en relación directa: desde las grandes empresas de vigilancia hasta los gariteros de esquina —pasando por policías alquilables, custodios valerosos, vendedores de seguros, de muros y de rejas, de barrios muy cerrados, de cárceles privadas, de alarmas, de armas y más armas—, son muchos los que ganan más plata cuanta más gente está convencida de que vivimos en peligro. Sin hablar de banqueros, políticos, dueños de medios, abogados y otros honestos profesionales que sacan su tajada del susto segurista.

Aquí la seguridad privatizada tiene historia. Su gran momento inaugural fue la represión de los setenta: en lugar de actuar públicamente en nombre del Estado, aquellos militares y civiles se escondieron en la clandestinidad de lo —falsamente— privado. Desde entonces, la seguridad privatizada formó parte de la paradoja argentina. Muchos de los que ahora piden más y mejor policía son los que se cargaron el Estado hace quince años, y fomentaron esa privatización pagando para tener sus propios guardias. Con un Estado destruido, la policía argentina es un desastre: ineficaz pero corrupta. ¿Por qué sería buena, si las escuelas son malas, los hospitales son

malos, las carreteras son malas, los trenes son malos, los registros civiles son malos, las bibliotecas son malas, los gobiernos son pésimos? ¿Cómo haría un Estado malo, débil, saqueado por sus propios administradores, para organizar una policía eficiente? ¿Cómo es, para empezar, una policía «eficiente»? Muchos de los que reclaman una buena policía prefieren un Estado malo débil para poder hacer sus negocios sin controles —o para seguir controlándolo con sus negocios.

En cualquier caso, después de dejarlo sin medios, los privatizadores le piden al Estado que se haga cargo. Hay países donde son más coherentes. En las zonas auténticamente liberales —en el sentido fuerte de la palabra— de los Estados Unidos, muchos ciudadanos no quieren pagar para que los protejan: pretenden protegerse solos. El debate por el derecho a usar armas es uno de los más violentos entre los dos grandes partidos USA. Los argentinos, por suerte, no tenemos la tradición pistolera de los norteamericanos, pero el segurismo suele sacar el tema de la defensa propia. «La cosa es muy simple —suelen decir, palabras más, palabras menos—: si el Estado no garantiza la seguridad de los ciudadanos, por lo menos que permita a cada cual defenderse y no meterlo preso por tener un arma en la casa y coartar la libertad de trabajo de los delincuentes». Aunque se contradigan en más de un punto: por ejemplo, cuando le piden a su Estado que no se meta y los deje arreglar sus cuestiones con sus propios tiros y, al mismo tiempo, le exigen —con éxito en Estados Unidos— que intervenga del modo más extremo en que un Estado puede intervenir: matando condenados. En Argentina, el segurismo produce un reflote periódico del pedido de la pena de muerte, cuyo apoyo popular no suele bajar del 50%. Ahí sí triunfa el fifty-fifty.

El otro gran negocio segurista en la Argentina actual es la proliferación de los barrios cerrados, una de las dos alternativas urbanas que más han crecido en las grandes ciudades argentinas.

Algún día alguien se subirá a un banquito, recitará a los gritos la etimología de la palabra etimología y, enseguida, lanzará una campaña furibunda para quemar todos los diccionarios. Pero, mientras tanto, pretender que hay que dejar las etimologías porque un Grondona las abuse sería como postular que hay que suprimir el fútbol porque otro lo mancilla. Y, además, a ver quién es el macho que manda una etimología meda.

Los medos eran unos iraníes de hace treinta siglos que inventaron la palabra *paraíso*: la armaron con *daeza*, pared, y *pari*, alrededor: *paridaeza*, el paraíso, era, primero, cualquier lugar con una pared alrededor, antes de transformarse en el country donde iban a parar las almas de los ricos. El nombre correspondía a la idea —que duró mucho tiempo— de que sólo los poderosos tenían derecho a una vida

después de la muerte. Después vino la democratización de la promesa —te impiden que tengas una buena vida acá pero, si hacés todo lo que te dicen, te ofrecen otra más allá—, pero el nombre quedó: *paraíso* es, en su origen, una tierra entre muros, un privilegio de clase, un barrio realmente cerrado inexpugnable. Paraíso es excluir a los otros, encerrarse sólo con los propios y resistir a los embates: amurarse.

El muro ha conocido avatares a lo largo de la historia. Las comunidades más primitivas, es obvio, no tenían: solían ser cazadores-recolectores nómades que no sabían cómo construirlo ni tenían qué cuidar. Cuando los hombres empezaron a amarrocar riquezas y aparecieron las primeras ciudades, el muro se les hizo necesario para protegerse de la codicia ajena. Y duró, bajo formas diversas —la ciudad fortificada, el castillo, la muralla china— cuatro o cinco mil años hasta que, hace menos de doscientos, los estados occidentales se creyeron tan poderosos que supusieron que ya no los necesitaban para controlar sus territorios. Las ciudades derribaron sus murallas, las casas sus cercas: el Gran Hermano miraba lo suficiente como para que casi nadie se atreviera a violar los límites simbólicos. El muro sólo subsistió en sus formas más viles: Berlín, la frontera USA-México, la israelí con Palestina —siempre, como se sabe, con gran eficacia. Hasta que, en nuestros países pobres, con grandes desigualdades y muy poco estado, retardados, los muros reaparecieron. El paraíso, se sabe, está a la vuelta de la esquina. La seguridad, bajo forma de muro, al alcance de los que pueden pagarla.

El segurismo también es negocio —gran negocio— para los dueños de los medios. Un negocio que se retroalimenta —y produce más segurismo y más negocio. Hay ejemplos tan claros. Hace más de diez años, uno de los diarios más vendidos del país decidió que, para vender todavía más, le convenía buscar lectores en los segmentos populares —eran tiempos en que algunos todavía querían venderles algo a los más o menos pobres. Y, preñados de sus viejos prejuicios, pensaron que los populares, si leen, leen historias amarillas, así que decidieron poner cada día en su tapa una noticia policial. Era una decisión editorial: la noticia debía estar ahí, fuera lo que fuese. Ese diario arma la agenda que reproducen programas de radio y noticieros de tevé, así que, tras meses y meses, años de inflar policiales para llenar las tapas, miles y miles de lectores, oyentes y telespectadores —populares y no tan populares— se convencieron de que esto era un relajo. No digo que haya sido la única causa, pero influyó bastante. Y ellos lo hicieron sin pensar: sólo trataban de ganarse unos mangos, de mejorar su posición en el mercado. Así, a veces, se escribe la historia.

El segurismo también sirve para ir pautando vidas. Hace no

mucho, una empresa nacional de seguridad con bien ganado prestigio —y algún torturador reciclado entre sus filas— repartía una cartilla con recomendaciones para evitar secuestros:

«Mantenga un bajo perfil, no sea ostentoso, ni haga públicos sus éxitos financieros.

»Sea impredecible, evite toda rutina, cambie continuamente rutas de desplazamiento, medios de transporte, fechas y horarios de sus actividades.

»Esté siempre atento, examine al detalle su entorno; informe inmediatamente a las autoridades cualquier situación sospechosa.

»Implemente medios ágiles y seguros de comunicación y vigilancia con su familia, los vecinos y autoridades de sus sitios habituales; disponga con ellos procedimientos de emergencia.

»Recuerde que las relaciones casuales y las aventuras amorosas clandestinas aumentan el riesgo de ser secuestrado.

»Seleccione cuidadosamente a las personas que trabajan con usted, tanto en el hogar como en su oficina; mantenga al día sus currículums; mantenga un archivo con sus fotografías recientes; realice seguimientos a quienes deba despedir.

»Concientice a su familia y secretaria a negar toda clase de información a personas desconocidas y menos por teléfono.

»En lo posible monte un buen equipo de seguridad y vigilancia en sus sitios de permanencia habitual.

»Identifique plenamente a quien quiera ingresar a su residencia, finca o trabajo, sean particulares o autoridades.

»No concentre su dinero en una sola cuenta bancaria y no maneje grandes cantidades de dinero en efectivo.

»No maneje por vías solitarias, obscuras y poco transitadas, procure hacerlo por donde haya puestos de control policiales para obtener su pronto apoyo en caso de necesitarlo.

»Lleve siempre las puertas de su vehículo aseguradas, vidrios arriba, permanezca en estado de alerta cuando se le acerquen vendedores o pordioseros.»

En síntesis: viva para ellos, espérelo todo de los que lo protegen. Póngase en sus manos. Rece. Sufra. Si no quiere morir, viva muerto de miedo: ése que me miró ése que tiene pinta rara ése que no cumplió dieciocho años ése que es pobre y mirá qué zapatillas ése que tiene ese tatuaje en la clavícula ése que anda con un trapito en la mano y te obliga a estacionar donde le da la gana ése que revuelve la basura y la deja hecha un desastre ése que tiene ese bulto debajo del cinturón —ay qué bulto debajo— ése de la gorra que si se tapa por algo será ése que va con ese otro ése que me miró dos veces ése que hace como que no me mira ése que ya lo vi pasar el otro día ése que se tiñó de rubio tan morocho ése que está corriendo ése. Siempre recuerdo aquella vez

en que vi un policía —noche oscura, barrio periférico— y me produjo alivio. Justo antes de pensar que —en mi experiencia personal e histórica— los policías han dañado y matado a muchos más amigos que los ladrones. Y el mal humor de entender que había caído en la trampa.

El segurismo nos constituye como rehenes: los que no pueden salir moverse viajar confiar tener amantes mezclarse con los diferentes. Rehenes de una organización social y de una construcción mediática y de una fantasía y de una forma rara de la culpa. Los que empiezan a saber que otros quieren lo que uno tiene. Rehenes de la propia idea de que lo mejor sería acabar con ellos: rehenes, porque entonces lo más lógico es pensar que ellos quieren lo mismo para uno. Uno de estos días sería bueno pensar cómo es esto de vivir bajo control, de buscar el control, de exigir el control. Sería bueno preguntarse quién ganó. Si quería ganar así. Si le conviene. Y quién sigue perdiendo.

El segurismo tiene rebrotes periódicos —estamos, sin duda, en uno de ellos— pero su momento estelar en la Argentina fue hace siete años. Entonces el entonces ingeniero Juan Carlos Blumberg, padre de un hijo muerto, y sus amigos, decidieron hacer política: agitaron, movilizaron, instalaron el problema en el centro del debate, consiguieron resultados.

«Blumberg, dicen los diarios, moviliza más gente que los partidos políticos» —escribí en esos días—. «Lo hace, pero no porque lo sepa hacer mejor, sino porque los partidos decidieron no hacerlo. Si el señor Kirchner sale por televisión la mitad que el señor Blumberg llamando a la Plaza de Mayo contra el hambre —un suponer— se llena Buenos Aires. Pero no quiere. La calle —ellos lo eligen— queda para la oposición. O las oposiciones: piqueteros y Gente de la Vela. Se la disputan: de hecho, el señor Blumberg dijo en su discurso que ese día había tantos piquetes para impedirle manifestar tranquilo. Si los partidos —si algunos partidos, el del gobierno sobre todo— quisieran ocuparla la tendrían. El punto es que han decidido gobernar sin gente —y van a terminar pagándolo, o ya empezaron.»

Blumberg hizo, decía, auténtica política, no politiquería; no charlas de pasillo, no arreglos de puestos en la lista o partidas de dinero o favores variados, no lectura de encuestas y compra-venta-alquiler de periodistas, censura de periodistas. Blumberg hizo política. No una política que a mí me gustara: la idea de seguridad como un privilegio de clase, seguridad de los ricos frente a la amenaza de cierta violencia de los pobres. Pero su política, curiosamente, tenía la forma que la izquierda solía darle: la única que tuvo, en los últimos doscientos años, cierta capacidad para obtener transformaciones; la misma, por ejemplo, que ahora anda volteando muñecos en el norte

de África. Política, decía: definir una reivindicación, difundirla, conseguir apoyo, movilizar a mucha gente y, a partir de eso, tratar de concretar sus ideas. Es curioso: era el tipo de intervención política que la represión del sistema trató de desarmar porque solía plantear metas incómodas; los seguristas lo usaron para pedir más represión. Y un gobierno que se decía progresista o algo así mientras hacía todo lo posible por desmovilizar a sus posibles seguidores se vio empujado a matizar su discurso de derecho sumanos y sancionar las leyes penales más duras y más torpes de la historia de nuestro Código Penal.

Entre esas medidas, por ejemplo, el decreto 1.563, que reglamentó la ley 25.873, que obliga a las empresas de telecomunicaciones a guardar durante diez años copias de todas nuestras conversaciones celulares y todos nuestros chats y correos electrónicos: el Gran Hermano dejaba de ser un reality para pasar a hacerse realidad. El decreto fue firmado el 9 de noviembre de 2004 por el señor presidente doctor Kirchner y el señor jefe de gabinete doctor Fernández y el señor ministro arquitecto De Vido. El decreto garantizaba que cualquier privacidad de comunicación desaparecería y que grandes empresas privadas y el Estado tendrían acceso a casi todo lo que nos dijéramos. Eran los usos del segurismo —y nadie parecía preocupado. No aparecieron gritos, columnas en los diarios, columnas en las calles, lobbies, vestiduras desgarradas por ese recorte de las libertades. Debía ser porque nos consta que los ricos argentinos nunca usaron ni usarán ese tipo de información para imponer sus ideas de país y eso nos deja muy tranquilos.

(Aunque, en última instancia, el segurismo también podría reportar beneficios inesperados a beneficiarios improbables. En plena ofensiva del entonces ingeniero Blumberg, el doctor Aníbal Fernández, entonces ministro del Interior, anunció que su gobierno proyectaba «abrir calles en las villas para que pueda patrullar la policía». Era una forma interesante de pensar las responsabilidades del Estado: si se difundía, pronto el ministro de Educación anunciaría campañas de alfabetización para que los pobres pudieran leer sus condenas judiciales, y el ministro de Producción prometería inversiones para dar trabajo a innúmeros obreros en la producción de alarmas y pistolas y garitas, y la ministra de Desarrollo Social mandaría comida a los chicos pobres para que no sufrieran problemas de atención y pudiesen botonear a los vecinos sospechosos. Aunque, por supuesto, en la mejor tradición de los anuncios kirchneristas, el anuncio fue puro relato: las calles nunca se abrieron.)

Hay democracia: antes la preocupación por robos y secuestros era un problema para ricos. Ahora, gracias a cierto aumento de las actividades y a la excelente cobertura mediática que reciben, hay

pocos argentinos excluidos del lujo de creer que sus bienes o personas también son apetecidas por el prójimo.

El segurismo tiene un sujeto por excelencia: lagente. *Lagente* es otro argentinismo que se podría definir como «un conjunto amplio y voluntariamente vago de personas que deberían compartir intereses y opiniones». El sustantivo colectivo lagente es un concepto nuevo, que da cuenta de la falta de definiciones de nuestra sociedad. Lagente apareció durante el peronismo de los noventa para reemplazar a otra palabra —*pueblo*— que resultaba conflictiva. Aunque, a su vez, pueblo fue la respuesta populista a otra —*trabajadores*— más definida y conflictiva todavía. Que, a su vez, era la respuesta a otra que más aún: *clase obrera*.

Lagente, decíamos, es una palabra fuertemente menemista, teñida de una heterogeneidad que algunos llamarían confusión. Allí donde pueblo implica la pertenencia a un colectivo —relativamente— definido de personas que pertenecen a las clases baja y media baja y comparten, por consecuencia, ciertos intereses más o menos precisos, lagente es buscadamente ambigua: intenta romper con esa idea. El concepto lagente intenta postular que la pertenencia de clase no es un dato decisivo, porque hay un «sentido común» común a —casi— todos, que está por encima de esa pertenencia. Postula, en síntesis, que hay cosas que todos, más allá de su posición social, deberían pensar y apetecer. A diferencia de otros conjuntos sociales, lagente no tiene un proyecto propio. En realidad, es la depositaria de ese sistema de ideas que los medios y los políticos de la derecha suelen llamar la falta de ideología. Los medios y políticos de la derecha postulan que «ideología» es aquello que piensan sus enemigos, habitualmente situados más a la izquierda; lo que ellos piensan no lo es.

A lagente le pasaría lo mismo. Lagente no tiene «ideología»; tiene, por supuesto, ideas: el sentido común. Lagente no tiene, tampoco, pertenencia política precisa: puede votar peronista progresista radical peronista socialista proísta peronista —y tantas otras cosas, según las olas y momentos. Antes lagente se llamaba doña Rosa, pero era un concepto más restringido: doña Rosa era la clase media y media baja conservadora. Lagente incluye más ricos, para evitar prestarle intereses supuestamente sectoriales.

De hecho, quienes usan el concepto lagente pretenden que incluye a —casi— todos: lagente puede ser el dueño de una petrolera, su secretaria, su chofer, el médico que lo atiende, la suegra de ese médico, la peluquera de esa suegra y tantos otros millones. Los únicos que en principio no son lagente son los villeros, faltaba más. Por lo cual se podría decir que lagente es, pese a su aparente indefinición, un grupo censitario: para integrarlo se necesita cierto nivel de plata.

Alguien me decía que cuando escucha lagente piensa en la *Gente*,

una revista: que cuando dicen que lagente opina o quiere o critica tal cosa, piensa en que es la revista *Gente* la que lo hace. Pero, en realidad, lagente es un concepto muy *Clarín*: son el gran diario y sus satélites quienes más hicieron por su difusión en la sociedad argentina.

Lagente es un instrumento para achatar cualquier análisis, para no decir quién se beneficia o no con ciertas cosas. Y es, también, la palabra que usa mucha gente para no decir yo: yo pienso, yo creo, yo quiero; dicen, en cambio, lagente piensa, lagente cree, lagente quiere. Porque les da miedo, pudor, porque creen que el número los legitima: porque si su enunciado se sujeta en lagente se transforma en el sentido común de una supuesta mayoría. Lagente es, entre otras cosas, el soporte principal del discurso segurista. Por eso, entre otras cosas, el segurismo incluye entre sus postulados ese lema de lagente, que repite siempre que (tal cosa) «no es de derecha ni de izquierda». Lo dicen siempre: «la seguridad no es de derecha ni de izquierda» porque, como dijo la doctora Fernández, haciéndose eco de lagente en su última inauguración de período legislativo, «la seguridad es la seguridad y no debe tener ideología». Es obvio que las soluciones que propongan para garantizar esa seguridad serán muy diferentes según vengan de la derecha o de la izquierda: que tendrán, como todo, una carga ideológica fuerte.

(Hace un par de años publiqué un artículo sobre el asunto, y me sorprendió la cantidad de comentarios de lectores que insistían en que ya no hay izquierda ni derecha: que es un concepto antiguo. Uno decía: «¿Izquierda/derecha, qué es eso? No busquemos tan lejos, la solución está en respetar la Constitución: instituciones fuertes, división de poderes, federalismo, reglas de juego para invertir, aseguramiento estatal de igualdad de oportunidades de alimentación, educación y salud, democracia representativa no sesgada, alta participación ciudadana. Es decir, la solución es una república, siempre perfeccionable, lejos de los déspotas. En Canadá y Australia no saben de derechas e izquierdas». Me impresionó que un joven aparentemente educado pudiera decir eso: una prueba más de cómo la derecha se apoderó del discurso. En su definición de una «república como Canadá y Australia» —que, de paso, no son repúblicas sino monarquías constitucionales— hay pautas que parecen tan amplias y son tan limitadas: «reglas de juego para invertir» es algo que sólo una sociedad capitalista de mercado puede necesitar. Y la izquierda —o lo que muchos entendemos por izquierda— define al capitalismo de mercado como una forma de explotación que debería desaparecer alguna vez.

La izquierda y la derecha existen y son completamente diferentes.

Me parece increíble tener que escribir esto, y sin embargo. Van algunos ejemplos. Cuando digo izquierda hablo de los que eligen creer que no tiene que haber ricos y pobres —que la diferencia entre los que tienen más y los que menos, si la hay, debe ser muy escasa. (La derecha nunca tuvo problemas con que haya ricos y pobres. Suele hablar de la riqueza capitalista como recompensa del esfuerzo; Marx la describió como una forma de apropiación de la fuerza de trabajo ajena, y la izquierda cree que debería desaparecer. Muchos creemos que no debería existir la propiedad privada: todo es de todos y cada cual lo usa como necesita. Es difícil imaginarlo; también era difícil imaginar un mundo sin reyes, y ahora casi).

Hablo, también, de los que eligen creer que todas las personas deben tener las mismas posibilidades de alojarse, curarse, aprender, trabajar, desarrollarse, y que el Estado sirve para garantizarlo. (La derecha propone, en todas partes, que el Estado debe inmiscuirse lo menos posible en esas cuestiones. En el país más rico del mundo, Estados Unidos, la derecha en el poder ha conseguido que haya más de 30 millones de personas sin cobertura médica, y lo defiende. En Buenos Aires, el año pasado, el gobierno municipal de la derecha retiró las becas de 30.000 chicos pobres).

Que debe haber formas reales de participación de los ciudadanos en las decisiones políticas y en el control del gobierno. (La derecha trata de limitar esa participación a la pura delegación —cuando no se erige en dictadura— y habla siempre de esas «instituciones fuertes» que usa para controlar a la población o para desinteresarla de la política. La izquierda cree en la política como participación).

Que la justicia debe hacer justicia. (La derecha querría que este mismo sistema judicial funcionara con más premura y transparencia. En este sistema judicial un rico con un abogado caro tiene una ventaja absoluta sobre un pobre. Y lo que llama justicia es una construcción ideológica que responde al sistema capitalista de mercado).

Que ninguna institución religiosa o militar o económica puede imponer sus normas a los ciudadanos. (En la Argentina actual, por ejemplo, el gobierno permite que la Iglesia le fije la agenda en muchos temas: la cuestión del aborto, entre otras, desapareció del discurso oficial porque Roma lo impuso. Un gobierno de izquierda convocaría a referendums sobre los temas en debate y dejaría que la población decida).

Que el nacimiento, el género, las preferencias sexuales no deben definir el tratamiento que cada cual recibe de los otros. (En los últimos años, la derecha ha oído estos planteos; el resultado es la fantochada de la corrección política, por la cual un negro pasa a ser un afroamericano —aunque siga igual de pobre. En la Argentina, por ejemplo, es delito llamar bolita a un boliviano —pero no es delito

hacerlo trabajar diez horas diarias por un salario ínfimo).

Que las personas son más importantes que las patrias. (La patria siempre ha sido el refugio de los canallas de la derecha. En la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini, la URSS de Stalin, millones murieron «por la patria». Aquí, un partido bastante popular definió que primero estaba la patria, después el movimiento, al final los hombres.)

Últimamente la discusión segurista, el debate sobre la (in)seguridad, ha tomado un giro que la convierte en una caricatura de estos tiempos patrios: consiste sobre todo en debatir si es o no es una «sensación»: si son hechos o palabras; si es relato o tiroteo.

Las cifras, como todas las cifras argentinas, están teñidas de sospecha, pero, a primera vista, dicen lo contrario que la sensación: en 2003 murieron, en toda la Argentina, 2.876 personas por homicidios dolosos, casi 8 por cada 100.000 habitantes. En 2008, último año para el que hay estadísticas oficiales, se supone —si las cifras son correctas— que fueron 2.305; ahora somos más habitantes, así que el porcentaje ha bajado a 5,8 víctimas por cada 100.000. Y, de esos 2.305, el 64%, 1.158, no fueron asesinados en ocasión de otro delito; los mataron por enfrentamientos personales, familiares, vecinales, o sea: no un efecto de la inseguridad.

Quiere decir que los delincuentes mataron alrededor de mil argentinos: siete veces menos que los 7.552 muertos que dejaron ese mismo año los accidentes de tránsito. El problema es que las muertes en accidentes no le sirven a casi nadie. No paramos de hablar de la inseguridad —que es grave—, porque consigue votos, adhesiones, porque legitima las peores posturas políticas, porque vende de todo y, sobre todo, porque se le puede echar la culpa al otro: sus ejecutores siempre son otros —los delincuentes, los marginales, los villeros, los negros— y no, como en las muertes de tránsito, nosotros mismos, gente como uno.

Los argentinos se matan más que la mayoría de los ciudadanos del mundo motorizado porque se creen los más vivos, los supermanes, los invulnerables. Porque se creen que, como este país maravilloso, están condenados al éxito y que, por más boludeces que hagan, van a terminar bien. Porque son incapaces de pensar —entre otras cosas— las consecuencias de sus actos. Así que se lanzan a la muerte con el placer de los idiotas. Háganlo, diviértanse. A nadie se puede privar del derecho de agarrar su cochecito recién lavado, levemente tuneado, abonado en incómodas cuotas o contado rabioso, preparado para producir muecas de envidia en el vecino y jadeos de deseo en las ninfetas, y reventarlo contra un poste a 200 por hora: hacerse moco a 200 por hora, un destino bien macho y argentino. Pero traten de

matarse solos. Si lo lograran, saludos y buen viaje. El problema es que, en general, se las arreglan para enganchar a algún incauto y, entonces, pasan de suicidas a asesinos, y asesinan mucho más que los delincuentes. Según el ministerio de Justicia, de los muertos en accidentes en 2008, 2.014 fueron peatones y bici/motoristas: más que todos los muertos en homicidios, el doble de los asesinados por los delincuentes, un cuarto de todas las víctimas de accidentes, los perdedores de la lucha de clases vehicular.

¿Y saben por qué matan, argentinos? Porque son una manga de pelotudos. Porque se creen los más vivos, los supermanes, y al resto que lo parta un rayo. Porque se creen que, como este país maravilloso, están condenados al éxito y que, por más boludeces que hagan, van a terminar bien. Porque son incapaces de pensar las consecuencias de sus actos —argentinos.

Hay más razones, por supuesto. Se puede hablar del parque automotor deteriorado —lógicamente deteriorado en un país deteriorado— que no ofrece las condiciones necesarias de seguridad. Se puede hablar de las rutas deterioradas —pero, por suerte, privatizadas y cobrando peajes y subsidios— que no ofrecen las condiciones necesarias de seguridad. Se puede hablar del Estado deteriorado que nos enseña que se puede hacer casi cualquier cosa porque, en última instancia, es probable que todo termine en una coima. Se puede hablar del Estado deteriorado que no enseña qué sí se puede hacer, y por qué habría que hacerlo. Se puede hablar, pero si tuviéramos en cuenta todo eso y actuáramos en consecuencia, las consecuencias de todo eso darían otras cuentas.

Las cuentas de muertos en las rutas y calles argentinas son aterradoras. Los accidentes son la primera causa de muerte de menores de cuarenta y cinco años —la primera causa de muerte de los jóvenes en la Argentina— y siguen progresando. Pero las cifras son sólo la confirmación de lo que se ve todos los días: cuando voy por una ruta y el idiota de turno me pega el coche atrás y me torea porque considera que ir, como suelo ir, a la velocidad permitida es una pérdida de tiempo y una estupidez y una muestra de mi innegable cobardía, o cuando un energúmeno autopistero me pasa como una exhalación por la derecha a 170 para mostrar que a él nadie le gana, o cuando un mamerto semivirgen entra en una bocacalle por la izquierda a 60 sin mirar a los lados porque es macho o idiota ni recordar ni por asomo aquello de que la prioridad la tiene el otro, me dan ganas incontenibles de matarlos. Me vuelvo, por un momento breve y casi placentero, un varón argentino. Y pienso, entre otras cosas, que si tuviera que elegir entre dos amenazas, preferiría un pendejo acelerado y/o asustado apuntándome con una 38 que aquel

ejecutivo o sojero o técnico dental pegándome la 4x4 a la cola porque quiere ser el más vivo del barrio: la primera, por lo menos, tiene cierta lógica —macabra. Por suerte no puedo elegir; por desgracia, el ejecutivo o sojero o técnico dental me atacan con mucha más frecuencia —y matan mucho más.

Alguna vez escribí que la civilización eran las rayas blancas: «Hay pocos homenajes más repetidos y cursis a la convivencia humana que un señor que camina por unas rayas blancas como si nada, con semáforo verde y los coches a mil por la avenida, hacia él, con semáforo rojo. Es un gesto de infinita confianza. Sólo un signo lo separa del aplastamiento: sólo una convención. La civilización debe ser su confianza en que los conductores de los coches van a respetar la convención».

La convención funciona porque se supone que sirve para el bien de todos. Al automovilista le conviene parar para no tener problemas y porque él será peatón la otra vez, y le convendrá que los demás paren. La convención se basa en la ficción de que los puestos son intercambiables. No siempre es cierto.

Las rayas blancas ya no garantizan nada, porque las convenciones que solíamos llamar civilizadas no están muy de moda últimamente. El problema es que esas convenciones —esas reglas— son maniobras defensivas para ir tirando, para garantizar cierta supervivencia. Si no las ponemos en marcha, estamos módicamente al horno —porque matar, ahora, es más fácil que nunca en la historia. Solía ser más complicado: había que blandir un arma y atacar, hacerse cargo. Ahora alcanza con pisar el acelerador de un arma que se supone que no es tal sino un medio de transporte y afirmación social. Es raro que andemos armados todo el tiempo, y se necesita mucha civilización para paliarlo. Está claro que no la tenemos.

Por eso, entre otras cosas, manejamos como manejamos. Y se podría postular que somos como manejamos: una manga de pelotudos que nos creemos los más vivos, los supermanes, los invulnerables. Que nos creemos que, como este país maravilloso, estamos condenados al éxito y que, por más boludeces que hagamos, vamos a terminar bien. Que somos incapaces de pensar —entre otras cosas— las consecuencias de nuestros actos. Así que nos lanzamos a la muerte con el placer de los idiotas.

Mientras sigamos manejando así, confirmamos lo que ya sabíamos: que la culpa es nuestra. No digo la culpa de los accidentes, digo la culpa en general: si así manejamos los pinches autos que tenemos, cómo no vamos a manejar así el pinche país que nos va quedando.

Por supuesto que el Estado y sus gobiernos deberían hacer

campañas, enseñar, castigar, pero la culpa principal es de cada uno —porque cada uno puede cambiar o no su conducta en la calle. Y por eso las muertes en tránsito son un caso testigo, uno de los pocos en que se puede cambiar mucho si cada uno cambia, uno de esos donde no vale echarle la culpa al poder, a los políticos, a los corruptos, a la vecina del 3ºC. Allí todo es más claro: si no bajamos radicalmente esa cifra de muertos no servimos para nada, nos merecemos todo lo que nos pase. Es así de pavote.

Nada de lo cual niega que, comparando este país con la Argentina del recuerdo pastoral, ahora hay más crímenes. Y también muchos más presos en cárceles colmadas, vergonzosas, que este gobierno y sus derecho sumanos no han mejorado nada. En el año 2000 eran 38.000; ahora hay más de 61.000, unos 150 por cada 100.000 habitantes. Lo cual sigue siendo menos que Brasil (253 por cada 100.000), Chile (304) o Uruguay (261) y acepta, como tantas cosas, causas contradictorias: o hay menos chorros que en los países vecinos o los detienen menos. No es menor, mientras, recordar que tres de cada cuatro presos todavía no tienen condena, y que casi un tercio será declarado inocente cuando consiga que lo juzguen.

La mayoría de los presos lo están por robos, hurtos, toxicomanía: el aumento del delito es mayor en sus variantes menos violentas. Quizá lo más insidioso de «la inseguridad» es lo que no sale en los diarios: la naturalización de los pequeños robos, hurtos, apropiaciones varias que nos hemos acostumbrado a considerar casi parte de la vida cotidiana e inducen un cambio en nuestra forma de pensar la propiedad —que se vuelve algo más transitorio, más efímero; no por falta de supuesto derecho, pero sí por falta de medios para sostener ese supuesto.

El aumento de la violencia puede ser lógico y menor que lo que parece que parece; eso no lo hace menos duro. Cuando te asaltan no pensás ah claro esto es normal porque la sociedad argentina se ha transformado en los últimos treinta años. La sensación está, los delitos también. Que tengan una explicación lógica y que no sean tantos como podrían no los hacen menos reales cuando son reales.

Es realidad, lo sorprendente habría sido que la delincuencia no hubiera aumentado. Los ricos argentinos, siempre tan astutos, se creyeron que podían convertir a la Argentina en un país realmente tercermundista sólo para lo que les convenía. Se creyeron que podían construir una sociedad con miseria, un tercio de excluidos, escuelas devastadas, hospitales vacíos, millones de jóvenes sin nada que hacer —y tasas de criminalidad escandinavas. Como habían eliminado gran parte de la oposición política supusieron que podían organizar un verdadero país latinoamericano donde los pobres fueran muy pobres y

unos pocos se quedaran con todo, y que la fiesta iba a ser gratis. No fue, y aumentaron los delitos: porque hay hambre, porque muchos no encuentran otro proyecto de vida pero, también, porque la televisión y todo el resto definen como hombre al que tiene aquel par de zapatillas, y millones de chicos saben que sólo las pueden conseguir si las afanan. Zapatillas o drogas o una moto o la rubia o la plata: la sociedad contemporánea está hecha de crear necesidades que demasiados no pueden satisfacer. Es curioso que no lo hayan pensado. Ni que tampoco hayan pensado que para millones de chicos pobres el trabajo no es una opción porque no hay trabajos para ellos, porque ven que sus padres tampoco tienen, porque no están en condiciones de recibir la formación necesaria, porque sufren el estigma de su origen. Y que, incluso cuando hay trabajo, lo que se gana no alcanza siquiera para comer todos los días —como ven, si tienen suerte, que les pasa a sus padres. Les queda claro que el modelo del trabajo no tiene nada que ofrecerles. Y para completarla ven que, en su entorno, los que realmente tienen plata no han «trabajado» para conseguirla: en el barrio los que la mueven son los punteros o los transas o los chorros. La idea está clara: no se ve ninguna razón para intentar armarse una vida de laburo y sí, en cambio, muchas para no: un chico pobre sabe que si quiere adquirir las marcas del éxito social, el trabajo nunca será el camino. También sabe que la alternativa posible es peligrosa, que tiene muchas chances de terminar mal, pero lo acepta: no tiene por qué preferir la vida de sus padres, sin recursos, sin esperanzas, sin opciones de cambio o de mejora —un modo de terminar mal todos los días, seguro.

Es lo que podríamos llamar un modelo —que les armaron los ricos argentinos, seguramente sin pensarlo demasiado. Supongamos que no lo pensaron, que no pensaron alternativas, y ahora las buscan en la represión ineficaz y en el encierro: el muro, condición del paraíso. Pero no funciona: es lo que pasa con los paraísos últimamente. Entonces las personas se desesperan y piden, lógicamente, soluciones.

—Ahora que va a haber política van a volver a prometer cosas, seguridad, y no van a hacer nada.

Decía el otro día en la televisión una señora, que salía porque su hijo acababa de ser asesinado a cuchilladas por un par de asaltantes. Ahora que va a haber política, decía: en este año electoral. Su (in)seguridad sigue siendo, en muchas de las encuestas, la preocupación número uno de los argentinos; en una de las más recientes, el 74% opina que estamos cada vez más amenazados. Y sin embargo, los partidos del centro oficialista y la centroizquierda opositora no se ocupan del tema: haciéndole el juego al segurismo, lo consideran una prerrogativa de la derecha y se lo dejan.

Los progres no saben qué hacer con el aumento de los delitos.

Intentan explicarlos, tratan de minimizarlos y critican a quienes proponen mano dura; muestran datos que muestran que la mano dura no suele disminuir la delincuencia —pero en cambio sí disminuye las posibilidades de vivir mejor: la mano dura jode a todos y, sobre todo, a los pobres; mano dura es control social, la policía en cada rincón de nuestras vidas. Los progres suelen decir que la única solución real para la delincuencia consiste en la inclusión y que cuando no haya chicos fuera de la escuela, chicos con hambre, chicos drogándose en la calle, el delito va a bajar sensiblemente. Yo estoy de acuerdo, pero cuando les dicen que nadie va a esperar veinte años para poder «vivir tranquilo», los progres en general no saben qué contestar: no se han tomado el trabajo de pensar cómo se pueden proponer mejoras más o menos rápidas a la seguridad ciudadana sin caer en hipercontrol o mano dura.

Entonces esquivan el tema. Y este gobierno de centro también — no porque crean que no hay que poner más policía en la calle o porque estén en contra de las leyes duras. Las leyes las sancionaron hace siete años y la policía aumenta todo el tiempo. Pero la policía sigue siendo un peligro, las cárceles siguen atestadas, y al gobierno no se le ocurre nada. Y entonces, gobierno de centro y progres varios esquivaron durante años uno de los problemas más agudos de una gran mayoría de argentinos.

Hasta que el 10 de diciembre de 2010, día de los Derecho sumanos, la doctora Fernández anunció la creación de un ministerio de Seguridad a cargo de la ex ministra de Defensa. La razón —muy puntual, muy precisa— fue la crisis que desató la ocupación del parque Indoamericano. O sea: no lo hizo porque quisiera mejorar la seguridad de los ciudadanos, sino porque quería mejorar la forma de reprimirlos. Siempre es loable que un gobierno quiera reprimir mejor, con menos violencia, con menos descontrol, las protestas sociales.

(Una pequeña chicana, ya que estamos: si la preocupación es por la situación de los pibes que los lleva a robar, ¿cuántos centros de acogida y reeducación para jóvenes podría pagar, digamos, el programa Fútbol para Todos? Supongamos que construir un centro cueste 2 millones de pesos: se pueden hacer 200 con 400 millones. El personal para todos —veinte personas a 80.000 pesos por año— costaría 320 millones anuales. Y todavía quedarían casi 300 millones para hacer escuelas que, a largo plazo, hicieran casi innecesarios esos centros.)

Pero los delitos siguen presentes: aumentados o no, siguen presentes. En los últimos meses, por ejemplo, una palabra se hizo un lugar decisivo en nuestras charlas: s*alidera.*

Una palabra hampona volvió a imponerse en nuestra conversación —como cana, como curro, como aguante—; una palabra que define una acción escasa pero, en su escasez, demasiado abundante. Y como, además, una de ellas produjo el melodrama de la señora embarazada, empezó el baile: las personas y los medios debaten los asaltos posbancarios como si fueran el problema principal de la Nación. Propuestas sobran para acabar con ellos: que hay que poner cámaras en las salidas y alrededores de los bancos para filmar el show, que hay que ocultar las cajas para que nadie sepa quiénes retiran paquete apetitoso, que hay que bloquear los celulares para evitar marcadores de punta, que hay que matar a todos los motoqueros por si acaso. Hay más, por supuesto, y todas deben tener algún sentido, y todas constituyen una buena síntesis de cómo se piensan los problemas en la Argentina actual: centrándose en lo marginal, atacando efectos y no causas, boludeando. En el falso debate patrio se discuten minucias porque a nadie le conviene discutir lo que importa.

No estoy hablando de abstracciones y planes a veinte años; digo que acá hay una cuestión bien concreta: que si hay salideras es porque la circulación económica argentina es más trucha que novia de futbolista. Las salideras existen porque la economía formal argentina es puro cuento: porque la economía real es clandestina y, para cuidar las apariencias —lo único que se cuida—, la gran mayoría de las operaciones se hacen en efectivo, que deja menos rastros. Un ejemplo muy obvio: cuando se vende un departamento las partes pactan poner en la escritura un precio tanto menor que el verdadero, para pagar menos impuestos nacionales, provinciales y municipales. Entonces todos hacemos nuestra parte: los compradores y vendedores que queremos pagar menos, el Estado que mantiene unas valuaciones fiscales del año del tomate —en su propio perjuicio—, los escribanos que atestiguan valores imposibles, los agentes inmobiliarios y los contadores que montan el asunto. Todos mentimos, simulamos —para ganar unos dineros. Entonces la operación, que en cualquier otro lugar del mundo se haría a través de cheque o giro, tiene que hacerse en efectivo para no deschavarse —y la guita sale a dar una vuelta.

Por supuesto que sería mejor que nadie la robara, pero los perros atacan menos si uno no los enfrenta con un bofe en la mano. La mayoría de las salideras recientes aprovecharon compra-ventas de inmuebles y otras operaciones comerciales más o menos truchas. Si la economía argentina no fuera esta gran ficción —más acá del Indec— aceptada y aprovechada por todos los que tenemos algo, las transacciones se harían a través del circuito financiero, y los riesgos de ser asaltados al salir del banco —los riesgos de salir del banco con una suma que valga la pena asaltar— serían tanto menores.

Son cuestiones —relativamente— secundarias: hubo algunas

medidas para aminorarlas, pero aun así la economía falsificada intenta mantenerse clandestina. Y entonces las operaciones se siguen haciendo en efectivo, y los ladrones tienen una oportunidad que normalmente no tendrían. Todos lo sabemos, y casi todos prefieren seguir en el coro de los que ladran al ladrón. Es más fácil proponer bloqueos de teléfonos y cámaras de video que intentar una sociedad que confíe en su Estado, un Estado en quien su sociedad pueda confiar: que no le mienta, que le pague sus impuestos sabiendo que van a ser bien utilizados, que sienta que le sirve y lo respete.

—Disculpemé, yo pago impuestos, cantidad. Pero después tengo que pagar la escuela de mi hijo, para ir al médico uso la prepaga, en la ruta me cobran peaje, si hasta tengo un vigilante privado en la esquina de mi casa. ¿Me quiere decir para qué carajo se los pago?

—Bueno, usted por lo menos puede. ¿No se le ocurrió que sus impuestos pueden servir para que los que no tienen nada puedan hacer algunas de esas cosas?

—¿Y usted me va a decir que los usan para eso? Si se la quedan toda.

El Estado argentino no puede funcionar si sus ciudadanos no le creen —y tenemos, por supuesto, cantidad de razones para no. Lo cual nos permite —fácil, sin alardes— justificar la economía clandestina, una parte importante de la corrupción de todos (véase «Honestismo», pág. 169). Es fácil indignarse —hipócritas curtidos, almas bellas— cuando lo hacen los políticos; es fácil no pensar que es lo mismo que hacemos casi todos cada vez que nos pasamos un semáforo, que cerramos un negocio, que vendemos un coche o una casa —y le buscamos una salida más gauchita. Es fácil no pensar que, sin eso, no habría —entre otras cosas— salideras. Es fácil no pensar que así fue que elegimos vivir y que esta forma, como todas, tiene un precio que a veces nos cobran por la fuerza.

El problema es que, más allá de sus causas, más allá de la desproporción entre realidad y relato, muchos argentinos están legítimamente asustados. Muchos, además, piensan que esa sensación de inseguridad no es sólo una amenaza sino también un síntoma: si yo tengo que andar con miedo por la calle es que esto no está bien. Les confirma que hay algo que debería cambiar, pero no saben cómo. Y escuchan a los profetas de la mano dura, que nunca consiguieron resultados: por ejemplo, un suponer, el ingeniero Macri. El ingeniero es un ícono segurista —porque lo secuestraron, él sabe lo que es eso: que el ingeniero pueda exhibir una experiencia de sufrimiento es un hallazgo de sus publicitarios. Que lo estén juzgando por escuchas ilegales no parece haberlo mellado: su público segurista no se lo reprocha o, quizá, confirma que está dispuesto a la mano dura.

El problema de la mano dura es que su aplicación depende de la policía, y la policía es el centro del problema. Últimamente los vecinos de una zona grande de la Capital —Ortúzar, Urquiza, Colegiales—, por ejemplo, están convencidos de que el delito en sus barrios aumentó porque esos barrios son los que eligió el gobierno del ingeniero Macri para probar su policía metropolitana; entonces la competencia, dicen, la Policía Federal, dejó de ocuparse de la seguridad en ese territorio o, como se dice, con una figura que los militares del setenta nos dejaron como legado venturoso, lo convirtieron en «zona liberada». Es difícil saber si es cierto o no: que muchos lo crean es un dato fuerte sobre nuestro país.

Porque el problema básico de la seguridad, al que nadie encuentra solución, es la paradoja policial. La institución que debe especializarse en combatir el delito es una de sus fuentes principales. Los gobiernos sucesivos saben que las policías tienen que ver con un abanico importante de delitos: que manejan o permiten —con ganancia— desarmaderos de autos, que manejan o permiten —con ganancia— circuitos de drogas, que manejan o permiten —con ganancia— negocios de prostitución, que muy a menudo detienen a personas que no tienen nada que ver para terminar un caso, que incluso —hay muchas denuncias— reclutan pibes y los llevan a robar, más o menos obligados según los casos. Pero los gobiernos no saben cómo enfrentarlo: lo han intentado, no lo logran. Porque cada vez que intentan una «depuración», los mandos policiales se les ponen en contra, permiten o incrementan el delito, les tiran con más y más kilombo. Y ningún gobierno puede o cree que puede desarmar la policía y empezar todo de nuevo. Como muchos estados latinoamericanos, el Estado argentino es rehén de sus varias policías —y no encuentra la forma de su liberación. O no está interesado en buscarla.

8
Derecho sumanos

loc. extr., argentinismo: figura retórica: preocupación por juzgar y castigar ciertos delitos atroces cometidos hace décadas; no incluye la misma preocupación para delitos semejantes pero actuales. Tampoco incluye la preocupación por otros derechos humanos —v.g., derecho a la alimentación, la salud, la educación et al.

Desde que se dio cuenta —un poco tarde— de su valor simbólico, el doctor Néstor Kirchner posicionó —posicionó es una palabra apropiada— a su gobierno como el gobierno de los derecho sumanos. Hay quienes dicen que su decisión de apoyar los juicios a los militares tuvo que ver con que, cuando llegó al poder, ya había varios en marcha y prefirió subirse al caballo que resistir su embestida. Y que calculó —mal— que con una docena de oficiales emblemáticos daría por terminado el episodio. Pero quizá sus causas fueran más nobles, más auténticas: es muy difícil de saber; una vez más, los juicios de intenciones suelen quedarse en intención de juicio.

«De nuevo somos tan derechos y humanos. Todo va bien, mejor y mejor: la impunidad de los asesinos de 1976 desaparece día tras día. Si esto sigue así, no pierdo las esperanzas de que en el año 2029 un gobierno bien progre juzgue a los responsables de la pobreza y el hambre de agosto de 2003», escribía entonces un comentarista inquieto. Comparto con él la idea de que la preocupación creciente por los derechos humanos del pasado fue el complemento de una preocupación escasa y estable por los derechos humanos del presente: del largo presente de estos ocho años kirchneristas.

Los muertos políticos del kirchnerismo empezaron enseguida —y les salieron baratísimos. El sábado 4 de octubre de 2003 un militante de la Corriente Clasista y Combativa apareció «suicidado» en una celda de la comisaría de Libertador General San Martín, en Jujuy. El comisario dijo que Cristian Ibáñez, 20 años, estaba borracho y se había ahorcado «con la cinta de sus bermudas»; era tan inverosímil que unos días después buena parte de la ciudad salió a la calle. Esa noche la policía mató de tres tiros a quemarropa a otro militante de la CCC, Luis Cuéllar, 19 años; sus paisanos enardecidos quemaron la comisaría hasta los cimientos. Pero la noticia circuló poco en los medios nacionales, y el gobierno asumió una actitud que, desde entonces, repetiría tantas veces: la violencia policial no sería su responsabilidad sino su problema. Tan a menudo, frente a cuestiones

semejantes —donde el Estado producía desastres—, el gobierno de los doctores Kirchner se situó como una víctima o un comentarista; muy rara vez como el causante, el responsable.

Un mes después, el 25 de noviembre, la policía de Neuquén reprimió con balas de plomo una manifestación piquetera que protestaba contra la eliminación de unos subsidios. Hubo diez heridos de bala; al día siguiente el ministro del Interior, doctor Aníbal Fernández, dio una definición tajante sobre su idea de los derecho sumanos: «No estamos con la represión, no vamos a reprimir, eso no sirve, pero los piqueteros tienen que desaparecer». El doctor Fernández siempre se preció de saber elegir sus palabras. Pero la mayoría de los argentinos estaba tan feliz con el gobierno que a nadie le molestó su verbo.

Desde entonces, hubo varios asesinatos políticos más. Probablemente los más notorios sean los del maestro Carlos Fuentealba, el albañil Julio López, el militante Mariano Ferreyra, los tres muchachos del parque Indoamericano —que murieron peleando por cuestiones que un gobierno de centroizquierda habría debido garantizar por sí mismo. Pero éste, en cambio, mandó la policía que los mató o no los defendió. O, incluso, mandó eso que Diego Rojas, en su excelente libro *¿Quién mató a Mariano Ferreyra?* llama la «represión tercerizada». En los últimos años, el gobierno ha ayudado a la formación de patotas como aquella de la Unión Ferroviaria —donde un ente estatal permitió que los jefes sindicales emplearan barras bravas para mejorar sus tropas—, y las usa como fuerza de choque contra sindicalistas de izquierda. El mecanismo funciona y muchos de los reclamos sindicales no oficialistas fueron atacados de ese modo —aunque, hasta el 20 de octubre, sin matar a nadie. En cualquier caso, para el gobierno es más barato que mandar policía: siempre pueden decir que no tuvieron nada que ver y después, por supuesto, hacer declaraciones compungidas.

Por lo menos se muestran compungidos: expresan cierto acuerdo general en que esas muertes son algo grave, un atentado contra los derechos humanos —actuales, presentes— de los argentinos. Un acuerdo que no siempre se extiende a otros derechos: el derecho a la vida de los villeros, por ejemplo.

A diferencia de l*agente,* que no consiguió formar un adjetivo, v*illero* fue adjetivo antes de convertirse en sustantivo —aunque mantuvo su carga fuertemente adjetiva: «ése es un villero» es, más que una descripción, una opinión habitualmente desdeñosa. A menos que sea proferida por alguien que se considere a sí mismo como tal: hay, en la Argentina contemporánea, una tendencia a asumir como nombre propio los improperios de los enemigos o adversarios: los hinchas de

Boca ahora se llaman a sí mismos bosteros, los de River gashinas, los de San Lorenzo cuervos, ciertos peronistas se autodenominan la mierda oficialista. El mecanismo sirve para desarmar la potencia insultante del insulto —y convertirlo en un orgullo. Así, la cumbia villera, por ejemplo, es el producto cultural de habitantes de villas que decidieron que eso era lo que eran y eso lo que hacían y no querían disimularlo más: que se hacían cargo, y qué.

Y eso, en un momento en que ese orgullo no suele tener mucho espacio. No es un momento fácil para ser pobre. Nunca lo fue, pero solía haber ideologías que les atribuían un lugar decisivo, redentor: «Bienaventurados sean los pobres porque de ellos es el reino de los Cielos», decía el cristianismo. Y, para los movimientos marxistas, los pobres eran el portador sano de la esperanza revolucionaria: «Arriba los pobres del mundo», empezaba *La Internacional*, y la ciencia del materialismo histórico aseguraba que la marcha ineluctable de la historia haría que la lucha de clases conducida por los desposeídos o pobres o, técnicamente, proletarios condujese al mundo hacia el triunfo del socialismo y la desaparición de esas clases que luchaban. La revolución era, entonces, una verdad indudable y los pobres estaban destinados a cumplirla.

Por eso el pobrismo. Llamemos pobrismo a esa forma de pensar la sociedad y el mundo en que ser de izquierda consistía, supuestamente, en aceptar esta idea y, por lo tanto, reverenciar a los pobres más que a nada en el mundo. Los izquierdistas que no eran pobres lo devenían —la famosa proletarización— y los que no se atrevían a tanto mantenían, al menos, ese respeto inquebrantable. Había que acercarse a los pobres, entenderlos, seducirlos, aprender de ellos y, aunque no siempre se dijera, explicarles cuál era su papel: hacer el papel de Juan Bautista descubriéndole a Jesús que era el Elegido. A cambio, los pobres harían algún día, finalmente, lo que debían: esa revolución. Era la idea general y era tan linda, pero pasó el tiempo y la historia no fue en la dirección debida y en muchos lugares los pobres se fueron haciendo menos pobres pero aquí se fueron haciendo cada vez más pobres: tan pobres que dejaron de ser proletarios en el sentido clásico. Desaparecieron industrias, servicios; los pobres ya no vendían su fuerza de trabajo a un precio vil porque nadie quería comprársela ni siquiera a ese precio. Llegaron, al final, las épocas del piquete de desocupados, la asistencia, el clientelismo, la delincuencia, los villeros.

Ahora, para muchos de los ex pobristas, los pobres son esos fulanos condenados, excluidos, desarmados, mal educados, llevados de las narices por políticos inescrupulosos, malos votantes que no saben siquiera reconocer sus intereses: desgraciados completos sin redención a la vista. Pobres pobres, sin siquiera la riqueza de una misión histórica —ni ninguna otra cosa que los justifique y enaltezca. Y

pobres los pobristas, sin saber dónde mirar, de dónde esperar qué. Mientras tanto, los pobres convertidos en villeros son los blancos de lagente segurista.

En principio, villero es —como resulta obvio y su nombre lo indica— el habitante de una villa. Pero villero significa, sobre todo, un pobre marginalizado. Es natural que la palabra haya tomado un auge importante: es la forma de denominar a una categoría nueva en la sociedad argentina, la que fue armando en los últimos treinta años ese tercio de la población que se quedó —más o menos— afuera del circuito socioeconómico formal y sobrevive como puede. Por eso, cuando lagente dice villero, la sospecha tiñe su pronunciación: están hablando de lo desconocido amenazante, de personas de cuya vida saben muy poco salvo que —suponen— pueden ser peligrosos.

El villero es el blanco principal del segurismo (véase pág. 125). Según distintos ejemplares de lagente puede serlo porque pobrecito lo cagaron el Estado lo abandonó y no tiene más remedio o porque esos negros nunca quisieron laburar siempre les gustó hacer la más fácil o porque son unos hijos de mil putas mal paridos lo llevan en la sangre; aunque puedan diferir en las causas, casi toda lagente coincide en que el villero es un delincuente —más o menos— en potencia.

Porque el segurismo ha producido una figura decisiva en la Argentina actual: el villero/delincuente. El villero/delincuente ocupa, a partir de los años noventa, el lugar que antes ocupaba «el subversivo» en los miedos de la sociedad. Son el cuco: la amenaza constante, la justificación de los abusos policiales, la legitimación de la mano dura. Pero, más allá de la semejanza básica, habría que hacer un análisis detallado de las diferencias entre esas dos figuras sociales: provisoriamente, se puede decir que sintetizan épocas tan diferentes. Allí donde el subversivo amenazaba para conseguir la realización de un proyecto supuestamente colectivo que ponía en cuestión todo el orden social, el villero/delincuente amenaza para lograr pequeñas metas individuales que no hacen más que reafirmar ese orden social: dice, en definitiva, que él también quiere poseer los bienes que ese orden considera dignos de ser poseídos.

De la misma manera, el villero/delincuente representa una forma distinta del delito, también tan contemporánea: el delito desorganizado, confuso, que —según el lugar común— «no tiene códigos».

(La sociedad argentina reclama todo el tiempo códigos. En la Argentina contemporánea todos tienen códigos: los futbolistas que paran de hacer goles para no complicar a sus colegas, los policías que cubren el curro del sargento, los amigos que no tiran los tejos a la novia de un amigo a menos que no sea tan amigo, el médico que no te

dice que su colega casi te mata con ese tratamiento, todos tienen códigos. *Tener códigos* es lo que hace cualquier grupo cuando usa normas distintas de las leyes o pautas de conducta que su sociedad asume —¿asume?— como propias; tener códigos es colocarse fuera de la ley general y justificarlo por un supuesto bien grupal. Es lo que siempre hicieron ciertos grupos especiales: la mafia, los ejércitos, las iglesias diversas. Pero ahora, en la Argentina, parece que no hay quien no lo haga. Y es un signo: una sociedad donde todos apelan a sus códigos por encima de la ley general es una sociedad fragmentada, hecha de grupos con intereses propios, que no encuentra su lugar común. Tanta insistencia en los códigos dice que las leyes o pautas que supuestamente nos manejan no nos satisfacen o nos sirven —y entonces preferimos usar otras.)

Los ladrones, cuando tenían códigos, no les robaban a sus vecinos, a sus pares; ahora, supuestamente arruinados por «la droga», le roban a cualquiera. Hace unos años tuve una charla de lo más pedagógica con dos ladrones de la vieja escuela, la de los códigos, que me lo explicaban con todos los detalles:

—Acá lo que pasa es que ya no hay más respeto, papá. Esto está lleno de pendejos que se endrogan y salen a matar a cualquiera, a una viejita, a una nena, a lo que se les cruza. Los pibes de catorce, quince años quieren ir rápido, se llenan de pastillas rohypnol…

Dijo Uno, y Dos lo retomó al vuelo; Uno y Dos se completan, se pisan, se dan manija el uno al otro:

—¡Sí, esas pastillas están arruinando al planeta! Los pendejos están como locos, van y te matan a uno para tener fama. Así nos vamos a ir al carajo, andá a saber lo que puede pasar…

—¿Y a ustedes qué es lo que les preocupa?

—Y, papá, te joden la calle, te la llenan de yuta, te la hacen más difícil. Nosotros no estamos en eso, no vamos a ir a matar a alguien por cien pesos, por diez pesos, por un papel de droga, ¿me entendés? Nosotros hacemos otras cosas, hacemos cosas grandes. No vamos a ir a meternos con los laburantes, a entrar en una casa por 200 mangos. Nosotros no estamos para esta pavada, papá.

Dijo Uno, orgulloso.

—Nosotros estamos para los laburos serios, ¿me entendés? Éstos se meten con todos, no les importa nada. Fijate lo del otro día, con la nenita esa de cinco años. Nosotros si hay una criatura la tratamos bien, con cariño, señora corrasé para ahí, quedesé tranquila: es muy distinto, ¿me entendés?

Dijo Dos, casi enternecedor.

—¿Sabés qué pasa, papá? Nosotros cuando tiramos es porque no tenemos más remedio. Cuando nosotros salimos a laburar, si hay muertos es porque la cosa se puso jodida, un tipo se arrancó y… qué

se le va a hacer, es el laburo. Vos no vas a tirar, lo vas a apretar bien. Pero si ahí el tipo se te retoba, te amaga con sacar un fierro, lo tenés que matar vos porque si no te mata él.

Ahora, en cambio, estos villeros ya no tienen esos códigos, porque la disolución de las estructuras sociales —familia, hogar, buenas costumbres— los llevan a drogarse y convertirse en animales peligrosos, me decían esos ladrones que, a su modo, también formaban parte de lagente.

Es un negocio redondo. La identificación de villeros con delincuentes produce efectos múltiples y complementarios: marginaliza más todavía a los villeros porque les impide, por ejemplo, conseguir empleos, y los sitúa fuera de la ley común; y, al mismo tiempo, justifica esa marginalización porque serían ciudadanos peligrosos, con los que no hay que mezclarse. No importa nada que las estadísticas muestren que la proporción de delincuentes dentro de las poblaciones de las villas miserias es sumamente exigua; el prejuicio no se fija en esas pequeñeces.

Y sirve para justificar otro de los conceptos fuertes de lagente: los derecho sumanos son para nosotros, para los ciudadanos buenos que pagan sus impuestos, no para esos turros.

Los derecho sumanos de los villeros —sobre todo si son jóvenes— no son una preocupación general —y el gobierno de los doctores Kirchner no la asumió nunca. Es obvio que nunca asumió plenamente sus derechos «al trabajo, al descanso, a la salud y el bienestar, a la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica» (véase «Modelo», pág. 298) que la Declaración Universal proclama. Y ni siquiera su famoso punto 3, que dice que «todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona». Hay, en ese sentido, casos emblemáticos —aunque muy silenciados—, como el de Luciano Arruga, un pibe de dieciséis años que vivía con su familia en una villa chiquita de Lomas del Mirador, la 12 de Octubre.

El viernes 30 de enero de 2009 «Luciano Arruga fue a jugar al Sega con dos amigos hasta el mediodía —cuenta una nota excelente de *lavaca.org*—. Volvió a casa, miró a Mónica con media sonrisa de complicidad y le dijo:

»—Má, ¿me das algo de plata que salgo un rato?

»A Mónica ya le pasaba lo que a tantas madres, que tienen que levantar la cabeza para mirarle los ojos a esos nenes que de golpe les llevan una cabeza de ventaja. Le regaló una sonrisa, y le dio todo lo que tenía: 25 centavos.

»Luciano fue al quiosco a comprar un cigarrillo suelto. La señora del quiosco le preguntó cómo andaba. Él contó su proyecto de retomar los estudios. "Quiero regalarle el título secundario a mi hermana."

Tuvo premio: dos cigarrillos más. El chico se quedó como siempre en la plaza República Argentina con sus amigos, a media cuadra de su casa: largas charlas, algún tiro al arco en la canchita, compartir el tiempo de esa tarde de verano. Volvió a casa ya de medianoche. Sus hermanos más chicos dormían y Mónica lo escuchó, pasaba a buscar su campera blanca. Luciano caminó cinco cuadras para ir a lo de Vanesa, la hermana a la que quería regalarle el título secundario, estudiante de Sociología y en pareja con un joven abogado. No la encontró. Volvía para su casa cuando sobre la avenida Mosconi, de Lomas del Mirador, lo paró un patrullero policial. Había gente en la avenida, que vio cómo lo palparon. Hubo maltrato, cuentan. Dejaron ir al chico, que siguió por el camino de siempre hacia su casa. Nadie sabe si Luciano se dio cuenta de que el patrullero lo venía siguiendo. Ya era la madrugada del sábado. En Perú y Pringles, la esquina de la placita, dos testigos que no declararon todavía en la causa vieron que un chico de campera blanca era golpeado y metido a la fuerza en un vehículo policial del destacamento de Lomas del Mirador. Una vez en el destacamento, otro testigo lo vio golpeado y ensangrentado.»

Y nunca más apareció. Luciano es hijo de una empleada doméstica que no siempre consigue empleo y de un padre que se fue cuando él tenía seis años; Luciano iba a la escuela, trabajó en una fundidora, cartoneó, imaginó que tendría un hijo para hacerlo de River. En septiembre de 2008, un mes antes de desaparecer, le contó a su madre que unos policías le habían dicho que robara para ellos y que se negó; aquella vez lo detuvieron y le pegaron en el destacamento. La historia de policías «reclutando» pibes para robar es un clásico del conurbano porteño. Luciano después contaría que le siguieron insistiendo y él se siguió negando. Hasta el día en que lo metieron en un coche de la policía bonaerense, y nunca más.

El abogado de su familia, Juan Manuel Combi, dice que el caso se complicó porque nunca encontraron el cuerpo de Luciano: «No tenemos la principal prueba, que es el cuerpo. Si hay algo que enseñó la dictadura es que si no hay cuerpo, no hay verdad». Y que «el Estado es el único que puede materializar una desaparición hoy en día. Un cuerpo desaparecido es un cuerpo violentado por el sistema». Decíamos: un caso emblemático. Pero sólo uno entre demasiados más.

La Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional, Correpi, lleva años trabajando sobre la cuestión: representa a familiares de víctimas de la violencia estatal, investiga, elabora sus propias estadísticas en un tema que nadie quiere computar. Desde 1983 hasta fin de 2010 contaron «3.093 personas asesinadas por el Estado». La Correpi aclara que sus metódos estadísticos no son perfectos y que creen que hay muchos casos que escapan a su

búsqueda.

Pero se esfuerzan y consiguen resultados. Entre esos casos, la Correpi incluye lo que ellos llaman «muertes intrafuerza o intrafamiliares: casos en que el autor utiliza, para "resolver" un conflicto interno o familiar, los recursos represivos que le provee el Estado», o sea: cuando un policía mata a su mujer, su amante, el amante de su mujer, otro pariente, un compañero de trabajo —que yo no sé si incluiría. Esas «muertes intrafuerza o intrafamiliares» son sólo el 8% del total. Las muertes por «gatillo fácil» (51%) y las muertes «en cárcel, comisaría o bajo custodia» (34%) suman el 85%. La Correpi describe estas dos modalidades:

«El fusilamiento o gatillo fácil "propiamente dicho" es motivado a menudo por la "pinta" de la víctima (joven y pobre) y ejercido contra quienes son sospechados de haber cometido delitos, aun hechos menores como arrebatos, o que huyen sin poner en riesgo a terceros luego de un delito consumado o tentado. Es evidencia flagrante de que las políticas de mano dura y tolerancia cero, que consisten en la ejecución extrajudicial sumarísima, se aplican cotidianamente al amparo del consenso social obtenido por las campañas mediáticas para legitimar estos homicidios.

»La muerte de personas privadas de su libertad, sea en unidades carcelarias, en comisarías o en institutos de menores, presentadas oficialmente como inverosímiles suicidios por ahorcamiento o en incendios. Muchos de estos casos son, lisa y llanamente, hechos de tortura seguida de muerte.»

Las cifras indican, por ejemplo, que desde que empezó la administración de los doctores Kirchner, en mayo de 2003, hasta noviembre de 2010, 1.388 —mil trescientos ochenta y ocho— personas murieron por estas dos formas de violencia del Estado —mientras su gobierno se sigue proclamando gran defensor de los derecho sumanos y casi todos le creemos. Es curioso lo fácil que nos resulta permanecer ajenos a tanto asesinato.

Pero las cifras siempre tienen algo de irreal, lejano, frío. La Correpi también ofrece listas caso por caso. Ésta es la del mes de noviembre pasado: son —sin contar las muertes «intrafuerza o intrafamiliares»— catorce hombres y mujeres asesinados en distintas circunstancias: uno cada dos días.

Nombre: Peralta, Kevin
Edad: 13
Fecha de Deceso: 05/11/2010
Ciudad: San Luis.
Provincia: San Luis.
Imputados: Personal de la Comisaría del Menor.

Circunstancias: Estaba detenido en la Comisaría del Menor, junto a otros chicos de 9, 12, 14 y 15 años. Los demás fueron liberados. En la madrugada se desató un incendio que le produjo quemaduras en brazos, rostro, piernas, espalda y vías respiratorias.

Nombre: González, Juan
Edad: 25
Fecha de Deceso: 06/11/2010
Ciudad: Villa Luzuriaga, La Matanza.
Provincia: Buenos Aires.
Imputados: Personal policial.
Circunstancias: Un móvil de la policía comenzó a perseguir a cinco chicos que iban en un auto. La persecución, a tiro limpio, duró desde Valentín Alsina hasta La Matanza, donde finalmente el auto se incrustó contra un árbol. Tres de los chicos murieron. El cuarto, de 14 años, fue herido de gravedad.

Nombre: Marchini, Lucas
Edad: 15
Fecha de Deceso: 06/11/2010
Ciudad: Villa Luzuriaga, La Matanza.
Provincia: Buenos Aires.
Imputados: Personal policial.
Situación Procesal: En instrucción.
Circunstancias: igual que la anterior.

Nombre: Basán, Damián
Edad: 16
Fecha de Deceso: 06/11/2010
Ciudad: Villa Luzuriaga, La Matanza.
Provincia: Buenos Aires.
Imputados: Personal policial.
Circunstancias: igual que la anterior.

Nombre: Ragone, Noelia
Edad: 27
Fecha de Deceso: 09/11/2010
Ciudad: Ezeiza.
Provincia: Buenos Aires.
Imputados: Servicio Penitenciario Federal.
Circunstancias: Encontrada muerta en el penal. Las demás internas realizaron medidas de protesta.

Nombre: N.N. Masculino
Edad: Menor
Fecha de Deceso: 11/11/2010
Ciudad: Lomas de Zamora.
Provincia: Buenos Aires.
Imputados: Policía Federal de franco.
Circunstancias: Dos jóvenes quisieron robar a un hombre que iba en moto. Su yerno, un policía federal, los persiguió y mató a uno.

Nombre: Carrazana, Jorge Guillermo
Edad:
Fecha de Deceso: 12/11/2010
Ciudad: Concepción.
Provincia: Tucumán.
Imputados: Personal policial.
Circunstancias: Murió en la celda de la comisaría de una cuchillada. La policía dice que fue un suicidio. Era un guardiacárcel apresado por un robo.

Nombre: Aragón, Lautaro
Edad: 19
Fecha de Deceso: 16/11/2010
Ciudad: Avellaneda.
Provincia: Buenos Aires.
Imputados: Agente del Servicio Penitenciario Bonaerense
Circunstancias: Fue baleado frente al hospital Finocchietto de Avellaneda cuando iba a comprar un sándwich a un kiosco con unos amigos, frente a su casa. Un agente penitenciario interpretó que querían asaltarlo y le disparó.

Nombre: López, Roberto
Edad:
Fecha de Deceso: 23/11/2010
Ciudad: La Primavera.
Provincia: Formosa.
Imputados: Policías provinciales.
Circunstancias: Familias de la etnia toba mantenían un corte en la ruta nacional 86, en reclamo por la pérdida de sus tierras. La policía provincial fue enviada a desalojarlos. En el ataque murió López y hubo seis heridos de bala.

Nombre: NN Masculino
Edad:
Fecha de Deceso: 23/11/2010

Ciudad: Rosario.
Provincia: Santa Fe.
Imputados: Brigada de Orden Urbano.
Circunstancias: Una mujer policía mató a balazos a un hombre que, dijo, intentaba robarle la moto en la que viajaba.

Nombre: López, Mario
Edad:
Fecha de Deceso: 24/11/2010
Ciudad: Pilagas.
Provincia: Formosa.
Imputados:
Circunstancias: Delegado del MoCaFor, Mario López iba manejando su moto por la ruta nacional 81. Murió atropellado por el oficial de la Brigada de Informaciones de la policía formoseña Pedro Arias, días después del asesinato de Roberto López.

Nombre: Zárate, Yonathan Jesús
Edad: 25
Fecha de Deceso: 25/11/2010
Ciudad: González Catán.
Provincia: Buenos Aires.
Imputados: Personal del Servicio Penitenciario Provincial.
Circunstancias: Estaba preso en la UC 43, condenado a 3 años y medio de prisión por un robo. Preso de conducta ejemplar, el día del hecho salió con otros internos para representar a la unidad en una exhibición de box. Antes de reingresarlo a su pabellón lo requisaron. Frente al agente del SPB que hacía el reintegro, fue atacado por otro preso, y recibió una herida de arma blanca en la axila. El guardiacárcel declaró que «cuando vio el acercamiento físico cerró la puerta, porque ésa es la primera medida de seguridad que se toma habitualmente». Murió desangrado horas después. En el legajo penitenciario hay una «declaración» efectuada por él y su atacante, antes de llevarlos al hospital, en la que habrían dicho que no deseaban instar la acción penal. Según el informe médico, a la hora en que se consigna ese documento Yonathan ya no podía estar consciente.

Nombre: Martínez, N. N.
Edad: 19
Fecha de Deceso: 30/11/2010
Ciudad: San Pedro.
Provincia: Jujuy.
Imputados: Policía de iniciales J. G.

Circunstancias: El homicida dijo que dos personas lo apuntaron cuando estaba con su novia dentro de su auto. Los remató de varios disparos.

Nombre: Tolaba, N.N.
Edad: 20
Fecha de Deceso: 30/11/2010
Ciudad: San Pedro.
Provincia: Jujuy.
Imputados: Policía de iniciales J. G.
Circunstancias: igual que la anterior.

Como decía aquel iracundo hace ocho años: seguramente algún gobierno progre hará, dentro de veinticinco años, justicia con algunos de estos crímenes. Y, mientras tanto, muchos otros pobres se seguirán muriendo por otro tipo de violencia, otras violaciones de sus derecho sumanos: en la Argentina actual se mueren once chicos menores de cinco años por día por causas evitables: once chicos que se quedan sin ningún derecho humano cada día.

9
Honestismo

sust. mas. sing., argentinismo: la convicción de que —casi— todos los males de la Argentina actual son producto de la corrupción en general y de la corrupción de los políticos en particular.

El honestismo es el complemento más natural del segurismo. Si el segurismo consiste en convertir la cuestión social en un asunto policial, el honestismo consiste en hacer lo mismo con la política. Ni el aumento de la delincuencia ni la degradación de la política serían problemas complejos y generales —efectos del modo en que organizamos nuestra sociedad— que merecen nuestra atención, nuestros esfuerzos; son excrecencias, desviaciones de una supuesta norma que supuestas instancias especializadas —la policía, la justicia — deberían enfrentar.

El honestismo es un producto de los noventa: otra de sus lacras. Entonces, ante la prepotencia de aquel peronismo, cierto periodismo —el más valiente— se dedicó a buscar sus puntos débiles en la corrupción que había acompañado la destrucción y venta del Estado, en lugar de observar y narrar los cambios estructurales, decisivos, que ese proceso estaba produciendo en la Argentina.

La corrupción fueron los errores y excesos de la construcción del país convertible: lo más fácil de ver, lo que cualquiera podía condenar sin pensar demasiado. Es como los juicios a los militares: esos militares empezaron a cambiar las estructuras sociales del país, destruyeron las organizaciones sociales, produjeron la deuda externa que todavía nos siguen cobrando pero los juzgamos por haber robado una cantidad de chicos. Es terrible robar chicos. Pero frente a lo que construyeron como país es un hecho tan menor. Sus torturas, sus asesinatos incluso son, frente a eso, un hecho tan menor: un hecho espantoso acotado frente a un efecto global que se extiende en el tiempo, que dura todavía. Pero es mucho más fácil acordar en lo horrible de sus torturas y robos que en lo definitorio de su reestructuración del país —entre otras cosas, porque los que se beneficiaron con esa reestructuración son, ahora, los dueños de casi todo. Lo mismo pasó, con menos brutalidad, con la misma eficacia, con las reformas del peronismo de los años noventa.

La furia honestista tuvo su cumbre en las elecciones de 1999, cuando elevó al gobierno a aquel monstruo contranatura, pero nunca

dejó de ser un elemento central de nuestra política. Muchas campañas políticas se basan en el honestismo, muchos políticos aprovechan su arraigo popular para centrar sus discursos en la denuncia de la corrupción y dejar de lado definiciones políticas, sociales, económicas. El honestismo es la tristeza más insistente de la democracia argentina: la idea de que cualquier análisis debe basarse en la pregunta criminal: quiénes roban, quiénes no roban. Como si no pudiéramos pensar más allá.

La corrupción existe y hace daño. Pero también existe y hace daño esta tendencia general a atribuirle todos los males. La corrupción se ha transformado en algo utilísimo: el fin de cualquier debate. Si las empresas estatales se malvendieron a otras empresas estatales extranjeras no fue porque una deuda de miles de millones obligó a la Argentina a hacer lo que querían sus acreedores externos, sino porque a un par de ministros y cuatro secretarios les gustaban ciertos polvos más que otros. Si hay tantos pobres —y se los cuida tan poco y tan mal— la causa se ve menos en el reparto de las riquezas y el abandono de las obligaciones del Estado que en el desvío de ciertos fondos menores. Y así sucesivamente. La discusión política es el tema que el show de la corrupción supo evitar.

Lo cual no se acerca ni un poco a la estúpida idea del «roben pero hagan». La honestidad es esa cualidad de quien no quiere apoderarse de lo que no le corresponde por ley o por moral o por costumbre. Y, por extensión, del que administra la cosa pública sin aprovecharla para mejorar su cuenta corriente. La honestidad es el grado cero de la actuación política; es obvio que hay que exigirle a cualquier político —como a cualquier empresario, ingeniero, maestra, domador de pulgas— que sea honesto. Es obvio que la mayoría de los políticos argentinos no lo parecen; es obvio que es necesario conseguir que lo sean. Pero eso, en política, no alcanza para nada: que un político sea honesto no define en absoluto su línea política. La honestidad es —o debería ser— un dato menor: el mínimo común denominador a partir del cual hay que empezar a preguntarse qué política propone y aplica cada cual.

Mientras tanto, muchos siguen currando con eso de la honestidad: con la denuncia, con los prontuarios ajenos, con la promesa propia. Y, con eso, clausuran el debate sobre el poder, la riqueza, las clases sociales: acá lo que necesitamos son gobernantes honestos, dicen, y la honestidad no es de izquierda ni de derecha.

Alguien me lo explicó: la honestidad no es de izquierda ni de derecha «como un globo no es ni rojo ni azul, es un globo». De acuerdo: un globo es un globo es un globo, una bolsa de plástico con su boca chiquita que, soplado, guarda aire; el aire lo redondea y le da

esa forma que solemos identificar con la palabra globo. Todos los globos son eso, pero un globo rojo es lo contrario de un globo azul en la cancha de Boca, por ejemplo, o en cualquier otro lado. El ser rojo o el ser azul hacen que el globo —que sigue siendo un globo— represente cosas completamente diferentes. El hecho de que sea un globo es la base común que permite que se expresen esas posiciones opuestas. Por eso, la honestidad puede no ser de izquierda o de derecha, pero los honestos seguro que sí. Se puede ser muy honestamente de izquierda y muy honestamente de derecha, y ahí va a estar la diferencia. Quien administre muy honestamente en favor de los que tienen menos —dedicando honestamente el dinero público a mejorar hospitales y escuelas— será más de izquierda; quien administre muy honestamente en favor de los que tienen más —dedicando honestamente el dinero público a mejorar autopistas y teatros de ópera— será más de derecha. Quien disponga muy honestamente cobrar más impuestos a las ganancias y menos IVA sobre el pan y la leche será más de izquierda; quien disponga muy honestamente seguir eximiendo de impuestos a las actividades financieras o las explotaciones mineras será más de derecha. Quien decida muy honestamente facilitar el uso de anticonceptivos será más de izquierda; quien decida muy honestamente acatar las prohibiciones eclesiásticas será más de derecha. Quien decida muy honestamente educar a los chicos pobres para sacarlos de la calle será más de izquierda; quien decida muy honestamente llenar esas calles de policías y de armas será más de derecha. Y sus gobiernos, tan honesto el uno como el otro, serán radicalmente diferentes. Digo, en síntesis: la honestidad —y la voluntad y la capacidad y la eficacia—, cuando existen, actúan, forzosamente, con un programa de izquierda o de derecha.

Hay quienes oponen un argumento: que si «los políticos» no robaran, muchas cosas serían mejores: la salud, la educación, por ejemplo. Quizá mejoraran marginalmente. Pero lo que define la salud o la educación argentinas no es que quienes tienen que organizar sus prestaciones públicas se roben un 10, un dudoso 20, incluso un improbable 30% del dinero destinado a ellas; lo que las define es que —gracias a la dictadura militar y sus continuadores democráticos— los argentinos que pueden hacerlo compran salud y educación privadas, y dejan a los pobres esa educación y esa salud públicas que los políticos corroen —lo cual resulta, ya que estamos, absolutamente de derecha.

O sea: si este mismo sistema estuviera administrado sin la menor fisura, habría —supongamos— un tercio más de recursos para hospitales y escuelas y los pobres tendrían un poco más de gasa y un

poco más de vacunas y un poco más de tiza —y los ricos seguirían teniendo tomógrafos y by-passes al toque y computadoras en el aula. Quiero decir: si todos los políticos fueran honestos, todavía tendríamos que tomar las decisiones básicas: en este caso, por ejemplo, si queremos que haya educación y salud de primera y de segunda, o no. Si queremos que un rico tenga muchísimas más posibilidades de sobrevivir a un infarto que un pobre, o no. Si pensamos que saber matemáticas es un derecho de los hijos de los que ganan menos de tres lucas, o no.

Pero muchos políticos —y muchos ciudadanos— evitan discutirlo y hablan de la corrupción, que es más fácil y es decir casi nada: ¿quién va a proclamar que está a favor del cáncer? El honestismo es la forma de no pensar en ciertas cosas, un modo parlanchín de callarse la boca. Cuando no hay ideología, la idea de la decencia y de la ética parecen un refugio posible. Es curioso: no hubo, en la Argentina contemporánea, un gobernante más decente, más reacio a acumular riqueza personal, que un señor que vivió hasta hace poco en un apartamento de tres ambientes en un barrio modesto que tuvo que dejar para ir, grasiadió, preso, y se sigue llamando, pese a todo, Jorge Rafael Videla, ex general de esta Nación.

O, para decirlo como lo escribí hace muchos años, en una nota que se llamaba *El curro de la corrupción*: «Un día nuestros gobernantes serán probos, ignorarán todo sobre las islas Caimán, usarán su propio coche para irse de shopping y denunciarán a su secretaria cuando se limpie las uñas con un clip del Estado: eso es, al menos, lo que nos prometen últimamente casi todos los líderes políticos. Ese día va ser espeluznante; ese día nuestras esperanzas, si es que todavía las tenemos, caerán procelosas como guano de paloma sobre testas peladas. ¿Será que vamos a esperar hasta ese día para descubrir el curro de la corrupción?

»—¡Sí, de veras! ¡Qué indignación, hermano, nos afanan sin parar!

»—No, no me entendiste. Lo que vos decís es la corrupción. Yo te decía el curro de la corrupción.

»Ese día tan esperado, cuando nuestros gobernantes sean tan buenos como la supuesta madre Teresa de Calcuta, va a ser estremecedor: ese día, tres millones de desocupados se van a dar cuenta de que siguen estando desocupados; diez millones de pobres van a ver que son igual de pobres; treinta millones de argentinos van a entender que el país está hecho para los otros ocho o nueve, aunque ahora lo van a administrar con honra. Y —quizás, ese día— sí va a pasar algo.»

Las cifras han cambiado un poco desde entonces, pero tampoco tanto. Aunque sigue estando claro que la ideología de la derecha siempre consistió en postular que no hay ideologías, y que lo que

importa es la eficiencia, la honestidad. Es la misma línea de pensamiento que resumió, en los días de su pelea por las retenciones agrarias, la doctora Fernández, entonces presidenta: «En política se puede ser peronista, antiperonista, comunista, en política se puede ser cualquier cosa, pero en economía hay que tratar de ser lo más sensato y racional que sea posible». La política no define la economía —que debe ser «sensata y racional»— ni las decisiones de gobierno —que deben ser «honestas»—: la política da igual, es un capricho.

Allí está la esencia del honestismo: por su capacidad para evitar el debate político —para convertirlo en asunto policial— es uno de los recursos más utilizados por la prensa liberal y sus seguidores para criticar al gobierno kirchnerista. Que, por otro lado, no deja de darle todo tipo de alegrías: no hay nada más tranquilizador para un argentino que comprobar que sus enemigos políticos roban: eso le provee un argumento incontestable, que no requiere debate, que clausura el debate. Era graciosa la zozobra en que muchos se debatían al principio de este gobierno, cuando no parecía haber mucho de eso. Después, sin prisa pero sin pausa, los doctores Kirchner hicieron todo para tranquilizarlos.

No vale la pena hacer una lista exhaustiva. Sí recordar que hubo un par de años, al principio, en que los argentinos habían olvidado provisoriamente —o, por lo menos, relegado— la idea de la corrupción gubernamental, hasta que apareció el caso Skanska. Fue a mediados de 2006, cuando se supo que funcionarios del ministerio de Obras Públicas cobraron más de 15 millones de pesos en sobreprecios para adjudicar dos gasoductos a esa empresa sueca. El caso tuvo repercusión, pero no alcanzó para cambiar la percepción general sobre el gobierno.

Insistieron. En junio del año siguiente estalló una historia que le habría costado mucho más a cualquier administración que no atravesara esa bonanza económica: cuando la ministra de Economía, Felisa Miceli, no pudo explicar por qué tenía una bolsa llena de dólares en el baño de su oficina. La ministra tuvo que renunciar y aceptó un empleo en la administración económica de las Madres de Plaza de Mayo.

Un mes después la secretaria de Medio Ambiente, Romina Picolotti, tampoco consiguió justificar centenares de contratos a parientes y amigos, compras extravagantes, contrataciones de jets privados, decenas de miles de dólares en viáticos personales —pero el gobierno del doctor Kirchner la mantuvo un año más en el cargo.

Días más tarde, el 7 de agosto el venezolano Antonini Wilson trató de entrar en el país con una valija que llevaba 800.000 dólares, y lo detuvieron. Fue un quiebre: venía en un avión privado pagado por la

empresa estatal de petróleo, junto con su presidente y altos funcionarios del Estado, y se instaló la convicción de que era un aporte venezolano a la campaña presidencial de la doctora Fernández. El gobierno contestó que era un «montaje del FBI» y que nunca habían visto a ese señor, hasta que apareció un video que lo mostraba en la Casa Rosada en un acto oficial.

Las causas contra Ricardo Jaime, que después se convertiría en la cara de la corrupción kirchnerista, empezaron en esa misma época. El secretario de Transporte manejaba una caja de subsidios de miles de millones y la potestad de habilitar y contratar servicios más millonarios todavía. La doctora Fernández le pidió la renuncia después de las elecciones de 2009; para entonces ya se sabía que había llegado a su cargo sin un peso y acumulado, en esos seis años, dieciocho autos, tres motos, una docena de casas, un avión, un gran yate. Por tanto éxito lo defendería el mismo abogado, Andrés Marutián, que representó al ex general Roberto Eduardo Viola en el juicio a las Juntas de 1985.

Y fue entonces, también, cuando el gobierno de la doctora Fernández decidió impedir que el jefe de la Fiscalía de Investigaciones Administrativas avanzara en la causa por el enriquecimiento ilícito de ella y su marido, y nombró en el cargo a un sucesor que se bajó rápidamente del caso y permitió que el juez Oyarbide los sobreseyera sin mayores justificaciones.

Para entonces, más allá de los hechos que se siguen agregando, pocos argentinos no creían que los gobiernos de los doctores Kirchner hubieran servido para que muchos burócratas y algunos amigos ganaran mucha plata. Además de los funcionarios súbitamente enriquecidos están los millonarios exprés tipo Rudy Ulloa Igor, Lázaro Báez y Cristóbal López, que pasaron de la modestia a la posesión de grandes empresas de medios, obra pública, petróleo, juego —y de quienes demasiadas voces más o menos autorizadas dicen que eran socios o testaferros del doctor. Y están los millonarios semiexprés tipo Eskenazi, Brito, Ferreyra que hacen negocios extraordinarios gracias al gobierno. Y los millonarios del menemismo tipo Eurnekian, Macri, Mindlin, Madanes, que siguen haciendo negocios extraordinarios gracias al gobierno: el capitalismo de amigos. Esos amigos capitalistas que les sirven —por ahora— para financiar la política y que deberían servir —más tarde— para mantener algún poder ya fuera del poder ejecutivo. Que no sólo no cambian la forma de distribución de la renta ni las estrategias de explotación ni ninguna otra forma de funcionamiento del capitalismo de mercado: que además sirven para que los doctores —la doctora que queda— pudieran seguir usando ese capitalismo en beneficio propio.

Pero insisto: no vale la pena detenerse en el detalle. Muy pocos argentinos —ni siquiera los que los siguen— creen que el difunto doctor Kirchner y su señora no hayan estado complicados en formas de enriquecimiento poco claras o, para decirlo en argentino, que no hayan hecho mucha guita por izquierda. Sobre todo después de que se supo cómo compraron en el Calafate a 7,50 tierras fiscales que valían entre 30 y 120 pesos el metro cuadrado, con créditos del Banco de Santa Cruz: pagaron —o ni siquiera pagaron— 130.000 pesos y poco después, cuando los vendieron, cobraron seis millones. Fue en 2006, ya plenamente asentados en el poder, ya ricos, ya sin necesidad; la denuncia judicial fue desestimada en un santiamén por la fiscal a cargo, una sobrina del doctor.

Yo no puedo entenderlo —o, si lo entiendo, preferiría que no. No puedo entender que el doctor Kirchner se metiera en pamplinas como aquella maniobra berreta que armó a mediados de 2008, cuando usó la información —y el poder— que tenía para comprar un par de millones de dólares y ganarse unos pesitos apostando al aumento del dólar, que él mismo, como ministro de Economía en las sombras, manejaba. Fue el mismo año en que su declaración de impuestos dijo que su patrimonio había aumentado 28 millones de pesos, un 158%, con respecto al año anterior. Pero esos dos milloncitos eran un dato fuerte: una especie de síntoma. ¿Por qué lo hacía? Nunca pude entenderlo. Los diarios y la oposición lo acusaron, por supuesto, de usar esa información privilegiada para hacer una diferencia con el cambio. Yo lo habría acusado de no usarla; usarla para ganarse unos pesitos es despilfarrarla, reventarla, cuando lo hace un señor que debería gobernar, legislar, pensar futuros. Por eso, otra vez, mi duda recurrente: ¿cómo era posible que un señor que estaba manejando un país, que se estaba jugando su lugar en la historia, su foto en los manuales, el dibujo de su cara en los billetes —y que ya era tan rico —, pudiera ponerse a pensar en cambiar dólares para hacerse unos mangos, en comprar unas acciones de un hotel, en agregar algún millón a sus millones? ¿Cómo se puede ser tan mezquino, tan pobre, tan menguado? ¿Cómo tener una ambición tan berreta? ¿No le daban más ganas de ser San Martín que Monetta, Guelar, Madoff? ¿O creía de verdad que para ser San Martín tenía que ser Madoff? Los doctores Kirchner solían decir, dicen, que lo hacían porque «para hacer política se necesita guita»: lo cual define, sin mucho lugar para las dudas, de qué hablaban cuando hablaban de política, el tipo de política que hacían y que hacen, tan alejada de cualquier berretín épico, de cualquier voluntad de cambio verdadero.

Pero casi todos hacen lo mismo. ¿Por qué, cuando ya tienen todo lo que alguien puede tener, no trabajan para el bronce en lugar de trabajar para la plata, para el millón más, para la partezuela de poder,

para la revanchita? No sé cómo explicarlo: ¿falta de ambición verdadera, inteligencia breve, cortedad de miras? ¿Incapacidad ideológica de pensar más que en el presente, más que en la pequeña salvación individual? ¿Algo en lo cotidiano del poder que les impide planificar diez años más allá, cinco semanas más allá? ¿Onmipotencia tonta y pura? La cuestión no es menor: sigo creyendo que se precisan políticos que piensen en el bronce para que esto, eventualmente, empiece a funcionar. Que deseen antes que nada el bronce: que sean capaces de imaginar a veinte, cuarenta, cien años vista; sólo así pueden pensarse en los manuales; sólo así pueden pensar un proyecto de país. Es, como decía mi profesor de matemáticas, condición necesaria pero no suficiente. O sea: un modo de empezar a hablar. Sólo por esa razón podría aceptar ciertas formas de honestismo: porque ser corruptito, pensar en hacer unos mangos más es mostrar que uno no está en condiciones de gobernar un soto.

El afán de riqueza de los doctores Kirchner —y la corrupción de, por lo menos, varios de sus funcionarios importantes— no es lo mismo que la del doctor Menem y los suyos. La deshonestidad del peronismo de los noventa era su naturaleza, y la negaban poco. En cambio, si un gobierno no para de hablar de honestidad, el sentido cambia. No es lo mismo cuando el sospechado es un vivillo como José Manzano que cuando es un lugar común de la moral como las Madres de la Plaza de Mayo.

En el caso del doctor Menem son errores y excesos esperables de su discurso político; en el caso de los doctores Kirchner es una contradicción bruta, otra demostración de que no hacen lo que dicen. Y sirve, por supuesto, como muchos de sus actos, para que los ricos y sus medios puedan decir vieron: ¿vieron cómo estos que hablan de redistribución de la riqueza y esas cosas afanan como todos, más que todos? No importa lo que digan, son todos iguales. Y el discurso de la redistribución se hunde por el peso de esa plata.

A principios de 2010 Hugo Yasky, que poco después sería el candidato kirchnerista a la jefatura de la CTA, dijo en un reportaje que, en un encuentro con la presidenta doctora Fernández, ella les dijo «vamos a hablar claro, ninguno de nosotros vive como nuestros representados». Y que fue un momento tenso porque ellos le contestaron que los dirigentes CTA sí vivían como sus representados. Entonces Yasky comentaba que «un cambio político no se logra simplemente con documentos, con liturgia, con discursos: hay que empezar a construir desde la forma en que uno vive. Lo de Kirchner demuestra por qué muchas veces existe inconsistencia entre lo que dice y lo que se hace». Después la suya propia lo llevó a ser el candidato de los doctores, pero ésa es otra historia. Un filósofo francés

contemporáneo escribió que «cuando uno no vive como piensa, acaba pensando como vive» —y quizá tuviera razón.

(Los argentinos, por supuesto, como casi todo el mundo, aplicamos a los otros parámetros muy distintos de los que nos aplicamos a nosotros mismos. Cualquier observador ingenuo —¿existen los observadores ingenuos?— podría pensar que ciudadanos tan preocupados por la honestidad de sus gerentes son, en sus vidas, modelos de probidad y de honradez. Pero, por supuesto, es mucho más fácil reclamar honestidad que no pagar una coima cuando te pasaste el semáforo en rojo o no rebajar el valor de tu casa al escriturarla o no comprar un repuesto para el coche sin preguntar de dónde viene o no recibir pingües invitaciones para recetar un remedio si sos médico o no inflar los viáticos si sos empleado con viáticos o no hacer publicidad encubierta si sos periodista, o tantas otras cosas que nos perdonamos cada día. El 40% de la economía argentina existe fuera de la ley: en negro. Pero el honestismo no se interesa por la corrupción de todos, esa que casi todos justifican con la frase nefasta:

—Y dale, no te hagás el boludo. Todos hemos hecho alguna cagada alguna vez.

Y el que dice que no, es un pedante o un mentiroso. Ante esa convicción, el honestismo ofrece el placer de sentirse probo criticando a los que hacen, en gran escala, lo que uno mismo hace en pequeña. El honestismo es un modo de resaltar la corrupción de ciertos otros para olvidar la propia.

Y es, también, el resultado de una convicción que se ha asentado en la Argentina actual: que casi cualquier forma de adquisición —de apropiación— de bienes se considera más o menos ilícita o, dicho de otro modo: que no se supone que nadie adquiera lícitamente casi nada. Digo, para entendernos, la famosa frase: acá nadie hace guita trabajando. Trabajar fue, durante unos cuantos siglos, la forma legítima, socialmente aceptable, alentada por el poder, de adquirir bienes. En la sociedad argentina hemos llegado a la conclusión —bastante bien sustentada por la realidad— de que trabajando no se consigue mucho, así que para obtener bienes relevantes hay que hacer otras cosas.

La idea se verifica en todos los niveles. Su caso extremo —el que la muestra más clarito— son los supuestos pibes chorros, los blancos principales del segurismo. Pero esos son sólo los casos más evidentes, más brutales: en general, la sensación de que trabajando nadie consigue demasiado está instalada entre nosotros argentinos. Por lo cual, para la mayoría de los observadores —usted, yo, nuestra prima Carlota—, los que obtienen muchos bienes resultan inmediatamente sospechosos: algo habrán hecho. No digo que esté bien o mal. Esto no

es un juicio moral —la moral no es mi asunto—; es, sí, la constatación de un fallo social más que notable, un fallo estructural: si una sociedad está basada en la idea de la propiedad pero no ofrece formas socialmente aceptadas de adquirir esa propiedad, si existe la idea generalizada de que sólo tienen los que, de un modo u otro, roban —porque coimean, porque explotan, porque curran con sus puestos públicos o privados—, entonces esa sociedad tiene un problema. La percepción común de que no hay formas de adquisición legítima de la riqueza y la propiedad es, en un sistema basado en la propiedad y la riqueza, una contradicción difícil de salvar —que me parece, confieso, interesante y productiva, crítica. Están en un aprieto: o inventan modos presentables de legitimar la propiedad, o abandonan la pretensión de legitimar la propiedad —porque, de todas formas, no les sale.

Frente a la corruptela los argentinos piden justicia, como si la justicia fuera una entidad en sí, un absoluto. Justicia es una palabra complicada. Para empezar, tiene dos sentidos tan distintos: es justicia lo «justo», por un lado; lo «ajustado a la ley», por el otro. Lo que se considera «justo» es variable, es siempre una opinión: depende de la moral de cada cual, y no hay nada más opinable que una moral, el conjunto de normas que —supuestamente— rigen la vida de cada quien, producto siempre mutante de un momento y una sociedad. Lo «ajustado a la ley» también admite discusiones, pero sólo de ajuste: se trataría de entender qué interpreta mejor un escrito —supuestamente— preciso y definido.

Allí aparece la Justicia con mayúsculas: el poder que se encarga de vigilar y garantizar el cumplimiento de esas leyes. Pero las leyes tampoco son un absoluto: son, para decirlo suave, el resultado de un pacto entre los distintos sectores de una sociedad o, para decirlo de verdad: una expresión de las relaciones de fuerzas en una sociedad determinada en un momento dado. La Justicia es un consenso: lo que la mayoría —o, a veces, los poderosos o, si no, también, la mayoría convencida por los poderosos— de un país coincide en considerar correcto: justo. La Justicia es el resultado de una lucha continua en que los que tienen más poder y quieren conservarlo aceptan negociar ciertas cosas y dejar el resultado por escrito. Escribir qué pueden hacer —y qué no— los limita un poco, es una concesión, una definición de sus poderes, pero lo que se pone por escrito son sus reglas, la mecánica de su dominación: que si te compraste este libro es sólo tuyo, que si tu papá ganó mucha plata va a ser toda tuya, que si la autoridad te dice camine tenés que caminar, que si debés abortar tenés que hacerlo clandestino, que si querés fumarte un porro lo vas a terminar en cana, que si un banco te presta se vuelve el dueño de la

casa que necesitás para vivir. Si hasta lo dice, sin querer, el diccionario de la Real Academia, en su primera definición: *justicia*, «virtud que inclina a dar a cada uno lo que le pertenece». O sea: que para que la justicia te dé, debe pertenecerte; si no, aserrín aserrán.

Pero lo que entendemos por Justicia —el conjunto de normas legales que regulan nuestra vida común— es una convención que puede, por supuesto, variar mucho. La Justicia en Israel cuando la Biblia consistía en cobrar ojo por ojo y matar a cualquiera que trabajara en sábado: era justicia, todos coincidían. La Justicia en la Edad Media cristiana consistía en obtener confesiones por tortura y meter la mano del reo en agua caliente: si se quemaba era culpable; era el juicio de Dios, y todos lo aceptaban. La Justicia en el Islam contemporáneo consiste en matar a pedradas a la mujer adúltera y cortar la mano del ladrón: es justo para ellos. La Justicia en el mundo actual consiste en que si yo me compré cinco kilos de pan me lo puedo comer todo aunque a mi alrededor veinte niños hambrientos pidan rueguen y lloren —porque el pan es mío: es la ley, coincidimos.

La Justicia es un valor relativo, variable, con pretensiones de absoluto: cada sociedad tiende a creer que su idea de Justicia es ahistórica, inmutable. Por eso, entre otras cosas, Justicia es una palabra con un valor muy positivo todavía, una palaba que legitima lo que toca: será justicia, ese reclamo es justo, la Justicia social, estamos contra la injusticia, viva el justicialismo y el justo medio y el comercio justo.

Aunque ése es el mecanismo sofisticado, estructural de la Justicia. Porque lo que aparece en primer plano todo el tiempo es ese mecanismo berreta que los más poderosos usan para seguir siéndolo. La Justicia en la Argentina es una institución que funciona tan mal como todas las otras, bajo influencia legal extrema del poder político —léase Consejo de la Magistratura— y bajo influencia ilegal extrema del poder político —léase subsecretario que llama al juez para convencerlo de que haga esto o lo otro porque si no ya vas a ver.

La Justicia en la Argentina es el espacio de una desigualdad constante, donde es muy distinto ser cuarentón lechoso que morocho jovencito, donde zafan los que pueden pagarse buenos abogados o buenos jueces y capotan los que no: donde las diferencias de clase y los vericuetos leguleyos son mucho más eficientes que cualquier razón o verdad. Es el mecanismo que hace que esta Justicia —esta concreción de la relación de fuerzas entre los distintos sectores de la sociedad— también sea, más allá de su problema estructural, una institución perfectamente sospechosa.

Lo cual, a su vez, le renueva los bríos al honestismo: si los casos de corrupción deben resolverse en la justicia y la justicia no es fiable

—es, a su modo, corrupta—, no existe instancia con la autoridad necesaria para determinar si tal o cual ha hecho o no ha hecho tal o cual cosa. Así que la sospecha nunca desaparece: ser inocentado por un juez sirve para no ir preso pero no sirve para ser considerado inocente. La Justicia comprable se abarata: es el precio que pagan los compradores de justicia.

Y esa Justicia manejable, maleable, se transformó por eso en la forma más temida de la amenaza entre políticos: cada sector sabe que debe mantener el control del Estado —nacional, provincial— porque sabe que, si lo pierde, muchos jueces ya no tendrán pruritos para procesarlos y condenarlos. Entonces el control del Estado se convierte en cuestión de vida o muerte —o, mejor, de calle o cárcel.

10
Presidenta

sust. fem. sing., argentinismo: aplicado a la Nación —como en *presidenta de la Nación*— apareció en la Argentina en 1974. Sustantivo exclusivamente masculino durante siglos, su cambio de género es un dato decisivo de estos tiempos.

La discusión sigue sin resolverse. Algunos trogloditas siguen diciendo presidente —como en «la señora presidente»— para afirmar que, en última instancia, el puesto es masculino por antonomasia, pero las comunicaciones oficiales y mucha prensa y, sobre todo, la señora presidenta siempre dicen p*residenta*. La doctora Cristina Elisabet Fernández viuda de Kirchner siempre le dio mucha importancia a su condición de mujer.

Sus enemigos también: insistieron mucho en que recibía la presidencia como un bien ganancial. En una época en que una presidenta ya no es una rareza —Dilma en Brasil, Bachelet en Chile, para hablar de las más cercanas—, la sorpresa no era que llegara una mujer sino una mujer de, una esposa: que ese punto cumbre de la emancipación femenina, su elección como jefa de un país, se mezclara con un origen tan tradicional. Una forma antigua de la modernidad, o viceversa.

Es cierto que la sucesión conyugal de los doctores Kirchner retomaba una tradición peronista: Juan Domingo-María Estela, Néstor Carlos-Cristina Elisabet. Las comparaciones, sabemos, son odiosas, en muchos sentidos, pero lo cierto es que el vínculo parental volvió a ser decisivo en un momento —y un movimiento— político tan faltos de proyecto político que sólo ese vínculo puede ofrecer la moderada lealtad (véase «Política», pág. 28). Lo cual no significaba que el único mérito de la doctora Fernández fuera ese parentesco. Era más complejo: ella tenía formación y experiencia políticas más que suficientes —pero es improbable que hubiera llegado a presidenta sin el vínculo.

Recordamos —¿recordamos?— su campaña: el doctor presidente insistía en que la elección de su señora significaría un cambio político importante. Lo decía, realmente lo decía, desafiando todas las leyes de lo verosímil, pero es que una de las reglas básicas de la política politiquera actual es hablar todo el tiempo de cambio: hasta los políticos saben que la población no está contenta con lo que hacen, entonces tienen la obligación de ofrecerles «cambio» en cualquier

circunstancia. Si el ingeniero Macri, que jamás pensó en cambiar nada que no fuera esposa o coche, había hablado de cambio toda la campaña que le hicieron —con tal éxito—, ¿por qué no lo haría el doctor presidente cuando iba a hacerse suceder por su señora?

El cambio era forzosamente tenue: hablaban, sobre todo, de «mejorar la calidad institucional», en una fórmula confusa que ponía en entredicho esa calidad en las instituciones del primer kirchnerismo. Nadie pareció molestarse por eso: la doctora Fernández ganó esas elecciones con el clásico 45% peronista —y la mayor abstención desde 1922 y la derrota en las principales ciudades del país, señal de que la clase media se alejaba. En su discurso inaugural retomó uno de los aspectos más notables del de su marido: no pronunció ni una vez —ni una sola vez— la palabra *Perón*, ni ninguno de sus derivados habituales.

Pero fue una escena entrañable, un verdadero cambio: esposo invistiendo a su esposa. Cuando el doctor Kirchner le pasó la banda a la doctora, mis impresiones de su primer gobierno no eran particularmente positivas. Ese octubre, unos días antes de las elecciones, había escrito que «si hubiera eleccciones, los ciudadanos podrían castigar a un gobierno que les miente tanto y tan mal: que les dice por ejemplo que los tomates cuestan 4 pesos cuando los carteles del súper dicen 15 o que les dice que ya casi no hay pobres cuando es obvio que sí o que les dice que tiene tremendo superávit cuando no se gasta lo necesario en sus obligaciones —escuelas, hospitales, seguridad, caminos. Si hubiera elecciones, los ciudadanos podrían castigar a un gobierno tan corrompido que, por primera vez en la historia de la patria, tuvo que echar a su ministra de Economía por esconder una torta de billetes en el baño. O podrían castigar a un gobierno tan soberbio que no acepta ningún diálogo con sus ciudadanos —a través de la prensa, los actos populares, los encuentros—, que no alienta a sus ciudadanos a que participen de ninguna manera en la decisión y la administración de sus destinos, que se siente tan suficiente que el esposo designa a la esposa sin consultar a nadie. Si hubiera elecciones, los ciudadanos podrían castigar a un gobierno que les prometió que iba a cambiar la política y mantuvo las estructuras políticas más viejas y mafiosas, la base del clientelismo peronista. Si hubiera elecciones, los ciudadanos podrían castigar a un gobierno que no para de hablar de los derechos humanos de hace treinta años y no dice una palabra cuando uno de sus miembros atropella manifestantes con su cuatro por cuatro. Si hubiera elecciones podrían castigar a un gobierno que les prometió redistribuir algo de la riqueza a través de una reformulación de los impuestos y gobernó cuatro años sin intentarlo siquiera —y mantuvo niveles de

desigualdad que podrían darnos vergüenza si algo nos diera vergüenza todavía. Si hubiera elecciones, podrían incluso castigar a un gobierno que recibió un país tan devastado que era posible cambiarlo en eso y tantas otras cosas y, en cambio, se dedicó a conseguir que todo siguiera igual que siempre: que perdió, una vez más, una oportunidad histórica».

También es cierto que ese gobierno había ayudado a rechazar el tratado de comercio que los Estados Unidos querían imponer en la región y había limpiado la Suprema Corte con nombramientos muy decentes.

Se ha hablado mucho del estilo de la doctora Fernández. En general a tontas y a locas: parece como si, con ella, todo argumento se volviera personal. Que si se puso más botox que el que su cuerpo soporta, que si sus carteras cuestan meses de salarios, que si se maquilla como qué clase de puerta; que si habla de corrido o si conviene correr cuando habla, que si trata a sus queridos compatriotas como una maestra reciruela, que si es antipática o simplemente tímida, que tal, que cual; incluso, alguna vez, que patatín y/o patatán. No es nada que me interese; nada que valga la pena discutir. Es sorprendente, sí, comprobar cuánto se puede hablar sobre el particular: la medida en que rasgos totalmente menores de su carácter y apariencia parecen definir las actitudes de millones de personas hacia ella. En el reino de la política mediatizada, de los candidatos detergente, de las elecciones dentífricas, la apreciación de un gobernante pasa a menudo por menudencias que no influyen nada en su forma de influir sobre todos nosotros: sus políticas, sus economías.

Y se habla mucho, por supuesto, de —y por— su condición de mujer. Ahí hay, quizás, algo más interesante. El cambio del que hablaba su campaña estaba, sobre todo, en el sexo de la doctora Fernández, con perdón: era, todos lo sabíamos, una mujer, y eso introducía, según muchos, una variación importante: «También —porque saben, que la sinceridad es uno de mis datos proverbiales— sé que tal vez me cueste más porque soy mujer, porque siempre se puede ser obrera, se puede ser profesional o empresaria, pero siempre nos va a costar más», dijo la doctora en su discurso de asunción y, como suele, después lo repitió hasta el atracón. Y muchos —periodistas, políticos, etcéteras— la glosaban, insistiendo en que las mujeres son más sensibles, más cuidadosas, más escrupulosas y otras bobadas semejantes. Hay hombres —y hay mujeres— que no conocen a las mujeres —y a los hombres—, pero se saben todos los lugares comunes y hasta inventan otros: inventar un lugar común es una actividad generosa que la sociedad no suele reconocer debidamente. En esos días muchos lo practicaban: celebrar que una mujer pudiera llegar a

presidente sin operarse era seguir creyendo que una mujer es algo radicalmente distinto de un hombre fuera de la cama. No me imagino nada más conservador que celebrar ese cambio. O sí: deplorarlo — pero por suerte ya no hay quien se atreva.

Es curioso lo que pasa con las mujeres cuando llegan al poder: nada. Quiero decir: nada que las distinga demasiado de los hombres en el poder. Se diría que, en esa frase, lo decisivo es «el poder», no el sexo de quien lo ejerce. En las últimas décadas, desde que empezaron a encabezar gobiernos, parece como si la mayoría de esas mujeres se hubieran propuesto desmentir cualquier atisbo de sospecha de posibilidad de acaso imaginar que su condición femenina las haría más débiles —menos capaces de poder con el poder— y se convirtieron en superhombres: Margaret Thatcher es el caso emblemático, pero también Golda Meir o Benazir Bhutto o Angela Merkel. Son mujeres que intentaron demostrar que, en el poder, ser mujer no es un dato importante. Contra cualquier postulado de que lo femenino podía ser diferente, contra aquel discurso que sostenía que los que habían hecho la guerra y la injusticia y las sombras del mundo eran los hombres, ellas contribuyeron a la idea de igualdad de géneros: que una mujer puede ser tan inclemente como el más inclemente de sus conciudadanos.

(Aunque hay cada vez más mujeres gobernando, siguen siendo pocas. De los 192 países con representación en la ONU, sólo 27 tienen líderes mujeres. Tres de ellas son reinas —que no cuentan— y las otras 24 gobiernan India, Kirguistán, Irlanda, Finlandia, Islandia, Suiza, Canadá, Alemania, Liberia, Brasil, Argentina, Costa Rica, Santa Lucía, Antigua, Bermuda, Trinidad y Tobago, Bosnia, Croacia, Ucrania, Lituania, Eslovaquia, Australia, San Martin, Bangla Desh y unas islas que se llaman Äland.)

Argentina fue el primer país del mundo en tener una presidenta: la viuda de Perón, mujer atosigada. Y seguramente fue el primero en tener dos, pero el problema es que la segunda también es la señora de. Que se dedicó, desde el primer día, a subrayar su papel de débil mujer —débil porque mujer. Era un poco irritante: en la Argentina hay millones de mujeres que se hacen cargo de sus casas, de sus hijos, de la subsistencia de sí mismas y de muchos más —y demuestran ser mucho menos débiles que sus hombres. Pero parecía que la doctora Fernández lo decía para subrayar su fuerza de mujer. En cambio, al poco tiempo, resultó una profecía autocumplida: su imagen empezó a sintetizar lo peor de lo supuestamente femenino —lo más bruto del prejuicio machista— cuando la presidenta se convirtió, para la opinión mayoritaria, en instrumento en manos de su hombre.

Nunca se sabrá en qué medida lo fue realmente; lo cierto es que

pocos lo dudaban. Incluida su propia gente, que terminó de dejarlo públicamente claro cuando despidió al doctor muerto con el respeto y el temor de quien pierde al verdadero jefe. No hay —no se me ocurre— un retroceso mayor para la situación de las mujeres argentinas que el hecho de que una de ellas haya llegado a la situación de más poder posible —de mayor emancipación posible— sólo para caer en el mayor lugar común: la dependencia, la sumisión al poder de su marido. Fue, como mujer —como imagen de las mujeres argentinas—, un fracaso espantoso. Que, ahora, su condición de viuda le permite cambiar: de eso se han tratado estos meses pasados; de eso se tratarán los próximos. De eso hablan los que pronuncian esa otra palabra tan reciente: *cristinismo*.

Se entiende, por ahora, por *cristinismo* —es muy difícil definir una palabra que no tiene siquiera nueve meses— el conjunto de modificaciones que su viudez ha introducido en la forma de gobernar de la doctora. Se subrayan, algunos días, sus intentos de recostarse en el ala supuestamente juvenil y menos peronista de sus seguidores —La Cámpora, algunos ministros— en detrimento del ala supuestamente vieja y más peronista de los mismos. Se subrayan, otros, sus intentos de presentarse como custodia de esa institucionalidad que sus seguidores de todas esas alas desatienden, como en varios incidentes recientes. Se soslaya, en general, la evidencia de que su gobierno como viuda sigue todas las grandes líneas de su gobierno como esposa. Nada muy decisivo, por ahora.

Aunque hubo un momento interesante en su acto muy público más reciente: para empezar, pese a que era un acto partidario y sucedió el 11 de marzo, no dijo una palabra sobre el hecho de que ese día se cumplían tres años desde que su gobierno lanzó la ofensiva contra la oligarquía terrateniente: o se olvidó o prefirió no meneallo más. Pero lo más curioso fue una frase que gritó aquella tarde:

—Quiero decirles a todos ustedes que cuando incorporen a otros argentinos no les pregunten de dónde vienen, no les pregunten cuál es su historia o su partido. Pregúntenles si están de acuerdo con que la Asignación Universal por Hijo sirve para que millones de niños tengan derecho a la educación y a la salud. Y también, quiero que les pregunten si están de acuerdo con que tenemos que seguir industrializando el país y agregando valor para seguir generando trabajos más calificados para todos los argentinos…

Y así de seguido, en una larga lista de las jactancias de su gobierno: de sus puntos supuestamente fuertes. No nos vamos a detener en detalles como que si su idea del «derecho a la educación y la salud» es lo que se puede conseguir con 220 pesos por mes, no es extraño que tantos millones sigan siendo tan pobres. Eso es otra cuestión, que suele aparecer. Lo extraño fue esa orden: «no les

pregunten cuál es su historia o su partido» —en la boca de alguien que gobernó durante años basándose en la calificación o la descalificación de la supuesta Memoria, alguien que siempre instruyó a todos sus voceros, oficiales y vocacionales, pagos y mejor pagos, para que esgriman antes que nada el Factor Dictadura: la historia, los partidos.

«No les pregunten cuál es su historia o su partido», dijo, al terminar la larga lista: «Si están de acuerdo con esas cosas forman parte de esta historia y de este espacio, lo demás es anécdota o vanidades personales». Parecía un cambio significativo: raro y significativo, un intento de giro en el relato (véase «Relato» pág. 257). Sólo que, en los días que siguieron, el Factor Dictadura volvió a ser tan utilizado como siempre.

Su condición de mujer tampoco mejoró su política en las supuestas cuestiones específicas de su género: la salud y los derechos reproductivos, por ejemplo. El doctor Ginés González García, ministro de Salud de su marido, había hecho del tema uno de los ejes de su gestión y hubo, como nunca en la Argentina, políticas públicas de salud sexual, distribución masiva de anticonceptivos, intentos de verdadera educación sexual. Lo cual le valió, entre otras cosas, la solidaridad del capellán militar Baseotto, que le deseó un destino de río con piedra atada al cuello. El gobierno del doctor Kirchner salió, digno, a defender a su ministro y se compró una pelea con la iglesia romana. Que la doctora trató de remediar: en su último acto de campaña, por ejemplo, discurseó contra el aborto y, poco antes de asumir, recibió al secretario de Estado papista, cardenal Bertone —que, so pretexto de beatificar a Ceferino Namuncurá, vino a visitar a las dos señoras australes del momento, Bachelet y Fernández. Hay quienes dicen que el cardenal convenció a la argentina de las ventajas de acercar su política en salud reproductiva a la del Vaticano, o sea: disolverla todo lo posible. Lo cierto es que, unos días después, la presidenta anunció que el doctor Ginés sería uno de los pocos ministros que saldrían del gabinete y que lo reemplazaría una mujer con muy buenas relaciones católicas: la licenciada María Graciela Ocaña.

El cambio fue brusco: el doctor solía poner en el tapete la posibilidad de despenalizar el aborto. La licenciada Ocaña, en cambio, retomó las ideas de su jefa. La doctora Fernández —que habla poquito del asunto— había dicho en la revista *Newsweek* que no estaba de acuerdo con la despenalización del aborto «porque soy católica, pero también debido a profundas convicciones». Y siguió: «Es verdad que el aborto es una cuestión que debe ser instalada en la sociedad, pero no está aún en la agenda política de la Argentina como tema de debate», dijo, como si el trabajo de los líderes y las líderes no fuera,

precisamente, instalar los debates que les parecen necesarios —y como si la iglesia católica apostólica no empuñara el tema como antaño la espada y la cruz y los leños encendidos.

Pero el aborto es la discusión que los políticos argentinos nunca dan, porque tienen miedo de perder votos o de pelearse con su Eminencia o de pelearse con su Eminencia y perder votos. Entonces, habitualmente, con esa elegancia que los caracteriza, se hacen los boludos. Cuando asumió, ante una pregunta muy directa, la licenciada Ocaña dijo que el aborto era «un tema de política criminal, no materia de mi ministerio» —y, desde entonces, la atención del gobierno a la salud reproductiva fue raleando. Durante el año siguiente, grandes importaciones de anticonceptivos quedaron retenidas en el puerto, y los hospitales y centros de salud de varias provincias argentinas se desabastecieron. Al mismo tiempo las campañas oficiales bajaron la voz. Lo cual, por supuesto, no mejoró nada la situación del medio millón de mujeres que, cada año, tienen que abortar clandestinas, con un peligro directamente proporcional a la pobreza de la paciente —y con más de cien muertas al año. En ese trance las diferencias de clase son decisivas: como en cualquier situación médica pero un poco más, porque un aborto no es una práctica peligrosa si se hace en buenas condiciones —las que la clase media puede pagar— y sí lo es en condiciones pobres. Ahí, también, una redistribución real de la riqueza salvaría muchas vidas. El gobierno de la doctora Fernández nunca intentó hacerla.

11
Campo

sus. mas. sing., argentinismo: el conjunto de explotaciones ligadas a la agricultura y la ganadería y, sobre todo, por metonimia, sus explotadores. **2.** el núcleo y reservorio de la Argentina auténtica, su defensa contra todos los intentos de malearla, ahijuna canejo.

Ingenuos podrían suponer que la palabra c*ampo,* en argentino, significa ese lugar polvoriento y sin techar donde los pollos se pasean crudos y las medias reses vagan enteras con cuero alrededor; esos anchos espacios de la patria donde apenas asoman, a veces, ombúes y eucaliptus para romper el tedio. Podrían pensar que el campo es un espacio geográfico, una forma de ser de la naturaleza; yerrarían. En la Argentina —un país donde nada parece durar mucho— el campo se postula como lo inmutable: lo esencial, pura ontología. Si la Argentina e*s* algo, e*s* el campo.

La «gente de campo» siempre se pensó como los argentinos verdaderos —o, por lo menos, desde que esto empezó a llenarse de argentinos falsos, a fines del siglo XIX. Entonces los patricios —los dueños de los campos— se dieron un baño de nacionalismo y decidieron que esos criollos maleducados y malolientes que ya estaban terminando de eliminar —los gauchos— eran sus ancestros míticos: siempre es fácil armarse un mito con los muertos. Fueron aquellos ricos los que se inventaron —en francés, bien entendu— la idea del campo como la verdadera Argentina, opuesta a la Argentina urbana, mezclada, bastarda, de los inmigrantes tanos rusos turcos y gallegos, brutos anarquistas patasucias delincuentes: los villeros de entonces.

La construcción fue sostenida por el poder económico y el poder político: muchas décadas en las que el campo fue la principal producción argentina, y sus dueños los dueños de la patria. Ellos podían definir —y definían— qué era lo argentino, y qué no lo era. En esos tiempos felices de la Argentina poderosa la riqueza andaba en cuatro patas. Todavía en 1956 un ministro de la Libertadora pudo decir que este país sólo era viable con cuatro vacas por habitante, o sea: que ya sobraban muchos habitantes —que no eran argentinos verdaderos. Sobraban: para que los ricos pudieran exportar suficiente carne, era indispensable que no se la comieran los locales. La pelea entre capitalistas volcados a la exportación y capitalistas interesados en el mercado interno es la historia de nuestros últimos cien años —y, a veces, plumas fuente supieron darle oropeles de heroísmo.

Aquel ministro estaba realmente preocupado: en esos años desarrollistas el campo había dejado de ser la principal fuente de riqueza de un país que se industrializaba y sus dueños perdieron parte de su poder político. Hasta que, en los setenta, los ricos argentinos se desesperaron y decidieron que tanta industria requería demasiados obreros y que esos obreros no eran buenos para su salud y que lo mejor sería acabar con ambos problemas con un solo golpe. El golpe de 1976, queda dicho, fue sobre todo un intento —exitosísimo— de devolver la Argentina a su papel de país agroexportador. Ya hemos citado (véase «Setentismo», pág. 79) la orden fundacional de Henry Kissinger a su embajador en Buenos Aires, marzo de 1976, que recomendaba atender especialmente «al relegado sector agrícola».

Kissinger y sus amigos tenían varias razones para intentar volver al país de los ganados y las mieses. Desde el punto de vista global, porque se estaba redibujando el mundo y en este continente no había lugar para intentar autonomías industrialistas. Desde una perspectiva más local, porque la subsistencia de una clase obrera importante era el mayor peligro para un capitalismo fuerte —y la mejor forma de evitarlo era matar a sus miembros más recalcitrantes, primero, y eliminar su hábitat natural —las fábricas— después. Era el principio de la conversión que nos convertiría en la República de la Soja. En 1980 la Argentina producía 30 millones de toneladas de granos; en 2010, más de 100 millones.

Recuerdo que hubo un tiempo en que la palabra *soja* era tan ajena que ni siquiera estaba claro cómo se pronunciaba. Cuando yo era chico la salsa de soja era un exotismo de los dos o tres restoranes chinos que había en la ciudad —y algunos la llamaban soja, otros soya, otros sosha, otros soia. Ahora, en cambio, la palabra se ha vuelto el sinónimo más claro de Argentina. El boom de la soja es la síntesis de la nueva Argentina, la más vieja.

No fue fácil: el plan tardó décadas en completarse, tuvo sus sacudones. Pero cada vez parece más perfecto. El boom sojero es la versión contemporánea de lo que pasó aquí mismo a fines del siglo XIX, cuando se inventó la forma de enfriar carne para mandarla a Europa: una innovación técnica que produjo un cambio importante en la producción y distribución de materia prima para la exportación y, por lo tanto, en la sociedad y la economía nacionales.

Con la soja el campo ha vuelto a convertirse en el sector económicamente más significativo, con la soja se están modificando las formas de explotación agrícola, con la soja se concentró la propiedad de las tierras, con la soja cambió la vida de miles de pequeños productores, con la soja se está armando una explotación agraria casi sin mano de obra, con la soja peligran los suelos por

generaciones, con la soja se ha roto la hegemonía del puerto de Buenos Aires, con la soja la Argentina está volviendo a ser la que planearon los padres fundadores.

Las cifras, como siempre en la Argentina, no son del todo claras, pero se calcula que desde 1990, cuando despegó el imperio de la soja, hasta ahora, desaparecieron unos 180.000 pequeños productores agropecuarios, víctimas de la concentración que el yuyo impone. Las inversiones que precisa —semillas, abonos, insecticidas, maquinaria— son cada vez mayores, y sólo se rentabilizan en explotaciones grandes: en menos de 200 hectáreas se hace muy difícil compensar debe y haber. Por lo cual muchos pequeños productores ya no producen sino que alquilan su tierra a los famosos pools de siembra, que se han convertido en grandes empresas capitalistas que imponen su peso al mercado agropecuario. Y, por las mismas razones, el tamaño de la explotación pampeana promedio se duplicó: pasó de 250 hectáreas en los ochenta a 540 en estos años. Ya en 2002, el 49,7% de las tierras cultivables del país pertenecían a 6.900 propietarios —familias o empresas. En 2008, el 60% de la cosecha quedó en manos de 2.700 señoras y señores. Digo: más de la mitad de la riqueza de la República de la Soja concentrada en las personas que caben en una función de gala del Colón.

Las cifras dicen también que la soja no produce empleo: que por cada 500 hectáreas nuevas que se cultivan en «siembra directa» se incorpora un trabajador, y que la labranza clásica usaba tres horas/hombre por hectárea mientras que las técnicas agrarias actuales usan 40 minutos. Es, pese al reclamo ludita de ciertos movimientos campesinos que piden la vuelta a formas tradicionales y tradicionalmente ineficientes de producción, un avance técnico importante. Si hay formas de producir mucho más alimento tiene sentido que se usen, aunque ocupen menos gente; allí es donde debería intervenir el Estado para garantizar que con esas ganancias multiplicadas se creen otras fuentes de trabajo que permitan incorporar a los expulsados por las nuevas tecnologías. Es una de las formas más leves de lo que suele llamarse redistribución de la riqueza: que el beneficio de los avances técnicos no sea sólo para los propietarios sino para todos.

Las cifras dicen también que la soja tiene gran responsabilidad en el retroceso de la vaca nacional: que la población argentina perdió casi 12 millones de vacas desde el año 2005 —un 20% del total— y en 2010 la carne de vaca aumentó más del 100% —en el mercado de Liniers el kilo vivo pasó de 3,80 pesos a casi 8— y el consumo de carne por habitante bajó desde casi 70 kilos anuales a unos 55.

Porque, entre otras cosas, la carne se ha vuelto un producto de

semilujo, demasiado caro para millones de personas. Somos, cada vez más, un país carnicero descarnado. Es uno de los efectos más brutales de nuestra deriva sojera —y uno de los que menos se debaten. Durante todo el siglo XX, el reparto del campo era más o menos claro: las tierras más fértiles se usaban para agricultura, el resto para ganadería. Con la mejora de las técnicas agrarias, cada vez más tierra ganadera se volvió cultivable. Y, frente al rendimiento de la soja, la vaca, en horas bajas, no pudo competir viva ni muerta: ni su leche ni su carne alcanzan rendimientos comparables. Por lo cual el océano sojero se extendió, el rebaño patrio se achicó y, además, se fue transformando velozmente. Muchos de los que criaban vacas en el campo empezaron a encerrarlas y a alimentarlas con granos, piensos, vitaminas: el feedlot, que requiere mucho menos espacio y produjo, ya en 2009, la mitad de nuestra carne. Que, así, va perdiendo la característica que la hizo diferente de las otras, buscada y cotizada: que, en vida, retoza por el prado y come pasto. Así, cebada, va a ser igual que la carne española o checoslovaca y vamos a terminar vendiéndosela a Namibia. Otro clásico ejemplo de esputo ascencional en su momento descendente.

—A la vaca todavía no le llegó la tecnología, no hay cómo apurarla. En el tambo una vaca, si es muy buena, te puede dar veinte litros de leche por día, pero eso dura seis o siete meses; después hay que dejarla que se preñe y eso no hay forma de cambiarlo. Pero cuando están en feedlot es todo un proceso, porque los chanchos se comen la mierda de las vacas, las gallinas se comen la mierda de los chanchos y nosotros, que somos más limpitos, nos comemos la gallina y la vaca y el chancho. Se salva, por supuesto, la carne de lujo, la que va para las marcas elegantes y sobre todo la de la cuota Hilton, la que se exporta. Ésa sigue siendo rentable, sigue teniendo lugar y sigue recibiendo sus cuidados.

Me dijo, hace tiempo, un tambero o ex tambero de Río Cuarto. Y que si esto seguía así la carne verdaderamente argentina sólo se conseguiría fuera de la Argentina. Pero eso es casi una paquetería; el problema central es que cada vez hay menos carne para que todos —los argentinos que todavía pueden— la compren y la coman. Que la base de nuestra identidad va a ser para menos todavía: que el proceso de exclusión va a terminar de hacerse carne en el asado.

Fue, decíamos, un desarrollo largo, y es un caso testigo para pensar para qué sirve, en nuestras sociedades, un gobierno —o incluso un Estado. Porque, desde una perspectiva mercantil, lo que pasó fue lógico: si un propietario ganaba más arrendando su campo a un pool sojero que rotando su siembra o criando ganado, por qué no lo iba a hacer: es el capitalismo desregulado en todo su esplendor —y la

evidencia de lo obvio: si el funcionamiento económico queda librado al mercado, cada quien buscará lo mejor para su provecho individual. Que, como bien sabe Perogrullo, no suele ser lo mejor para el provecho colectivo, común. El papel de los que dirigen el Estado consiste, en teoría, en evitar que eso suceda: en pensar, proponer y consensuar lo que sería mejor para el bien común —ese bien tan poco común— y tratar de llevar adelante esas ideas. Digo: que, si cada «hombre de campo» dice que con la soja gana más y que en su campo va a plantar lo que quiera aunque no haya nunca más un quebracho, un trigo o una vaca en la Argentina, existan planes alternativos para convencerlo y compensarlo, de modo que ese interés común se imponga sin lesionar demasiado su interés individual —y que ese hombre entienda que su interés individual depende estrechamente del de todos.

O por lo menos eso dice la doctrina demócrata más clásica y eso es lo que el Estado argentino nunca hace, y menos en el caso de la transformación sojera —que sucedió, casualmente, durante la década con menos Estado de la historia patria. Y que no se revirtió en los últimos años porque el gobierno de este Estado levemente reconstituido se regodeaba recaudando con la soja una cantidad de dinero que la vaca no habría producido en lo inmediato: pan para hoy, hambre para años. Y porque este gobierno arrastra —y a veces incrementa— la tara habitual de nuestro Estado: un poder ejecutivo sospechado por todos los flancos —como la mayoría de sus predecesores— que no tiene plafond para proponer e imponer ciertas maneras. ¿En nombre de qué idea del bien común, qué proyecto, qué legitimidad?

No lo hicieron, y la carne sube. Nadie lo previó —o no se interesó en desactivarlo— y así estamos. Un Estado con proyecto y verdadera capacidad de intervención no es un lujo o un capricho ideológico: es lo único que consigue que un país con economía de mercado no se caiga a pedazos. Mientras tanto, la carne se nos escapa y ese rasgo rojizo, sanguinolento, casi único de nuestra identidad se va con ella. Nada es gratis, y estos procesos menos.

La soja no sólo arrinconó a las vacas. En 2003, el yuyito era el 35% de la cosecha total del país; ahora, gracias a la firme oposición oficial, anda por el 50%: sojización en todo su esplendor. Obviamente, la superficie cultivada con otras plantas retrocedió incesante. El arroz bajó casi 45%, el maíz 26, 34 el girasol, 6% el trigo, más de 90% el algodón. Pero quizá lo más bruto sea nuestra reinvención como país agroexportador y —poco menos que— monocultivador.

Somos África y como el sol todavía no nos quemó lo suficiente no queremos aceptarlo. La Argentina se latinoamericaniza —y por

momentos parece que Latinoamérica tiende a convertirse en un África light. África es todo un modelo: países sin Estado donde ejércitos más o menos privados mantenidos por compañías y países extranjeros se enfrentan por los recursos naturales. América Latina, sin llegar a esos extremos, siempre fue algo parecido: un continente de productores ricos de materia prima para exportación. Nosotros tratamos de zafar: la historia argentina desde 1900 hasta 1970 es el relato de los intentos de diversificar la economía, de escaparse del origen agropecuario hacia un esquema más complejo, más sofisticado, más «moderno», basado en el mercado interno —y de las reacciones de los sectores que intentaban impedirlo. Y es, de los setenta para acá, la narración de la derrota más brutal.

Queda dicho: hay pocos fenómenos tan decisivos en la Argentina contemporánea como la transformación del país en un patio sojero, su redefinición como un productor de insumos primitivos —plantitas— para otros, su aceptación final de un papel tan secundario en la economía globalizada: ni siquiera comida para los chinos —que no es un gran destino—, sino comida para los chanchos chinos. Ahora somos sojadependientes, es decir: dependientes del precio de una materia prima en dos o tres mercados extranjeros —Shanghai, Chicago, Cucha Cucha. Son las delicias del monocultivo: todo apostado a una ficha sobre la que no tenemos ningún control. Muchos millones de personas dependemos de la voluntad de una serie de gobiernos y negociantes extranjeros y, también, de una suma de azares: la meteorología en otros países productores, las lluvias o las heladas en el nuestro, el descubrimiento de híbridos nuevos, el crecimiento de la demanda en Szichuan, tonterías indomables. Estamos en manos de un par de grandes traficantes de granos y del azar más absoluto.

Aunque tiene ventajas: un país que produce para la exportación puede soportar «la pérdida de poder adquisitivo» —el hambre— de sus habitantes, porque sus ricos trabajan para el exterior y no necesitan demasiado del mercado interno, o sea: que revienten los pobres.

Lo que más me impresiona es que todo esto nos cambia la vida, y nunca lo decidimos. La invasión de la soja nos sucede —a cuarenta millones de argentinos nos sucede— porque algunos ricos y «el mercado» resolvieron que así iban a ganar más. Es la democracia que tenemos: así se toman las grandes decisiones. Las que definen nuestras vidas y futuros mucho más que si fulano es diputado, zutano gobernador, perengano presidente —esas cosas que todavía nos dejan decidir.

El 11 de marzo de 2008, cuando lanzó su Resolución 125, el gobierno de la doctora Fernández no quiso corregir nada de esto: sólo intentaba que el Estado, que preveía problemas de recaudación por la

inminente crisis internacional, se quedara con unos pocos puntos más de las ganancias extraordinarias de la soja, que no paraba de aumentar en el mercado de Chicago. Fueron modestos: las retenciones móviles que dictaron no alcanzaban los niveles en que las puso Adalbert Krieger Vasena, ministro de economía del general dictatorial Juan Carlos Onganía, en 1967 —año en que entró en la Sociedad Rural en carroza, ovacionado por el campo.

Es curioso comprobar —a posteriori, por supuesto— cómo una medida que no estaba pensada para producir ningún efecto significativo marcó un antes y después en el proceso kirchnerista. Y fue, sin duda, porque se equivocaron todo lo que pudieron. Era impresionante ver cómo un gobierno podía equivocarse tanto tan seguido. Daba, en realidad, un poquito de miedo.

Pero lo cierto fue que, cuatro meses más tarde, nada era igual en la Argentina: lo que pudo haber sido una reyerta entre ricos y el Estado por una porción modesta de un impuesto, se transformó en causa nacional: la más inesperada. «No se enfrentaban a nadie» —escribí en julio de 2008, cuando el conflicto terminó con una derrota mucho peor que cualquiera que la doctora Fernández hubiese podido imaginar. «Hace cuatro meses, sus peores enemigos eran la inflación, las sospechas de corrupción, el Indec, la posibilidad de que, si acaso, a Macri le saliera un buen gobierno, o sea: no tenían enemigos. Sin embargo, empezaron a hablar como si los tuvieran —y todo parecía tan extraño. Hasta que al final los produjeron.

«"Si una situación es definida como real, esa situación tiene efectos reales", dice el teorema de Thomas, un sociólogo americano que trató de sintetizar la idea de profecía autocumplida. Digo: la mayoría de los argentinos estamos a favor de las retenciones a las exportaciones de materia prima —agropecuaria, petrolera, minera. O, por lo menos, hasta el 11 de marzo, muy pocos estaban en contra. Ni siquiera los más feroces camperos discutían su existencia. Y después discutieron su monto —con perdón—: sólo su monto.

»Por eso no creo que el tema de estos días sean esas rentenciones, algunos puntos más o menos: lo que está en discusión, ahora, es el resultado de una de las series de errores políticos más notables de la historia argentina reciente.

»Quizás el primer error no haya sido un error sino coherencia —triste coherencia. Cuando el gobierno decidió imponer sus nuevas retenciones, tenía otras formas de hacerlo: para empezar, exceptuando a los pequeños chacareros. Dos tercios de los productores agrarios del país tienen menos de 200 hectáreas; entre todos juntan sólo el 3% del total de las tierras explotadas. O sea que dejarlos afuera habría costado, grosso modo, el 3% de la recaudación eventual del nuevo

impuesto: alrededor de 50 millones de dólares, un vuelto. Con ese formato, la oposición a la medida no habría tenido masa crítica: habría podido desplegarse, si acaso, en despachos y restoranes finos y editoriales de su diario, pero no en las rutas. No se habría producido el desabastecimiento que afectó a tanta gente, no habrían salido por televisión esas imágenes de chacareros modestos piqueteando preocupados por su fuente de trabajo, y el impuesto habría tenido otra legitimidad: hubiera sido un pequeño intento redistributivo. No lo hicieron; puede que haya sido un error, pero es más probable que haya sido coherencia: el proceso de concentración económica no para y las grandes empresas siguen beneficiándose más y mejor que nadie. Pero no supieron calcular sus consecuencias. Fue el primer gran error, el que creó la masa crítica de sus enemigos y empezó a producir una alianza inverosímil entre chacareros y grandes capitalistas de la soja.

»El otro error original fue no haber hablado, al principio, de redistribución. Empezaron por decir que se llevarían esa plata sin decir para qué, y tardaron semanas en ofrecer unas promesas vagas y etéreas sobre su uso, sin anuncios concretos. Y además omitieron coparticiparla, con lo cual molestaron a sus aliados provincianos y dieron pie para que sectores del "campo" los criticaran con razones: los gobernadores, senadores, diputados del interior dependen, terminó diciendo Buzzi, "de la chequera unitaria de la Casa Rosada" y acatan sus órdenes —y que contra esa sumisión de sus representantes al poder central, el interior debería construir "un poder federal".

»Otro error bruto fue mandar tropa propia para "reconquistar la Plaza". ¿No pensaron que esas imágenes de violencia en la calle, magnificadas por la falta de policía que alguien desde el gobierno retiró, serían tan irritantes, tan contraproducentes para sus intereses? ¿No pensaron que, llegado este punto, sus aliados estarían en problemas y empezarían a mirarlos con recelo? ¿No pensaron en los efectos de ese tono crispado que la mayoría no entendió, no consideraba necesario, y que los enfrentó con mucha gente que hasta entonces los apoyaba? Fue un error que no enmendaron cuando vieron sus efectos; al contrario, redoblaron la apuesta y empezaron a hablar de amenazas, de golpes, de destitución, de grupos de tareas perfectamente inverosímiles.

»Hasta el error final: tras meses de fracasos, cuando era obvio que lo hacían sin ninguna convicción, sólo porque no encontraban otra vía, mandaron la Resolución al Congreso, donde seguro aumentaría los conflictos y divisiones que ya se veían en su propio bloque de poder.

»Y, para enfrentar la decisión de los legisladores, los efectos de un error anterior: tener que aceptar que el debate fuera conducido por un traidor que había abandonado a los suyos para aliarse con el gobierno

y que, en cuanto le pareció conveniente, abandonó al gobierno para aliarse consigo mismo: el ínclito comandante Cobos. La falta de inteligencia, la soberbia, consiste en creer que alguien no te va a hacer a vos lo que ya les hizo a otros. Y encima, después, se lo criticaron con quejidos de virgen improbable. Para hacer críticas éticas hay que tener las nalgas excesivamente higienizadas, mucho más que la gran mayoría de los —políticos— argentinos.

»También fue un error hacer de este conflicto una cuestión de supervivencia, todo o nada. ¿Ahora cómo van a hacer para explicar que no era tan importante? Pero truena, por encima de todo, el gran error: la creación de Frankenstein, el monstruito enemigo.

»Frankie es un espanto: la mezcla más extraña, la receta que nadie habría podido imaginar —Urquía y la CCC, Buzzi y Barrionuevo— y actúa abominable muchas veces: racista, clasista, gorila de opereta, irracional, patriotero. Es obvio que en los próximos meses va a ir perdiendo piezas: la Rural y Castells no pueden seguir juntos mucho tiempo. Pero aun así le van a quedar varias y quién sabe adónde irá y, para colmo, va a quedar en millones de personas esta sensación de antagonismo con el gobierno, de que nada de lo que haga va a estar bien.»

Y todo lo consiguieron casi solos, por sus propios méritos. Me recordaron mucho a un tal Descartes, de nombre Renato, aquel hijo de Francia que decía que existía porque pensaba y se preguntaba, cada tanto, por qué repetir los mismos errores si hay tantos errores nuevos esperando.

Después supe que el error principal —el de tomar una medida como ésa sin discutirla, en tan pequeño comité que nadie descubrió sus errores— había sido el resultado de dos errores anteriores: el primero, que el gobierno peronista eliminó desde el principio las instancias clásicas de discusión —reuniones de gabinete, encuentros de partido— y dejó las decisiones en manos de cuatro o cinco (véase «Setentismo», pág. 79); el segundo fue el que cometieron unos meses antes, en noviembre de 2007, cuando aumentaron por primera vez las retenciones a las exportaciones de granos —que llevaron la tasa de la soja, por ejemplo, del 27,5% al 35%. Aquella vez, grandes grupos cerealeros se enteraron, por fuentes del gobierno, de lo que pasaría y declararon, antes de que saliera la resolución, exportaciones que no tenían pero que, al estar ya declaradas, pagaban la tasa más barata; cuando salió el decreto compraron grano que había bajado de precio por esas retenciones, y ganaron millones. En el gobierno todos sospecharon de todos; por eso, cuando prepararon los nuevos aumentos, no consultaron a casi nadie.

«El rechazo de las retenciones, en cambio, fue mérito —o demérito— de muchos otros», seguía diciendo entonces. «En síntesis: fue un triunfo de la política, de lo que me gusta entender por política: la participación, la movilización. Es casi un chiste cruel que el mayor ejercicio de democracia directa de los últimos tiempos haya llegado de la mano de algunos que muchas veces se cagaron en la democracia: es otra de las contradicciones de esta historia de contradicciones incansables. Aunque hay cierta justicia poética en el despropósito: al gobierno le ganó la participación que ellos deberían haber encarnado y fomentado —por supuesta tradición, por supuesto proyecto— y siempre despreciaron, hasta que, en pleno susto, convocaron a otro rejunte extraño.

»Digo: un triunfo de la política. Un gobierno lanza una medida como han lanzado todas sus medidas los gobiernos argentinos de las últimas décadas —por decreto o resolución, sin consultas, puro poder ejecutivo— y, por una suma de razones, mucha gente decide oponérsele y para eso sale a la calle, a las rutas, se hace oír como puede, presiona a sus representantes, consigue su objetivo.

»A mí me gusta que la política suceda en la calle porque implica un descontrol, en sentido estricto: cantidades de personas sin un control preciso de los que siempre nos controlan, que puede derivar hacia cualquier lado. Pero si los gobernantes supieran lo que les conviene, quizá pensaran en reemplazar esta movilización por referendums. Estos cuatro meses de marchas y contramarchas, errores y pavadas, podrían haberse evitado con la limpieza de una consulta popular: dos semanas de debates, votación y a los bifes.

»En cualquier caso, ganó la versión menos mediatizada, más movilizada de la política: una democracia un poco más directa, menos presa de sus "representantes". Ojalá fuera un ejemplo: que el mismo grado de movilización pudiera reclamar que los hospitales no sean chiqueros, que en las escuelas se enseñe, que los transportes funcionen, que haya más igualdad en serio. Que la movilización no quede sólo del lado de los que quieren —todavía más— plata.

»Fueron meses muy raros —que no se han terminado. Me pregunté mucho, durante este conflicto, cuál era la pelea real, detrás de los cinco u ocho puntos porcentuales. Distintos sectores tenían peleas distintas pero, en general, creo, peleaban por sus diferentes conceptos del Estado. El gobierno intenta la recuperación de un poquito de Estado, y se pelea con los ricos y medio ricos que se acostumbraron a disfrutar de la falta de Estado que Videla y Menem impusieron. El gobierno hace un uso poco convincente de ese Estado y se pelea con los pobres y no tan pobres que querrían que el Estado argentino volviera a asegurarles lo que les debe, aquello por lo que pagan sus impuestos. Es el problema típico de estas políticas:

demasiado para algunos, insuficiente para muchos. Y un corolario: no hay nada peor que alguien que hace, en nombre de una idea o una política, algo distinto de ella. No sólo no lo hace sino que, además, cierra espacios para los que quieren seguirla realmente.»

El problema, queda dicho, no fue que trataran de sacarle modestas sumas a los ricos; fue que también trataron de sacarle ricas sumas a los modestos, y así se consiguieron un enemigo que no debería haber sido tal. Lo que consiguió el gobierno con sus errores fue que esa idea de *campo,* restrictiva, patricia, se ampliara hasta límites impensados. Y consiguió perder, sin proponérselo, su alianza con ciertos grupos económicos, con su base agropecuaria, con el diario *Clarín.* Con lo cual consiguió alejar a millones de sus votantes: todo consistiría en saber si, a cambio, habían ganado votos en otros sectores. Las elecciones del año siguiente mostrarían que la derrota era mayor que lo que imaginaban.

Yo creo que el día de la votación del bobo que ni siquiera pudo decir negativo —y tuvo que balbucear no positivo— fue el día en que empezó el segundo gobierno del peronismo kirchnerista: un gobierno que, ante la pérdida de esos aliados, radicalizaría ciertas posturas «progres» (véase «Progresismo», pág. 241).

Para empezar, ese día se quedaron sin vicepresidente. Y pusieron en funciones un uso del ¿periodismo? que se volvería cada vez más habitual. El domingo siguiente, en el diario *Página/12*, uno de sus columnistas más conspicuos publicó un suelto en el que caracterizaba al señor Cobos:

«Como gobernador de Mendoza, Julio Cobos favoreció al grupo Vilas-Manzano-De Narváez, al que lo acercó su asesor Leopoldo Moreau, que además de medios gestiona una distribuidora de electricidad. La legislatura había sancionado una Ley de Marco Regulatorio de Servicios Públicos que el grupo resistía. Manzano dijo que no había que preocuparse demasiado porque podía arreglarse en el decreto reglamentario. Consiguió más: Cobos nunca reglamentó la ley. La situación horrenda en las cárceles mendocinas produjo una categórica condena del Sistema Interamericano de derechos humanos y su política de mano dura sólo pudo ser moderada por la intervención de organismos defensores de los derechos humanos provinciales y nacionales. Siempre cortejó a todos los poderes fácticos. Muy vinculado con la Iglesia Católica, jamás se perdió una celebración de las Fuerzas Armadas y con frecuencia se traslada en aviones de la Marina. En 2006 se puso al frente de la protesta de los padres de alumnos de los liceos militares por el plan de reforma educativa de la ministra Nilda Garré y consiguió que Kirchner lo desactivara. Lo único que no le asiste al gobierno es razón para sorprenderse por su voto.»

Ni una línea de ese pasado repelente había aparecido en ese mismo diario —o cualquier otro medio oficialista— cuando el señor Cobos era su candidato a vicepresidente: la información —el prontuario— empezaba a transformarse en ese arma que se guarda cuando el sujeto en cuestión es un amigo, y se lanza en el momento en que deja de serlo: la información como forma de venganza y, si acaso, de extorsión; los principios como instrumento de la amenaza mafiosa.

Fue un gran momento: lo que había empezado como un decreto intrascendente para hacer caja se transformó, por imperio de los errores, en una cruzada popular. La reyerta por las retenciones quedó registrada en la memoria kirchnerista como una gesta fundacional, el momento en que los bravos muchachos se lanzaron contra la oligarquía vacuna —que ya no es vacuna pero no importa, los muchachos ya tampoco son muchachos. Alguien que estaba, en ese momento, en medio de todas las decisiones, todavía se ríe cuando lo recuerda:

—Lo más gracioso es que ellos mismos se lo creen. Mucha gente inventa historias para justificar lo que hace, pero nunca deja de saber que son historias. En cambio éstos no, éstos terminan por creerse sus propios «relatos», ahora están convencidos de que fue desde el principio una batalla contra la oligarquía…

Así, el error también produjo otro corte interesante en las filas que lo apoyaban: en la pelea por las retenciones apareció, por ejemplo, el 13 de mayo de ese año, la expresión más conocida del apoyo progresista a las políticas de los doctores Kirchner: el grupo de debate y redacción llamado Carta Abierta (véase «Militancia», pág. 343). Y consiguió, sobre todo —todos juntos consiguieron—, que nadie analizara demasiado qué era esa riqueza que estaban disputando. En ese año 2008, el gobierno y el campo discutían por una renta extraordinaria que provenía del aumento de las commodities alimenticias en el mercado de Chicago que, en un año, había llevado la tonelada de soja desde 270 hasta 470 dólares. Lo cual significó que los sojeros argentinos aumentarían sus ingresos en un 74%. Y también significó —aunque nadie lo decía— que, por esos aumentos, millones de pobres del mundo tuvieron que dejar de comprar comida algunos de esos días. O que pudieron comprar muy poquita. O que pasaron a ser alguno de esos 25.000 hombres y mujeres que se mueren cada día a causa del hambre.

Sucedía en 2008, sigue sucediendo: los granos aumentan, y nosotros ganamos con esos aumentos —y millones pierden. Nos hacemos los boludos, no queremos verlo: nuestra prosperidad les está costando carísima a millones y millones. La Argentina salió de la crisis

gracias al aumento del precio de los granos: por estos precios, millones de personas se mueren de hambre. Por estos precios, por ejemplo —por la exclusión que producen esos precios—, empezó en los últimos meses la rebelión de los países árabes. El hambre tiene causas, efectos, víctimas, beneficiarios. Nosotros, argentinos, ahora vivimos del hambre. Hambre es una palabra deplorable. Poetas de cuarta, políticos de octava y todo tipo de plumíferos fáciles la han usado tanto y tan barato que debería estar prohibida. El problema con esos conceptos viejos y gastados, neutralizados por el uso berreta, es que de pronto un día algo te hace volver a verlos como si fueran nuevos, y ahí explotan. A mí me pasó, estos últimos años, en África.

En África, las grandes ciudades miserables como Addis Abeba se explican por el hambre. Por hambre migran millones desde los campos hacia esas ciudades: está, antes que nada, la esperanza de que allí la vida va a ser otra. Cuando muchos, la mayoría, se desengañan, igual se quedan: el hambre en la ciudad es espantoso y sucio pero siempre puede aparecer algún recurso, la limosna, la changa, la basura de los ricos o de los menos pobres. En el campo, en cambio, el hambre es sólido, macizo: si no hay grano no hay grano, y no se come. Es intolerable que haya personas —en Argentina, demasiadas— que no comen todo lo que debieran; en Níger, Etiopía, Liberia, el hambre es morirse de hambre, pueblos enteros que no comen nada.

O sea: las ganancias tan legítimas por las que discutieron encarnizados los doctores Kirchner y el campo —y más en general, las ganancias extraordinarias que permitieron la recuperación de la Argentina— producen sufrimientos espantosos. No digo que sea a propósito. No, por favor. Nosotros pasábamos por ahí cuando los chinos decidieron empezar a comer y las leyes del mercado hicieron que los precios subieran y las leyes del mercado hicieron que millones no pudieran comprar más comida y se murieran pero a mí por qué me miran, yo hago mi trabajo, yo defiendo lo mío y trato de venderlo lo más caro posible porque así son las leyes del mercado y yo justo estaba ahí, qué culpa tengo.

Es cierto —supongamos que sea cierto. Pero es bueno tenerlo presente: cada centavo gastado en punteros y gobernadores y trembalas y prebendas varias, cada hilux nueva reluciente, cada día de joda en Maldonado, cada restorán nuevo en Puerto Madero, cada departamento a estrenar en Rosario sólo son posibles porque aumenta la demanda de granos, los precios suben, los más pobres ya no llegan a pagarlos, no comen y se mueren —o matan o solamente agonizan lo más largo que pueden.

La plata de nuestra prosperidad es plata muy sangrienta. Y es probable que siga llegando: sería bueno, entonces, por lo menos, recordar lo que cuesta y no gastarla al pedo. Usarla, por lo menos,

para pensar y hacer un país en serio.

Y hacerse cargo de ese costo, y buscar el modo de compensarlo un poco. Una posibilidad: que las partes acepten que la solución salomónica no consiste en cortar al niño en dos sino en dárselo entero a quien le corresponde. O sea: que ese porcentaje de retención que se siguen disputando el campo y el gobierno se use íntegro para formar un fondo contra el hambre —en la Argentina, para empezar y, si queda, en el resto del mundo. Es una idea y es, sobre todo, una forma de hacerse cargo de que si prosperamos, es a costa del hambre de millones. Y que no debería resultarnos tan cómodo, tan fácil, tan barato.

Y que, para que no tengamos que creer que se la van a guardar o la van a repartir con sus amigos o la van a usar para comprar votos, la ley defina desde el principio qué organizaciones no gubernamentales van a recibir todo el producido de ese impuesto para que, sin gastos burocráticos, sin especulaciones clientelistas, la usen para dar comida a los millones de argentinos que forman parte de esos mil millones. O, mejor: para organizar actividades productivas —cooperativas, autogestiones varias— que hagan que esos millones de argentinos no sigan dependiendo del Estado y de la caridad para comer de vez en cuando. Y después, si quieren, podemos seguir hablando —en serio— de redistribución o, incluso, de mejorar la sociedad argentina.

Porque en la Argentina —también en la Argentina— hay gente que se muere de hambre: en los tres primeros meses de 2011 los diarios hablaron de doce chicos wichis muertos de hambre, digo: un chiquito muerto de hambre cada semana en el Impenetrable —pero hay muchos más.

No se me ocurre mayor espanto, mayor vergüenza para nosotros argentinos. Siempre me pregunto cómo fue que empezamos a aceptarlo, por qué somos capaces de tolerar el hambre: qué nos decimos para decirnos que bueno, que así están las cosas, que yo como muy bien todos los días y que si hay otros que no comen es porque no saben cómo hacerlo —o lo que sea que se dicen tantos millones de argentinos.

En estos días, mientras esos chicos se morían de hambre, el grueso —el grueso— de la sociedad argentina miró para otros lados: hace mucho que no veía muertes tan baratas. Los medios oficialmente comprometidos, tipo *Página/12*, mirando hacia otro lado; los medios oficialmente oficiales, tipo Canal 7, mirando hacia otro lado; los medios serios tradicionales, tipo *La Nación*, mirando hacia otro lado; la oposición seria tradicional, tipo esos tipos, mirando hacia otro lado. Hay que reconocer que el gran diario enemigo de todos los principios apropiador cuasi torturador feúcho habló de los muertos de hambre más que nadie: se interesó, contó. Y que, de mientras, el gran

responsable, el gobierno nacional y popular de la Argentina, se hizo el boludo como el mejor boludo.

De vergüenza deberíamos morirnos los demás: los que lo permitimos. No consigo pensar nada más ofensivo, más brutal que chicos muriéndose de hambre en el país de la abundancia. No consigo pensar un fracaso más decisivo para un Estado, para una sociedad. Pero no nos importa: lo toleramos muy bien, no nos indigna como sí nos indigna el chico de 15 que quizás asaltó, el ministro que dice cuac en vez de pío, la presidenta que se pone botox, el funcionario que robó, el periodista que critica. No hablamos de eso, no pedimos responsabilidades, no salimos a la calle a exigir comida para los hambrientos, no saltamos de indignación ante un sistema donde muchos tiramos a la basura lo que otros necesitan para no morirse. Estamos cómodos, nos la bancamos bien, no precisamos siquiera hacernos los boludos. Es toda una definición. Si podemos vivir con eso, nos merecemos lo que sea.

Hasta que, quizás, aprendamos que no podemos y decidamos que, antes de hablar de cualquier otra cosa, tenemos que empezar por hacer todo —todo— lo necesario para que no haya muertos de hambre o, en verdad, para que nadie pase hambre.

12
Inepsia

sust. fem. sing., argentinismo: derivado involuntario del *sus. fem. sing*. **inepcia**. La culpable incapacidad con la que los argentinos solemos encarar la mayoría de nuestros emprendimientos. Se aplica básicamente a la política, pero se verifica en todos los campos de la vida nacional.

Fue mi propia inepsia la que me hizo tardar tanto en entenderlo, y esa imagen que supimos construirnos de nosotros mismos. Lo empecé a sospechar cuando la crisis del campo, con su riada tumultuosa de errores. Pero terminé de aceptarlo no hace mucho. Fue un shock, un pelotazo; no tuve otra salida.

Era un día complicado. Para empezar, me molestaba un ojo —mío, afortunadamente—, y al fin tuve que ir a hacerme ver. Una médica me dijo que tenía una infección poderosa y me recetó antibióticos, que apliqué con paciencia de paciente; cuando volví para un control otro médico me dijo que nunca había tenido ninguna infección sino una herida, y que debía ponerme otras gotas. Me asusté, no podía decidir a quién creer —es duro tener que creer y no saber a quién. Mientras volvía a casa oí en la radio a Daniel Scioli que se disculpaba por la inseguridad diciendo que Antonio Cafiero le había dicho que en sus tiempos su provincia estaba mucho mejor —sin pensar, supongo, que desde Cafiero su provincia siempre estuvo gobernada por su propio partido. Ya en casa, como estaba de mudanza, pasé cinco horas esperando a un instalador de DirecTV: llevaban dos semanas anunciando su venida pero no lo lograban, y así perdían mi tiempo y su dinero y su escaso prestigio. Mientras esperaba me puse a leer en Internet el blog de un periodista conocido; aparecía, entre tantas otras, la palabra desiveles; primero pensé que le faltaba una ene a desniveles, hasta que descubrí que había querido escribir decibeles. Un diario web anunciaba «las últimas imágenes de la familia Pomar» y proponía a sus lectores: «Vea las últimas imágenes antes de que desaparezcan»; me pregunté por qué iban a desaparecer esas imágenes hasta que descubrí que habían querido decir «vea las últimas imágenes de antes de que desaparecieran —los Pomar». Había mucho olor a gas; consideré la posibilidad de un buen big bang pero preferí llamar a un gasista, que trabajó durante un par de horas y dio por resuelta la cuestión; a la noche, el olor era mucho más fuerte. Entonces escuché un reportaje donde la señorita doctora Carrió hablaba de la colombianización de la Argentina y afirmaba, con ese

tono enfático tan suyo, que en Colombia unos narcos mandaron a matar al candidato liberal Garay —que se llamaba Galán— y entonces los liberales recurrieron a otros narcos, los Rodríguez Orijuela —que se llaman Rodríguez Orejuela—, que «financiaron» al presidente Sámper —que se llama Samper— con seis millones de pesos colombianos —que, en ese momento, eran unos 2.500 dólares: el presidente más barato de nuestra larga historia de presidentes de rebajas.

Y así de seguido. Los ejemplos son menores, pero llenaron el vaso de mi tolerancia: a partir de ese momento infausto dejé de sorprenderme ante el nivel de error que hemos aprendido a tolerar, a considerar razonable en nuestras vidas, y terminé de aceptar —con todo el dolor de mi alma— que la *inepsia* es una componente básica del famoso quehacer nacional. Lo que nos hunde, lo que nos hace vivir en un país que debería ser tanto mejor pero es peor, lo que nos lleva a esta especie de insatisfacción y zozobra y caída permanentes no es la traición, la corrupción, las malas aviesas oscuras intenciones, los designios mefistomaquiavélicos, el ansia de poder incontenible, la avidez por la riqueza —que siempre es— ajena, la ambición desatada, las burlas de la historia, la sumisión y lameculismo sin barreras —como querríamos pensar, regodeándonos en nuestro destino supuestamente trágico. Nos gusta imaginarnos como un país lleno de potencialidades que se desvía de su camino por la maldad de unos pocos perversos. Ojalá fuéramos todo eso que creemos que somos: sería, pese a todo, alentador. Podríamos imaginar que todas esas calidades que nos sirven para ser traidores ambiciosos malvados podrían —mejor usadas— armar un país. Yo creo que nuestro problema no son las malas intenciones sino que somos tan pura, tan bruta, tan estruendosamente ineptos.

No hacemos casi nada bien, nos equivocamos todo el tiempo, no estamos calificados para lo que intentamos o simulamos intentar. Que yo escriba esto es un ejemplo —módico— de lo que estoy diciendo. Hay, por desgracia, tantos tanto más dañinos.

Nuestra historia, para empezar a hablar. La Argentina se fue haciendo por los errores de sus gobernantes. El señor Sáenz Peña se equivocó cuando instituyó la Ley del Sufragio Universal suponiendo que le serviría para parar a los radicales y, en cambio, les permitió ganar las elecciones e inaugurar la democracia. El señor Yrigoyen se equivocó cuando no entendió que ya no tenía el poder que había tenido y abrió el camino a los golpes militares. Los riquísimos ricos argentinos se equivocaron cuando imaginaron que sus vacas y sus campos iban a mantenerlos ricos para siempre, y fueron perdiendo el control de ese país que tenían en la mano. El general Perón se

equivocó cuando escribió, el 14 de octubre de 1945, que se tenía que ir a su casa porque había perdido todo, y tanto más en 1973 cuando metió a su mujer de vicepresidenta imaginando quién sabe qué maniobra. Los endeudados ricos argentinos se equivocaron en 1976 cuando aceptaron devolver el país a su papel de granero del mundito, y permitieron que se destruyera la industria nacional y que Brasil se convirtiera en la potencia regional indiscutible. Sus militares se equivocaron como perros cuando supusieron que Estados Unidos los iba a apoyar contra Inglaterra en las Malvinas, y todavía lo están pagando. El doctor Menem se equivocó cuando pensó que los argentinos lo iban a querer para siempre por haberles dado unos años de batidoras y heladeras y mashami —y ahora se debate entre la cárcel y el pacto con sus enemigos del peronismo kirchnerista. El doctor Duhalde se equivocó cuando imaginó que si ponía a un gobernadorcito lejano en la Rosada mantendría su poder en las sombras —y ahora llora. Incluso la inseguridad, noticia rampante de estos días, es el resultado de la incompetencia de aquella misma sarta de ricos y militares que creyeron que podían armar un país latinoamericano sin niveles de violencia latinoamericanos: les hubiera bastado con estudiar un poco la cuestión para entender que si excluyen a la mitad de la población, unos pocos van a querer un poquito de eso que les muestran pero nunca les dan. Y está la inepsia del ingeniero Macri, que ni siquiera consiguió disimular que su idea del orden consiste en poner represores para que espíen a sus enemigos y tuvo que echarlos, o a patoteros para que corran pobres y tuvo que disolverlos. Y la inepsia proverbial de la doctora Fernández y los suyos cuando trataron de imponer aquellas retenciones que después les costarían, por lo menos, las elecciones de 2009 y el odio de una parte importante de su base social. Más en general, la política argentina es una puesta en escena de esa inepsia general que consiste en creer que pueden decirnos cualquier cosa y se la vamos a creer: inepsia sostenida por su éxito, que es a su vez producto de nuestra inepsia generalizada que consigue que, por el momento, puedan, y se convenzan de que está bien y lo sigan haciendo.

Y así: en la esfera pública, la inepsia se ve todo el tiempo —que para eso es pública. Pero lo mismo pasa en la vida privada: estamos gobernados por una banda de incompetentes porque somos una banda de incompetentes. Los médicos se equivocan sin parar, los electricistas se equivocan sin parar, los bancarios se equivocan sin parar, los ladrones se equivocan sin parar, los periodistas no hablan castellano. Sabemos —es mucho decir— que nuestro país es un ejemplo casi único en el mundo de involución, de creación de desigualdad, injusticia y violencia, de destrucción de industrias, saber e infraestructura y no solemos entender por qué nos pasó esto: ay,

doctor, justo a mí, qué mala suerte. O suponemos todo tipo de conspiraciones —pobres, mal imaginadas— para no aceptar lo más obvio: nos desbarrancamos porque somos, antes que nada, tan ineptos. Pero no algún guanaco suelto: nosotros, casi todos. Lo disimulamos, a veces, por la avivada clásica criolla que consiste en simular cierto conocimiento gracias a una buena combinación de labia, sesgada simpatía, capacidad de mímesis: los argentinos somos comentaristas de la vida, grandes chacharacheros, auténticos ineptos. No estamos preparados para lo que querríamos o deberíamos hacer, y se nos nota todo el tiempo: desde lo más general hasta lo más particular.

Es evidente que la inepsia no es una característica nueva en nuestro país: la lista de errores históricos ya citados lo prueba sin lugar a dudas. Pero nadie discute que nunca hemos tenido líderes tan consistentemente brutos, tan poco interesantes, tan ignorantes como ahora. Y que, si pueden serlo —líderes y brutos— no hay más remedio que imaginar una ciudadanía correspondiente. Es difícil establecer las causas precisas de tanta inepsia desplegada. Se puede hablar de cierta impudicia que permite mostrarla donde antes se la disimulaba, de la pérdida de valor social del conocimiento, del éxito arrollador en varios campos de una manga de analfabetos funcionales que demuestran que para «triunfar en la vida» no se necesita saber mucho —o que, incluso, puede ser un lastre. Pero es evidente que el deterioro de la educación de los argentinos en las últimas décadas le ha dado a nuestra inepsia una difusión y una amplitud inéditas. No es extraño que la inepsia sea el destino de un país que ha rifado su educación sin el menor prurito.

Yo soy un producto de la escuela pública argentina y a veces, cuando me distraigo, me da orgullo. Pero en las décadas que pasaron desde que empecé primer grado —inferior— nuestro sistema educativo cambió brutalmente. Cuando yo era chico sólo iban a colegios privados los garcas que querían educarse a fuerza de hostias y los raros que preferían hablar otros idiomas y los vagos que la escuela pública no soportaba más. Pero mis amigos y yo —hijos de la clásica clase media porteña— sabíamos que el sistema de educación estatal era nuestro lugar: la escuela pública era la primera, la mejor opción. Ahora no: mis amigos dudan mucho antes de mandar a sus hijos a una escuela del Estado —y la mayoría no lo hace.

Ahora la educación pública ya no es para todos, ni para el que la elige; es para quien no tiene más remedio. Tres de cada cuatro alumnos estatales pertenecen al tercio más pobre de la población. Entre el 20% más pobre, nueve de cada diez van a la escuela pública; entre el 20% más rico, uno de cada siete. Y la tendencia se acelera: en 1997 el 24% de los chicos acomodados iba a escuelas públicas; en

2006, según un informe del Centro de Estudios de Políticas Públicas, sólo el 15%. Y la proporción de chicos que terminan el secundario en una escuela pública es la mitad que los que terminan en una privada.

Las cifras precisan lo que ya sabemos: que los padres quieren mandar a sus hijos al privado porque —mejores o peores— por lo menos les garantizan que van a tener clases. Cosa que el Estado no consigue hacer. Así que, entre 2003 y 2006, en apenas tres años kirchneristas, 800.000 argentinitos —casi todos los que pudieron— se pasaron del público al privado. En la escuela sarmientina quedan los que no pueden: los más pobres. Y les enseñan cada vez peor —pero les dan un plato de fideos. Y sus maestros cobran menos que cualquier camionero, con todo el respeto que me merecen los compañeros camioneros y su papel señero en nuestra sociedad contemporánea.

En diciembre de 2010 aparecieron los resultados de la última encuesta de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, que mide el grado de educación de una muestra muy numerosa de alumnos de 15 años en 65 países del mundo. La Argentina quedó 58; en América Latina sólo Perú terminó más atrás. Y eso porque hicimos, contó el ministro de Educación, una trampita tipo Indec: su ministerio pidió que se revisaran sus resultados porque muchos de los chicos y chicas de 15 años evaluados eran repetidores que estaban en años inferiores o incluso en la primaria todavía. Así que la OCDE aceptó «corregir» las cifras para medir la educación de los que sí habían llegado a tercer año del bachillerato: bien Moreno. Por eso, la Argentina quedó en un grupo con Israel, Dubai, Serbia y Turquía. Sin ese arreglo, habríamos compartido posiciones con Colombia, Jordania, Albania, Indonesia, Túnez y Montenegro. Y, mientras tanto, el ministerio de Educación llegó a fin de 2010 sin haber usado la mitad de los 766 millones de pesos que el presupuesto le adjudicaba para «Acciones compensatorias» o, dicho de otro modo, rescate de las escuelas más jodidas. Si eso no es inepsia, la inepsia dónde está.

Aunque, al mismo tiempo, este gobierno se jacte —con toda razón — de haber aumentado el gasto en educación pública hasta llevarlo al 6,5% del presupuesto nacional. Es un logro, sin duda, que todavía está por dar resultados concretos. Hay expertos en el tema que dicen que el dinero no puede suplir ciertos mecanismos. Y citan, entre ellos, las evaluaciones de calidad educativa, que se fueron espaciando y degradando en la última década porque los docentes las sentían como una inquisición y se resistían y las autoridades de las provincias apretaban al ministerio nacional para que no se hicieran. Con lo cual nadie puede saber realmente qué es lo que hay que mejorar, dónde se debe poner ese dinero.

El fracaso de la educación pública es el efecto más espectacular del derrumbe del Estado argentino. Solía ser su estandarte: la forma más eficiente de producir esa relativa integración social que nos constituyó como país, en esas aulas donde, bajo los delantales blancos, las clases sociales se mezclaban por un rato y se formaban con las mismas consignas, las posibilidades brevemente emparejadas. La educación pública servía para equilibrar, para integrar, para «redistribuir» —y para producir un país más educado, menos inepto, con mejores posibilidades en todos los terrenos. Ahora parece como si no importara —aunque hay economistas que explican que, en medio de la desocupación y el trabajo en negro, hay cientos de miles de puestos que no se cubren porque no aparecen trabajadores calificados: debería importarles, aunque más no fuera para mejorar su propio sistema y ganar más.

Parece que no importara y, de hecho, no les importa a los que manejan el Estado: hace mucho que mandan a sus chicos a colegios privados. Es una característica de muchos estados actuales —sus dirigentes no se incluyen en ellos, no usan sus escuelas y hospitales, no le pagan impuestos, no respetan sus leyes— y es curiosa: ¿quién se imagina al gerente de la cocacola pidiéndose una pepsi?

Así que, hace un tiempo, se me ocurrió una propuesta populista para encarar la cuestión educativa. Es una ley que habría que votar uno de estos días: «Queridos gobernantes, no todo puede ser alegrías, ganancia extraordinaria, honores merecidos, gratitud popular. Los cargos deben tener alguna carga. Y ésta será modesta pero inflexible: se ordena, so pena de prisión y pedorreta pública, que todos los funcionarios del Estado —de un nivel equis para arriba— manden a sus hijos y nietos, sin excepción, a la escuela estatal más cercana». Es posible que, entonces, la educación pública mejore seriamente. Es —una forma menor de— la lucha de clases.

13
Crispación

sust. fem. sing., argentinismo: estado de irritabilidad de cierto sector de la sociedad frente a los modos y maneras de una señora que —por azar o no— se llama Cristina. Estado de irritabilidad de cierto —otro— sector de la —misma— sociedad frente al sector antecitado y sus voceros.

Otro efecto de la reyerta de las retenciones fue terminar de incrustar esa palabra tan desacostumbrada, c*rispación,* en las bocas de demasiados argentinos. C*rispación* pasó del fondo de diccionarios polvorientos al frente de diarios empolvados: logró una fama súbita, casi televisiva. A veces pasa, cuando una palabra consigue sintetizar un sentimiento nuevo. Y es cierto que hacía mucho que la sociedad argentina no se sentía tan dividida como ahora —y yo sigo preguntándome por qué.

Es mi duda cruel, mi punto débil: me sorprende, día tras día, ver el grado de enfrentamiento al que hemos llegado, porque no encuentro que se corresponda con ninguna batalla real. Tengo todo el tiempo la sensación de que la pelea es mucho mayor que aquello por lo que se pelean pero no llego a convencerme, a estar seguro.

He pasado, de todos modos, por momentos diversos. En agosto de 2006 traté de sintetizarlo por primera vez. Entonces decía que «de a poco la idea del "personalismo" o "autoritarismo" del presidente se fue difundiendo, se conviritió en un sonsonete. Y empezó, sobre todo, a cambiar de signo: cada vez más, los que se quejaban de que no podían participar en las decisiones eran aquellos que siempre las habían tomado.

»Ahora la oposición tiene dos arietes o adalides: dos diarios —un diario diario y un diario semanal— la encabezan», escribía entonces, cuando el mayor ariete actual, el diario *Clarín*, se mantenía firmemente oficialista. «Detrás vienen los partidos opuestos —desde la declamación apocasicalíptica de la doctora Carrió hasta el balbuceo boquipapa del ingeniero Macri pasando por la dureza castrense y el arrepentimiento tardío de los contadores Murphy y Lavagna— pero no impresionan a nadie. Y, delante, los sectores económicos que esos diarios y esos partidos suelen representar, los que están acostumbrados a participar en serio: las famosas petroleras, las famosas privatizadas y, en algún lado, siempre en algún lado, la famosa embajada. Digo: un bloque duro de los muy conocidos de siempre.

»Que suelen criticar a este gobierno porque ha restablecido un mínimo de Estado en un país que no tenía casi ninguno —porque venían de tal desenfreno que cualquier freno les parece intolerable. Y que cayeron en la trampa discursiva: para darle un matiz de izquierda a su gobierno centrista, Kirchner insiste en su discurso sobre los derechos humanos en pasado; que lo compren los progres es lógico, está hecho para ellos. Lo curioso es que también lo compran mucho los gorilas, y se indignan. Ellos, los mismos que hace muchos años decidieron sacrificar a los militares que les hicieron el trabajo sucio en los setenta para que pudieran vivir tan bien en los dosmil.

»Compran, se enojan. Cuando los oigo o leo, muchas de las cosas que dicen me hacen pensar en las críticas gorilas al primer gobierno peronista. Los que las hacen son, en general, los mismos. El runrún sobre el autoritarismo presidencial se parece tanto a lo que —con cierta lógica— solían reprenderle al teniente general que entonces presidía. Las boludeces sobre los vestidos y las cirugías de la primera dama suenan muy semejantes a las que se escribían sobre las joyas de la primera de entonces; los brulotes sobre su influencia y su carácter también. Alguien un poco serio tendría que tomarse un par de semanas para compararlos y pensar qué significa semejante coincidencia. No significa, seguro, que este gobierno se acerque al peronismo de los cincuenta: la situación económica y social, para empezar, no se parece nada, el mundo tampoco, su proyecto menos. Pero la oposición de traje y corbata usa los mismos argumentos —y eso casi me produce simpatía por el gobierno K.

»Los que lo critican por intolerante y autoritario son, en general, los que siempre ejercieron y siguen ejerciendo la autoridad y la intolerancia del dinero —cuando no de las armas verde oliva. Los que ahora usan los aspectos formales de la democracia para mantener su poder y, sobre todo, para ganar plata, porque supieron organizar una sociedad donde ya no necesitan reprimir para lucrar tranquilos. Los que ejercen la peor autoridad: la de decidir quiénes comen y quiénes no, quiénes se educan y no, quiénes se curan. Por eso sus críticas al autoritarismo suenan irremediablemente truchas.

»Las banderas de la oposición gorila son básicamente liberales: que no les grite, que no maneje la publicidad oficial, que no se arrogue la potestad de los decretos, que dé claridad jurídica a las empresas extranjeras, que no intervenga en los mercados, que no se junte mucho con los extraños adversarios del Imperio, esas cosas. Y las sintetizan diciendo que el gobierno K no es realmente democrático. A mí me parece que es más o menos democrático y, sobre todo, me pregunto cuánto me importa que lo sea. Menem era tan democrático: nunca se metía con la prensa, dejaba que todos dijeran sobre él lo que quisieran, y mientras tanto daba vuelta el país y consolidaba esta

suma de injusticias. Quizá no era democrático de otro modo: no cumplía los pactos de representación, las promesas por las cuales se supone que lo habían elegido. Pero en esta democracia nadie supone que haya que cumplir con esos pactos. Éste también hace lo que se le da la gana, firma todavía más decretos de necesidad y urgencia, no consensúa nada, pero por lo menos se preocupa por lo que dice la prensa: es levemente menos cínico y le molesta que digan ciertas cosas. Menem era democrático, Alfonsín era muy democrático, Videla era honesto. La democraticidad, la honestidad no garantizan nada. Las formalidades de la democracia —las famosas libertades formales— me importan más o menos. Quiero que existan, sí, porque cuando desaparecen es signo de que el poder aprieta. Es intolerable que el gobierno no le ponga avisos a *Perfil* —y que trate de manejar la prensa con esos curros bajos. Pero a veces me pregunto qué pensaría si un gobierno acabase con la pobreza y la desigualdad en la Argentina sin darle avisos a *Perfil*.

»—¿Pero eso no sería lo que hacen los dictadores tipo Castro?

»—Sería, si no fuera que en Cuba hay un pequeño porcentaje de la población que vive en dólares y mucho mejor que los demás, como en cualquier país latinoamericano que se precie. Aunque los demás, es cierto, no se mueren de hambre. Pero es cierto que ahí hay una discusión interesante.

»Insisto: a veces me gustaría estar a favor de K sólo porque lo atacan los buenos viejos gorilas. Sus críticas me tientan, un par de veces a la semana, y lo intento. Un par de veces a la semana trato de encontrar alguna razón para pararme frente a esos críticos, del lado de sus criticados.

»Pero aquella vieja idea de que los enemigos de tus enemigos deben ser tus amigos es otra gran truchada de la política: otra transposición mecánica de ciertas leyes militares. Entre ejércitos nacionales la idea funciona: los países siempre pelean por el poder, entonces si el rey de Prusia está enojado con el rey de Francia, el rey de Inglaterra puede aliarse con él aunque mantengan conflictos comerciales o culturales: son, en última instancia, reyes o gobiernos que quieren conseguir más poder. Pero en política se supone —¿se supone, todavía?— que se defienden ideas, y las ideas de los enemigos de tus enemigos pueden ser perfectamente opuestas a las tuyas.

»Viendo quiénes lo atacan me gustaría, digo, estar a favor de K. El problema —mi problema— sigue siendo que este gobierno no hace nada serio para acabar con la pobreza y la desigualdad en la Argentina. A veces lo declama: todavía no hizo nada significativo —ni muchísimo menos. Las diferencias entre los más ricos y los más pobres se acentúan y, peor, se normalizan: este período sirve para que tomemos como normal lo que era un estado de crisis. Éstos, los que se

dicen setentistas y rinden homenaje a sus compañeros que murieron para que no hubiera ningún tipo de diferencias económicas entre las personas, son los que van a conseguir un país donde las haya sin crispación, tan naturales. Para eso la falta de movilización, el autoritarismo personalista. No es casual, es causal: si hubiera cierto grado de participación y movilización, los propios participantes y movilizados reclamarían que se pensara un país distinto. Por eso este gobierno trató desde el principio de desarticular esa posibilidad: para normalizar la desigualdad en la Argentina. Con ciertas mejoras, por supuesto, con un poquito más de Estado, pero con esas diferencias abismales.

»Están haciendo —decía su lema de campaña— un “país en serio”: un país sin cinco presidentes ni asambleas ni devaluaciones ni piquetes. Es lo que nos dicen que tenemos: un país donde normalmente, no como excepción o crisis, hay pobres muy pobres y ricos muy ricos, donde algunos pueden y muchos no, donde la inseguridad es un tema mayor, donde no se ven proyectos de futuro. Un auténtico país latinoamericano gobernado por la centroizquierda.»

Eso era en 2006. Desde entonces, el enfrentamiento —la famosa crispación— no hizo más que aumentar exponencialmente: la reyerta de las retenciones hizo que la pelea pasara a otra pantalla. Pero yo seguía pensando que la pelea por el dinero de los granos —esas ganancias extraordinarias que nos premian por el hambre de los millones que ya no pueden pagar esos precios— era, por decirlo a la manera antigua, una disputa entre facciones del poder burgués donde no me sentía representado por ninguna. No tomar partido por unos u otros fue un problema grave: una forma de recibir doble ración de cachetadas.

Más allá de mis problemas personales, se hacía cada vez más claro que la Argentina llevaba años y años sin tener divisiones tan tajantes y tan confusas al mismo tiempo. En el peronismo de los noventa, por ejemplo, las líneas estaban más claras: no solía encontrar, entre mis conocidos, a nadie que lo defendiera. Aquellos peronistas del doctor Menem eran claramente otros —que incluían, sin ir más lejos, a casi todo el gobierno actual. Ahora las líneas son más caprichosas, dividen abruptas a gente que siempre estuvo más o menos cerca.

El gobierno del doctor Kirchner se especializó cada vez más en hacerse de enemigos: necesitaba hacerse de enemigos. Al cabo de un par de años, el uso de los enemigos —la receta de Laclau y otros apóstoles del populismo— se volvió central. Al principio no lo era: los primeros discursos, como el de la asunción, convocaban a unirse. No duró mucho. El peronismo del doctor Kirchner descubrió más o menos pronto que agudizar los enfrentamientos le servía para obligar a las

filas propias a abroquelarse sin cuestionamientos: el que criticaba cualquier gesto, cualquier detalle, era rápidamente incluido entre los enemigos. Siempre el mismo chantaje: no hay que condenar la invasión soviética a Praga porque le estás haciendo el juego al imperialismo yanqui, camarada. Entonces apoyás a un ejército que entra en una ciudad a sangre y fuego so pretexto de que sus enemigos son peores. Apoyar a las palomas para que no se vengan los halcones: la Junta de Videla y Viola también curró con eso.

Ya hemos citado al teniente general Perón, cuando decía que los que vinieron después de él lo mejoraron. El peronismo actual perfeccionó el sistema: pasó de la sucesión a la simultaneidad; los que nos enfrentan —aparentemente— nos mejoran. Lo sintetizó tan bien el diputado Jorge Rivas, postrado, sin habla, casi sin movimientos, en una charla emocionante con Ernesto Tenembaum.

—¿Qué es lo que más te entusiasma del kirchnerismo?

Le preguntó Tenembaum.

—Sus enemigos.

Le contestó, vía computadora, Jorge Rivas. Lo mismo suelen argüir la Carta Abierta y otros entenados. El mecanismo es peligroso, y hay un ejemplo asquerosito que lo pone en evidencia: durante la Segunda Guerra Mundial, muchos nacionalistas argentinos —entre ellos, el entonces coronel Perón— pensaron que los enemigos de sus enemigos deberían ser sus amigos y, como no había peor enemigo de la patria argentina que el imperialismo británico, apoyaron de distintos modos al nacionalsocialismo de Adolf Hitler. No quiero comparar bandos; hablo de un mecanismo.

Y, sobre todo, el kirchnerismo descubrió que le resultaba mucho más fácil definir qué no era que definir qué sí. Porque, en definitiva, esas definiciones por la negativa obligan a mucha menos acción que una definición por la positiva. Permiten mantenerse en las aguas del relato (véase «Relato» pág. 257).

O, dicho de otro modo: es más barato definir quiénes son tus enemigos. Nada fue más importante para la construcción del imaginario progre oficialista que la elección y construcción del enemigo. Y ese enemigo fue variando. Al principio fue fuertemente el peronismo anterior —hasta que necesitó que el doctor Menem le votara a favor un par de leyes. Al principio también fue el peronismo de los intendentes (véase «Progresismo», pág. 241), hasta que precisó aliarse con ellos. Y en cambio Clarín, el archienemigo actual, el tremebundo monopolio, no lo era. Y los chacareros fuertemente no lo eran, hasta que vino la reyerta.

Y después les llegó el turno a ciertos periodistas, incluyendo a personajes tan menores como la pobre señora Legrand —un fósil que

el relato oficial resucitó para tener un enemigo fácil, un punching-ball de cuarta. Y siempre, en primera línea de combate, el Factor Dictadura: el truco ya repetidísimo de saldar los debates actuales convirtiéndolos en «ejercicio de Memoria», tirándole al enemigo con sus hechos setentistas. No sólo aburre: se parece cada vez más a una confesión de falta de argumentos, de incapacidad para enfrentar los problemas presentes. Mientras escribo estas líneas, un ejemplo bobo —otro más— se desarrolla en vivo y en directo: cuando la llamarada de fuego fatuo que acompañó al bloqueo de la planta impresora de *Clarín*, entre grandes proclamas por la libertad de prensa y la libertad sindical, entre tanto discurso de banquito, la ministra de Seguridad, Nilda Garré, fue convocada por el Congreso para que explicara por qué no había mandado a la policía a despejar el paso. Entonces la señora, que no debía tener muchas excusas razonables, recurrió rauda al Factor Dictadura:

—Esto fue un conflicto gremial, donde no está en juego la libertad de prensa. Si esto es un ataque a la libertad de prensa, qué diríamos de la dictadura. Durante la dictadura, como los diarios llegaban a los kioscos, podíamos decir que había libertad de prensa, y todos sabíamos que el diario *Clarín*, el diario *La Nación*, *La Opinión*, no publicaban los horrores que pasaban en la Argentina. Ahí sí que no había libertad de prensa, y sin embargo, los diarios llegaban a los kioscos.

Dijo, para no hablar del tema en cuestión. Parecía una cumbre, pero semanas más tarde quedó en llano: es probable que el Factor Dictadura nunca haya sido enunciado con tanta contundencia como cuando la señora Bonafini, rechazando las acusaciones de corrupción y francachela contra su entenado Sergio Schoklender, dijo que “hay demasiada sangre vertida como para perder el tiempo en pelotudeces”. La política de la sangre, una vez más, y la Memoria como forma de escapar del presente, en una síntesis brillante.

En cualquier caso, con una dosis mayor o menor de Factor Dictadura —siempre dos o tres gotas por lo menos—, el mecanismo se repite: cada vez que un gobierno de los doctores Kirchner se siente débil o descubierto se busca una pelea contra algún enemigo que, supuestamente, lo enaltezca. Hay otro ejemplo muy reciente: la historia del avión americano. El gobierno invita al ejército norteamericano a dar un curso sobre manejo de crisis con rehenes a comandos de la Policía Federal. Cuando llegan los rambos invitados, les impide entrar ciertos remedios y rifles y pendrives —herramientas propias del oficio— que no están en la lista previa, y se arma el rifirrafe. La aduana de Ezeiza —que acababa de dejar salir una tonelada de cocaína en un avión de hijos del poder— los incauta y el canciller Timerman dice que los americanos le mintieron. Unos días

atrás había acusado al ingeniero Macri de mandar a su policía metropolitana a aprender a torturar en otro curso norteamericano, hasta que le dijeron que oficiales de la Federal y la Provincial hacían el mismo curso.

El gobierno insiste en su postura firme. El ministro doctor Fernández dice que tiene que hacer cumplir las leyes locales, y que debieron decomisar la valija americana «para proteger la seguridad de los argentinos», porque «hay que cuidarse de los terroristas». El subtítulo es obvio: esos comandos americanos pueden ser terroristas. La pregunta es más obvia todavía: ¿entonces para qué carajo los trajeron a dar un curso a sus soldados?

Su gobierno fue el que los invitó a entrenar policías locales: si hubiera supuesto que podían ser peligrosos para la seguridad de los argentinos, la invitación habría sido un error grave. Es probable que no lo supusiera. Mientras, para completar el cuadro, el gobierno usa el episodio para atacar feroces a *Clarín* y *La Nación* porque no lo saludan como una gesta heroica tipo la Vuelta de Obligado y se preguntan si no será una respuesta por el desaire de Obama, que prefirió no venir a la Argentina. Al final se supo que hace un año sucedió un episodio similar pero lo mantuvieron en secreto. Esta vez hablaron. Al final también se supo que los militares norteamericanos entraron al país sin la autorización —obligatoria— del Congreso: que el gobierno argentino los había traído ilegales.

Digo: un ejemplo elocuente de la ambigüedad del juego kirchnerista. Un gobierno de izquierda nunca invitaría a militares de los Estados Unidos. Un gobierno de derecha los invitaría y les pondría alfombra roja. Este gobierno de relato los invita y después clama. Y entonces, por supuesto, aparecen los progresitos de cotillón clamando contra el Imperio y aclamando la defensa numantina del gobierno —que les abrió la puerta sin siquiera pedir permiso. Eso sin considerar que, en los primeros siete años de peronismo kirchnerista, 4.195 militares y policías argentinos recibieron entrenamiento norteamericano. En 2009 fueron 688 los entrenados —cantidad sólo superada por Colombia, México y Perú. Y, en estos siete años, la Argentina compró armas a los Estados Unidos por 292 millones de dólares.

La crispación —la polarización— sería una forma de crear identidades, dicen los populistas: de hacer que distintos sectores reconozcan y asuman sus propios intereses. El problema aparece cuando esas identidades —esas enemistades— se falsean a través de una información incompleta o mentirosa, y resultan en medidas que no favorecen a los que dicen favorecer: cuando se quedan en relato.

Pero si hay una cumbre del relato enemiguista, una cúpula gótica

tópica del pensamiento mágiconabo, fue ese jueguito que organizó la secretaría de Cultura de la Nación en su Palais de Glace: Tírele al Gorila. Tuvo prensa: el arrojado peronista se paraba frente a un gorila peludo en una pantalla y le tiraba pelotazos —fútbol para algunos— hasta que le pegaba en el pecho y el gorila se desangraba entre grititos pop, y el arrojado peronista arrojador veía en la pantalla un número que le informaba que era el —digamos— 15.328 arrojado peronista en pelotear al enemigo: el triunfo de la masa armada con pelotas.

Fue un gran momento de la política de la enemistad kirchnerista, de la política como videogame: peléese sin pelear, haga como si aunque no sepa muy bien qué es lo que hace. En ese jueguito —ni siquiera muy— pajero, el gorila no era nada ni nadie en particular: no era el rico como enemigo, el patrón como enemigo, el militar como enemigo, el neoliberal como enemigo, el diario como enemigo; era, mucho más fácil, el enemigo como enemigo. En esa cima de la pavada barra se resumía la idea kirchnerista del uso del enemigo: lo que importa del enemigo no es tanto quién y qué es; importa por qué lo hemos constituido en enemigo. En la construcción del enemigo siempre aparecen supuestos principios que lo constituyen como tal, faltaba más, pero, para cada personaje que cumple con esas condiciones de enemistad hay muchos que cumplen con las mismas y sin embargo son amigos.

La categoría gorila tiene, entre muchas ventajas, una decisiva: como nadie se define a sí mismo como tal, hablar de gorilas permite insultar a muchos sin insultar directamente a nadie. El gorila es el enemigo. ¿Qué es un gorila? ¿Un patrón rico como Franco Macri o Enrique Eskenazi o Marcelo Mindlin o ellos mismos? ¿Un explotador del vicio como Cristóbal López? ¿Un periodista de la dictadura como Marcelo Araujo u Osvaldo Barone? ¿Un militar represor como Martín Balza o Aldo Rico? ¿Un editor derechista como Daniel Hadad? ¿Un rematador empedernido como Carlos Menem? ¿Un caudillejo como Ramón Saadi? ¿Un sindicalista corrupto como Hugo Moyano, un asesino como José Pedraza? No, un enemigo: uno con el que nos peleamos y le tiramos pelotazos.

Sin duda, construir enemigos es un arte complejo. Otro distinto es definir qué se hace con ellos, además de pelotearlos. Lo cierto es que estamos viviendo una tensión desacostumbrada, y yo sigo sin creer que lo que está en juego valga el enfrentamiento. ¿En defensa de qué se ponen tan enfáticos mis amigos kirchneristas? Se lo he preguntado a varios de ellos, sin conseguir respuestas satisfactorias. Más allá de los clásicos argumentos sobre los derecho sumanos —de hace treinta años—, es cierto que este gobierno ha recuperado algo del rol del Estado en la Argentina: estaba tan disminuido por el peronismo de los

noventa que esos ligeros retoques son grandes avances —que, en el mejor de los casos, le darán una presencia sólo cinco veces menor que en 1985, un suponer, o 1960, cuando tenía el control de los recursos básicos, los servicios esenciales, las industrias estratégicas, la salud, la seguridad, la educación. Y después vienen las declaraciones y discursos: la igualdad, la redistribución, la independencia, esas nociones que nada —o tan poquito— de la práctica socioeconómica oficial parece sostener. Digo: ya tuvieron ocho años y el nivel de desigualdad se parece al de 1995, pleno menemismo (véase «Modelo», pág. 298). Pero siguen hablando de eso —qué bueno— y todos estos amigos se entusiasman.

A mí también me gustaría: nada mejor que estar enamorado, aunque sea de la vaca de Humahuaca. Creo que somos muchos los que querríamos creer. No hay nada más placentero que creer: suponer que uno forma parte de algo que importa, que se mueve. Pero necesitamos poder: algo que nos lo permita, razones para que no sea un acto ciego, pura fe, puro cabreo —aunque esto suene demasiado razonable, demasiado poco peronista.

Las divisiones ya están hechas, y parecen profundas. Otra cosa sería si el gobierno las justificara. Si, en lugar de pensar cómo recomponer su imagen con un anuncio aquí, un acto allá, un enemigo nuevo, nos dijeran —a los que ya los siguen, a los que no los odian— por qué valdría la pena apoyarlos, o sea: que enuncien un plan. Que detallen, en términos muy claros, sin palabrerío, con planes, cifras, plazos, las diez o quince medidas principales que vayan a tomar en sus próximos años. Así, entonces, sabríamos —más allá de historias personales, boinas o mocasines, la pavada— por qué es la pelea, con quién, para qué. Así, entonces, por lo menos la crispación valdrá la pena. Se trata, una vez más, de la distancia entre los dichos y los hechos. Se trata, una vez más, de definir qué coño es «el modelo» (véase pág. 298).

Aunque, insisto, más allá del folclore, el odio de la derecha también parece desproporcionado. El gorilismo era un mal recuerdo de la política argentina: el doctor Menem —gracias a sus alianzas con el ingeniero Alsogaray, sus amores con el almirante Rojas y, sobre todo, su política económica— lo había hecho innecesario y destruido —como a tantas otras cosas. El peronismo de los doctores Kirchner —y sería triste que ése fuera su mayor mérito— lo resucitó, y el gorilismo es pasión tan bruta, tan poco inteligente, que sirve para rever y reevaluar los actos que condena. La duda, insistente, contraataca: si odian tanto a este gobierno, ¿no será por algo? Entonces reviso sus políticas y me parece que no. A menos que los ricos, obnubilados por las formas o por cuestiones de detalle, no

terminen de darse cuenta de cuánto les conviene. O que tenga razón Martín Lousteau, ex ministro de la doctora Fernández, que conoce bien a unos y a otros y me dijo que él no cree que los ricos estén enojados:

—Los empresarios que se están llenando de guita no tienen ningún problema con este gobierno. Yo creo que los que están enojados son los ricos clásicos, tradicionales. A este gobierno lo putean los sectores más oligarcas porque secreta, casi inconscientemente, esos tipos quieren un presidente que quiera pertenecer, que tenga la aspiración de ser como ellos. Y éstos quieren poder y quieren plata, pero no quieren que los inviten a sus fiestas.

Yo creo que ésa es una parte del asunto: que hay una cuestión cultural, ideológica sobre la forma de ejercer el poder y el discurso que acompaña esas maneras. Pero que, sobre todo, los ricos se malacostumbraron y quieren todo, no casi todo —y lo quieren servido en la bandeja que les gusta, esa que tiene las asas plateadas con firuletes barroquitos.

—En 2003 se los bancaron porque tenían que encontrar a alguien que les encarrilara el clima de cuestionamiento social que inundaba entonces la Argentina de una forma que no pusiera en cuestión el núcelo del sistema, aunque en ciertos puntos atizara ese discurso de cuestionamiento para mantener ese control. Los ricos lo bancaron cuando estaba claro que funcionaba como dique de contención para el desborde. Entonces tuvieron que soportar ciertas medidas que no les terminaban de gustar. Ahora que ya está controlado dicen bueno, ya puedo poner el mío directo.

Me dijo el diputado Claudio Lozano. Que, hace un par de años, en un trabajo puntilloso, mostró que el proceso de concentración económica se acentuó durante los gobiernos de los doctores Kirchner: que la facturación de las 200 mayores empresas del país pasó de representar el 31,6% del PBI en 1997 al 51,3% en 2005, y el 56,1% en 2007. O sea: que los más ricos son cada vez más ricos —y los más pobres, por consiguiente, un poco más pobres. Entonces, por momentos, me dan ganas de avisarles: muchachos, revisen las cifras, sean rigurosos, agradezcan. Pero ahí es cuando tengo más miedo de equivocarme —de que ellos tengan razón: ¿será que realmente los amenazan? ¿Será que hay algo que no consigo ver? Para encontrar respuestas, también, decidí complicarme en la escritura de este libro.

14
Progresismo

sust. mas. sing., argentinismo: ideario de un grupo amplio y fluctuante de ciudadanos que dicen preocuparse por «el progreso» de su sociedad. Nótese que la idea de «progreso» es voluntariamente confusa, indefinida.

Algún desprevenido podría suponer que el progresismo consiste en respaldar esa idea judeocristiana que imagina al tiempo como una flecha que avanza en un sentido preciso y constante. Suponer que son progresistas los que suputan que el avance ineluctable de la historia va a producir un «progreso» consistente en cierta reducción gradual de las desigualdades y que —a diferencia de los conservadores, que lo temen y querrían impedirlo— les parece bien. Pero la mayoría de los llamados progresistas o incluso progres no ha pensado nunca en las formas del tiempo.

Progresismo es, más que nada, el nombre de la desorientación contemporánea: de la imposibilidad de definirse, de la dificultad de tomar posiciones claras en medio de la confusión —comprensiblemente— generalizada. Últimamente decir progresista es decir tan poco que, en estos días, el líder boquipapa Mauricio Macri se definió como tal y definió el asunto con verba paratí: «Ser progresista es crecer, y crecer es cambiar de problemas». Pero, hablando más en serio, suelen decirse progresistas los que no saben bien cómo llamarse: los que antaño se habrían llamado «de izquierda moderada» o centroizquierda, o socialdemócratas o, incluso, más antaño todavía, radicales. Y, también, a menudo, los que en ese antaño se llamaron izquierdistas, comunistas, revolucionarios. Entre la transformación de los socialdemócratas en gestionarios ultracapitalistas, entrajecidos, ambiciosos y un poco racistas, por un lado, y la dificultad de ser izquierdista o revolucionario después de los desastres que produjeron el poder soviético y el poder chino y el poder cubano, por otro, el valor de esos nombres se perdió y fue reemplazado por esa vaguedad conveniente que solemos llamar progresismo. El progresismo es una coincidencia mínima entre sujetos muy diversos, que no están lo bastante convencidos de nada como para buscar algo más que coincidencias mínimas —y que, si se pusieran a discutir, podrían estar en bruto desacuerdo sobre tantas cosas. Decirse progresista es decir me gustaría saber qué soy o qué apoyo pero no lo tengo demasiado claro aunque de pronto sí se me ocurren dos o tres cosas; decirse

progresista es querer decir algo sin saber realmente qué —y, de algún modo, preferir ignorarlo.

En esta época de conceptos confusos, pocos lo son tanto como el progresismo, bolsa de gatitos, colectora de vecinos sensibles de muy diversos barrios. Lo *progre* empieza por ser una identidad cultural: ciertas conductas, músicas, lecturas, películas, ropas compartidas — que funcionan como marcas de reconocimiento. El mundo está lleno de personas que quieren pertenecer a clubes que los acepten como socios.

Pero, si fuera necesario definirlo más allá de esas marcas, más allá de diferencias y matices, se podría decir —con trazo grueso— que lo común del progresismo es una sensibilidad leve a ciertos problemas sociales, que impulsa a sus portadores sanos a buscarles leves soluciones que no excedan los límites del orden establecido —porque no se les ocurre ningún otro. Por eso algunos dicen que el progresismo es una forma contemporánea del gatopardismo: el ejercicio de cambiar un poco para que nada cambie.

Un buen ejemplo de esta postura sería el que da Milagro Sala, extrema izquierda del progresismo kirchnerista, «originaria», pobre, mujer, luchadora social, líder jujeña, cuando dice que «nosotros no renegamos de cierta clase de ricos y blancos. Porque hay ricos que se han roto trabajando toda una vida. A ésos les tenemos muchísimo respeto. Los ricos que nosotros no queremos son los que se hicieron ricos a costas de los que menos tienen, haciendo política, sentados en una banca desde que son jóvenes hasta el día que se mueran». O sea: que el problema —¿la causa?— de la pobreza en Argentina no tiene que ver con la explotación y con la plusvalía: el problema no es que haya ricos, sino que haya políticos ricos. Nada mejor para la conservación —convenientemente optimizada— del sistema.

La gran mayoría de los progres suele venir de la clase media urbana y, en los últimos años, sus reivindicaciones se han centrado cada vez más en esos temas que reemplazaron la lucha por el poder político y económico. Son demandas que pueden ser muy justas —que lo son, en muchos casos— pero que no amenazan la forma central de nuestras sociedades: la defensa de las minorías, la igualdad de género, las libertades individuales, la conservación del medio ambiente, el honestismo. Y, aun así, los progres no suelen asumir la idea de que pelean —¿pelean?— por intereses propios sino por altruismo, por ayudar a otros: los pobres, los pájaros, los homosexuales. Gracias a su indefinición, además, los progres son presa fácil de la política mediática: la política entendida como la aparición de personajes levemente marginales que «dan bien en cámara» y son hábiles para la emisión de slogans apropiados, levemente indignados, henchidos de

moral.

Algo de eso subyace en un párrafo sobre la progresía que aparece en una novela argentina reciente. Me interesa citarlo aunque sea un poco bruto; por razones obvias, prefiero no incluir el nombre del autor: «…y ahora muchos se han vuelto progres, que es como decir que no les da el cuero para ser nada en serio. Los progres son divinos: se incomodan cuando la miseria se nota demasiado, se incomodan cuando hay un golpe de discriminación muy evidente, se incomodan cuando alguna libertad individual patina, se incomodan cuando los políticos roban, se incomodan cuando alguien dice que tal pájaro está en peligro o tal río poluido. Los progres son sensibles. Los progres creen que habría que corregir: hacer correcto. A los progres les gustan las Grandes Palabras Consagradas, les gustan los Valores Seguros en el Banco Moral, les gusta llenarse la boca con su propia Integridad, se mueren del susto si tienen que emprender trayectos nuevos; van por las avenidas arboladas asfaltadas por donde avanzan los Grandes Conceptos Indudables. Los progres están llenos de Buenas Intenciones que se manifiestan en sus ataques de Sacrosanta Indignación —que los llenan de la Mejor Conciencia: los progres deben dormirse satisfechos muchos días. Y después se levantan y retoman su eterna búsqueda de un papá bueno: al final terminan votando a cualquiera que salga por la tele y repita dos o tres veces esas Grandes Palabras con el ceño fruncido o una sonrisa cristalina».

Quizá la caracterización no sea del todo justa, pero nos permite entender de qué estamos hablando.

La relación de los gobiernos —nacionales— de los doctores Kirchner con el progresismo ha sido errática. Cuando llegó al sillón, el doctor sabía que la insistencia peronista no le abriría ningún camino: que la sociedad que debía dirigir también se dirigía a los peronistas cuando clamaba que se fueran todos, porque los peronistas eran una continuidad en una sociedad bastante movilizada que reclamaba cambios, aunque no supiera muy bien cuáles. También sabía que, por eso mismo, necesitaba sacudirse el lastre de Eduardo Duhalde, su introductor y jefe. Para lo cual eliminó a los peronistas de su discurso (véase «Kirchnerismo», pág. 55) e insistió en esa idea efímera de la transversalidad, que fue el nombre —tan poco inspirado— que le dio a su proyecto de alianza progre multipartidaria. Que incluyó, en esos primeros meses, a los intendentes de las tres ciudades más grandes del país —Aníbal Ibarra, Hermes Binner y Luis Juez—, además de dirigentes de la CTA ilusionados con la legalización de su central, piqueteros, madres, algunos radicales, ex comunistas, socialistas.

En la famosa ceremonia del cuadro descolgado, por ejemplo, Aníbal Ibarra y Julio Cobos tuvieron un buen lugar, pero los

gobernadores de las provincias peronistas no fueron invitados al palco y varios —Solá, Busti, De la Sota, Obeid, Verna— publicaron una solicitada contra el gobierno; dos días después, un plenario del Partido Justicialista en Parque Norte chifló a la doctora Cristina Fernández de Kirchner y se rechifló cuando la doctora criticó a Hilda González de Duhalde. Le gritaban «Traidores, infiltrados, viva Perón, Chiche, Chiche»; la doctora les contestó que «no es la primera vez que no me dejan hablar, pero quizá sea la última vez que nos encontremos».

Durante unos meses, todos los augures anunciaban la ruptura entre kirchnerismo y peronismo —asumiendo que eran cosas distintas. Una de las explicaciones era electoral: «Si el peronismo hace como los bichos bolita y se encierra en sí mismo, dentro de diez años va a estar sacando el 4% de los votos», decía el doctor Alberto Fernández, jefe del gabinete.

Era la época en que el doctor Kirchner decía que «me han ofrecido el PJ y no lo he tomado. ¿Estructuras de poder? No he creado ninguna. ¿Alianzas y copamiento de sectores sindicales, empresariales, pactos, acuerdos? Nada», porque, decía, «los partidos políticos se convirtieron más en discusiones acerca de cómo se reparten los cargos ante una elección que en lugares donde se formen cuadros, se genere filosofía, doctrina, pensamiento, idea, proyecto».

Poco a poco, fue pareciendo que su entusiasmo progre transversal era una forma de disciplinar a los verticales: ya para la campaña electoral de 2005 varios gobernadores rebeldes y la mitad de los intendentes que formaban «la corporación mafiosa» de la provincia de Buenos Aires habían vuelto al redil oficial. El intendente duhaldista de La Matanza y futuro jefe de los diputados oficialistas, Alberto Balestrini, lo dijo tan claro que después tuvo que retirar lo dicho: «Pienso que al día siguiente de las eleciones hay que sentarse a conversar con el duhaldismo y tratar de armar algo que sirva de apoyo a las políticas del Presidente. Tengo amigos allí y muchos van a integrar el Congreso. Yo diría que hay peronistas que en el fondo apoyan el proyecto de Kirchner pero que las circunstancias electorales hicieron que hoy tengan que enfrentarlo. Pero en definitiva el PJ es uno solo. Somos todos peronistas y seguramente el lunes 24 la mayoría del justicialismo estará encolumnado detrás de Kirchner». Estuvieron, por supuesto, uno detrás del otro, en cuanto vieron que el oficialismo no necesitó su apoyo para ganar las elecciones. «En ese momento, los intendentes hicieron fila, desnudos y de rodillas, para entregar su rendición en la Casa Rosada», contaría más tarde Felipe Solá. El doctor Kirchner los recibió, los disciplinó, y la transversalidad empezó a declinar: los mal pensados suponen que ya no la necesitaba.

Las elecciones siguientes fueron el apogeo del peronismo kirchnerista: la candidata Cristina Fernández ganó con el apoyo de

todo el partido y el 45% de los votos, pero había signos que nadie trató de interpretar: la candidata había perdido en todas las ciudades grandes. Ahora es fácil decir que la vuelta al peronismo más tradicional, a los gobernadores e intendentes interminables y a los jerarcas perpetuos sindicales le había costado muchos votos progres urbanos. No lo computaron: en esa época, el oficialismo se dio lujos tales como apoyar la candidatura del ex coronel pateador de puertas Aldo Rico en San Miguel. Con ese aparato perdieron la reyerta de las retenciones; con él se presentaron a las elecciones legislativas del año 2009.

Esas elecciones fueron, como decía José María Muñoz, un hito —que pasó levemente inadvertido. En ellas, el sistema de delegación se sacó varias caretas de un solo manotazo y avanzó hacia la consolidación del perfecto sistema electoral contemporáneo: ciudadano, elija a los que no van a representarlo. Es cierto que siempre pasa: los elegidos nunca representan realmente a sus electores. Pero, en aquel caso, las «candidaturas testimoniales» le dieron una vuelta de tuerca decisiva al truco: los elegidos ni siquiera simularían representar a sus electores, por la razón bastante simple de que nunca ocuparían los puestos para los cuales serían elegidos.

Fue un logro: pasaron de prometer medidas que no pensaban cumplir a promover candidatos que no se estaban candidateando. Ya nos habían enseñado que no se podía creer en los partidos políticos y sus candidatos; en esos días nos mostraron que ni siquiera se podía creer en que los candidatos fueran candidatos. El cinismo es un lujo de las sociedades avanzadas —o de los bobos que no consiguen imaginar que, en dosis excesivas, puede despertar a la bestia dormida. La Argentina debe ser bastante avanzada: sus políticos saben que pueden forzar la democracia de delegación hasta límites imprevistos, y que no pasa nada grave. En aquellas elecciones lo único que sucedió fue que el oficialismo perdió millones de votos y se quedó sin mayoría parlamentaria. Algunos dicen que, en esa noche tormentosa, los doctores Kirchner estuvieron a punto de dejar los honores y los puestos de lucha y volverse a su casa —a alguna de sus numerosas casas. No es seguro; sí lo es que se enojaron mucho porque, en muchos distritos, sus supuestos aliados territoriales —gobernadores e intendentes— sacaron más votos que ellos. Por despecho, digamos, y para recuperar algo del terreno perdido, arrinconados por sus propios errores, enfrentados con millones de sus votantes, los doctores Kirchner adoptaron una política de —módica— fuga hacia adelante que consistió en tratar de congraciarse con su supuesta ala izquierda: los progres, una fuerza electoral que los había abandonado. Y, así, intentar mantener una de sus consignas más indemostrables: que a la

izquierda de su gobierno no hay nada o, en otras versiones de lo mismo, que allí está la pared.

(Fue el principio de un ejercicio delicado, tan clásicamente peronista: intentar mantener un equilibrio entre las «alas izquierda y derecha del movimiento». En esos días de 2009, cuando la calle se les complicaba por manifestaciones como la de los obreros despedidos de Kraft y el sindicato ninguneado de los trabajadores de los subterráneos, el segundo de la UOM y adjunto de Moyano en la CGT, Juan Belén, salió a decir que la central marcharía para «parar a esa zurda loca que manejan desde afuera». «¿Quién, Carrió?», le preguntaron unos periodistas prejuiciosos. «No, la CTA, la CTA, que es la Cuarta Internacional», quiso aclarar el jefe sindical. Y el doctor Néstor Kirchner anunció que iba a ser el orador principal de ese acto progre. Era, por fin, un momento realmente setentista: la CGT acusando a la izquierda de todos los males y marchando para defender su orden; igual que el 31 de agosto de 1973, cuando Perón auspició una manifestación en la CGT contra la Juventud Peronista. Y el doctor Kirchner pensaba reeditarlo y mostrarse junto a los líderes de ese orden corrupto, autoritario y macartista, consolidado en sus negocios con los patrones o convertidos ellos mismos en patrones.

Días después, reconociendo que había sido otro error, suspendieron el acto, pero la contradicción seguía presente. Hasta que supusieron que la habían resuelto. Un año más tarde, el 14 de septiembre de 2010, la doctora Fernández y el doctor Kirchner —que acababa de salir del sanatorio— fueron a un acto juvenil en el Luna Park. Las tribunas rebosaban de banderas de La Cámpora y la CGT, y la doctora, desde el podio, dijo que sentía una sana envidia: «Siento una sana envidia por todos ustedes», dijo. «¡Qué suerte tienen de vivir en un país con todas las libertades! Si nosotros nos hubiésemos podido sentar junto a la Juventud Sindical como ustedes, qué diferente hubiese sido todo», dijo, y terminó de sellar la falsificación. Con esa frase se cargó unos cuantos años de historia: los militantes del peronismo revolucionario no se negaban a sentarse con los sindicalistas por caprichosos, niños malos engreídos en un mundo violento. No se sentaban —parece tonto tener que decirlo— porque defendían una idea de sociedad que estaba en las antípodas de la idea sindical capitalista y patotera y, por eso, se paraban enfrente. Si ahora sí podían sentarse al lado era porque alguno de los dos sectores había dejado de lado sus ideas. No es tan difícil descubrir cuál era.

Ahora, cuando el gobierno de la doctora Fernández —y de su marido antes que ella— se pelea con los sindicalistas es por parcelas de poder: dinero, influencia, cargos en el Estado.)

En cualquier caso, tras la derrota de 2009 los doctores Kirchner decidieron acelerar su veta progre con un par de medidas. Lo más significativo de esas medidas era que ellos, durante años, habían estado en contra: siempre las habían frenado. Pero, aun así, esas medidas son las que arguyen los kirchneristas progresistas cuando quieren demostrar el progresismo de su gobierno amigo.

En realidad, la primera de esas medidas había sido tomada antes de la derrota de 2009. En su libro *Es la ekonomía, estúpido*, Maximiliano Montenegro cuenta que fue una decisión tomada en cinco días frente a la inminencia de la crisis económica internacional: el gobierno necesitaba hacer caja. Hasta ese momento, el doctor Kirchner —que había optado en 1994 por pasarse a una AFJP, el grupo Orígenes, donde siguió durante toda su presidencia— había dicho que el sistema privado era una especie de mal necesario y que había que mantenerlo como una opción. De hecho en 2007, cuando se votó la ley que rehabilitaba la posibilidad de volverse a la jubilación pública, el doctor dijo que habían terminado con una situación vergonzosa —la de tener que quedarse en las AFJPs— pero que «los argentinos tienen que poder elegir (entre la pública y la privada): eso es un símbolo de la democracia».

Un año después decidió contradecirse y acabar con las AFJP. Yo no podría haber estado más de acuerdo. La jubilación estatal es una de las construcciones más socializadoras de los Estados contemporáneos: implica, en síntesis, que todos los trabajadores entregamos parte de nuestro dinero para que los trabajadores ya retirados puedan sobrevivir, en la confianza de que, cuando nos retiremos, habrá otros trabajadores que nos darán su parte, o sea: una gran red social, un gigantesco sistema de solidaridad organizado por el Estado.

Eso fue lo que la jubilación privada del peronismo de los noventa destruyó, para reemplazarlo por un sistema de sálvese quien pueda: yo pongo mi plata en una cuenta mía porque mi plata es mi plata, que es mía mía mía y para mí; entonces unos banqueros la manejan para mí y cuando yo me retire voy a tener mucha plata mía porque es mía. Y a todos los demás que los empome una ballena blanca.

«Estamos absolutamente convencidos de que la reforma estructural del sistema de previsión que hoy proponemos a esta Cámara obedece a estos claros principios de nuestra doctrina y accionar políticos» dijo el entonces diputado Oscar Parrilli, después secretario general de la presidencia de ambos doctores, cuando apoyó la privatización de las jubilaciones en 1993. Además de ser una idea del mundo —que no es poco—, el difunto sistema AFJP fue, desde el principio, un curro extraordinario. El Estado argentino le regaló una tajada básica del ahorro público a una banda de bancos privados —que juntaban la mosca y después se la prestaban al mismo Estado a

intereses faraónicos: el gran afano, la verdadera jubilación de privilegio. Era la apoteosis del pensamiento liberal y era un chiste, lo peor de ambos mundos: en nombre de ese liberalismo —de la libre elección—, el Estado liberal-peronista te obligaba a poner tu dinero en unos pocos bancos que lo usaban para la timba financiera. Realmente liberal, con perdón, habría sido que cada cual tuviera derecho a decidir cómo manejar su plata: si guardarla en el colchón más trajinado, multiplicarla en la ruleta, agenciarse un casal de tortugas y criar tortuguines pura sangre para los hipódromos de Salt Lake City, invertirla en la bolsa de Bruselas, manducársela tuco y pesto pero con mucho queso.

El sistema fue un curro extraordinario pero berreta: los bancos, como suele pasar, se quedaron con todo lo que pudieron bajo forma de comisiones y el resto, el escaso dinero que les dejaron a sus dueños nominales, lo perdieron en burbujas y espumitas. El gobierno de los doctores Kirchner aprovechó con tino esos errores para recuperar el manejo de las jubilaciones.

La medida entraba en esa línea de recuperación del Estado (véase «Kirchnerismo», pág. 55). Es uno de los problemas centrales de estos tiempos: la Argentina necesita recuperar el Estado que destruyeron los peronistas de los noventa, pero para eso ese Estado tiene que ser y parecer intachable, impoluto, más limpio que un jabón de propaganda. Todos sabemos que no es el caso —y eso hace tanto más difícil defender ciertas políticas. La justa desconfianza en el Estado fue el argumento principal para privatizar —rapiñar— la mitad del país en los noventa; sigue siendo el argumento con que los ricos defienden su posibilidad de hacer lo que les dé la gana —y, como pueden sostener esa desconfianza con razones, consiguen el apoyo de muchos otros. La corrupción del Estado —los favores, el clientelismo, el capitalismo de amigos— no es tan relevante en términos económicos; lo es, y mucho, en términos políticos: mientras no haya un gobierno que lo limpie, mientras siga siendo percibido como un refugio de privilegios y de curros, se hace muy difícil defender su reconstrucción.

En los casi tres años que la jubilación lleva en manos del Estado, mucho en su funcionamiento justificó esas prevenciones. El dinero de la Anses fue usado para todo tipo de fines: pagos de deuda, préstamos al Estado, pago de las Asignaciones Universales por Hijo. Y mientras tanto, como sabemos, el gobierno de la doctora Fernández vetó la ley que les devolvía a los jubilados el derecho a cobrar el 82% de los salarios. Por unos días dejó de hablar del famoso superávit estatal y la marcha triunfante de la economía para decir que no había plata que pagara ese derecho.

En esos meses sucedió también la «reestatización provisoria» de

Aerolíneas Argentinas. Yo estaba, una vez más, de acuerdo: prefiero que el Estado sea el dueño, un dueño que no tome sus decisiones por el interés de ganar más plata sino por el —supuesto— interés de los ciudadanos. Una aerolínea de bandera no es un McDonald's: todo el mundo puede vivir —mucho mejor— sin comerse un Big Mac, pero hay muchas personas que necesitan viajar a lugares que quizá no sean negocio. A diferencia de una compañía privada, el Estado debería ofrecer a todas sus regiones cierta posibilidad más o menos igualitaria de desarrollo. Y ofrecer las condiciones para que funcionen ciertas actividades que, además, lo favorecen: la Argentina está ganando mucha plata con el turismo, por ejemplo, que se queja mucho de que el transporte interno es una catástrofe. Mejorarlo no es un gasto; son inversiones productivas y deuda social.

Muchos decían, entonces, que la intervención en Aerolíneas era un modo de conseguir más campo para sus negocios y volver a aplicar el truco del Estado bobo: sanear una empresa llena de deudas y entregársela después a sus capitalistas amigos. Yo no lo creía, hasta que escuché a la doctora Fernández en el acto en que anunciaba su medida:

—Quiero decirles que nos hubiera gustado realmente que este acto no tuviera lugar, porque nos hubiera gustado que realmente los empresarios que tenían a su cargo la explotación de la firma hubieran podido llevarla adelante con eficacia, con eficiencia porque creemos en la gestión privada en materia de servicios públicos…

Decía, en la línea de lo que siempre dijo sobre su preferencia por la empresa privada. Y me pareció una definición inmejorable de la locura de su gobierno: dice que reparte y no reparte, estatiza y dice que preferiría no hacerlo, habla de debate y demoniza a los que debaten, no hace lo que dice, no dice lo que hace, no dice lo que dice ni hace lo que hace ni dace lo que hice ni sace lo que sice. Una máquina de chiflar, un sino que me llena de pena: tomaban una medida política que me habría gustado apoyar y la cagaban con un discurso de disculpas, estoy acá pero preferiría no haber estado, no se crean, en cuanto pueda la devuelvo.

Y después vino el tema de la boda. La ley 26.618, que permite que cualquier par de argentinos mayores de edad pueda casarse entre sí, es la medida progre por excelencia: sin la menor influencia sobre la estructura socioeconómica, sin tocar un solo interés material —aunque sí ciertos pruritos ideológicos— la ley es una incursión en ese espacio de reivindicaciones de género que la progresía aprecia tanto.

En diciembre de 2005, la primera vez que la FALGBT —Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans, ahora kirchnerista— presentó el proyecto de Ley de Matrimonio para todos

en la Cámara de Diputados, consiguió firmas socialistas, radicales y de la Coalición Cívica pero ninguna del oficialismo; pasado el plazo reglamentario, el proyecto perdió estado parlamentario porque la mayoría no quiso tratarlo. En 2007 lo volvieron a presentar; esta vez sí tuvieron algunas firmas del Frente para la Victoria, pero la mayoría volvió a bloquear el tratamiento. Recién en 2009, presentado por una diputada socialista, el proyecto de ley atrajo la atención de un gobierno que quería atraer la atención progre. Aun así, muchos de sus diputados se negaron a dar quórum, y el trámite de la ley fue lento y trabado.

Hubo entonces, para empezar, una genialidad: el que tuvo la idea de cambiar el nombre vulgar de la ley y dejar de hablar de «matrimonio homosexual» —o incluso, según el vocabulario cool actual, «gay»— para pasar a hablar de «matrimonio igualitario» es un maestro del marketing. Con esa leve modificación pareció darle a una medida perfectamente sectorial un valor universal, el establecimiento de un derecho a la igualdad tipo Revolución Francesa.

Para seguir, una constatación: los pruritos ideológicos contra los casamientos generalizados eran escasos. La iglesia romana, por supuesto, que para eso está —muchas veces me pregunto por qué se empecinan tanto en esos temas cuando podrían dejarlos correr un poco más y dedicarse a aumentar su grey siendo menos paleos: se ve que realmente creen en eso—, y muy poco más. Siete de cada diez porteños, por ejemplo, estaban a favor del matrimonio para todos; tanto, que incluso su jefe de gobierno y caudillo in pectore de la derecha argentina, el ingeniero boquipapa Macri, declinó vetar la ley en su distrito.

(Hace unos años, cuando presidía un club glorioso, un periodista de *Página/12* le preguntó al ¿mismo? ingeniero Macri si aceptaría jugadores homosexuales en su equipo de fútbol:

«—No se me ha presentado la situación. Es una situación complicada. La homosexualidad es una enfermedad, no es una persona ciento por ciento sana.

»—¿Realmente cree que es una enfermedad?

»—Sí, por supuesto, es una desviación.

»—Pero la OMS no la incluye en su listado.

»—Mi opinión es que es una desviación no deseada.

»—Creer que es una enfermedad es una idea bastante antigua.

»—¿Qué quiere que le haga? Yo le tengo que decir lo que pienso. ¿Y qué voy a pensar? ¿Que lo que hacen está bárbaro? ¿Usted festejaría que su hijo fuera homosexual? Por favor. El mundo nos ha hecho para que nos juntemos con una mujer. ¿Por qué nos vamos a juntar con un hombre? Está bien que es más cómodo. Se puede ir a jugar al tenis y después se puede ir a… todo con el mismo tipo. ¡Pero,

por favor!»

Y, sin embargo, encuestas mediante, apoyó.)

Pero, con todo y marketing y acuerdo general, yo creo que la Ley de Matrimonio sigue siendo una forma de mejorar el control del Estado sobre la vida privada de sus ciudadanos. A mí esa ley me entristeció —quizá por mi infinita capacidad de error. Yo me sentía cercano a la pelea de gays y lesbianas porque estaban fuera del sistema Estado-Iglesia —y creía que querían estar ahí. Era una pelea que, de algún modo, ponía en cuestión ese sistema, lo atacaba en su base: las Iglesias y los Estados siempre sostuvieron que sólo una mujer y un hombre podían conyugar; los gays, frente a eso, tenían dos opciones: romper con ese sistema e inventar formas nuevas, o pedirle al sistema que los aceptara. Yo, que nunca me casé, que nunca quise dejar que el Estado se metiera en mi cama, me equivoqué cuando supuse que compartíamos esa idea de —módica— ruptura.

Ahora —en los últimos diez o veinte años— se hizo claro que lo que querían era entrar en el sistema: es una opción. Así que su gran logro progre fue el derecho a someter al Estado sus decisiones más íntimas, erigirlo en la instancia superior que legitima con quién duermen y comen, con quién acumulan o despilfarran, con quién viven. O sea: replicar, con diferencias menores, el modelo de familia burguesa —con herencia, con bienes gananciales, con patria potestad, con rebajas de impuestos, con seguro médico, con divorcios en los tribunales— que siempre los había excluido y, de paso, consolidar la institución, legitimándola.

Los más progres de entre ellos te suelen decir que quieren, al menos, tener el derecho de elegir no casarse. Es como si un obrero explotado no quisiera terminar con la explotación sino obtener el derecho a extraer plusvalía: el sueño moyanista. Si eso era lo que querían, qué bueno que lo hayan conseguido. Es su privilegio y su derecho; a mí me apena.

Pero fue una gran jugada de los doctores Kirchner: por muy poca plata, se compraron apoyo y legitimidad entre la progresía. La tetralogía progre kirchnerista se completa con otra dos medidas, quizá más consistentes. Sobre la Asignación Universal hablaremos cuando hablemos del Modelo, el eje de toda esta cuestión (véase pág. 298). Sobre la Ley de Medios, ahora mismo: ninguna medida de los doctores produjo tanta batalla, ni galvanizó tanto a cierta progresía, como esa guerra —por el relato— contra el monopolio.

15
Relato

sust. mas. sing., argentinismo: narración, cuento. En el vocabulario de los doctores Kirchner y Fernández, el espacio simbólico donde todo se define, la madre de todas las batallas.

No muchos deben recordar ahora que el anuncio oficial de la candidatura de la doctora Cristina Elisabet Fernández a la presidencia de esta Nación apareció en un diario muy cercano al poder que entonces se llamaba C*larín,* un domingo de julio de 2007. Y que fue su marido y presidente quien dispuso que ese diario fuera el primero en conocer y transmitir una de sus decisiones más importantes, convirtiéndolo en su portavoz. El diario le debía mucho al entonces presidente: la ley 25.750 —llamada Ley Clarín— de junio de 2003, sobre «Preservación de Bienes y Patrimonios Culturales», lo había salvado de caer en manos de sus acreedores internacionales.

El episodio del anuncio electoral fue todo un cursito sobre el funcionamiento de la prensa vernácula: alguien con poder —un doctor presidente, en este caso— decide que su modo de comunicar algo a los ciudadanos consistirá en decírselo a un solo redactor de un solo medio para que lo lance como —¿noticia?— «exclusiva». Ese redactor no averiguó nada, no pensó nada, no entendió nada; fue el conducto elegido por el poderoso —su micrófono— en un pacto de conveniencia mutua. A esas cosas llamamos periodismo, últimamente. De estas cosas está hecho lo que algunos llaman *relato*.

(La mayor parte del periodismo de investigación funciona según el mismo principio de la entrega. Un periodista se hace confiable para alguien que conoce secretos del poder porque circula en ese círculo —una «fuente». La fuente puede ser una ministra, un secretario, una diputada, un funcionario; para ser confiable para la fuente, el periodista publica información que ella quiere ver impresa y, sobre todo, no publica lo que ella no quiere: el famoso off the record, la esencia del pacto mafioso entre periodistas y políticos, el mecanismo que hace que un periodista político sea, por definición, alguien que se calla la mitad de lo que sabe. Y que ni siquiera se calla que lo calla; por eso, las notas «políticas» de los diarios están llenas de sobreentendidos: «un alto funcionario del gobierno muy cercano al jefe de gabinete» suelen decir, un suponer, para decir que no te van a

decir quién dice qué.

A fuerza de concesiones y servicios, la relación avanza. En un determinado momento, la fuente quiere «esmerilar» —hundir, dentro de lo posible— a un enemigo político. Muchas veces, esos enemigos eran sus amigos unos meses, unos días antes y la fuente se peleó con ellos, se sintió traicionada, descubrió que aspiran a lo mismo, descubrió que aspiran a cosas muy distintas; en esos casos la fuente es mucho más interesante, porque en general uno sabe mucho más sobre sus amigos que sobre sus enemigos. La fuente, entonces, decide pasarle al periodista confiable alguna información sobre su —¿nuevo?— enemigo. Es una operación de esas que los americanos solían llamar win-win y que gerentes locales empiezan a llamar gana-gana: el periodista gana porque consigue una noticia más o menos bomba, la fuente gana porque hace estallar a su —¿nuevo?— enemigo. Es, en síntesis, un pacto de conveniencia mutua, de uso mutuo. Y algunos hasta se llenan la boca hablando de la libertad de expresión y la incansable, invalorable tarea del periodismo en la defensa de la democracia.)

La palabra relato es antigua, pero fueron los teóricos de la posmodernidad los que empezaron a usarla para insistir en que la percepción y consideración de cada momento histórico depende de cómo se lo describe y que esas descripciones son variables; que el sector que consigue imponer su relato sobre los otros relatos posibles obtiene una ventaja decisiva: que la gran mayoría leerá los acontecimientos a través del prisma de esa manera de ver el mundo. Ese «gran relato», a su vez, estaría formado por una multitud de relatos pequeños o fragmentarios: la forma en que se cuenta la realidad todos los días.

Posmodernos, los doctores Kirchner siempre creyeron que la pelea fundamental se da menos en los hechos que en la forma en que se ordenan y enuncian esos hechos: su relato. Lo cual resulta coherente con una época en que todos los partidos y sectores con poder están de acuerdo en los rasgos centrales —la propiedad privada, el capitalismo de mercado— de la sociedad y, por lo tanto, discuten por cuestiones de matices —que pueden, vistos de muy cerca, parecer importantes, pero dejan de serlo cuando se los mira con un mínimo de perspectiva histórica. En ese contexto de acuerdo general, el relato hace una diferencia decisiva.

Por eso los doctores Kirchner mostraron desde el principio que creían, como ningún gobernante anterior, en los medios de comunicación: que creían en esas «usinas de relato» como otros —y ellos mismos— creían en la fuerza de un dios, las armas, el dinero. Al principio tanta creencia resultaba casi halagadora: recuerdo cuando

sus ministros aprovechaban el corte publicitario para llamar por teléfono a los periodistas de aquel programa de televisión porque no les gustaba lo que habíamos dicho en el bloque anterior y querían discutirlo: lo mismo sucedía en programas de radio, redacciones de diarios y revistas. Los periodistas —algunos más que otros— siempre hemos tenido una rara posición frente a los políticos en el poder: decimos que los despreciamos pero nos gusta mucho que nos tomen en cuenta y, de algún modo secreto y culposo, solemos envidiarlos. Así que esos llamados eran un buen masaje para el ego. Hasta que, pasada la novedad, se hicieron irritantes: ¿y si dejaran de preocuparse por lo que que dice cada quien? ¿Y si, en lugar de mirar la tele, gobernaran?

Eran, de todos modos, episodios casi amables. Después vinieron las presiones más torpes sobre ciertos medios, el manejo de la pauta oficial, el uso de las ondas del Estado para propaganda del gobierno y, con el tiempo, el establecimiento de una relación de una sola vía, claramente basada en el poder: los doctores Kirchner nunca quisieron dialogar con periodistas. Hablan, pero no escuchan ni contestan preguntas. Una vez la doctora hizo una conferencia de prensa y se ve que no le gustó, porque nunca más volvió a ponerse en esa situación desagradable. Es cierto que los periodistas no solemos ser particularmente interesantes, pero no hay muchos otros medios para que los jefes tengan que contestar ciertas preguntas que tantas personas se hacen sobre ellos, sin poder hacerles. En este caso, los jefes llevan años sin contestar esas preguntas —y, aun así, o por eso mismo, yo seguía pensando que les agradecía que creyeran tanto en el poder del cuarto poder: que su pasión me daba ánimos.

Esa atención desmedida a los medios era coherente con la forma en que los doctores se plantaban ante la realidad: como si creyeran que con hablar alcanza. No es extraño que se preocupen tanto por los medios quienes creen en el relato más que en la vida misma, quienes creen que alcanza con decir que no hay inflación para que no haya inflación, con decir que hay muchos menos pobres para que haya muchos menos, con decir que recuerdan a los desaparecidos para que una política de concentración capitalista se vuelva un proceso igualitario. Los doctores Kirchner, tan confiados en la potencia del relato, necesitaban y temían a sus productores; por eso mantuvieron, durante cinco años, la alianza férrea con el más poderoso, el grupo Clarín —que todavía no se llamaba «el monopolio».

Ya lo sabemos: durante esos años, directivos y editores de ese grupo comían en Olivos con cierta regularidad, el doctor Kirchner llamaba a preguntar qué tapa preparaban para el diario de mañana o por qué habían publicado lo que habían publicado ese día y, a cambio, los cubrió de buenos negocios. La autorización para la compra de

Multicanal por Cablevisión, uno de los últimos decretos que firmó como presidente de la Nación, fue un buen ejemplo: con ese presente, el ex presidente in pectore les permitía concentrar el 80% del mercado del cable en la Argentina: acrecentar en serio el monopolio.

Después vino la pelea —y seguimos sin saber por qué fue. Un ex periodista que suele funcionar como vocero oficioso del gobierno, Horacio Verbitsky, se preguntaba en 2010 «¿cómo se explica que el mismo sector político que en diciembre de 2007 prorrogó por diez años las licencias de radios y televisoras llegara a la ruptura total en 2008/2009? En la Casa Rosada se afirma que Magnetto trató de convencer a Kirchner de que Cristina no podía ser candidata a la presidencia, que pidió ayuda oficial para quedarse con Telecom Argentina, que Cristina se opuso y que el Grupo se lanzó a operar para desleír su gobierno. Fuentes de la conducción del Grupo replican que fue Kirchner quien les propuso que se hicieran cargo de la filial argentina de Telecom Italia, y que Magnetto se rehusó por desconfianza en el gobierno». Las dos versiones del vocero coinciden en que la pelea no fue por principios —sino por negocios.

Cualesquiera fueran sus causas, de pronto la pelea contra el monopolio se transformó en la causa nacional y popular. Y las causas de la pelea, por supuesto, fueron explicadas por los principios sacrosantos: de pronto, el gobierno nacional descubrió que *Clarín* había apoyado a los militares de 1976. Les tomó su tiempo —aunque los elementos en los que se apoyaron para afirmarlo no eran del todo secretos: se trataba, más que nada, de las tapas de los diarios de esos años. Que —muchos lo habíamos dicho— mostraban esa alianza sin ninguna duda; lo difícil es suponer que esas tapas de 1976 hayan cambiado mucho entre 2003 y 2008. Es más fácil pensar que los férreos principios de los doctores Kirchner son tan maleables y acomodaticios como todo el resto.

La cumbre de esa carrera roedora llegaría un año más tarde: fue la lucha por Papel Prensa. Papel Prensa es una empresa que cuasi monopolizó la fabricación nacional de papel de diario durante treinta años. La empresa pertenece a los dos diarios más poderosos y al Estado: así, con la complicidad de cada gobierno desde entonces, C*larín* y L*a Nación* pudieron proveerse de papel mucho más barato que los demás y decidir qué otros medios tenían derecho a cuotas de papel y cuáles no. Varios diarios capotaron —o estuvieron a punto de capotar— porque C*larín,* L*a Nación* y el Estado argentino les negaban la posibilidad de comprar papel a su precio privilegiado: tenían que vender ejemplares al mismo precio que ellos pagando mucho más por el insumo decisivo. Era un poder importante, y siempre lo usaron para premiar a los sumisos y castigar a los rebeldes: pocos mecanismos

hicieron tanto contra la libertad de prensa y de expresión en la Argentina. Que lo hicieran dos empresas privadas era difícil de defender; que lo hicieran con la complicidad del Estado era perfectamente indefendible.

La situación siguió sin variaciones durante los siete primeros años de los gobiernos kirchneristas. Hasta que, en el fragor de su pelea con *Clarín*, la doctora Fernández descubrió que ese cuasi monopolio del papel no era del todo defendible y, por lo tanto, podía ser atacado: que era un flanco débil.

Fue una auténtica pelea roedora donde, faltaba más, los dos bandos discutieron negocios a golpes de principios: el gobierno enarbolaba el Factor Dictadura —tan gauchito—: la Memoria, la defensa de los derecho sumanos y la corrección de un daño infligido con la complicidad de militares torturadores. *Clarín* y *La Nación*, que siempre hicieron todo lo posible para destruir a sus competidores, clamaban por la libertad de prensa. La situación, ahora, está igual que antes de que el gobierno decidiera intervenir; todo sigue, por el momento, en el terreno del relato.

En esa pelea, de pronto, valía todo: no sólo el Factor Dictadura. Y, como valía, hubo de todo, pero nada me impresionó más que la aparición de la Brigada Barrabrava. Las barras bravas son grupos de delincuentes, grupos mafiosos —en sentido estricto— que trabajan de extorsionar al mundo del fútbol vendiéndoles la clásica protección a la Corleone: te cuidan de la amenaza de ellos mismos. Y, para complementar, tienen cantidad de negocios secundarios —animación de fiestas y kermesses, distribución de mercas varias, guardia de choque, venganzas y amenazas, carne de manifestación, RR.PP. y propaganda. Que fue lo que el gobierno contrató para darle rienda a su pelea: las barras desplegaban en las canchas banderas que decían Clarín Miente y otras Verdades Indudables. Eso me pareció, entonces, un límite. Que un grupo político traicione sus supuestas convicciones y se alíe —digamos— con un tipo como el ex militar torturador golpista Rico o, más tarde, con su punching ball peor enemigo ex jefe Carlos Menem, o con el más escarnecido de los caciques provinciales descarnados Ramón Saadi para conseguir votos me suena lamentable pero, por lo menos, se supone que lo hacen porque necesitan esos votos como el agua. O que decidan mentir y simular que no existe la inflación que existe y no difundir las cifras indispensables para pensar y proyectar el país es un desastre pero, por lo menos, se supone que lo hacen porque creen que la verdad los hundiría. O que se les ocurra frenar una ley para combatir el dengue es levemente criminal pero, por lo menos, se supone que lo hacen porque reconocer la epidemia les podía costar las elecciones. Pero, en ese caso, bandera o no

bandera no cambiaba nada. Por eso me pareció un límite, un gesto que mostraba que habían llegado a un punto en que parecía que todo les da igual, en que eran capaces de hacer —algo así como— cualquier cosa. Y me dio, de verdad, un poquito de miedo y mucha lástima.

Pero la primera gran consecuencia de ese enfrentamiento fue la propuesta kirchnerista de una nueva Ley de Medios —bajo la consigna, faltaba más, de que era una «ley de la dictadura». Fue la apoteosis del relato —y del relato progre. Una Coalición por una Difusión para la Democracia llevaba cinco años clamando por el reemplazo de la ley de los militares: nadie en el gobierno le había hecho caso, hasta que, de pronto, durante unas semanas del invierno de 2009, pareció que el rumbo de la Argentina —donde, por una distracción del relator, un buen tercio de la población seguía siendo muy pobre— dependía de ese cambio de ley. Yo, entonces, publiqué un artículo donde trataba de opinar y decía, entre otras cosas, qué opinaba:

«Opino que los grandes medios tipo *Clarín* y *La Nación*, que ahora lloran desconsolados por la terrible amenaza del Estado a la libertad de expresión, se preocupan muy poco por esa libertad y esa expresión todos los días, cuando deciden qué informaciones publican o no publican en función de sus negocios o sus alianzas políticas o sus pautas morales o sus pautas publicitarias. Y no veo en esta ley nada que perturbe la libertad de expresión más que lo que ya la perturban las maniobras habituales del gobierno. Y, ciertamente, mucho menos que lo que la perturba el avance de las corporaciones que definen cada vez más qué se dice y qué no.

»También opino que los grandes medios tipo *Clarín* y *La Nación*, que ahora lloran desconsolados por la terrible intromisión del Estado en sus comercios, nunca se quejaron en los treinta años en que el Estado les permitió tener, a través de Papel Prensa, papel a precios infinitamente más baratos que los que pagan sus competidores.

»Opino, además, que los medios del grupo Clarín le han hecho mucho daño a la cultura argentina media, la han rebajado, la han reblandecido, la han limado, la van empujando poco a poco hacia el punto en que imaginaron que estaba: la mente de un chico incapaz de leer, de pensar, de cuestionar.

»Y opino que los canales de televisión privada han seguido con gran éxito ese mismo camino —y nos toman por idiotas redomados, sólo capaces de consumir idioteces redomadas para idiotas redomados. (¿No es sabroso “idiotas redomados”?)

»Entonces opino que me gusta la idea de que el Estado maneje un tercio de las radios y televisoras, porque los medios privados sólo quieren hacer plata y suponen que para hacerla tienen que ser cada

vez más redomados y tratarnos cada vez más redomados, así que le queda al Estado el papel de hacer algo diferente. Y opino que Canal 7 y el Canal Encuentro son tentativas interesantes en ese sentido.

»Pero opino que, aun en ellos, una vez más, el gobierno se ha entregado con fervor y delicia a la costumbre argentina de usar los medios del Estado como si fueran del partido gobernante, y que si la nueva ley no toma recaudos decisivos contra eso va a ser un mamarracho. Por eso la discusión encarnizada sobre cómo se va a conformar el "órgano de control" —que, en el proyecto actual, tiene mayoría automática del Ejecutivo, igual que el nuevo cuerpo director de los medios públicos, o sea que no va a controlar nada de nada. Lo cual se reafirma con la ausencia de una definición sobre cómo se debe repartir la pauta oficial para que deje de ser un sistema de premios y castigos y amenazas.

»Y opino que la idea de que las entidades no gubernamentales ni comerciales —universidades, asociaciones, cooperativas, ¿iglesias?— dispongan de un tercio de los medios electrónicos puede dar resultados interesantes. O no, pero que el principio es bueno y que ciertamente vale la pena intentarlo.

»Y, al mismo tiempo, opino que el gobierno ya mostró demasiado cómo trata de aprovechar reivindicaciones que muchos consideramos justas —jubilación pública, recuperación de aerolíneas, subida de ciertos impuestos— para su beneficio político o económico. Y que eso justifica la sospecha de que, en este caso, pueda pasar algo parecido: que aprovechen el eventual desmembramiento de los grandes grupos mediáticos para quedarse con sus partes, que traten de controlar medios de las organizaciones civiles, que sigan usando los medios públicos como si fueran propios. Y que han precipitado la sanción de esta ley —tras seis años de desinterés— justo en el momento en que su legitimidad política vacila y el Congreso no es el que les gustaría.

»Y opino que la discusión está dada, por supuesto, con la mejor mala fe de cada cual: cuando los opositores dicen, por ejemplo, que las revisiones cada dos años comprometen la libertad de las empresas —aunque saben que son revisiones técnicas de las emisoras. O cuando el gobierno dice, por ejemplo, que se interesa por la libertad de prensa y la pluralidad de voces tras haber concentrado y controlado, en su provincia, la circulación de las noticias —e intentado, después, la aplicación del modelo a escala nacional.

»Pero opino —es una obviedad— que, en medio de toda la hojarasca discursiva, lo que en realidad importa es esa parte de la ley que dice que los operadores de cable no pueden tener canales de televisión abierta ni más de un canal de cable y que no pueden tener cables que lleguen a más de un tercio de la población y que no pueden tener más de diez radios y televisoras: lo que se debate en realidad es

la desconcentración que la ley debería producir, desarmando los tres o cuatro oligopolios que controlan el mercado mediático argentino y, sobre todo, el desmembramiento del Gran Grupo.

»Aunque opino que las razones por las que Kirchner ahora decidió desarmar el imperio Clarín son más que oscuras: que durante años lo favoreciese y ahora quiera cargárselo es perfectamente sospechoso, la típica pelea de barras bravas. A menos que, de pronto, haya visto la luz libertadora. O que la base de todo esté en la vía libre para que las telefónicas tengan radios y televisoras: la posibilidad de armar oligopolios todavía más monstruitos pero amigos.

»Y, para terminar, opino que una ley que va a romper las grandes corporaciones mediáticas tendrá consecuencias favorables para todos. Yo creo en el cambio en general —porque veo muy pocas cosas que no lo merezcan—, y en el cambio de la estructura de los medios argentinos en particular —porque son una desgracia. No me gusta del todo cómo se hace éste, pero me parece que es bueno patear un hormiguero tan nocivo. Estoy convencido —opino— de que lo que salga no puede ser peor que lo que hay. Aunque la realidad, a veces, se empeñe en desmentir mis optimismos.»

Fueron semanas en que se consagró, sin más rivales, la sociedad virtual, donde lo que importa son los medios, el país son los medios, nuestras vidas son medios o medias, todos somos Mirtha, Marcelo y Susana planos y borrosos. En esos días no se hablaba de otra cosa: los medios, los políticos, muchas personas no hablaban de otra cosa. Lo cual formaba parte de una tendencia que ya llevaba años. Desde los noventa muchos argentinos, cuando se sentían perjudicados por alguna acción del gobierno, como sabían que los partidos no les harían caso y desconfiaban de sus propias fuerzas, hacían una denuncia. Se dirigían a alguna de las dos instancias que reciben denuncias —la represión, la prensa— y depositaban su cabreo en manos ajenas. Así fue cómo algunos medios —y ciertos tribunales— se transformaron en la fuerza más política de oposición al proyecto peronista.

El sistema prendió: en este régimen de partidos políticos confusos pero bastante débiles, la oposición más fuerte a un gobierno suele estar en determinados medios —aquellos que, en tal o cual circunstancia, por tal o cual razón, han quedado en la nunca bien ponderada vereda de enfrente. El gobierno peronista, después de haber fallado en su tentativa de mantener contento al más grande de todos, dedicó sus esfuerzos a constituirlo como su enemigo principal, el mal mayor de la república. Pelear contra la Corpo —como dicen, con gracia de salita rosa, algunos de sus portavoces para no decir «corporación mediática»— es una forma relativamente barata de dar sensación de gran batalla contra el establishment. Un relato —el relato

de una pelea por el relato— de consecuencias mucho más leves que pelearse con los ricos por la famosa distribución de la riqueza —con el beneficio secundario de ningunear a sus políticos rivales: de no darles siquiera la estatura de adversarios importantes, sino sólo subordinados de la Corpo, con perdón.

La pelea estaba lanzada, y los grandes medios opositores intentaron devolver golpe por golpe —lo cual resultaría lógico y razonable si no se escudaran, para ese pugilato, detrás de sonsonetes como la libertad de expresión, el deber del periodista, una neutralidad constantemente desmentida.

La discusión por el control de los medios —por el poder sobre el relato— pareció convertirse en un asunto de importancia extrema. Y a mí me parecía lamentable que el gobierno y las oposiciones no dedicaran el mismo interés, la misma energía, el mismo hambre a discutir cómo solucionar problemas mucho más urgentes.

Pero por fin, tras tanta tinta, tanta cháchara chocha, tanto tonto tanteando al tuntún, la Honorable Cámara de Diputados de la Nación —Argentina— terminó votando a favor de la ley más debatida porque los doctores Kirchner cambiaron algunos de sus artículos. Entonces los demócratas que reprochaban al gobierno su tozudez, su obcecación, su caprichonería, su autismo y su autoritarismo, lo acusaron de haber modificado su proyecto para ganar los votos que necesitaba. A mí me pareció un ejercicio de lo más democrático: para poder imponer una ley que le importaba mucho, el oficialismo tuvo que aceptar las modificaciones que le pidieron ciertos opositores a cambio de su apoyo. Fue una maniobra —perfectamente democrática— bien hecha, que obligó a estos opositores a explicarle a muchos de sus votantes, que los habían votado por opositores, por qué votaron a favor de una ley del gobierno —en un asunto que salió del blanco o negro fácil y pasó al gris, siempre más complicado de traducir en un minuto de televisión o tres de radio.

Pero nada de eso hacía olvidar que la Ley de Medios estaba llena de aspectos poco claros, ni que las razones de los doctores Kirchner para impulsarla contra sus ex aliados se mantenían oscuras, ni que seguían siendo muy sospechosos de querer usarla —como habían usado la mayoría de sus medidas— para su beneficio político y personal.

Ahora, casi dos años después de la sanción de la famosa ley, la situación de los medios argentinos ha cambiado muy poco. O, quizás, empeoró. Uno de los aspectos más decisivos —y, para mí, atractivos— de esa ley es la obligación de reducir los medios comerciales a un tercio, y dejar otro tercio para la «sociedad civil» y otro para el Estado. Pero, desde entonces, el Estado hizo todo lo posible por demostrar que los medios que caigan en su poder van a ser basura

propagandística.

El periodismo, en general, trata de convencernos de su neutralidad, y no existe tal cosa. Uno de los efectos más interesantes de la pelea *Clarín* vs. doctores Kirchner y de la polarización de la opinión en la Argentina fue un curso acelerado de lectura: muchos argentinos terminaron de asumir que los medios dicen lo que dicen para defender determinados intereses y aprendieron a leerlos con la más sana de las desconfianzas: buscando, en cada caso, el rastro de esos intereses.

Tiempos hubo en que los medios se decían objetivos; ahora aprendieron que no hay objetividad posible cuando existe un sujeto que relata —y cualquier diario, cualquier noticiero, cualquier información suponen un sujeto que relata. Entonces los que quieren darse un baño de modernidad se dicen neutrales, lo cual es tan falso como lo anterior: los periodistas y las empresas periodísticas tenemos nuestras fobias y filias, intereses, prejuicios, ideas sobre el mundo que —más o menos velados, más o menos reprimidos— aparecen en lo que contamos, en cómo lo contamos. No porque seamos malvados o perversos: sólo porque no hay forma de contar que no sea influida por la forma en que cada cual ve y piensa el mundo.

Pero los grandes medios no pueden aceptar que ése es el mecanismo porque su pacto de lectura —su «compromiso con el lector»— consiste en que les dicen que lo que les cuentan es toda la verdad, la «realidad». Es imposible: cada quien cuenta, de lo que ve, oye, aprende, lo que le parece digno de ser contado: una parte. No digo que lo haga porque quiera manipular; algunos quieren manipular, pero aunque uno no quiera siempre va a tener que elegir, dentro de la vastísima, multifacética acumulación que llamamos «realidad», ciertos aspectos, lo que cree que sus receptores necesitan saber. Allí intervendrá su subjetividad: elegirá —incluso, digo, honestamente— qué les cuenta y qué no. Los lectores —oyentes, televidentes— no solían tener presente esa condición estructural, y aceptaban que sus medios les transmitían «la realidad» y los leían con toda confianza. Por eso yo había llegado a proponer, alguna vez, la Ley del 28 de diciembre.

Cada año, cuando llega el 28 de diciembre, el día de los Inocentes supone que los medios incluyan una noticia falsa, un chiste para poder decir que la inocencia les valga. Ese día, los lectores recorren los medios con una mirada sospechosa, crítica, buscando esa noticia; por eso proponía que la Ley del 28 obligara a los medios a incluir en cada edición una noticia «falsa», que empujara a los lectores a esa lectura crítica: una especie de educación para la lectura mediática. Pero la dinámica social, en su sabiduría, la hizo innecesaria: con el

enfrentamiento entre el gobierno y los medios, los lectores argentinos aprendieron a leer de esa manera, buscando intereses, alineamientos, banderías. Por supuesto que no era intención de los unos ni de los otros: tanto los grandes empresarios periodísticos como los gobiernos necesitan que sus consumidores y/o súbditos les crean. Pero lo cierto es que así se lee, ahora, en la Argentina. Y yo lo celebro: ahora está claro desde qué prejuicios habla cada quien.

Lo cual tiene un corolario apasionante: si ya no creemos en la verdad de lo que nos cuentan aquellos a los que solíamos creerles, si muchos ciudadanos han perdido la certeza de que la verdad existe y está en alguna parte, si muchos empiezan a pensar que todo relato es un relato, una construcción que depende de visiones e intereses, ¿qué? ¿Qué pasa en una sociedad cuando la idea de que hay verdad se va perdiendo?

Insisto: estoy a favor de un periodismo que toma partido abiertamente porque todos toman pero no lo dicen. Siempre he estado de acuerdo con el periodismo que no esconde sus ideas, sus elecciones: «que dice lo que ve y no calla lo que siente», como definía la radio de mi infancia a un cronista de carreras de caballos. Hablemos —poco— de *678,* el programa político de la televisión pública, el portaestandarte de la política de medios del gobierno de la doctora Fernández.

Yo, en principio, celebro que exista *678* porque tiene el coraje de ser tendencioso y parcial. *678* es un programa cuyo propósito no consiste en ofrecer información desconocida sino en releer lo conocido —lo ya emitido, lo ya escrito— con un enfoque diferente, claramente sesgado.

Por supuesto, el programa tiene muchos problemas: algunos panelistas cuya trayectoria sinuosa y acomodaticia y siempre oficialista los hace poco creíbles cuando se lanzan a pontificar revoluciones; alguna tendencia a la cita manipulada y a la repetición machacona, a la burla laboriosa, a la injuria fácil y a la homogeneidad extrema; el recurso sistemático al prontuario de sus enemigos cuando los de sus amigos no resisten un examen semejante; la facilidad para ver pajas sin percibir ninguna viga. Y, en resumen, todo lo que podríamos llamar una tinellización del debate político: el reemplazo de la reflexión por una repetición sistemática y tenaz de slogans efectistas y subrayados burdos, como si quienes hablan no creyeran en la capacidad e inteligencia de sus espectadores: como si hablaran para bobos. Pero ese modo también es información: pone en escena la forma en que un grupo político decide plantear sus argumentos; muestran en qué sectores recluta sus intelectuales —y eso también es una expresión de su política.

Por eso escribí, hace ya más de un año —y no pude publicar en ningún lado—, un petitorio que terminaba diciendo:

«*678* es la prueba de que la política tiene un espacio en la televisión y en los debates argentinos: una vanguardia de la democracia. La pena es que esa vanguardia no encabece nada: lo malo de *678* no es —como muchos piensan— que exista, sino que no existan más. Para que ese programa tuviera sentido tendría que haber muchos, uno por cada fuerza política significativa de la Argentina. Porque el flanco débil de esta gesta mediática es su singularidad, que tiende a la injusticia: que hagan, pagados por el Estado, proselitismo de una opción política. Si lo hicieran en el Canal 11 o 26 o 188 nadie podría decir nada —y, supongo, nadie diría nada—; que lo hagan en el 7 —que sean los únicos que pueden hacerlo en el 7— es un problema grave.

»¿Cuál es la función de los medios del Estado, bancados por el conjunto de los ciudadanos, sino permitir la expresión de ese conjunto? ¿Qué penosa confusión hizo que, de la dictadura militar en adelante, cada gobierno creyera que esos medios públicos estaban a su servicio y los usara para su propaganda? ¿Qué insistencia y qué resignación consiguieron que la mayor parte del público acepte que los medios públicos son parte del botín de guerra del sector que llega a ocupar el gobierno? ¿Qué distracción hace que esta administración, tan preocupada por defender derechos, no lo haya corregido todavía? Es curioso, porque sería la primera interesada en acabar con esas políticas de abuso del Estado que sirvieron para justificar el desguace del Estado que su proyecto intenta —dice— reparar.

»Por fortuna hemos defendido y conseguido, últimamente, una Ley de Medios que democratiza el acceso democrático a la comunicación democrática y que, al combatir los grandes monopolios, privados y estatales, soluciona el problema democráticamente. El gobierno de la doctora Fernández, que tanto la sostuvo, va a estar por fin en condiciones de cumplir con esta ley que dice, en su artículo 2º, que su objeto es "la promoción de la diversidad y la universalidad en el acceso y la participación, implicando ello igualdad de oportunidades de todos los habitantes de la Nación para acceder a los beneficios de su prestación", y en el 121º inciso b), que los objetivos de la radio y televisión del Estado son "respetar y promover el pluralismo político, religioso, social, cultural, lingüístico y étnico". O sea que, ya provistos del instrumento legal para predicar lo obvio —que los medios públicos son de todos los argentinos, no del gobierno de turno—, podemos lanzar una campaña ciudadana de apoyo a la iniciativa: "Dos, tres, muchos *678*" —es la consigna.

»La campaña propondría que, para profundizar las libertades democráticas, cada sector con representación parlamentaria tenga su

programa periodístico en los medios públicos, donde pueda ejercer su opinión y su mirada —y que la importancia de ese programa sea proporcional a su peso electoral: finalmente, son los votos los que dan derechos en nuestro sistema de representación. Seguramente se podrán encontrar mejores modos, pero para empezar éste no es malo. Por eso les pido que suscriban y reproduzcan en cada lugar de la red nuestro pedido:

»"La libertad de expresión no debe ser sólo para los ricos y los voceros del gobierno de turno. Por la presente solicitamos que la Radio y Televisión Argentina Sociedad del Estado complete el cumplimiento de sus obligaciones democráticas y disponga la creación de programas equivalentes a *678* para los distintos sectores representativos de la sociedad argentina actual —o que, si no, acabe de inmediato con la injusticia cada vez más flagrante y más violenta, que contraría los postulados básicos de la nueva Ley de Medios, de que haya uno solo, representante de un solo sector, en un claro abuso del poder que les prestó la sociedad".

»Y les propongo que, si algún periodista se cruza con los periodistas y animadores de *678*, después de felicitarlos por su ímproba tarea les pregunte si están de acuerdo con la iniciativa. Son democráticos y progresistas y creen en los derecho sumanos y en la libertad de expresión y en la igualdad ante la ley, así que estoy seguro de que serán los primeros en defenderla con el ardor que los caracteriza. Suelen ser tan coherentes que se podría pensar que —para no ser cómplices de ese abuso flagrante del poder del Estado— pueden incluso negarse a seguir trabajando si la cuestión no se resuelve. O quizá no, y entonces sabremos lo que valen sus palabras.»

Por supuesto, a esta altura, el chiste se ha vuelto levemente macabro. Y buena parte de las buenas intenciones de la famosa Ley de Medios quedan anuladas por la comprobación de lo que hacen sus impulsores con los medios supuestamente públicos: cuál es, en la práctica, la democracia mediática y la «pluralidad de voces» realmente existentes en el modelo kirchnerista. Es un caso más de escuchen lo que dicen y después miren lo que hacen.

Lo mismo sucede, por ejemplo, con la adjudicación de la pauta oficial. La Ley de Medios dice que los canales deben programar un mínimo de 60% de producción nacional —de la cual la mitad debe ser producción propia. Y, sin embargo, en 2010, el Canal 9, que no cumple ni de lejos con esas condiciones, recibió el 67% de la publicidad oficial. Que, dicho sea casi de paso, se multiplicó por 13 entre 2003 y 2009, y sigue creciendo. Debe haber mucho para «comunicar»: mucho relato. Hace tiempo me contaron un chiste:

—Dicen que un alemán, un francés, un inglés y un argentino

coinciden en el museo del Louvre delante de un cuadro de Adán y Eva en el Paraíso. Entonces el alemán dice miren qué cuerpos tan esbeltos, tan arios, tan perfectos: seguro que esos dos eran alemanes. No —dice el francés—; miren la pasión, el erotismo que transmiten: son franceses. Se equivocan —dice el inglés—; miren su sobriedad, su elegancia: tienen que ser ingleses. Y entonces, como corresponde, interviene el argentino: pero ustedes no entendieron nada, che. ¿No se fijaron que los tipos están en bolas, sin zapatos, sin casa, sin más comida que una manzana y todavía piensan que están en el paraíso? ¡Ésos son argentinos y peronistas, hermano!

El chiste olía con un viejo tufo gorilón que no le impedía recordar que el peronismo consistió, durante décadas, en convencer a los adanyevas de la patria que, aunque estuvieran en bolas y gritando, habitaban el mejor de los mundos —y que el peronismo de los noventa rompió con esa función. El doctor Menem siempre fue brutalmente literal y, por eso, el peronismo dejó de ser una máquina de producir ilusiones y se limitó a producir poder. Uno de los aspectos más clásicamente peronistas del kirchnerimo fue la recuperación de aquella máquina. Para la cual, entre otras cosas, necesitaban desmarcarse del peronismo de los años noventa y, por eso, evitan sistemáticamente llamarlo peronismo: en la literatura oficial sólo se habla de «menemismo», como si el peronismo nunca hubiera estado allí, como si los doctores nunca hubieran estado allí. Es parte del truco peronista de negar sus pasados, el efecto Ave Félix (véase «Peronismo», pág. 41). Así, pueden seguir usando ese calificativo como otra arma arrojadiza, junto con la famosa Dictadura. Los ejemplos abundan: cuando detuvieron al ínclito líder sindical José Pedraza, por ejemplo, vecino de Puerto Madero, los medios más oficialistas explicaban que era «un menemista que había colaborado de forma decisiva en la venta de los ferrocarriles». Nada que no pudieran decir de su jefe y su papel en la venta de YPF, por ejemplo.

Hablábamos de pautas. En un país con un mercado publicitario relativamente chico, los avisos oficiales tienen un peso importante que, obviamente, aumenta en tiempos de crisis —cuando la actividad económica baja—, pero incluso en épocas de relativa prosperidad el manejo de esa caja es un instrumento de presión decisivo para condicionar el funcionamiento de la prensa.

Y ha servido, en estos años, para que el gobierno de los doctores Kirchner construya con dineros públicos una red de medios partidarios como pocas veces se ha visto en la Argentina. Empezó por el canal de cable C5N, propiedad del notorio revolucionario Daniel Hadad, y el diario *Página/12*, que le cuesta al Estado, sólo en publicidad oficial, unos 34 millones de pesos al año, más de 90.000 por día: si su

circulación media fuera —es secreta— de 25.000 improbables ejemplares, todos los argentinos estaríamos pagando más de 3,50 por cada ejemplar puesto en la calle para defender la igualdad y luchar contra la corrupción. Después la trama se extendió a los medios de Sergio Szpolski —*Tiempo Argentino*, *El Argentino*, *Miradas al Sur*, *Veintitrés*, *Newsweek*, *Siete Días* y varios más—, y muchas otras radios y canales de televisión nacionales y regionales. Sin contar, por supuesto, la red oficial de canales públicos, televisión digital, radios nacionales y provinciales, y la agencia oficial de noticias, Telam. Pese a lo cual —y en ese punto la construcción del relato sí ha sido eficaz—, el gobierno sigue presentándose como una víctima de grandes redes mediáticas opositoras contra las cuales, David arrinconado, se debate indefenso. Es uno de los grandes aciertos del relato kirchnerista: siempre consigue presentarse como el débil, la víctima, la oposición a «los poderes». Por eso también los periodistas oficialistas, pagados por el poder del gobierno y sus amigos, pueden presentarse como los paladines de una épica opositora, desfacedora de los entuertos del poder.

Más allá —o más acá— de los medios, no hay forma más efectiva de imponer un relato que decidir las palabras de la tribu. Sobre eso ensaya este libro. Sobre eso, supongo, se habla últimamente cuando se habla de la «hegemonía cultural» del peronismo kirchnerista. Se arguye, se silogiza, se perora; yo creo que el dato decisivo para pensar que existe alguna hegemonía es el hecho indudable de que, desde hace un tiempo, son los oficialistas los que nos ponen palabras en la boca. Dios, gran pedagogo, lo explicó bien: cuando terminó de hacer los animales, se los «trajo a Adán para que viese cómo quería llamarlos, y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ése es su nombre». Era su forma de decirle que lo hacía amo de la creación: fijar los nombres de las cosas es uno de los mayores actos posibles de poder.

Por eso fue significativa esa idea contemporánea del mundo que apareció en la izquierda norteamericana hace más de treinta años y que solemos llamar «corrección política». La CP es una forma extrema del nominalismo: si en el nombre de la rosa está la rosa y todo el Nilo en la palabra Nilo, las denominaciones de las cosas modifican esas cosas, y por eso un negro dejó de ser lo mismo que un afroamericano, un sordo que un disminuido auditivo, una puta que una trabajadora sexual: maneras de insistir en que lo importante no es lo que se nombra sino cómo.

El peronismo kirchnerista ha sido astuto en el uso de ese nominalismo CP, y supo manejar y recrear ciertas palabras; por ejemplo, cuando insiste en la universalidad de una Asignación que no es universal ni por asomo o cuando, al llamar «matrimonio

igualitario» a una disposición que sólo sirve para que los integrantes de un sector minoritario obtengan el derecho de registrar su convivencia ante el Estado, la convirtió en un asunto de todos, un paso hacia la igualdad libertad fraternidad alonsanfán. Aunque es probable que, entre los vocablos reinventados recientes, no haya ninguno más eficiente que «la oposición»: esa forma de pretender, con esa antonomasia, que no hay matices, que todos los que no están con el gobierno son lo mismo —son *la* oposición—, ya sean gerentes boquipapas o ferroviarios troscos, Narváez o Solanas, Mirtha Legrand o Félix Díaz.

Sin embargo, hay momentos en que la operación, por obvia, aparece desnuda. Como sucedió últimamente cuando decidieron resucitar las «listas colectoras» que la nueva ley electoral del gobierno había condenado; supusieron que con sólo llamarlas de otro modo —«listas de adhesión»— se borraban aquellas condenas. O, más brutal, cuando la ministra de Seguridad Garré decidió cambiar los nombres de las tres escuelas de policía federal y reemplazó tres policías malos por tres policías buenos. No se trataba —nadie habló de eso— de discutir la función de esas escuelas, de formar policías diferentes, de acabar con los vicios terribles del ejercicio policial; no, lo que hicieron fue cambiar los nombres de las cosas —sin hacer el menor gesto de cambiar las cosas. El pensamiento mágico atacando de nuevo.

Cuando ya todo haya pasado, alguien va a tener que hacer un análisis —una autopsia— del «relato kirchnerista». Creo —desde aquí, desde ahora— que si algo va a definir a ese cadáver será que no tendrá nada distinto, nada nuevo. Que, más allá de ciertas palabras, ciertas pátinas, el forense se topará con el viejo tema socialista de la redistribución de la riqueza en su versión peronista «fifty-fifty», con la movilidad social ascendente de los radicales, con las diatribas nacionalistas a*lla* Scalabrini, Jauretche y Perón, con el envoltorio legitimador de la Memoria y sus desaparecidos setentistas como toque aventurero-heroico. Un aparato tan posmoderno: pura recuperación de fragmentos antiguos —salvo, si acaso, la anexión, tarde, a regañadientes, de ciertas reivindicaciones de género o de cansada ecología. Pero, insisto, le será muy difícil encontrar novedades, como no sea la habilidad para juntar todos esos girones usados con un poco de politiquería peronista, una buena dosis de negocios millonarios —y convencer a una cantidad de personas de que allí hay algo nuevo.

Es lo mismo que viene pasando, en estos años, con la cultura. No parece que haya novedades culturales importantes, huellas de estos años en la cultura de los argentinos. Para hablar del relato del peronismo actual debería incluir algo sobre la cultura kirchnerista; no veo nada digno de ser contado, más allá de la laboriosa resurrección

de un par de cantantes y actores con un gran futuro a sus espaldas, «artistas» televisivos que aprovechan su adhesión para adherirse a las pantallas o, en el mejor de los casos, para adornar sus conciencias recién descubiertas. Pero no veo una literatura, una música, un cine diferentes, propios; sólo intentos propagandísticos que se limitan a llenar de contenido partidario las mismas formas y estructuras de las últimas décadas. Ojalá me equivoque.

Aunque hay un dato que me asusta. En todo el período, la cultura produjo una sola polémica de ciertas proporciones: si Mario Vargas Llosa debía o no debía abrir la Feria del Libro. Lo recordamos: todo empezó con una carta del director de la Biblioteca Nacional, ensayista de primera fila, Horacio González, que pedía a las autoridades de la Cámara del Libro que «reconsideraran esa invitación». Las opiniones volaron en todas direcciones, pero hubo una mayoría que entendió el pedido como un intento de callar a un escritor, y lo mismo le pasó a la doctora Fernández, que llamó a su subordinado para decirle que retirara su carta. Él lo hizo, y quedó la sensación de que su escrito había sido un acto impulsivo, pasional, que la reflexión y el consejo presidencial lo llevaron a deshacer.

Una semana después, cuando se habían asentado los dimes y diretes, los intelectuales oficialistas seguían hablando en el circuito oficial. Decían, en general, que de ningún modo habían querido ejercer vetos ni censuras pero que seguían pensando que la Feria del Libro debía ser inaugurada por un escritor argentino. De ahí mi espanto: ya pasado el peligro de escribir en caliente, ya con tiempo y espacio para pensar y sopesar, la condición que ponían para que un escritor pudiera inaugurar un acto era su nacionalidad. ¿Cómo, por qué, bajo qué ideología se puede pretender que un discurso de cierto peso debe estar limitado a los «escritores argentinos»? ¿Cuál es la ventaja comparativa, para un escritor, de ser argentino? ¿Qué hace a Hugo Wast mejor que Vassili Grossman, Mallea que Céline, Aguinis que Magris? ¿Qué tiene un escritor argentino que no tengan los demás? ¿Que es argentino? ¿Qué es «argentino»? ¿Algo que hace a su poseedor tan diferente a los demás, tan superior para esa modesta tarea, tan digno de excluir a cualquiera que no lo tenga? ¿Algo que hace que sólo los que lo poseen puedan entenderse entre sí? ¿Algo que hace que los que lo poseen no puedan o no quieran entender a los que no? ¿Algo que los vuelve desdeñosos o desinteresados o distantes de todo lo demás? ¿Algo tan dañino?

La Argentina —la cultura argentina— se formó sobre la idea —trabajosa, trabada, trabajada— de la trama de tradiciones y de historias. Pero esa indefinición de la mezcla, que parecía un problema, fue nuestra mayor riqueza: por ella supimos inventar cruces que no habrían podido aparecer en países con culturas más antiguas, con

tradiciones más cerradas. Contra esa mezcla se defendieron los intelectuales de la oligarquía criolla de principios del siglo XX con la gauchesca tradicionalista y la Ley de Extranjería. Por esa mezcla pudo nacer el tango, el sainete, una forma de hablar, Jorge Luis Borges, el cine de Torre Nilson y Santiago, Gombrowicz, cierto rock, Cortázar, Saer y tantas otras cosas. La Argentina no sería nada sin esa convicción de que nuestra cultura no está limitada por fronteras nacionales: de que la parte que nos corresponde es todo. La Argentina no sería nada si se hubiera impuesto a lo largo de su historia la peor forma de exclusión posible, la más popular, la más dañina: la patria contra los extranjeros.

La patria es la forma más peligrosa de la exclusión porque tiene rating, justificaciones, tradiciones gloriosas, el apoyo de poderes importantes, la fuerza del lugar común que no suele discutirse. Por eso, cada vez que hay que atacar para excluir, no hay mejor arma que la patria. No digo que los intelectuales oficialistas —¿intelectual oficialista?— quieran usar la patria como un arma; digo que, al usarla como un criterio de exclusión —quiero oír a los argentinos, no a los otros; o, peor, sólo los argentinos tienen derecho a hablar—, abren el camino para los usos más conchudos de la patria.

Es lo mismo que sucedió en esa muestra reciente en el Palais de Glace presentada como un «Homenaje al pensamiento y al compromiso nacional». Allí, además de los jueguitos —ni siquiera muy — pajeros (véase «Crispación», pág. 226), se acumulaban otras delicias: por ejemplo, una selección futbolística de los llamados «pensadores nacionales». La lista era tan módica: Rosa, Chávez, Ramos, Puiggrós, Jauretche, Hernández Arregui, Cooke, Discépolo. O sea: cuatro historiadores, dos ensayistas sociológicos, un militante y un poeta. Si eso fuera lo mejor —«la selección»— que el «pensamiento» de los habitantes de estas pampas produjo en sus dos siglos, los argentinos deberíamos llorar por los rincones de ese palacio redondito. Pero es obvio que las ausencias son legión: porque el truco consiste en decir nacional para decir nacionalista. Esos ocho son una selección —triste, desoladora, bilardista— del «pensamiento nacionalista» —que excluye a todos los que han pensado en esta nación sin pensar que lo más importante es la nación: la patria.

Es una forma de ahondar en lo mismo: que ni siquiera todos los argentinos son argentinos, sólo los argentinos que piensan que lo decisivo es su ser argentinos. Siguen las exclusiones, nos quedamos cada vez más chiquitos, más pobres, más patrióticos.

Si los intelectuales más notorios del peronismo de los doctores Kirchner tratan de aplicar el criterio nacional como un filtro, como una condición para entrar en el debate cultural, para pensar, si el relato de la cultura kirchnerista incluye la exclusión por motivo de

nacionalidad, estamos, como suele decirse, en el horno. Pero no cualquier horno.

Mientras arreciaba la discusión de la Ley de Medios, y los políticos antikirchneristas pagaban sus deudas con los grandes medios defendiendo sus posiciones, el gobierno de la doctora Fernández lanzó una de sus medidas más estrafalarias: el programa Fútbol para Todos.

Fue otro gran momento de la carrera roedora: la razón principal de la medida fue sacarle al «monopolio» un negocio más que pingüe. Pero el gobierno buscó, por supuesto, su justificación en los principios: en una de sus intervenciones más desafortunadas, en una cumbre del Factor Dictadura, la doctora Fernández dijo, famosamente, que lo hacía para corregir un orden donde «te secuestran los goles hasta el domingo como te secuestran las imágenes y las palabras, como secuestraron a treinta mil argentinos. Yo no quiero más una sociedad de secuestros. Quiero una sociedad cada día más libre».

Para defender sus principios antidictatoriales en el terreno futbolístico, el gobierno se alió con el señor Julio Grondona, un patrón cuasi mafioso, el único funcionario nombrado por los militares que sigue, varias vidas más tarde, en su puesto de lucha. Y, como guinda, pusieron el programa bajo la dirección del señor Lázaro Jaime Zilberman, también conocido como Marcelo Araujo, exponente ya retirado de lo más bajo del periodismo argentino, con la colaboración estelar del señor Julio Ricardo López, también conocido como Julio Ricardo. Fueron dos resurrecciones y un reencuentro: los dos tuvieron un papel central, entre tantas otras gestas, en las transmisiones oficiales del glorioso Mundial ’78.

Pero, por encima del ruido de los supuestos principios estrellándose en el piso, ¿queda muy antiguo decir que la decisión de un Estado que define entre sus prioridades garantizar que todos sus ciudadanos puedan ver todos los partidos de fútbol —y después de hóckey y de rugby y de box y de básquet y de vóley— cuando no es capaz de asegurar que todos coman todos los días muestra una idea del mundo que habría que discutir? ¿Queda muy antiguo decir que, incluso si todos los argentinos comieran todos los días, la decisión de un Estado que define entre sus prioridades garantizar que todos sus ciudadanos puedan ver todos los partidos de fútbol —y después de hóckey y de rugby y de box y de básquet y de vóley— muestra una idea del mundo, de la cultura, de los ciudadanos que ese Estado pretende conformar? ¿Queda muy antiguo decir que conformar es la palabra? ¿Queda muy antiguo decir que el fútbol sigue siendo un opiáceo, que no necesita que lo promocione el Estado, y que sí lo necesitan otras formas culturales que no son tal negocio, que nadie va a promocionar y que no suponen miles y miles de muchachos

prometiéndose muertes? ¿Queda muy antiguo hablar de pan y circo sin siquiera pan pero con mucho circo, bien imperial romano?

No fueron las críticas que se oyeron esos días. Algunos, sí, le reprocharon al oficialismo que se gastara tanta plata en eso. Entonces los doctores Kirchner precisaron que —sólo— serían 600 millones y que, en cualquier caso, se recuperarían con los ingresos por publicidad. Un año y medio más tarde sabemos que los partidos de fútbol no ingresan ni un centavo por publicidad porque el gobierno usa todos esos espacios para su propia propaganda. Y que el programa le cuesta al Estado 400 millones más que los 600 anunciados (véase «Segurismo», pág. 125).

Pero lo más interesante del caso Fútbol para Todos y el anuncio de que no costaría un centavo es que puede funcionar como un modelo —con perdón de la palabra— de la forma en que los doctores manejan la construcción del relato: con la vieja consigna goebbelsiana de «miente que algo queda».

Lo practican todo el tiempo: uno de sus deportes favoritos es anunciar. Lo hacía el difunto doctor, lo sigue haciendo la doctora viva. Si alguien repite suficientes veces que una asignación es «universal», muchos terminarán creyendo que llega a todos los que la necesitan (véase «Asignación Universal», en «Modelo», pág. 298). Como si alguien anuncia cantidad de cosas «para todos». El sintagma «para todos» se ha convertido en uno de los más rendidores, más gauchitos del relato peronista actual: ahora es todo para todos, con perdón de los padres jesuitas. Hay pan para todos, pescado para todos, fruta para todos, tururú para todos —aunque nadie pueda conseguir esas materias en las condiciones ofrecidas. En estos días, sin ir más lejos, la doctora Fernández anunció su plan de Carne para Todos: «hasta 10.000 kilos de carne por día», dijo, se venderán a un precio casi Indec —y el lego lee o escucha y cree que 10.000 kilos son muchísimos kilos: que alcanzan «para todos». Hasta que —algunos, unos pocos— se enteran de que cada día se venden, en la Argentina, 6.600.000 kilos. Esa carne para todos va a llegar, con suerte, al 0,15% de todos, o sea: casi nadie. Pero la frase, el efecto de relato Carne para Todos ya circula —e intenta contrarrestar el hecho tan real de que el precio de la carne haya aumentado tanto y el consumo de carne haya bajado dramáticamente en la Argentina actual (véase «Campo», pág. 196).

Yo dudo sobre los efectos de esta manera del relato. Supongo que, para muchos, la evidencia de la truchada desarma el argentinismo «para todos» y lo deja vacío, convertido en lo que es: entonces, la frase puede usarse para entender qué dice el peronismo cuando dice todos. Pero supongo que, para muchos otros, la frase prende —y, sin más

información al respecto, se quedan pensando uy qué bien, carne para todos: es la meta.

El sistema es repetido y claro: hable, que alguien se lo va a creer. Y vuelva a hablar, que muchos ya habrán olvidado la vez anterior. Y vuelva a hablar, y vuelva. Los ejemplos son legión. Podríamos detenernos, por hablar de algo, en el caso de Atucha II, la central nuclear de la provincia de Buenos Aires cuya construcción estuvo parada veinte años. Muchos le critican que es una tecnología perimida, que la dictadura militar la diseñó sin gran cuidado por la seguridad, que no incorpora las mejoras post Chernobyl, que ya se comió 3.000 millones de dólares, pero aun así debería reducir un poco el déficit constante de energía eléctrica que hay en la Argentina. O sea que anunciarla una y otra vez sirve para reducir los efectos de ese déficit.

Y sucede a menudo. El 20 de agosto de 2006, el arquitecto Julio De Vido anunció que retomarían los trabajos para terminarla. Dijo que generaría 725 megavatios al año a partir de 2009.

El 16 de agosto de 2007, el doctor Néstor Kirchner presidió un acto de inicio de trabajos y dijo que los megavatios serían 745 a partir de los primeros meses de 2010 —y que agradecía «a Dios cuando decidí, fiel a mis convicciones, no escuchar a quienes me decían que invertir en Atucha II era gasto público improductivo».

El 15 de agosto de 2008, el arquitecto Julio De Vido dio una conferencia de prensa para anunciar que la central produciría 700 megavatios a partir de octubre de 2010.

El 17 de abril de 2009, el arquitecto Julio De Vido, el gobernador Daniel Scioli y compañía limitada presidieron la instalación de una pieza; dijeron que era un «nuevo paso hacia la finalización de la obra que podría ser inaugurada a mediados de 2011».

El 17 de junio de 2009, la doctora Cristina Fernández presidió la colocación de una «tapa del núcleo del reactor nuclear». No habló de megavatios ni de fechas, pero dijo que simbolizaba «la conclusión del modelo neoliberal».

El 5 de enero de 2010, el arquitecto De Vido anunció que a fin de ese año estarían concluidas las obras de la central nuclear de Atucha II.

Ahora, abril de 2011, entre nubes niponas radioactivas, hace meses que nadie anuncia nada sobre Atucha, pero funcionarios del ministerio de Planificación dicen por lo bajo que «debería estar terminada a fin de año». En síntesis: que durante los cinco últimos años, presidentes y ministros anunciaron por lo menos seis o siete veces la terminación de esas obras espléndidas.

Es un ejemplo de esos anuncios que nunca se realizan —pero que, en los diarios del día siguiente, pasan por acciones de gobierno. Lo mismo sucedió con los planes de vivienda, con los créditos hipotecarios para inquilinos, con el millón de laptops, con los canjes de electrodomésticos, con los gasoductos del Nordeste y de la Puna, con los diques de Portezuelo, Potrero de las Tablas y Los Caracoles, con las represas de Garabí en Corrientes y Corpus en Misiones, con la electrificación de la línea Roca entre Constitución y La Plata, con el Tren Rápido Constitución-Ezeiza, con el soterramiento de la línea Sarmiento, con el Transpatagónico Bioceánico, con la recuperación de los talleres ferroviarios y, por supuesto, con el famoso trembala. Todos estos —y tantos tantos más— fueron piedras en el edificio del relato: la forma de mostrar un gobierno que hace, que no para de hacer —pases de pensamiento mágico, abracadabras imparables.

La lista es interminable por definición: todos los días se le agregan nuevos ítems. Pero hay una acción del gobierno de los doctores Kirchner que resume por sí sola el concepto del relato como miente que algo queda: la famosa, tan meneada, nunca bien ponderada intervención al Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, y su transformación en una fábrica de relato inverosímil.

16
Trucho, a

adj., argentinismo: una de las palabras más recientes del idioma de los argentinos, para decir falso, ilusorio, quimérico, inexistente, simulado, postizo —e innumerables sinónimos, algunos ciertos.

Lo trucho, lo sabemos, pulula abunda horada, prolifera retoña percude, sacude todos los espacios de la patria. Pero hace un par de años me pareció que habíamos llegado a una cumbre de lo trucho. Fue por un episodio que podría parecer banal; a mí me pareció tan bruto que traté de contarlo:

«Estamos hechos mierda. Voy a decirlo despacito, por si no quedó claro: estamos hechos mierda. Ahora voy a repetirlo, por si acaso, en latín con acento francés: estamos hechos mierda. Nosotros, la Argentina, realmente hechos mierda. Y desafío a cualquiera que no esté de acuerdo a mirar en Internet —si no lo vio en la tele— el video de ese alumno secundario que acosa a su maestra.

»La escena es aterradora. Quiero decir: aterradora. La imagen no es muy buena —pixelada, borrosa—, pero se ve a una señora de mediana edad, anteojos, pelo lacio, que habla, con un libro en la mano, de historia argentina: Rosas, Lavalle, la muerte de Dorrego. Y se ve a un muchacho —que, después sabremos, tiene 15 años— grandote, con una especie de delantal blanco y una gorra de béisbol al revés, que la maltrata. El muchacho le manosea la cabeza, la despeina, le tapa la cara con un paraguas naranja, le baila delante, le echa polvo de tiza, la agarra de los hombros y los brazos, la zarandea, la sacude; la mujer mientras tanto sigue hablando, diciendo su lección, haciendo como si no pasara nada: simulando que enseña.

»La escena es aterradora, y es difícil mirarla sin pensar lo más pavo: que ese pibe es un cobarde que se aprovecha de una persona indefensa, que dan ganas de sentarlo de un trompazo.

»—¿Cómo indefensa? ¿No es la profesora?

»—Sí, es la profesora, y se la ve perfectamente indefensa.

»Después sabremos que, al final, como el video se vio mucho, expulsaron al muchacho y a otro compañero de la Escuela de Comercio N° 19 Juan Montalvo, en Caballito. A esta altura el dato es casi irrelevante: lo tremendo, en esa situación, es todo lo que el alumno hizo antes de que la maestra agotara su paciencia y dejara de decir su lección de historia argentina, o sea: todo lo que esa mujer

estaba dispuesta a soportar sin reaccionar, todo lo que debe ser corriente soportar en ese ámbito. Lo tremendo es esa breve percepción de lo que, en general, pasa a puertas cerradas.

»Nunca me consideré un moralista ni un defensor de las instituciones. Estoy, más bien, en contra. Por eso creo que es una pena, pero que hay relaciones que no funcionan sin cierto ejercicio de poder. La enseñanza es una de ellas: alguien —el alumno— cree que hay alguien —el maestro— que sabe más que él, que eso que sabe le interesa y que, por lo tanto, va a respetarlo y escucharlo. Ésa sería la forma de consenso: así se relacionaban, supongamos, Platón y Sócrates, Agustín y Ambrosio, los alumnos de la cuarta división de cuarto año —promoción '73— y nuestro profesor Raúl Aragón. Cuando el consenso no funciona —casi siempre—, aparece la institución, que impone esta relación de poder definiendo un papel para el alumno y otro para el profesor.

»Aquí, en esta escena, está claro que no hay consenso ni hay institución. Por un lado, parece obvio que esa escuela no produce esas relaciones. Por otro, se ve que ese muchacho no tiene el menor interés en lo que está sucediendo, que nadie ni nada consiguió convencerlo de que aprender o al menos escuchar lo que le dicen pueda servirle para nada. Que está ahí sólo porque lo obligan —levemente. Y que la maestra no tiene forma de cortar una situación que hace mucho que se volvió humillante.

»Insisto: estoy, en principio, contra cualquier ejercicio de autoridad. Pero entiendo la diferencia entre la autoridad que proviene de un acuerdo o del funcionamiento de una institución, y la que aparece cuando nada de eso funciona. Entonces lo único que queda es la histeria y el autoritarismo: ese muchacho es un monstruo, sanciónenlo, échenlo, tírenlo a los perros. Es cierto que, viéndolo, dan ganas. Pero no sirve para nada. Y, sobre todo, se estaría castigando a la víctima, no al culpable.

»Culpables somos todos, en grados diferentes. Últimamente resulta de buen tono adjudicarse culpas de lo que pasa en la Argentina. Y es cierto que todos las tenemos, pero no es lo mismo la culpa del que se hizo el boludo que la del que se opuso a muchas cosas que la del que nunca pudo influir que la del que gobierna, gobernó, tiene poderes. La culpa para todos es una forma seudoastuta de culpa para nadie.

»Pero en este caso la culpa general, con sus grados y sus diferencias, consiste en que todos seguimos jugando a nuestro deporte favorito: la Artruchina. Jugamos a la Artruchina todo el tiempo, aunque a veces simulemos que hacemos otras cosas. Porque la Artruchina consiste, precisamente, en simular: en seguir simulando que somos un país. En ese país hay un simulacro de Estado que recauda lo que puede —con los especuladores financieros, por

ejemplo, no puede— para poder sostener sus simulacros de educación, simulacros de salud, simulacros de justicia, simulacros de participación política. Y todos jugamos, nos hacemos los osos —en el fútbol, la gambeta es básica; en la Artruchina, nada es tan necesario como saber hacerse el pelotudo— y así vamos, hasta que de pronto, por errores, quedamos frente a un fragmento de realidad como este video, que nos muestra lo que hay detrás de esas fachadas con una bandera, un escudo y un cartel que dice escuela.

»Entonces lo miramos, nos indignamos, lo olvidamos —en el fútbol, la pegada es básica; en la Artruchina, nada es tan necesario como olvidar en pocas horas— y seguimos viaje: seguimos simulando que somos un país, que hay un Estado, que tenemos escuelas, hospitales, justicia, esas pavadas. A eso jugamos, y se diría que nos divertimos: Artruchina se la banca. Es una posibilidad. La otra sería pensar que no podemos seguir jugando a este juego pedorro, y ver qué hacemos. Aunque puede ser un poco complicado. Quizá nos resulte más fácil seguir yéndonos a la mierda en bote. Total, el viaje es largo y ya tenemos la nariz tapada.»

Hay, como corresponde, decenas de etimologías de la palabra trucho, y todas menos una deben serlo. Expertos y profanos lanzan hipótesis variadas: que apareció como deformación de truco y trucar; que se originó en la costumbre de cambiar la foto de la cara —la trucha— para falsificar un documento; que la inventó ¡Sofovich! en un programa de televisión, y tal y cual. Y casi todos acuerdan en que su salto al estrellato sucedió con aquel episodio de 1992 en que un falso diputado —el diputrucho— votó una ley en el Congreso.

Lo cierto es que trucho es más simpático que falso, falsificado, engañoso, mentiroso, tramposo, ilegítimo, ilegal; decir que algo es «trucho» es un modo de aminorar el impacto de lo falso y, sobre todo, de aceptarlo como una forma posible. Si empezamos a decir trucho, diría el psicólogo de guardia, fue para decir que podíamos tolerar las falsificaciones —hasta cierto punto: que falsificar no es, en general, algo grave sino un episodio simpaticón de la picaresca nacional.

Así, lo trucho se difunde. Los productos truchos —que simulan una calidad y una marca que no tienen— se venden cada vez más; los cuerpos truchos —que se aderezan con plásticos y siliconas— son los más fotografiados; los relatos truchos inundan el imaginario, y son un gran recurso del poder.

Uno de los problemas de la construcción de relato desde el poder es que el poder confunde mucho —engaña, endulza— y tiende a convencer a quienes lo disfrutan de que pueden decir cualquier verdura. Los gobernantes —algunos gobernantes— tratan de cuidarse

de esa tentación de distintas maneras: la más habitual es someterse a cierta confrontación de ideas. Esa confrontación puede ser interna: la discusión, dentro del ámbito del gobierno —en su partido político, en su gabinete de ministros— de las medidas y políticas que están llevando adelante. O puede ser pública: el debate con la sociedad, a través de entrevistas o conferencias de prensa o de encuentros más o menos abiertos con los ciudadanos. Los gobiernos de los doctores Kirchner evitaron cuidadosamente cualquiera de esas confrontaciones —con la lógica paranoica de quien supone que todos los que no te son absolutamente leales y sumisos son tus enemigos: suele pasarles a los que no están muy seguros de lo que dicen o hacen.

Supongo que ésa es la razón principal por la que cayeron en errores tan brutos como el engaño del Indec; tan bruto que, hace un par de años, escribí una columna —más o menos— humorística en la que planteaba que la truchización del Indec era parte de una conspiración poderosísima para minar las bases del gobierno constitucional. Tan bruto que era difícil pensar que lo hubieran hecho ellos mismos, ellos solos: pocas medidas podrían haberlos dañado más que ésa.

Porque un relato puede o no ser percibido como trucho. Cuando lo es, pierde su condición de relato de una supuesta realidad y se transforma en otra cosa: en el relato de cómo alguien trucha algo. La truchada de las cifras del Indec, el invento de una inflación que nadie cree, que nadie puede usar, que los sindicalistas cercanos al gobierno desmienten cada vez que tienen que sentarse a negociar aumentos de salarios, tiñó todo el discurso de los doctores con un tinte de sospecha: si nos mienten en algo tan visible, tan fácil de comprobar, qué no harán con lo que es menos evidente. Pero, sobre todo, los tiñó con otro tipo de sospecha: ¿será que son tan bobos, o que se creen que nosotros —todos los demás— lo somos?

—Mamá, me prometiste que íbamos al zoológico.

—Y sí, nene, acá estamos.

—Pero mamá, esto es el obelisco.

—No, nene, es el zoológico.

—¿Y dónde hay elefantes y leones?

—Mirá, ahí tenés un león.

—Mamá, eso es un gato.

—Eso es un león.

—Mamá…

—¿Quién es el que sabe, nene, vos o yo?

La adulteración de las cifras es un punto culminante del pensamiento mágico, esa sola herencia realmente setentista de este gobierno. Pero es, sobre todo, una maniobra idiota. Trata de ser una manipulación de los ciudadanos, un intento de llevarnos a pensar lo

que ustedes precisan, y es el peor error que puede cometer alguien con poder: la estupidez de creernos demasiado estúpidos.

(La tentación de truchar cifras, de hacerles decir lo contrario de lo que dicen, se extendió entre las filas kirchneristas. Abundan los ejemplos. En estos días, mientras la desnutrición mata chicos en las zonas más pobres de Salta, las cifras oficiales dicen que la mortalidad infantil bajó mucho en los últimos años. Es el sistema Manzur, del nombre de un doctor Juan Manzur, tucumano que ocupa, desde hace años, el ministerio de Salud de la Nación.

El doctor Manzur llegó avalado por un récord extraordinario como ministro de Salud de su provincia: en cuatro años había bajado su mortalidad infantil a la mitad. O, por lo menos, eso dijeron el gobierno y los medios oficiales cuando lo nombraron, invierno de 2009 —en lugar de la licenciada Ocaña, que se había peleado demasiado con el señor Moyano. El doctor Manzur aparecía como la elección más lógica: un ministro que emplearía a fondo los métodos de gobierno consagrados por los doctores Kirchner. Porque ya un año antes diputados como Eduardo Macaluse y diarios como *Crítica de la Argentina* habían explicado el sistema Manzur para reducción del flagelo: truchar cifras.

Así fue en Tucumán: según sus estadísticas, en 2002 murieron 24,3 menores de cinco años por cada 1.000 nacidos vivos; en 2006 la cifra se redujo a 13,5. El entonces ministro González García dijo que no conocía «experiencia más rotunda, donde se haya bajado a la mitad los índices de mortalidad infantil en cuatro años». Seguiría sin conocerla: no lo habían hecho. Lo que sí hizo el doctor Manzur fue mandar a anotar como «defunciones fetales» a los bebés más comprometidos —menos de un kilo al nacer— que morían en las primeras horas. Según todas las reglas internacionales, esos chicos deben ser considerados «nacidos vivos» y, por lo tanto, si mueren, son parte de la mortalidad infantil. Excepto en Tucumán. El milagro tucumano era un simple truco contable, una inflación convertida en dispersión de precios, un Indec de muertes chiquititas: otro triunfo —patas cortas— del relato sobre la realidad.

El doctor Manzur, un precursor, fue premiado con el ministerio de Salud. Mientras, la mortalidad infantil de la patria sigue siendo el doble que la chilena y el triple que la cubana; el 60% de esas muertes sería evitable con una inversión perfectamente posible, porque sus razones son la falta de control médico durante el embarazo, la cantidad de embarazos en los sectores más pobres y la desnutrición —que es la forma elegante de llamar al hambre— de las madres. Nada que no pueda solucionarse con algo más de infraestructura sanitaria y un poco de comida. Porque la realidad sigue existiendo, y el ministro

silente debe estar buscando algún número para explicar que los chicos salteños no se murieron sino que tururú. Seguramente no se atreva a sugerir que los saquen de las estadísticas sanitarias y los pongan en las criminales: no querrá aceptar que esos chicos fueron asesinados por la desidia mortal del Estado argentino, del modelo argentino, de los grandes discursos argentinos: del relato.)

Pero el Indec sigue siendo el paradigma de lo trucho. Poco a poco, las cifras del gobierno nacional dejaron de ser un parámetro válido, y la operación Indec creó un relato opuesto al buscado: «son unos truchos». Otro clásico caso de esputo ascensional —vulgo, escupir para arriba.

Una consultora CIO hizo, en agosto de 2010, una encuesta sobre la confianza que los argentinos depositan en distintas instituciones: el 78% dijo que no confiaba en la presidenta y sus ministros. Así, para su vida cotidiana, la mayoría de la población dejó de lado la palabra oficial y se volcó a las consultoras privadas: un gobierno siempre inclinado a encomiar el papel del Estado en la economía causó la privatización de los datos económicos generales. El Estado perdió el monopolio de los datos económicos, que solía ser su privilegio, y se entregó a las elucubraciones de empresas pagadas por distintos intereses. Un privilegio que intentó recuperar, hace unos meses, de la peor manera: prohibiendo que se difundieran números distintos de los suyos, castigando a los que lo hicieran.

En enero de 2011, cuando se cumplieron cuatro años de la intervención del Indec, gobiernos provinciales y consultoras privadas arriesgaron cifras que, supuestamente, daban cuenta de la realidad. Mientras la versión oficial decía que en ese período la inflación fue del 39%, las mediciones de San Luis, Salta, Neuquén y otras provincias —que históricamente coincidieron con las del Indec— dieron una media de 120%: tres veces más. Y los alimentos, el rubro más sensible para los pobres, habrían aumentado hasta 140%.

Por lo cual, entre otras cosas, se hace imposible saber a ciencia cierta cómo somos: nadie cree las cifras que deberían mostrárnoslo. Nadie cree, por ejemplo, que los pobres —«la población por debajo de la línea de pobreza»— sean, como ellos dicen, unos 5 millones, porque el cálculo se hace con los números truchados (véase «Modelo», pág. 298).

Y no es sólo un problema teórico. También es un negocio —o una estafa: el Estado argentino había emitido varios bonos cuyos dividendos se ajustaban a la inflación. Al rebajar sustancialmente esa cifra, les pagó a sus bonistas una cantidad proporcionalmente inferior: los curró bien currados. Algunas cuentas dicen que ya les sacó unos 3.500 millones de dólares —aunque no puedo decir que el quebranto

de los especuladores que apostaron a la inflación me aflija demasiado.

Pero la truchada también complica cualquier negociación salarial porque el Estado, al mentir en sus cifras, se autoinvalida como regulador de esas negociaciones y despoja a los trabajadores —que dice defender— de una fuente de legitimidad para exigir aumentos.

Y, sobre todo, la truchada de las cifras tiene efectos materiales aún más graves: su influencia en la asignación de recursos. Si dicen que hay menos pobres, el dinero que el Estado debe destinarles va a ser menos, y la situación de los pobres reales va a ser cada vez más dura: menos atención, menos comida; desechan planes, cierran comedores, desabastecen hospitales. El presupuesto de salud pública para 2010, por ejemplo, bajó el 7,1% a valores constantes comparado con el de 2009: fueron unos 450 millones de pesos, la mitad del costo del Fútbol para Todos. Ahí sí que había una doctrina que puede triunfar en el mundo: el derecho al fútbol priorizado sobre el derecho a la salud. Una ex funcionaria del Indec, Cynthia Pok, lo sintetizó entonces con una frase breve: «La estadística trucha también mata».

17
Modelo

sust. mas. sing., argentinismo, arcaísmo: entelequia muy escasamente definida, profusamente esgrimida en cada discurso oficial, que debería describir la organización socioeconómica que el gobierno peronista actual produjo en la Argentina.

Aquella mañana, 23 de abril de 2004, aniversario de la muerte de Cervantes y de Shakespeare, Día Internacional del Libro, a treinta del Día del Descuelgue de Retratos, el entonces ministro del Interior, doctor Aníbal Fernández, tuvo un ataque de sinceridad. Y ese mediodía la página web de C*larín* lo registró con un título impactante: «A pesar de la suba del PBI, el Gobierno cree que hoy es impracticable una redistribución de la riqueza». Lo había dicho —decía clarin.com— el doctor Fernández esa mañana en una radio: que la redistribución del ingreso era «el objetivo formal» pero que, a pesar de la suba del 8,7% en el PBI, no estaban «dadas las condiciones» y que «mejorar ahora la distribución de la riqueza es imposible e impracticable».

Aquella mañana me impresionó que lo dijera tan clarito —cuando su presidente a veces parecía decir lo contrario— y pensé escribir sobre el tema. Me imaginé que la iba a empezar con alguna referencia a una de las consignas más zalameras y engañosas de Mayo del 68: «Sean realistas, pidan lo imposible». No me preocupé por guardar el artículo de clarin.com: estaba de viaje y me dije que ya lo encontraría —ampliado— en el diario de papel. Al día siguiente lo busqué durante un rato largo. Pensé, como suelo, que el error era mío: que no sabía encontrarlo. Era obvio que uno de los portavoces del gobierno declarando tan tajante que no pensaban resolver el problema principal de la Argentina era una noticia más que fuerte. Pero no estaba en ningún lado. Entonces dudé de haber leído bien el día anterior y volví a buscar la noticia en Internet: en el cyberespacio los cadáveres quedan flotando para siempre, y ni siquiera huelen. Y allí estaba el del doctor Fernández diciendo lo que nadie debía escuchar —y alguien decidió que nadie escucharía. Su gobierno, probablemente, que les pidió a sus amigos de *Clarín* el favor de olvidarlo.

Era, ciertamente, lo que no había que decir. Si hay una frase que ha caracterizado a este gobierno es la proclama de que quieren redistribuir la riqueza. Lo han repetido todos sus jefes una y otra vez; nunca han explicado claramente cómo pensaban hacerlo. Lo más parecido a una explicación que escuché alguna vez fue hace siglos,

cuando le pregunté al doctor Kirchner, en su primera campaña presidencial, cómo lo conseguiría, y él dijo que cambiando el sistema impositivo claramente injusto. Tenía cierta razón: si no piensa producir cambios en la forma de propiedad ni en el modo de producir, la modesta posibilidad que le queda al Estado para intervenir sobre la repartición de la riqueza es su política tributaria. Pero, ocho años después, el sistema fiscal sigue exactamente igual: la incidencia del IVA, el impuesto más injusto, por el que ricos y pobres pagan lo mismo —y, por lo tanto, los pobres pagan mucho más en proporción a sus ingresos— fue, en 2010, del 28% del total recaudado: lo mismo que en 2003. En cambio, en ese período, la participación del impuesto a las ganancias, mucho más progresivo, bajó de 20,4 a 18,7% —en tiempos de empresarios que ganan fortunas y más asalariados que pagan esa tasa. Y Bienes Personales, el único impuesto nacional que grava los patrimonios, bajó a la mitad y está en 1,3% del total recaudado.

Sin embargo, los doctores nunca dejaron de hablar de redistribución. La redistribución de la riqueza sería la base del famoso modelo que la doctora Fernández suele llamar, últimamente, «modelo de crecimiento de matriz diversificada con inclusión social» —y que define como «el más importante de nuestros doscientos años de historia».

Podríamos empezar por decir que el cambio de género de la palabra es elocuente: que al oír modelo uno deba pensar si es el o la es todo un dato sobre lo que ha pasado en estos años. Pero sigue siendo un efecto de relato —y es curioso que digan *modelo*. Modelo es una palabra que describe una construcción teórica, no una realidad: un «esquema teórico, generalmente en forma matemática, de un sistema o de una realidad compleja, como la evolución económica de un país, que se elabora para facilitar su comprensión y el estudio de su comportamiento», dice la Real Academia, y no un programa de gobierno. Pero es la que usan. Voy a privarme, en honor a cierta idea del orgullo, de ponerme psicologista y decir que decir modelo es un lapsus, la forma de decirnos sin decirnos que todo es un puro efecto de relato.

Pero, aun así, creo que el modelo es, en última instancia, la clave de todo. Se puede debatir sobre usos y abusos de la historia, maniobras poco claras, relatos y truchadas, patoteadas molestas y otros patinazos oficiales; son, de últimas, cuestiones de estilo, de gustos, de disgustos: detalles discutibles. Yo —algún dios me perdone— creo que no me importarían demasiado si fueran el precio de un cambio importante en la estructura social y económica argentina. Por eso digo que lo que me importa es tratar de entender «el modelo»: que

la discusión sobre el modelo es la clave de todo. Se trata de saber qué país han construido realmente, más allá de declaraciones, aclaraciones, anuncios, denuncias, aplausos, pitos y otras formas del relato, ocho años de gobierno peronista encabezado por los doctores Kirchner.

Me cuesta. La economía siempre me ha resultado complicada. En realidad, la economía es insoportable: cuanto más pregunto, cuanto más me contestan, más preguntas se me ocurren. Lucho contra la tentación de entender con la sospecha de que cualquier comprensión definitiva es imposible, y más aún cuando ni siquiera se puede creer del todo en muchos números. Pero, aun así, voy a hacer un esfuerzo por reunir cuantos elementos pueda, y tratar de pensar el asunto.

Aquella mañana de abril, cuando el doctor Fernández decía que no se podía redistribuir la riqueza, su jefe, el doctor Kirchner, llevaba un año en el gobierno de un país destruido —que él, que todavía no se llamaba Él, solía llamar el Infierno. Allí estaba una de las claves: la idea de modelo sólo funciona en la medida en que se la piensa por oposición a las políticas —al «modelo»— del peronismo anterior. Y la mayoría de los datos del «modelo» toman, como punto de comparación ineludible, los de los años 2002 y 2003, el momento más negro, los números más rojos de la historia argentina: veinte millones de pobres, más de tres millones de desocupados, el salario real más bajo que hubo nunca. Las crisis sirven para mejorar las comparaciones —el mismo uso hacía el doctor Menem de la hiperinflación de 1989— pero, sobre todo, son grandes disciplinadores, cursos rápidos sobre lo rápido que podríamos irnos a la mierda si sacamos los pies del plato y papá no nos salva. Lo que la dictadura hizo con el principio de la democracia —no hagan lío, muchachos, que los militares siempre pueden volver— lo hicieron las crisis con su continuación —cuidado, no pidan demasiado que esto se puede ir al carajo. Las crisis sirven como memoria que paraliza y sirven, más que nada, para bajar cada vez un gran escalón en la escalera de la desigualdad social y económica. El mecanismo es conocido: en cada crisis, los pobres pierden 30 y, en los años siguientes recuperan, con suerte, 10 o 15 —y la mezcla de alivio y miedo los convence, a veces, de que deben contentarse, agradecer.

Lo cual no quita que en esos días la Argentina era un infierno; tampoco que la crisis —como toda crisis— fue una oportunidad. La reconstrucción, en realidad, había empezado casi dos años antes, cuando el gobierno del doctor Duhalde y el licenciado Lavagna decidieron suspender los pagos y fijar un tipo de cambio «recontraalto» para que las exportaciones trajeran plata al Estado y al mercado interno, exhaustos —al costo de disolver la riqueza de

millones de argentinos.

Pero también impulsaron un cambio de mecanismo decisivo con respecto al que había funcionado durante el peronismo de los noventa: de un sistema basado en la especulación financiera, donde incluso las industrias ganaban más dinero timbeando que produciendo, querían pasar a una economía basada en la producción —primaria, pero producción al fin. Era, antes que elección ideológica, instinto de supervivencia: los mecanismos neoliberales del Consenso de Washington habían fracasado en todo el continente. Por eso —y porque el precio de las materias primas estaba aumentando en todo el mundo, empujado por la demanda china— todos los países de América Latina adoptaron, con variantes, el nuevo mecanismo. Y a todos les fue, durante la primera década del siglo XXI, más que bien. En ese período las exportaciones argentinas aumentaron 166%, pero las del conjunto de América Latina subieron 224% —y Chile superó a la Argentina como segundo exportador de la región. Las famosas reservas crecieron el 398% contra el 437% que aumentaron en la región. La recuperación argentina se asemeja —con sus propias características— a la del resto del continente. Y sus resultados no son mucho peores.

La crisis de 2001 había producido las condiciones para su propia superación. Casi un tercio de los trabajadores estaban desempleados y un tercio de la capacidad productiva del país estaba ociosa —o lo que los economistas llaman «ociosa»: es curioso que los trabajadores estén desempleados, las máquinas ociosas. El salario real de los trabajadores había bajado a menos de la mitad de lo que era dos años antes; como suele pasar, los sueldos bajísimos fueron el principal combustible del «crecimiento»: lo que los economistas llaman «una brutal transferencia de recursos de los asalariados a los empresarios». Con tantos trabajadores y máquinas y rutas y camiones disponibles, con los costos de la energía congelados, con los sueldos tan bajos, con el dólar tan alto, con la inyección siempre creciente de divisas que traía el yuyo, sin costo financiero porque no había crédito, fue fácil reactivar porque producir era baratísimo y, por lo tanto, muy rentable. Sobre todo para la exportación pero, poco a poco, en un círculo virtuoso —más producción, más empleo, más consumo, más producción— se fue reconstituyendo un mercado interno que también empezó a consumir.

El mecanismo estaba funcionando, y el doctor Kirchner tuvo el buen tino de no querer modificarlo —recordó, quizás, a su numen, el general Juan Perón, y aquello de que no hay que cambiar de caballo en la mitad del río—; de hecho, durante los primeros treinta meses de su gobierno, la conducción y la política económicas siguieron siendo la misma, bajo la guía del licenciado Lavagna.

La reactivación de 2002-2007 fue un período de crecimiento espectacular. El piso desde el que salían la economía y la sociedad argentinas era el más bajo de su historia: era imposible estar peor, porque peor era la disolución. Y, por lo tanto, cualquier movimiento era mejora y, con un poco de tino, las mejoras podían ser rápidas y cuantiosas. Partiendo del infierno, con buenas condiciones internacionales, estábamos momentáneamente condenados al éxito. La cuestión era decidir qué se hacía con ese impulso: hacia dónde se dirigía el crecimiento. De eso se trata todo esto, el famoso modelo.

Todos los economistas —de cualquier color o pelaje— están de acuerdo en que, desde 2003 hasta ahora, los ricos argentinos ganaron más plata que nunca. Además de sus balances, declaraciones y riquezas visibles, se calcula que en este período se llevaron más de 60.000 millones de dólares al exterior: 60.000 millones de dólares es mucho dinero.

Y los más pobres dejaron de ser tan pobres como en 2002, el peor año de la historia, pero no recuperaron los niveles económicos y sociales de veinte años atrás. En 2002 la mitad de la población era técnicamente pobre; hacia 2006 esa cantidad bajó hasta casi un cuarto, y entonces empezó a subir de nuevo. Hacia 2006 el consumo había crecido con el aumento del salario real de los trabajadores en blanco —que ya ganaban tres cuartos de sus sueldos reales del año 2000— y la inyección de plata que venía del gasto público: la demanda empezó a sobrepasar a la oferta. Y, poco a poco, reapareció esa vieja conocida que casi todos llaman inflación y, algunos, ahora, «reacomodamiento de precios».

La vuelta de la inflación a partir de 2007 fue el efecto —como suele ser— de una suma de factores. La capacidad ociosa de maquinarias, transportes y energía estaba en uso casi pleno, los insumos habían subido, los sueldos habían subido, el peso se mantenía, y los márgenes de ganancia de las empresas se achicaron. La demanda, queda dicho, había crecido. Frente a eso, la respuesta de los empresarios argentinos fue la que suele ser.

La mayoría de nuestros empresarios nacionales —los más poderosos, los más vivos— ha aprendido en las últimas décadas a ganar mucha plata sin invertir demasiada: es un desiderátum, la piedra filosofal que muchos de sus colegas capitalistas del mundo les envidian —y que habría que aplaudir si no fuera porque sus ganancias, por supuesto, salen de algún lado. Es una historia casi larga: en los setenta los ricos argentinos ganaron mucha plata con la bicicleta financiera, en los ochenta con los subsidios y sobreprecios del Estado, en los noventa con la re-bicicleta y las privatizaciones, en los ceros con más subsidios y contratos estatales y la renta del suelo y el

subsuelo. Ninguno de estos negocios requirió grandes inversiones ni riesgos ni innovaciones; todos ellos necesitaron, sí, que el Estado los impulsara y que la sociedad perdiera la plata que ellos ganaban.

Entonces, cuando el aumento del consumo debido al ciclo de crecimiento 2002-2007 hizo que muchas empresas no pudieran abastecer sus mercados, los empresarios a cargo tenían, grosso modo, dos opciones. Una era invertir para producir más; la otra no invertir, producir lo mismo y aumentar los precios y, al mismo tiempo, importar para cubrir parte de la demanda. Siendo empresarios nacionales, su camino fue el que siempre toman: no invertir, aumentar. Siendo, además, dueños de empresas cada vez más monopólicas —porque en estos últimos años los más ricos no paran de concentrar su poder en el mercado—, aumentar les resultó todavía más fácil y la inflación se disparó.

La inflación tendría muchas consecuencias. En el gobierno, para empezar, la idea de contenerla en el relato produjo la magia de los índices (véase «Trucho», pág. 288). Y la necesidad de mejorar las cuentas fiscales que empezaban a deteriorarse originó la idea de aumentar las retenciones agrarias (véase «Campo», pág. 196) y, después, la de recuperar las AFJP (véase «Progresismo», pág. 241). Desde 2007, cálculos prudentes dicen que la inflación estuvo en los alrededores del 120% —y los alimentos aumentaron más. La inflación es una de las formas más brutales de redistribución de la riqueza: saca a los pobres para dar a los ricos.

Con sus efectos políticos: el impacto de esos aumentos sobre los más pobres tuvo mucho que ver con la derrota del peronismo del doctor Kirchner en el Gran Buenos Aires en las elecciones legislativas de 2009. Y fue esa derrota la que convenció, a su vez, al gobierno de poner en marcha una medida que siempre había rechazado: la Asignación Universal por Hijo.

El primer gran movimiento por la Asignación Universal fue impulsado por el Frente Nacional contra la Pobreza, conducido por la CTA, a fines de 2001. Pero durante la mayor parte de su mandato, el gobierno peronista de los doctores Kirchner dijo a quien quisiera escucharlo —y a todos los demás— que no hay mejor forma de inclusión social que el empleo y que la idea de una asignación universal era «simpática pero reduccionista». Lo decía, por ejemplo, todavía en 2008, la licenciada Alicia Kirchner, ministra del asunto. Que explicó que «si te quedás en la asistencia, la gente también se queda en la asistencia. Tenés que ayudar a promover la dignidad que quiere la gente. Yo voy a cualquier lugar y nadie me pide un plan. Eso lo escucho nada más en los pseudoexpertos. La gente me dice que quiere armar una cooperativa o una textil. Si la asistencia es un taller

familiar, le estás dando una oportunidad. Pero si es la asistencia simple de un ingreso y encima limitado, no le estás dejando nada. ¿O alguien puede pensar que el problema de la pobreza se soluciona con cien pesos?»

Era una postura fuerte, que hizo que el gobierno rechazara todos los proyectos presentados —por Claudio Lozano, Victoria Donda, Cecilia Merchán, entre otros— en el Congreso hasta su derrota de 2009, cuando entendió que si no hacía algo rápido, sus bases electorales del conurbano bonaerense se le escaparían sin remedio. Entonces se lanzó a proponer la Asignación Universal por Hijo que, de pronto, se convirtió en «la medida social más importante propuesta en la Argentina en medio siglo».

La Asignación Universal por Hijo se hizo oficial por un decreto que firmó, el 29 de octubre de 2009, la doctora Fernández. Era una gran red de contención social que otorgaba 180 pesos a unos 3.500.000 chicos —de los cuales la mitad ya tenía coberturas de otros planes, que fueron reemplazados por la Asignación. Antes de que se lanzara había casi cinco millones de chicos sin ninguna cobertura; de ese total, unos 1.700.000 recibieron la Asignación Universal, y más de tres millones quedaron igual que antes. La Asignación Universal es muy masiva pero nada universal.

En aquel momento la Asignación suponía una inversión de 8.000 millones de pesos; de ese dinero, un tercio provenía de los planes que había reemplazado. Los 2.700 millones de esos planes anteriores salían del presupuesto nacional. Los 8.000 millones de la Asignación, en cambio, salen de los fondos de la Anses —que sigue pagando a los jubilados menos que lo que debería. O sea que ese dinero no viene de nuevos impuestos u otros orígenes redistributivos: es la plata de los jubilados. Estos 8.000 millones se pueden comparar, por ejemplo, con ese 40% de los subsidios —unos 16.000 millones de pesos en 2010— que, según el ex ministro Martín Lousteau, sólo benefician a la clase media y alta y a las grandes empresas (véase más abajo).

La Asignación Universal por Hijo fue un acto de —muy módica— justicia: los hijos de los que pagan muchos impuestos reciben del Estado una exención impositiva; los hijos de trabajadores reciben del Estado asignaciones familiares y escolares; los únicos hijos que no recibían subsidios eran los hijos de los más pobres. Y, aún ahora, el Estado, que entrega el dinero a los ricos y clasemedios sin preguntarles nada, exige a los pobres que demuestren que sus hijos cumplen con ciertas condiciones.

La Asignación Universal participa de un carácter muy contemporáneo: la dificultad de decidir si lo que hace es bueno o malo. Es siniestro que tres millones y medio de chicos tengan que vivir de la beneficencia del Estado, pero sería terrible que esos tres millones

y medio no contaran siquiera con la beneficencia del Estado, o sea: que el Estado les tire un hueso a los más pobres es aceptar que no produce la distribución más equitativa que impediría que existieran, pero si no lo tirara sería aun peor en lo inmediato y si lo tira es porque no produce la distribución y así sucesivamente. Y, encima, está claro que esa masa de subsidios consigue —además de unas pocas calorías para muchos— aumentar las filas del clientelismo político, y cambiar sus condiciones: los planes clásicos eran repartidos por punteros —viejos peronistas, nuevos piqueteros— que los daban a cambio de favores diversos; la Asignación Universal, en cambio, elimina esos intermediarios: la dependencia se hace directa del Estado que la otorga. Mientras, para mantener la discrecionalidad y los poderes barriales, queda el dinero de las cooperativas de trabajo —que el gobierno distribuye a sus punteros amigos y que, por eso, ha sido motivo de piquetes, acampes, peleas varias.

A mediados de 2010 la doctora Fernández anunció que la Asignación pasaría de 180 a 220 pesos, un aumento del 22%; en el año y medio transcurrido, la inflación había estado alrededor del 40% —y más todavía si se centra el cálculo en el aumento de los alimentos que más consumen sus beneficiarios. Esos alimentos subieron en ese lapso un 54%; por eso, la pérdida de poder adquisitivo —de poder de contención— de la Asignación llegó, desde que fue instaurada hasta ahora, incluyendo su aumento, a más del 20%. Un informe del Observatorio de la Deuda Social dice que en 2007 el 8,7% de los hogares con chicos tenía un riesgo «severo» de alimentación y un 11,6%, un riesgo «moderado». Y que en 2010, ya con la Asignación y la inflación funcionando, esas cifras, en lugar de disminuir, aumentaron: que el 9,1% de los hogares con chicos tiene un riesgo alimentario severo, y el 13,9%, moderado.

Lo cual no quita que la Asignación es una ayuda social significativa, que amplió los términos de la asistencia —aunque no cambie absolutamente nada en la composición social y económica del país. Los 200, 400, 800 pesos que pueden recibir las familias beneficiadas les permiten comer unos días más, dentro de la misma lógica de la desigualdad extrema.

La lógica de la desigualdad es el núcleo del sistema capitalista de mercado —y no parece haberse aminorado en estos años, sino más bien lo contrario: es uno de los puntos más salientes del modelo. En la Argentina actual funcionan 400.000 empresas —de todos los tamaños. Pero las 500 empresas más grandes, un 0,12% del total, controlan un cuarto de la economía. Esas 500 empresas controlan además el 90% de las exportaciones, el 80% de la inversión, el 75% de los gastos en investigación y desarrollo. Es una concentración extraordinaria de la

riqueza, que sigue avanzando; citábamos, páginas atrás, un trabajo de Claudio Lozano que muestra cómo la facturación de las 200 mayores empresas del país pasó de acumular el 31,6% del producto bruto en 1997 al 51,3% en 2005, y el 56,1% en 2007 (véase «Crispación», pág. 226).

Y la extranjerización: de esas 500 empresas más poderosas, 338 son extranjeras y sólo 162 son argentinas. El proceso empezó con el peronismo de los noventa: en 1993 había más empresas poderosas nacionales —281— que extranjeras, pero en 1995 ya se había invertido la tendencia —248 a 252— y en 2000 las argentinas eran 182.

Las empresas locales hacen número pero incluso las más grandes suelen ser más chicas: entre las diez mayores sólo cuatro son argentinas, si es que son argentinas Tenaris, Ternium, Bunge y Aceitera General Deheza. Y si se cuentan las 25 más ricas, sólo 8 son «argentinas». Lo mismo pasa si se mira por actividad: las mayores automotrices (Ford, Volkswagen, Toyota, Fiat) son extranjeras; igual que las mayores petroleras (Repsol-YPF, Petrobras, Pan American Energy, Shell y Esso), las mayores telecomunicaciones (Telecom, Telefónica, Claro), las mayores vendedores por menor (Carrefour y Jumbo), y siguen firmas. Y, además, el cuadro es muy estático: entre esas 500 principales no hay diez empresas nuevas; hubo, a lo sumo, cambios de propiedad porque los brasileños aprovecharon su desarrollo y sus ventajas cambiarias para comprar petroleras, cementeras, siderúrgicas. Pero nada nuevo.

Se habla mucho, últimamente, de p*rimarización* para discutir si la economía argentina actual —el modelo— está más orientada a la producción de materias primas o de valor agregado, o sea: si tiene más peso el trabajo que transforma insumos en mercancías más valiosas o la extracción y exportación de insumos para que otros lo hagan. La discusión no —sólo— tiene que ver con orgullos nacionalistas e intereses sectoriales: es, también, una forma de definir en qué medida la economía argentina —la vida de millones de argentinos— depende de los caprichos de un par de mercados perfectamente ajenos, tan incontrolables (véase «Campo», pág. 196).

En 2010, la Argentina exportó por un total de 68.500 millones de dólares; el 28% de ese dinero, 19.500 millones, vinieron de la soja y sus derivados. De los que, en otro ejemplo de concentración, las siete mayores cerealeras manejan alrededor del 60% —y, además, pagan muy pocos impuestos porque operan desde sus puertos privados, donde nadie los controla.

Si se agregan a la soja, trigo, maíz y oro, las cuatro materias primas más importantes llegan al 37% del total de las exportaciones:

un punto más que en 2003. Entre los diez productos que más se exportan sólo uno es industrial: los vehículos, que tienen una balanza comercial negativa porque cuestan más las piezas —el 70% de cada unidad— que se compran para ensamblarlos en el país que lo que entra por las exportaciones. El resto son productos primarios o muy escasamente procesados: granos, aceites, minerales, gas, biodiesel.

Las grandes empresas extranjeras también son cabeza de las exportaciones. Durante la convertibilidad su negocio consistía en aprovechar el mercado interno, que les pagaba en dólares: fue el gran momento de las empresas de servicios privatizadas y los bancos. Ahora, con el peso bajito, les conviene más exportar —y es lo que hacen. Por eso en las dos commodities no renovables más importantes, el petróleo y la minería, las multinacionales tienen un predominio completo: 100% de la minería y 90% del petróleo. Con sus matices y bemoles.

La Argentina es uno de los pocos países productores de petróleo que no tiene una compañía estatal hegemónica: sí las hay en México, Venezuela, Brasil —para citar tres países con gobiernos variados. Y en Chile, blasón del neoliberalismo, no hay petróleo, pero el cobre nunca dejó de pertenecer al Estado. Aquí, en cambio, el peronismo de los noventa vendió por dos guitas YPF —con gran beneficio para varios de sus jefes, entre ellos los doctores Carlos Menem y Néstor Kirchner —, y el peronismo de los dosmil no hizo nada para recuperarlo. Al contrario, extendió licencias de explotación y consolidó el sistema. Así que la actividad está en manos de empresas multinacionales que no sólo reparten miles de millones de dólares de utilidades entre accionistas extranjeros sino que, además, dedicaron todos estos años a llevarse todo lo que pueden sin invertir en prospección y búsqueda de nuevos yacimientos. Es su ventaja comparativa: lo más caro de la extracción petrolera no es sacarlo sino buscarlo; las multinacionales no precisan hacerlo, a menos que el Estado los obligue. El Estado argentino y peronista no lo hace, así que los muchachos petroleros sacarán mientras haya y, cuando se acabe, se irán con sus barriles a otra parte.

Por eso entre 2003 y 2010 la producción de petróleo bajó un 18% y la de gas un 8%. Por eso en 2001 la Argentina exportaba el 1,02% del petróleo mundial y, en 2009, el 0,38%. Por eso en 2003 la Argentina importaba 550 millones de dólares de petróleo y derivados, e importó 4.450 millones el año pasado: casi nueve veces más. Por eso —por ese modelo— un país que siempre pudo autoabastecerse de petróleo y gas se está quedando sin recursos.

En minería el panorama es parecido. La Barrick Gold, por

ejemplo, quizá la más conocida de las grandes auríferas, saca unas 11.000 onzas por día: alrededor de 15 millones de dólares en oro, que embarcan sin refinar en sus propios aviones, que salen de su propio aeropuerto sin el menor control —y, además, tienen derecho a vender su producto en el extranjero sin ingresar las divisas en la Argentina: las remiten directamente a sus casas matrices. Y no dejan ni un centavo porque una ley del peronismo, 1993, refrendada por otra ley del peronismo, 2006, las exime de pagar cualquier impuesto: ni siquiera el impuesto al gasoil o el impuesto al cheque. Esas leyes sacaron los recursos mineros del ámbito de la Nación y los entregaron a las provincias —con lo cual crearon diferencias importantes entre las provincias mineras y las que no lo son, rompiendo la idea de solidaridad nacional. Pero, además, la provincialización bajó los costos del negocio: siempre es más barato comprarse un gobernador y sus muchachos que todo un ministerio nacional.

Las mineras, según esas leyes, deberían dejar un 3% —un tres%— de regalías en la provincia, pero el porcentaje se calcula sobre el mineral sin procesar y según la declaración de «buena fe»; por si acaso, las mineras tienen derecho a descontar tantos gastos que no dejan nada. Sí dejan, en cambio, las aguas contaminadas con el cianuro, el arsénico, el ácido sulfúrico que usan para limpiar su mercancía. Y, por fin, en algunos casos —en la Patagonia, por ejemplo —, gracias a los incentivos por embarque en ciertos puertos o por exportación, cobran algún dinero del Estado por llevarse el mineral. No mucho; en general, no más del 2 o 3% de lo que declaran.

En sus tiempos de gobernador, el doctor Kirchner apoyó entusiasta estos mecanismos. Y cuando asumió la presidencia lanzó un Plan Minero Nacional que retomaba todo lo hecho por su antiguo presidente el doctor Menem —y lo consolidó con la Ley Corta de 2006. En 2008, la doctora Fernández terminó por vetar la Ley de Protección de Glaciares, que podía poner condiciones incómodas a las grandes mineras. Tiempo después la doctora almorzó, en Toronto, con el presidente de la Barrick Gold y varios de sus colegas: «Lo único que hicieron fue felicitarme», dijo la doctora cuando salió de la reunión. Pero, en octubre de 2010 el gobierno peronista tuvo que aceptar que la Ley de Protección de los Glaciares volviera a aprobarse.

Las actividades extractivas —agrarias, mineras, petroleras— como base de la economía explican varias cosas; entre ellas, el peso que han tomado el transporte y los transportistas en la vida nacional. Con otro tipo de esquema económico —de modelo— donde los sectores industriales se hubieran desarrollado realmente, habría sido impensable que el sindicato más poderoso del país fueran los camioneros —con su jefe Moyano a la cabeza—, porque los viejos

gremios predominantes —metalúrgicos, mecánicos— ya no tienen el peso económico suficiente para dominar la CGT. Con otro modelo también sería difícil que el secretario general de la CGT fuera un empresario cuya mujer e hijos —el gremialismo de la sangre— declaran ganancias por millones de dólares cada año con empresas que trabajan para su gremio —sin siquiera pensar en esconderlo: se ve que no creen que deban disimular nada.

Que ahora los privilegiados sean Moyano y sus camioneros es, en última instancia, un dato secundario: lo que los encumbró sigue siendo el clásico mecanismo peronista que consiste en dar privilegios a un sector de los trabajadores y, sobre todo, a sus jefes, como forma de consolidar un grupo que los ayude a manejar el movimiento sindical y que contenga, sobre todo, cualquier desborde por izquierda. Es, en menor escala, lo que el doctor Kirchner hizo con el país en 2003 —y el coronel Perón en 1945—: la ocupación de los espacios, el encauzamiento de los movimientos potencialmente hinchapelotas. El peronismo es como el grupo Clarín, que cuando ve que está por salir un medio nuevo se apura a publicar uno igual, generalmente antes, generalmente más potente, no porque le interese la propuesta sino porque le interesa ocupar todos los espacios, no dejar lugar para las amenazas potenciales. Son políticas de poder, sistemas roedores, formas de la argentinidad o del modelo.

El peso de la primarización también se ve en la cantidad de obreros ocupados. Ahora son un 30% más que en 2002, pero todavía no han llegado siquiera a los niveles de 1995. En síntesis: hubo un avance significativo con respecto a los años de la crisis porque se recuperó la capacidad ociosa de la industria que todavía seguía en pie. Pero en este tema el cuadro general se parece mucho al de los años noventa, tan justamente usados como espantapájaros. Y el modelo sigue mostrando un país que se dedica sobre todo a la extracción y exportación de materias primas, mayormente agrarias, que quería el doctor Henry Kissinger.

Son muchas cifras para sostener algo muy simple: que la estructura de producción no ha cambiado prácticamente nada. Que, como dice el doctor Bernardo Kosacoff, ex director de la Cepal en Argentina, «no hubo un cambio de modelo sino de régimen económico. Lo demuestra, entre otras cosas, el tipo de inversión: se invirtió en recursos naturales, minería, agro, construcción, servicios, turismo, pero no hubo inversión en bienes de capital. Éste es el mismo país que nos dejó la convertibilidad; estás produciendo lo mismo y no pasó nada». Aunque hubo reacomodamientos: el lugar de privilegio que ocupaban en los noventa los servicios privatizados y los bancos, ahora pasó a las exportadoras de commodities —hidrocarburos,

minerales, granos— y a las industrias de productos para ricos —automóviles, más que nada, y sus insumos.

Son matices para un hecho básico: que la concentración y extranjerización de la economía no sólo no se detuvo sino que aumentó durante los ocho años del gobierno peronista de los doctores Kirchner —durante la vigencia del modelo.

El tema de los subsidios es otra de las patas del modelo, y una de las más complicadas para un lego como yo. Los *subsidios* son un clásico: un recurso que puede usar un Estado para dinamizar ciertos sectores de la economía o para frenar los precios de ciertos consumos populares o para transferir dinero a sus entenados —o para todo eso al mismo tiempo. En 2004, el gobierno de los doctores Kirchner empezó con subsidios por unos 2.000 millones de pesos; en 2005 fueron 3.500; en 2006, 6.500; en 2007, 14.600; y en 2008 llegaron a los 31.200. Ya suponían un 12% del gasto público.

Pero, más allá de esta inflación —o reacomodamiento— incontenible de subsidios, lo que importa no es tanto las cantidades sino los destinos. En 2009, por ejemplo, las 500 empresas más ricas recibieron, entre subsidios y desgravaciones, 15.000 millones de pesos del gobierno, un 20% del total de sus utilidades —y el doble del costo total de la Asignación Universal.

En 2010, el gobierno gastó 48.000 millones de pesos en subsidios: los hubo para favorecer el funcionamiento de empresas públicas y para bajar los precios de ciertos alimentos, pero cuatro de cada cinco pesos fueron a las empresas de energía y de transporte. Sólo en energía —para importar gas y electricidad y, sobre todo, para subvencionar las bajas tarifas para empresas y vecinos acomodados, en su mayoría porteños— se gastaron 21.000 millones de pesos: casi cuatro veces lo que gastaron en salud.

Los subsidios sirven, por supuesto, para contener los aumentos en los sectores que los reciben. Distintos economistas calcularon que si el gobierno decidiera eliminar, de un día para otro, los subsidios al consumo de gas domiciliario, la electricidad, los colectivos, trenes y subtes, la inflación —o reacomodamiento— podría dispararse al doble de la actual. Lo cual podría justificarlos, si no fuera porque, por un lado, buena parte de esos subsidios al consumo benefician a la clase media alta y alta que no los necesita y, por otro —por el mismo—, son un negocio extraordinario para las empresas que los reciben.

Y para otras: las empresas de transporte y de energía usan una parte importante de esos subsidios para comprar combustible a precios excesivos. O sea que, en última instancia, el Estado está subvencionando la actividad de empresas tan rentables como las petroleras —que cobran por su producto, en el mercado local, más de

cuatro veces su costo de producción.

Yo suelo viajar en tren: siempre me sorprende comprobar que la empresa no hace el menor esfuerzo por siquiera simular que le interesa que compre mi boleto. No hay controles, no hay guardas, no hay molinetes: no les importa nada. Es lógico: el Estado paga más del 80% de los gastos de equipamiento, reparaciones, personal y combustible de las empresas ferroviarias. Son 15 millones de pesos —3,7 millones de dólares— por día; recuerdo cuando el señor Bernardo Neustadt y sus alegres comparsas peronistas neoliberales hacían campaña, a principios de los noventa, para que cerraran los ferrocarriles porque sus 40.000 kilómetros de vías y sus 190.000 empleados le costaban al Estado, entonces, un millón de dólares diarios. Ahora, por casi cuatro veces más plata, no llega a haber 7.000 kilómetros de vías arruinadas, donde los trenes apenas pueden llegar a los 40 kilómetros por hora, que dan trabajo a menos de 20.000 personas, en condiciones ilegales. Muchos de ellos son «tercerizados», el eufemismo nuevo —que el asesinato de Mariano Ferreyra expuso a la luz pública— para llamar a los empleados que, por no estar «en planta», no tienen seguridad social, aguinaldos, vacaciones ni, en general, derechos. Los sueldos de la mayoría de los tercerizados ferroviarios son pagados por el Estado; como lo hacen a través de empresarios y sindicalistas empresarios tipo José Pedraza, a los trabajadores sólo les llega una parte del dinero. El gobierno lo sabe.

Los trenes sólo funcionan —pésimo— en el Gran Buenos Aires. Hay quienes dicen que a los concesionarios de los trenes les conviene que funcionen tan mal porque muchos de ellos son dueños, también, de los colectivos que se benefician de que el tren se haya vuelto imposible. A los concesionarios y a los sindicalistas les conviene, también, el mecanismo de subsidios.

Y el Estado paga y paga, pero no exige nada —total, los que viajan en tren son, en general, ciudadanos de segunda. Que no se rebelen más a menudo —que soporten estoicos demoras, cancelaciones, la incomodidad más extrema— es otra de las ventajas del modelo.

Los subsidios, además, sirven para incentivar el proceso de concentración de la economía argentina en manos de unas pocas empresas. El año pasado Cargill, una de las mayores cerealeras del mundo, que declaró una ganancia en la Argentina de 350 millones de pesos, recibió subsidios oficiales por 117 millones. Maximiliano Montenegro ha estudiado otros números de la agroindustria: muestra cómo, entre 2007 y 2010, a través de la ONCAA, cinco grandes molinos de grano (Cargill, Molinos Cañuelas, Lagomarsino, Molinos Félix y Los Grobo) se quedaron con el 48% de los 2.250 millones de

pesos que deberían abaratar el precio de la harina; cómo tres grandes productoras avícolas (Cresta Roja, Tres Arroyos, Soychú) recibieron el 47% de 1.650 millones que deberían congelar el precio de los pollos; cómo cuatro lecheras (Mastellone, Sancor, Danone, Nestlé) se llevaron el 72% de los 616 millones que deberían mantener a mano la leche; cómo cuatro aceiteras (Molinos Río de la Plata, Molinos Cañuelas, Molinos General Deheza, Nidera) acapararon el 75% de los 282 millones dirigidos al sector. Todos pequeños y medianos emprendedores nacionales, muestra del interés peronista por la empresa patria y los esfuerzos por redistribuir —siempre hood robin— la riqueza.

Otro aspecto decisivo del modelo es el famoso d*esendeudamiento.* La palabra desendeudamiento no sólo es muy difícil de tipear: también es imposible de encontrar en ningún diccionario. Desendeudamiento —la palabra desendeudamiento— es otro efecto de relato: no se habla de pagar deuda, se habla de desendeudar. Uno casi esperaría ver aparecer al rapsoda Viglietti, cuando desalambraba. Pero lo cierto es que el gobierno de los doctores Kirchner pagó, en sus ocho años, casi 25.000 millones de dólares a los organismos internacionales, y otro tanto a los acreedores privados: más que ningún otro gobierno en toda nuestra historia.

Estuvieron, por un lado, los diversos pagos a los acreedores privados: la renegociación de los títulos de deuda. Que tuvo historias de lo más gráficas. El 2 de noviembre de 2004 el gobierno —argentino— presentó en Nueva York su nuevo plan para pagar la deuda privada: una quita del 50%. La quita original, presentada en Dubai unos meses antes, era del 75%. La diferencia entre la primera y la segunda era más de 20.000 millones de dólares: unos 60.000 millones de pesos, un poquito más que todo el presupuesto nacional de ese año —todo lo que se gastó el país este año en administración, seguridad, defensa, educación, ayuda social, salud, sueldos de senadores y diputados y espías y coimas y servicios y todo lo demás.

La historia es casi larga, pero simple. Cuando se presentó la quita original, el presidente Bush felicitó al doctor Kirchner —que lo estaba visitando en Washington— y le dijo que «debía seguir negociando así con los acreedores privados: siga adelante y no afloje». El día siguiente el doctor se encontró a almorzar con el Nobel de Economía Joseph Stiglitz, y a la salida lo dejó más que claro:

—Cuando proponemos pagar 25 centavos por dólar de deuda no estamos regateando. Es porque no podemos pagar más. Lo que hicimos fue blanquear el valor real de los títulos en el mercado. Ofrecemos esto y no es más que esto y en la medida en que avance el tiempo todavía puede ser menos, así que mejor que se apuren. Ya me

van a conocer.

Dijo el doctor Kirchner: que ya lo íbamos a conocer. Después todos sus ministros proclamaron a diestra y siniestra que no se moverían de ese 75% —«ni un centímetro», solía decir Lavagna. Y, ya en enero de 2004, el doctor produjo una situación de hondo contenido humano y emotivo y peronista:

—Cuando hablan y se enojan algunos economistas nativos, con ideas no tan nativas, y dicen que la Nación debería pagar más y no hacer la quita del 75% de la deuda privada, yo los llamaría que vengan al lado mío y que miren los rostros de estos formoseños que piden justicia social.

Dijo en Formosa, transpirado y disfónico y muy emocionado:

—Lo que quieren esos economistas es pagar más afuera para hambrear más adentro. Yo quiero trabajo adentro y pagar lo que corresponda afuera en su momento y oportunidad. Acá está la deuda interna de la Patria, los que fueron olvidados por una injusta distribución de la riqueza.

Dijo, y al día siguiente, en el Gran Buenos Aires, confirmó:

—Los mismos que endeudaron la Nación son los que dicen que hay que pagar más. Pagar más significa pagar con el sudor y la espalda del pueblo argentino.

Pero nueve meses después anunciaron la verdad: pagarían casi el doble de lo que decían nueve meses antes: el doble, dos veces más, un presupuesto nacional más. Él mismo lo había dicho:

—Ya me van a conocer. Lo que quieren ellos es pagar más afuera para hambrear más adentro. Pagar más significa pagar con el sudor y la espalda del pueblo argentino. Que miren los rostros de estos formoseños que piden justicia social. Ya me van a conocer.

Sesenta mil millones de pesos fueron una buena presentación. Cara, pero la mejor.

Y también estuvieron los pagos a los organismos internacionales. En un primer momento, los pagos al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial y al Banco Interamericano de Desarrollo se presentaron como una maniobra genial que nos permitía liberarnos de su tutela. Lo cual sucedió, pero a un precio que dejó bastante satisfechos a los acreedores. Era una opción posible. Otra, que siempre fue defendida por la izquierda, era la revisión de la deuda para establecer qué parte era legítima y cuál no; el gobierno de los doctores nunca quiso revisar nada, pese a los dictámenes de la Comisión Investigadora de Fuga de Capitales de la Cámara de Diputados en 2002. Pagó, desendeudó.

En síntesis, después de entregar unos 40.000 millones de deuda pública, la deuda externa argentina pasó de 145.500 millones de

dólares en 2003 a más de 164.300 millones en 2010: 20.000 millones más que cuando empezaron a «desendeudar». Es cierto que ahora representa menos de la mitad —un 47%— del producto bruto interno, y que en 2003 era casi una vez y media ese producto. Pero eso sigue siendo un efecto de relato, de la magia de las comparaciones bien montadas: el producto bruto de 2003 era, en dólares, muy pequeño a causa de la devaluación de 2002, cuando se terminó la convertibilidad. Si se compara ese porcentaje, en cambio, con el de 2001, resulta que son prácticamente iguales. Y que las cifras absolutas en dólares, queda dicho, son más de 30% mayores ahora, tras todos esos pagos —o desendeudamientos. Y que la deuda externa sigue siendo un peso importante en nuestra economía.

El *superávit* es otra de las patas del modelo. O, mejor dicho, dos superávits: el de la balanza comercial, el de las cuentas fiscales. A mí me gusta particularmente el fiscal. Y me encanta la palabra superávit: parece impenetrable. El idioma está lleno de palabras que uno no conoce, pero suelen dar pistas. Si alguien no sabe lo que quiere decir, digamos, i*mpenetrable,* la reconstruye fácil sabiendo que i*m* debe ser la negación de algo y p*enetrable* la calidad de lo que puede ser penetrado, por ejemplo. En cambio s*uperávit* no hay por dónde agarrarla: está s*úper,* por supuesto, pero a*vit* se resiste a mano armada. Me humillaba, así que la busqué en el diccionario y descubrí que mi pasado de latinista ya estaba tan pasado: s*uperavit* es el pretérito de s*uperare:* exceder, sobrar. Y, enseguida, la definición correspondiente: «En la Administración Pública, exceso de los ingresos sobre los gastos».

Superávit, en síntesis, viene a decir que al Estado Nacional le sobra tanta plata que no sabe qué hacer con ella —básicamente, pagar o no pagar más deuda. El debate —¿el debate?— se instaló sobre una falacia: a este Estado Nacional no le sobra nada; más bien le falta casi todo. El Estado Nacional decidió gastar una miseria en la salud, el bienestar, el retiro de sus ciudadanos y entonces, claro, algo le queda. ¿Cómo pudieron hablar de «exceso de los ingresos» cuando los gastos no cumplían con los mínimos indispensables? ¿Cómo pudieron corrernos con la palabra superávit? ¿Cómo pudimos comprar ese paquete tan vulgar?

Eso por no hablar de la palabra *presupuesto*: un supuesto previo, un pre-supuesto, una estimación de lo que se va a hacer o, en este caso, gastar. El gobierno peronista actual usa el presupuesto como un supuesto posterior o, dicho de otro modo, una nueva instancia de relato: el truco ya muy repetido de anunciar que se va a recaudar menos que lo que se va a recaudar y que por lo tanto hay menos para gastar, así después, durante el ejercicio de ese presupuesto, el

gobierno tiene la posibilidad de atribuir las partidas como se le canta.

El truco funciona: gracias a él este año 2011, por ejemplo, el gobierno nacional va a tener entre 30 y 40.000 millones de pesos para gastar a su antojo, sin rendir cuentas a nadie. Que significa, mayormente, usarlos para sostener su campaña electoral haciendo clientelismo a gran escala. El clientelismo es una solución que funciona para ganarse lealtades personales. Pero el gobierno peronista también lo practica a nivel institucional: las partidas que entregan a los distintos gobiernos provinciales y municipales que los siguen —y que no entregan a los distintos gobiernos provinciales y municipales que no los siguen— son un arma decisiva (véase «Kirchnerismo», pág. 55).

«Es la economía, estúpido», la frase que tanto difundió William Clinton, es sólo la versión americana sit-com fast-food de la idea base del marxismo de que la economía define como ninguna otra variable las relaciones sociales. Por eso, más allá de tanta cifra en miles de millones, lo decisivo —para mí, por lo menos— del modelo es la evaluación de cómo vivimos, con él, los argentinos.

Hay argentinos, por supuesto, que viven como reyes. Son esos ricos que, decíamos, distrajeron hacia el exterior 60.000 millones de dólares en los últimos años, y sus satélites, colaboradores más directos, entenados varios. En la Argentina actual cuatro de cada diez personas —unos 16 millones de personas, mucha gente— están integradas en el circuito de más consumo. Son los que sostienen las afirmaciones alborozadas del gobierno peronista cuando subraya que el año pasado los bancos ganaron 12.000 millones de pesos tomando barato y prestando caro y que se vendieron 650.000 coches y otros tantos aires acondicionados y que los centros de las ciudades grandes se erizan de edificios nuevos y que las playas atlánticas rebosaron de cuerpos bronceaditos. Yo soy uno de ellos; usted, mi estimado lector, también, probablemente. No estamos tan mal, somos gorditos. Vamos zafando, a veces incluso la pasamos bien. Hay más plata en la calle porque seguimos exportando mucha soja, los que tienen alguna calificación tienen empleo, y el ahorro con inflación no sirve y comprarse una casa es imposible para los que no tienen una casa, así que consumimos. Funciona: para los que funciona, funciona —mientras la inflación o reacomodamiento no joda demasiado. Si esto es lo que querían, lo consiguieron —pero entonces para qué hablar de redistribución. El fin de semana del 24 de marzo de 2011, alargado por la doctora presidenta, fue casi una metáfora: decenas de miles en la Plaza de Mayo recordando el golpe y centenares de miles llenando Pinamar y Mar del Plata. Un poco de Memoria y un mucho de consumo, receta inmejorable para un gobierno de centro

emprogresado, que complace a los suyos: los soldados de a pie, la infantería del MPM —que, por esta vez, no sería Movimiento Peronista Montonero sino Modelo Puerto Madero, ese barrio de departamentos vacíos carísimos en calles con nombres de Madres de Plaza de Mayo: una síntesis posible si las síntesis fueran bien conchudas.

Los ricos argentinos son tan punk: viva el aquí y ahora, no hay futuro, a fornicar que los planetas colisionan —y la clase media los imita. Tan punk: se la gastan en consumos y dicen que no invierten porque no tienen garantías, seguridades, esas cosas. En estos años, los que pudieron volvieron a viajar a otros países, consiguieron trabajos, consolidaron barrios fashion, se vistieron más fashion, comieron cada vez más fashion, se llenaron de la palabra fashion —que es tan cool—, se compraron coches o televisores, se ennoblecieron con Tinelli y, en general, con gran dedicación, protestaron un poquito por las formas y mayormente se hicieron los boludos. Los argentinos somos maestros en el arte de hacernos los boludos.

Pero, por más que nos hagamos, el modelo incluye también a los otros seis —de cada diez personas. Esos seis —24 millones de argentinos— son los que no ganan, contando toda la familia, los 5.000 pesos necesarios para cubrir una canasta familiar real. De esos seis hay tres —12 millones— que corren la coneja con tropiezos pero con chances de alcanzarla, una vez cada tanto: empleados que llegan a fin de mes como si no llegaran, jubilados que cobran algo más, pequeños comerciantes y autónomos que a veces sí, a veces más o menos, y que se desesperan porque los precios suben y suben aunque les digan que no suben y que saben que jamás en su vida van a poder comprarse un dos ambientes. Y después están los otros tres: los otros 12 millones. Son aquellos que la jerga pone «debajo de la línea de pobreza» mientras la realidad pone en el horno.

Muchos de esos 12 millones son el efecto de un invento reciente en la Argentina: la posibilidad de ser pobre aunque se tenga un trabajo. Durante décadas, conseguir un empleo garantizaba que el que lo tuviera tenía suficiente para vivir por encima de la «línea»; ya no. Ahora, la mitad de los trabajadores ocupados gana menos de 2.000 pesos: el universo laboral se volvió un lío.

En la Argentina actual, según las mediciones más confiables —¿las mediciones más confiables?— la población económicamente activa son unos 17 millones de personas. De ellos, un millón son patrones y autónomos forrados. Son el 7% de los activos: si el peronismo alguna vez consiguiera aplicar su famoso fifty-fifty, mitad para el trabajo y mitad para el capital, a ese 7% le correspondería una mitad, la otra a todos los demás.

Quedan, entonces, 16 millones de trabajadores. Que incluyen 11 millones de asalariados; unos 6 millones están en blanco y 5 en negro, cobrando en promedio la mitad que sus compañeros formalizados: gran división dentro de la supuesta clase. Y no es que el modelo funcione «pese a que hay más de 40% de trabajo en negro». Funciona porque hay más de 40% de trabajo en negro, de trabajadores «precarizados», «tercerizados», forreados por el poder de sus patrones y la inoperancia o complicidad del Estado. Eso les permite a los que pagan pagar menos, crear divisiones entre los trabajadores que complican su unión, su solidaridad, mantenerlos siempre apichonados al borde del despido —de la pobreza extrema.

Y todavía quedan 5 millones más: casi 2 millones de desocupados y 3 millones de informales que hacen changas y cuentapropismo insuficientes. En los primeros años después de la crisis, la tasa de desempleo bajó mucho, mientras se iba ocupando la famosa capacidad ociosa; desde hace tres años el crecimiento del empleo bajó su ritmo al mínimo. Aunque aumentó, mientras tanto, el trabajo infantil: un informe del Observatorio de la Deuda Social dice que en 2007 había un 5,8% de chicos de entre 5 y 17 años que hacían un trabajo no doméstico, y que en 2010 la cifra subió al 8,1%.

Esos 5 millones de desocupados e informales son los padres y madres de las familias pobres: unos 12 millones de personas, porque hay muchos pobres chicos o chicos pobres o, como dice un informe del Instituto de Estudios y Formación de la CTA: «en la Argentina, la mitad de los chicos son pobres, a la vez que la mitad de los pobres son chicos (47,3%)». Y, entre esos 12 millones, están los que no llegan a la bruta «línea de indigencia»: casi cinco millones de argentinos que tienen muchos problemas para comer todos los días.

O para curarse. En el censo 1991 apareció que el 36,9% de los argentinos no tenía cobertura médica, sindical o privada —y era grave. En 2001 fueron 48,1. Ahora dicen que es el 55%: alrededor de 20 millones de personas que tienen que usar los hospitales públicos diseñados para muchos menos —y desprovistos de presupuesto porque el Estado tiene que conseguir el famoso superávit. Va de nuevo: en 2001 eran 17 millones y ahora son más de 20. Otra vez: en la Argentina actual se mueren once chicos por día por causas evitables: once chicos por día.

Es el proceso de latinoamericanización de la Argentina. A principios de los noventa, todavía, la Argentina tenía niveles de inclusión muy superiores a los de nuestros vecinos. Pero, desde entonces, ellos mejoraron y nosotros empeoramos. Ahora la proporción de pobres es igual que en Brasil, pero en Brasil, en 1990, era del 50%; en ese mismo lapso, en Chile bajó del 40 al 12%. Las comparaciones, sabemos, son odiosas pero ilustrativas.

Las cifras abundan: la que contrasta, por ejemplo, la riqueza del 10% más rico con la del 10% más pobre. Que era, antes de la dictadura militar, 13 veces más, 15 veces más en los ochenta, 17 veces más en 1995, y llegó a su pico de 43 veces más en 2002. Después cayó a su cifra actual de 27 veces: mucho menos que en el peor momento, todavía más que cuando el peronismo de los noventa destruía el país. O, por decirlo de otro modo: la famosa redistribución de la riqueza avanzó si se la enfrenta con el peor momento de nuestra historia —una crisis, algo claramente extraordinario— pero sigue siendo peor —la distribución de la riqueza sigue siendo peor— que durante el peronismo menemista.

Hay un estudio del Instituto de Estudios y Formación de la CTA que lo muestra bastante claro: una medición de la participación de la masa de ingresos de los sectores populares en el PBI. Para lo cual sumaron todos esos ingresos, que comprenden los salarios —blancos y negros—, las entradas de los cuentapropistas, los planes sociales, las jubilaciones y pensiones, y los compararon con el producto bruto. Les dio que, en 2001, la participación de los sectores populares en el PBI llegaba al 32,5%, que bajó abruptamente al 23% en 2002, y que subió en 2003 al 26,1% y al 28% dos años después, y allí se quedó. Una vez más: una crisis reduce mucho la parte de la torta que los ricos les dejan a los pobres y después, cuando pasa, los pobres recuperan una parte de esa parte, nunca toda —pero todos nos aliviamos porque la crisis ya pasó. Ése es el país normal: uno donde eso que unos años antes parecía grave y agudo se vuelve cotidiano.

Son más cifras, maneras de acercarse a cierta comprensión siempre incompleta. Que palidecen —siempre me impresionó que las cifras palidezcan— frente a la puta realidad: frente al hecho de que, en pleno modelo de inclusión social, en pleno relato de redistribución de la riqueza, hay miles de argentinos que revuelven la basura para ver qué encuentran, miles de argentinos que no consiguen turno en un hospital y se mueren de las enfermedades que otros pueden curarse, miles de argentinos que no comen suficiente: 700.000 chicos, dijo hace poco Juan Carr, el líder de la Red Solidaria; entre ellos esos chicos wichi que salieron en los papeles porque se murieron este verano de hambre pura y dura: que se murieron de hambre. Si hubiera que hablar de una sola cosa para hablar del modelo, la idea de argentinos con hambre —la idea de un país que exporta 30.000 millones de dólares en comida y deja a millones con hambre, la idea de un país donde alcanzaría con redistribuir el 1,5% del PBI para acabar con el hambre— me parece suficiente para pegar un grito y terminar con la conversa.

O para insistir en que todo el debate se basa en la falacia de que

las desigualdades y la pobreza se pueden eliminar dentro de un sistema de delegación como éste, donde la mayor parte del poder está en manos de los ricos que serían los más afectados por ese cambio. O que se puede eliminar la desigualdad haciendo que los pobres dejen de serlo sin que los ricos sufran por eso: que alcanza con aumentar la riqueza de un pais para que todos reciban parte suficiente de esa riqueza. Otro efecto de relato, que repetimos sin pensar demasiado, sin querer pensarlo.

Hablamos del modelo. Hace unos días, marzo de 2011, la doctora Fernández subrayó la necesidad de «seguir trabajando por una Argentina que siga generando igualdad de oportunidades. Hemos hecho muchísimo, pero falta mucho». Ya no se trata de igualdad: es igualdad de oportunidades, esa falacia de las democracias de mercado. La Revolución Francesa, hace más de dos siglos, hablaba de liberté égalité fraternité, y un himno sudaca veía en trono a la noble igualdad. El modelo peronista actual ya ni siquiera aspira a la igualdad; propone la igualdad de oportunidades. Fraternidad de parientes. Libertad de sanata.

Una épica de tan poquita cosa. Lo que llamamos la épica posibilista: grandes relatos y plata de la soja. La mezcla bien batida de buenos negocios para los más ricos, mayor consumo y salarios correctos para los que tienen trabajo legal, coneja para los que ilegal, planes para los que nada, y discurso progre. La forma que un grupito de políticos inteligentes encontró, gracias a la peor crisis argentina, para conservar el poder sin cambiar nada que importe demasiado.

Este modelo.

18
Él

sust. mas. sing., argentinismo: alias breve del doctor Néstor Carlos Kirchner ya difunto. Uno de esos argentinismos de uso intenso que desaparecen al cabo de no mucho.

Su señora viuda, la doctora Cristina Elisabet Fernández, presidenta, se empeñó, tras su muerte, en no nombrar su nombre: su difunto marido fue, durante meses, *Él*. En la tradición judeocristiana —en la parte judía de la tradición judeocristiana—, los mortales no pueden atreverse a pronunciar el nombre del único inmortal, el nombre del Señor; por eso dicen, por no decirlo, entre otros eufemismos, Él.

Así, también, el doctor Kirchner —a tal punto que algunos chuscos han dejado de hablar de *kirchnerismo* y dicen, ahora, *elismo*. Pero mientras su viuda no lo nombraba una epidemia de nombrarlo invadió la Argentina. Poco después de convertirse en muerto, en sus primeros meses como muerto, el doctor ya era la terapia intensiva del Hospital Municipal de Luján, una comisaría de Resistencia, la ruta 40 de San Juan, una calle de Tucumán, la avenida principal de Río Gallegos, la costanera de Caleta Olivia, el centro integrador Puerto Esperanza, Misiones, una calle de Paraná, una plaza de Ushuaia, un hospital de Florencio Varela, la sede de la Unasur en Buenos Aires, el Torneo Clausura del Fútbol argentino, la ruta 66 de Jujuy, una escuela y un barrio de Albardón, San Juan, un barrio de viviendas sociales en La Plata, una escuela en El Impenetrable, una comisaría en Puerto Rico, Misiones, un centro de estudios «para la integración de los pueblos latinoamericanos» en Buenos Aires, una escuela de Santiago del Estero, un cine-teatro en Palpalá, Jujuy, una calle y una plaza en San Vicente, un puente de Cosquín, un túnel vial en Carupá, el auditorio del Hospital Gandulfo de Lomas de Zamora, la ruta de entrada al Parque Nacional Pre-Delta en Entre Ríos, el aeropuerto de Villa María, la terminal de ómnibus de San Rafael, la terminal de ómnibus de Santiago del Estero, la terminal de ómnibus de Jujuy, el acceso principal de Pehuajó, un paseo costero en Calafate, una plazoleta en la ciudad de Buenos Aires, la ex ruta provincial 26 en Pilar, una plaza de Escobar, una beca para estudiar en Nueva York, un túnel de 800 metros en José C. Paz, un barrio de viviendas sociales en Tartagal —y siguen firmas, proyectos, nominaciones varias.

El doctor Néstor Carlos Kirchner es lo que podríamos llamar un prócer instantáneo o, dicho de otro modo, un oxímoron, una contradicción en los términos. Un prócer siempre fue alguien que, ya asentado el polvo del presente, los debates de la historia definían como un grande: se solía suponer que sólo el paso de los años permitía juzgar los efectos de un hombre sobre su sociedad. Ahora parece que no hay tiempo para esas pavadas. La señora Hebe de Bonafini dijo enseguida que «un revolucionario que hace la Patria jamás muere»; su amigo Guillermo Moreno lo definió como «el desaparecido 30.001» —uniendo en una sola frase dos falacias. El doctor Kirchner ya es un nombre en nuestra geografía, una especie de Sarmiento o San Martín: un curso acelerado sobre cómo se construye una memoria.

«¿Será verdad/ que te fuiste con la historia/ o será que aún no despertamos/ y que con una antorcha nueva/ en cada mano/ vas a volver/ cubriéndonos de gloria?», le canta esa canción larga que todos los que miramos fútbol hemos oído tanto en estos días. No sólo un prócer: un futuro redivivo, un resurrecto con antorchas. El verdadero mito es siempre una construcción laboriosa, lenta y espontánea —y, en general, no funciona cuando está armado desde el poder. Pero ésta es una tentativa muy intensa de producir un mito. Hay que reconocerles cierta audacia: no es fácil armar un héroe popular a partir de un rico que empezó su fortuna desahuciando deudores morosos para quedarse con sus casas.

Pero siempre se puede. La tradición es antiquísima; entre tantas historias de Grandes Muertos me parece apropiada aquella que, supuestamente, fundó la democracia: dos muchachos atenienses, Armodio y Aristogitón, fueron recordados durante siglos —sus estatuas frente al Partenón, su recuerdo en cada fiesta de la polis— como los padres mártires de la democracia en Atenas, porque habían cosido a cuchillazos a Hipparcos, hermano menor del tirano Hipias, que gobernaba la ciudad —y abierto el camino para el gobierno de todos los ciudadanos. Armodio y Aristogitón fueron acuchillados a su vez, pero su memoria se empezó a consolidar unos años después, cuando el tirano Hipias murió y la democracia se estableció en Atenas. Armodio y Aristogitón fueron recordados durante siglos como «tiranicidas» y «libertadores», y el relato incluso llegó a contar que Hipparcos había sido el tirano y su muerte la que empezó la democracia. Entonces ya nadie recordaba la verdadera historia: que Hipparcos había decidido seducir a Armodio, amante de Aristogitón, y que, ante el peligro de que los separaran, los dos habían decidido matar al tercero en discordia.

Siempre se puede —y el Gran Muerto avanza, pese a todo. La construcción quiere equipararlo con otros mitos clásicos, figuras que se pueden usar para fines tan variados; es, al fin y al cabo, nuestra

especialidad. Los argentinos no somos demasiado buenos produciendo casi nada, salvo dibujos para la camiseta universal. Hay países mucho más cultos, mucho más decisivos, que no pusieron ni una sola cara en los pechos del mundo. Y la Argentina, tan poquita y lejana, ha contribuido con Duarte, Guevara, Maradona. Ese 27 de octubre, cuando el censo estalló por la noticia bomba, yo tenía la sensación de ser el espectador privilegiado de un fenónemo raro: uno que veía, al mismo tiempo, el Viernes Santo y el Domingo de Gloria, el principio del mito.

En esos días me preguntaba por qué la muerte, en nuestra tradición, siempre es mujer: la huesuda, la parca, esa vieja con su guadaña y su capucha. Nunca hemos imaginado a la muerte como un hombre: no hay mejor prueba del poder masculino que esa imagen dibujada en nuestra idea del mundo. En esos días esa mujer se apoderó de todo: de pronto todo un país pensó en la muerte. Todo un país, durante dos, tres, cuatro días, se embebió de la presencia de la muerte: con ahínco, con rabia, con alivio, con displicencia o con dolor un país se sumió en una muerte.

No que todos pensáramos lo mismo de esa muerte: todos, sí, pensamos en ella. Es raro cuando millones de personas piensan en lo mismo: sucede muy de tanto en tanto. La muerte del doctor Néstor Kirchner no sólo fue un terremoto político: también nos obligó —a cuarenta millones— a pensar en la muerte, en los modos y maneras de la muerte, en los caminos por donde llega, en la inutilidad de hacerse el tonto. Si un señor casi joven murió como murió, de pronto, quién podría estar seguro. Si el más poderoso murió como murió, impotente, qué nos queda a los otros. El doctor, muriéndose, nos obligó a pensar lo que siempre esquivamos. Es probable que en todo su gobierno no haya hecho nada tan subversivo, tan espeso: cuarenta millones de personas enfrentadas de una vez a lo inevitable de la muerte.

La muerte se instaló en cada uno y se instaló también en el conjunto. El doctor Kirchner muerto se volvió un actor de primer orden en la política argentina. Aquí hay muertos que viven más que muchos vivos. En la Argentina no hay político más poderoso que la muerte —y vuelve y vuelve y no nos suelta. Queda dicho: desde 1983 no hubo movimiento social que funcionara sin el respaldo de sus muertos: el reclamo por las víctimas, el peso de los mártires es un sustrato ineludible (véase «Setentismo», pág. 79). El gobierno de los doctores Kirchner ha hablado tanto de la muerte: ha basado su mito de sí mismo en el recuerdo de los muertos asesinados por la dictadura militar, ha pretendido que su gobierno era la concreción de aquellos ideales.

Por meses, la muerte del doctor Néstor Kirchner había sido una

posibilidad: había tenido dos episodios cardíacos, los médicos le habían dicho que se moderara, él no paraba. El doctor Kirchner —Él— tenía una pasión política que muy pocos tienen: sabía que podía morirse —no creía, seguramente, que pudiera morirse, más para el pensamiento mágico— pero seguía adelante, hasta que cayó. Su pasión era confusa: iba y venía, cambiaba sus ideas y sus alianzas, acertaba y erraba, se peleaba bastante. Su muerte, en cambio, fue clara: el 27 de octubre era un político controvertido, el 28 un estadista. La muerte, en nuestra cultura, suspende las críticas; así empieza la construcción del héroe.

—Ay, María, se nos fue, con lo bueno que era.

—Sí, tan bueno, a veces me pegaba un poco, pero era porque me quería.

La muerte de un hombre siempre es triste. La muerte de un hombre público es, además, un hecho público —un hecho de discurso — y como tal vale la pena examinarlo. En pocas horas, ese hombre se hizo otro: el doctor Kirchner ya es un mártir que murió porque, enfermo, no quiso dejar de pelear por el bienestar de su país, un argentino excepcional, un gran patriota. En pocas horas, las radios y televisiones se llenaron de figuras que emitían palabras de pesar y encomio mientras hacían, para sí, cuentas electorales. En pocas horas, el doctor Kirchner —la figura de Kirchner— se fue constituyendo en un Gran Muerto Patrio, de esos que sostienen políticas y se vuelven banderas y las distintas fracciones se disputan. El líder muerto sirve sobre todo porque cada cual le puede hacer decir lo que quiera. Pero, justamente por eso, crea fuerzas centrífugas: no está presente para poner orden, decir éste sí y éste no, éste me sigue y éste me traiciona. Y entonces los conflictos tienen que arreglarse entre los actores. Es la historia del peronismo del ’74, y no salió muy bien.

El Gran Muerto es, por el momento, un protomito: un mito todavía en formación —que dependerá, una vez más, de la evolución política para terminar de conformarse o perderse en los olvidos de la historia. Pero, aún incipientes, los rasgos del mito se dibujan.

O, mejor dicho, los dibujan: gente módicamente educada colabora en la construcción de la hagiografía. Para eso, por supuesto, insisten en el peso de ese hombre. Saben que la historia no funciona por impulsos individuales —lo estudiaron, lo sostuvieron— pero ahora sostienen lo contrario, y colaboran en el armado del Gran Muerto Inmortal.

Es laborioso. Muy poco después de la muerte, el oficialismo en masa festejó la Vuelta de Obligado con la colaboración estelar de algunos arrimados que ya se habían arrimado a todos los gobiernos anteriores, como el señor O’Donnell. (Disculpen el paréntesis, la

pérdida de tiempo: que un proyecto incorpore al señor O'Donnell, secretario de cultura alfonsinista, senador menemista, ahora faro intelectual kirchnerista, epítome del oportunismo argentino, debería alcanzar para descalificar a ese proyecto; si necesitamos algún otro dato es que nos merecemos todo lo que nos pasa. No me gustan los argumentos personales, pero hay personas cuyas conductas dejan de serlo.)

El rescate tan post mortem de esa Vuelta puede ser una casualidad, aunque no lo creo. Hay una cercanía entre el mito recuperado del brigadier Juan Manuel de Rosas y el incipiente del doctor Néstor Kirchner: la idea del rico compasivo, del patrón populista que, sin dejar de hacer plata, mucha plata, se ocupa de su pueblo. Y, por supuesto, la supuesta pasión nacionalista, que las entregas del oro o el petróleo —o la fuga a Inglaterra— no consiguen desalentar.

También le han atribuido rasgos del general Perón, del general San Martín, rasgos muy generales —porque en estos tiempos poco heroicos, de tan corta invención, los héroes ya no son originales: se construyen a partir de retazos de otros héroes. Siempre recuerdo un diálogo del *Galileo Galilei* de Bertolt Brecht, cuando alguien decía lo desgraciados que eran los pueblos que no tenían héroes.

—Desgraciados los pueblos que necesitan héroes.

Le contestaba Galileo; me gusta esa respuesta —o una de las lecturas posibles de esa respuesta: que «los pueblos» deberían poder hacer lo que deban hacer sin descansar en héroes. La idea de héroe no sólo me rechaza por su contenido de sumisión a un jefe, un padre. Además, un héroe es alguien que está tan convencido de algo —de cualquier cosa, ése no es el punto: de la justicia de una causa, de la importancia de una patria, de su cariño a su familia, de que hay un dios que es mejor que los otros— que se permite hacer lo que le parezca para sostener ese convencimiento. Los héroes, a menos que sean los nuestros, son unos hijos de mil putas. Pero quien cambia, va, viene, arma y desarma, no puede terminar en héroe, en mito.

Y lo más extraño es que, por ahora, lo que se está armando es otro oxímoron: un mito moderado. Sus hagiógrafos dicen que era un pragmático, uno que se ensuciaba las manos en el barro de la política real —y dicen, por eso, que su viuda va a tener problemas, porque no sabe hacerlo. Y dicen que tenía una moral pero no siempre le salía: «Kirchner, de alguna manera, trastocó también la lógica de la ética política», escribió otro reciente, el periodista Brienza. «Pivoteó entre la ética de la convicción y la ética pragmática —que rebota como bola de flipper entre la responsabilidad y la conveniencia—, pero por sobre todas las cosas construyó una moral personal que está presente en muy pocos hombres públicos. Nadie en su sano juicio puede analizar

la política bajo el imperio de los valores morales (…) La administración del poder es siempre injusta, deja heridos, mancha. El poder se basa también en la circulación de recursos, por lo tanto, tampoco se puede pedir asepsia en esa circulación.»

La política como amoralidad, el poder como mugre —y los dos como rasgos del mito. Se puede ser épico, se puede ser posibilista; lo extraño es ser las dos cosas al mismo tiempo: el Gran Muerto lo hizo, lo está haciendo. Si sigue así, va a ser la síntesis perfecta del oxímoron que instaló este gobierno: la épica posibilista.

Que aparece en lo que escribió otro hagiógrafo entusiasta, Eduardo Aliverti, citando a Vicente Battista: «"No debemos olvidar en ninguna circunstancia —cualesquiera sean las diferencias de apreciación— que las opciones que nos ofrece la vida política argentina son limitadas. No se trata de optar entre Perón y el Arcángel San Gabriel. Se trata de optar entre Perón y Federico Pinedo". Casi setenta años después, es lo mismo. O se está con esto, se llame como se llame, o se está con Macri, Cobos, Duhalde & Cía. Elijan», dice Aliverti. Es la base del chantaje y del mito: o Macri-Duhalde o los herederos del Gran Muerto. ¿Por qué tendríamos que aceptarlo? ¿No es curioso que sean precisamente los que hablan de ideas, principios y utopías quienes te corren con el posibilismo más descarnado, más vehemente?

Se me ocurre —a veces se me ocurre— que éste sí es un efecto de la «corrección setentista»: ya vimos lo que pasó con los que pretendían demasiado. Mejor no querer mucho, dicen ahora, por si acaso.

En cualquier caso, el protomito, el mito, la sombra del Gran Muerto va a seguir militando. Para empezar, va a trabajar en estas elecciones. Hace casi dos años, en mayo de 2009, también llegaban elecciones. El oficialismo las perdía y a mí se me ocurrió una broma tonta. Y, como suelo hacer, la escribí, la publiqué en el diario *Crítica.* El artículo se llamaba «La solución final».

«Llevaban días hablando del asunto, y se desesperaban; por eso, cuando el primer hombre dijo que había encontrado la solución, los otros dos lo miraron escépticos:

»—Ya lo dijiste cuatro veces, che.

»—No, muchachos, esta vez la tengo, de verdad que la tengo.

»El primer hombre hizo una pausa, miró a su alrededor, chequeó que nadie lo mirara. La parrilla pretenciosa estaba medio vacía —la crisis llegaba a todas partes— y la pareja de la mesa de atrás tenía su propia trampa que atender.

»—Es cierto, estamos al horno. Si esto sigue así perdemos por goleada; ni la guita para los intendentes, ni las listas testimoniales, ni los aprietes, nada: pareciera que ya hicimos todo lo posible y nos

hundimos igual. Pero hay algo que todavía nos puede salvar.

»—Dale, che, ya amenazaste suficiente. Ahora decilo.

»—No lo voy a decir, les voy a preguntar. ¿Qué es lo único que todos los argentinos respetan?

»Dijo el primer hombre, y los otros dos se lanzaron a una ristra de lugares comunes —la vieja, la bandera, el éxito, Gardel, la guita— que el primero rechazaba con cara de buda satisfecho y burlón. El hombre tenía una papada extraordinaria, los ojitos perdidos entre grasa:

»—No, muchachos, nada de eso: la muerte. En este país lo único que todos respetan es la muerte, lo único que te hace realmente bueno es morirte. Acá si estás muerto aunque seas un reverendo hijo de puta te volvés un grande. Fíjense lo que le pasó a Alfonso, por ejemplo.

»—Che, el pobre Alfonso no era un hijo de puta…

»—Nunca me vas a entender de una, ¿no? Yo no quise decir que fuera nada: quiero decir que cuando estaba vivo no lo votaba nadie y ahora que murió se convirtió en un prócer. Si hasta está resucitando al hijo…

»—¿Y entonces?

»—No se hagan los boludos, muchachos, que me entendieron perfecto.

»Los tres hombres se miraron como se miran los que no quieren ver lo que están viendo: la esposa manoteando una entrepierna ajena, el telegrama de despido, aquella foto de sus veintiuno.

»—¿Vos querés decir que para que hagamos una buena votación en junio se tendría que morir alguien?

»Le preguntó despacito el segundo, muy flaco, barba rala, sus ojeras.

»—Vos sabés que estoy diciendo eso.

»—¿Pero quién, animal, de quién estás hablando?

»—¿De quién voy a estar hablando?

»El mozo llegó con la segunda botella de montchenot y un par de provoletas bien doradas. El tercer hombre, pelo largo entrecano, prestancia de caudillo antiguo, amagó una sonrisa: ¿pingüino o pingüina?

»—Veo que ya nos estamos entendiendo.

»Dijo el primer hombre, y el segundo les preguntó si estaban locos.

»—Locos no, al contrario, demasiado cuerdos. Bueno, basta de mariconadas: ¿pingüino o pingüina?

»La discusión fue larga: el tercer hombre dijo que si la que moría era ella la ventaja era que iba a dar muy Evita, que se compraba todos los boletos para el mito, que a largo plazo era un golazo pero que en lo inmediato tenía un par de problemas:

»—Uno es que queda él solo y hay mucha gente que no lo soporta

más.

»Dijo el segundo, que se empezaba a entusiasmar, y dijo que con la simpatía por la muerte de su mujer le iba a cambiar la imagen y hasta quizá le bajaba las ínfulas y lo hacía más tolerante y otros cuentos de lechera hasta que el tercero pegó un puñetazo sobre la mesa:

»—No, boludo, no se puede. Está Cobos.

»—Uy, dios, qué manga de boludos. Si la que se muere es ella, la sucede Cobos y se nos pudre todo.

»—Va a tener que ser él.

»—Pero si es él, ella va a dar muy Isabelita; el macho se murió y quedó la viuda pobrecita.

»—No, hermano, no digas tonterías. Ella nunca va a dar Isabelita. Y, de todas formas, no tenemos otra.

»—Tienen razón: va a tener que ser él.

»—Va a tener que ser él.

»—Va a tener que ser él.

»Los tres hombres se miraron para sellar un pacto grave, decisivo; la segunda botella estaba muerta y la provoleta se enfriaba en el medio de la mesa.

»—Y además, con perdón, así se va a acabar toda esa sanata sobre el doble comando.

»Dijo el tercer hombre y el segundo lo miró pesado: una cosa era jugarse a un sacrificio por la patria, le dijo, y otra hacerle el juego a *La Nación.*

»—Ok, tenés razón. Pero, hablando de sacrificio, se olvidaron de lo más importante. ¿Quién carajo puede pensar que el hombre va a hacer semejante sacrificio?

»Dijo el tercero y tuvo un momento de alivio: estaban hablando boludeces, no iban a hacer nada de eso.

»—¿Cómo, no estuvo dispuesto a dar su vida por la patria? La patria, de puro generosa, le dio una prórroga de treinta años, y ahora la reclama.

»Dijo el segundo, las ojeras cada vez más hondas, y que el poder le gusta tanto que en una de ésas podían convencerlo: de últimas le decimos que es una farsa, que no se va a morir de veras, y cuando se quiera dar cuenta ya no va a poder reclamar nada.

»—No sean boludos, che. Por supuesto que el hombre no va a querer morirse para mantener el modelo. Así que nunca va a saber que se está muriendo para eso, ni para ninguna otra cosa.

»El mozo llegó con las mollejas y los tres hombres ni siquiera las miraron. Acababan de entender que se estaban confabulando en algo extraordinario, algo que los uniría por el resto de sus vidas. El segundo se preguntó si valdría la pena; el primero trató de pensar

cómo había llegado hasta ahí y se dijo que, de todos modos, no tenía vuelta atrás: que volver atrás significaba perder todo lo que había conseguido hasta entonces, la subsecretaría, las prebendas, su trozo de poder, y que además era una maniobra genial, alta política. El tercero dijo que lo único que les faltaba era decidir cómo iba a ser.

»—Puta, estamos al horno.

»Dijo el primero. Durante la hora siguiente las mollejas se volvieron amarillas, las montche siguieron insistiendo y los tres hombres discutieron la forma de esa muerte por la patria o, al menos, el poder. Dijeron que lo más fácil sería simular un infarto con alguna de esas drogas de diseño que matan sin dejar ningún rastro, pero se preguntaron si un infarto no era una marca de debilidad que les complicaría las cosas. No, es una muestra de que estaba tan preocupado por el destino del país, que trabajaba tan duro, es una forma de decir que se sacrificó por la patria. ¿Vos creés? Bueno, es una forma, sí, pero es un poco blanda, como desperdiciada. Entonces pensaron en generarle una enfermedad violentísima que lo matara en un mes de agonía, porque así tendrían al país agarrado de sus partes: ¿vos te imaginás lo que sería, los partes médicos tres veces por día, la vigilia en la puerta de la clínica, virgencitas, bombos, todo el mundo pendiente? Eso nos da un cheque en blanco por quién sabe cuánto. ¿Cuánto dinero? No, boludo, cuánto tiempo. Sí, claro. Hasta que el segundo pronunció lo que los demás habían estado pensando sin atreverse a nombrarlo: el atentado, el magnicidio.

»—Ésa sí que da juego. Imagínense, muchachos, nos conseguimos un par de gurkas que la hagan, les prometemos un fangote de guita, nos aseguramos de que la cana los haga percha, no queda nadie que pueda decir nada. Y tiene la ventaja de que le podemos echar la culpa a algún sector y ahí sí que los hundimos para siempre.

»—Tremendo. Piensen por ejemplo si hacemos correr la voz de que fue un comando de sojeros medio quebrados que quisieron vengarse…

»—Sí, o que fueron piqueteros calientes porque los había abandonado, ahí nos compramos a toda la clase media, la derecha.

»—O mandamos que fueron los milicos y recuperamos a la izquierda y los progres y todos los políticamente correctos.

»—O la mejor: que fue la CIA y nos ponemos a la cabeza de la revolución sudaca, otra que Chávez y las venas abiertas de Bolívar.

»—Sí, capaz que habría que mandar a medirlo antes de decidir.

»Se miraban, excitados, trémulos: habían dado con el huevo de Colón, iban a ganar las elecciones por afano, a dar vuelta el proceso en un grado que pocos soñarían.

»—La única cagada es que nunca se lo vamos a poder decir a nadie.

»—Obvio, no. Nos lo vamos a tener que llevar a la tumba.

»—Bueno, a menos que en algún momento ella se ponga muy boluda y haya que explicarle cómo fue que ganó. Y ahí sí que la tenemos agarrada de los pelos.

»—Muchachos, el mecanismo es perfecto. Nos cargamos a uno, nos aseguramos a la otra. Y, con esa muerte, no hay quien pierda las elecciones.

»—Pará, pará, a mí se me ocurre una mejor.

»—Qué, boludo, no hay ninguna mejor.

»—Esperá que te la cuente y vas a ver.»

Hay veces en que uno querría no hacer chistes.

19
Militancia

sust. fem. sing., argentinismo: actividad intensa, sostenida, que busca producir efectos sociales significativos. Durante años, un *militante* fue lo contrario de un *político*; la novedad es el intento de fundirlos.

Con la muerte del doctor Néstor Kirchner, un fantasma empezó a recorrer la Argentina: el fantasma de la militancia. Ya se hablaba de ella antes de eso, pero nunca como en esos días —a partir de esos días — los medios del gobierno instalaron la convicción de que una cantidad inusitada de jóvenes —que se asimilaban a esa «militancia»— se había desplegado por la Plaza de Mayo para despedir al difunto y apoyar a su viuda.

«Cientos de miles de argentinos y argentinas humildes, más miles y miles de jóvenes y de otros actores sociales mostraron, en los días inolvidables y tristes de finales de octubre, la impudicia de transformar el giro histórico que Kirchner gestó inesperadamente en nuestro país en un relato de ficción, en una suerte de pura impostura», escribió Ricardo Forster. «Las multitudes, el pueblo que regresa del ostracismo, quebraron en mil pedazos esa argumentación.»

Era el apogeo de la razón populista: «miles y miles» de personas son «un argumento» que «quiebra en mil pedazos» a los otros. No se discuten ideas, proyectos, decisiones, sino la presencia o no en la calle de una cierta cantidad. (En la Argentina contemporánea no es fácil argumentar esa presencia. Recuerdo un acto que vi, hace unos años, en Corrientes. Un radical kirchnerista estaba cerrando su campaña para gobernador, y el entonces presidente fue a apoyarlo. Yo lo conté en un libro que entonces se llamaba *El Interior*:

«—Yo vine acá porque si vos te retobás después te garcan, te rompen las pelotas, te pueden llegar hasta a sacar el plan.

»Me dice Maxi. Alrededor del parque hay colectivos, fletados por los aparatos. En el parque, mientras los fletados entran al estadio de básquet, pancartas peronistas conviven con banderas radicales, pero Maxi me dice que él no es peronista ni radical, que él es de Boca y de su banda:

»—En cambio venís, les hacés dos o tres cosas que ellos quieren y no te joden, viste. Tá todo bien, mentendés.

»Maxi tiene veintidós años, una camiseta blanca que dice Aire Fresco para la Ciudad —Vignoli Intendente y un tatuaje de chinerías

que le ocupa todo el brazo izquierdo. Cuatro muchachos bien robustos pasan repartiendo bolsitas con sándwiches de milanesa, mostaza y fanta para los peronistas. Entre los peronistas hay una gorda con una remera que dice UCR; está gastada: debe ser de otra elección. Los lapachos refulgen.

»—¿Vos venís siempre a los actos radicales?

»—No, yo voy a lo que sea.

»Me dice un muchacho Carlos, con el bombo en la mano.

»—¿Y qué, venís por plata?

»—¿Y por qué querés que venga?

»Carlos me mira con un poco de lástima; él y sus amigos se llevan veinte pesos cada uno. Una de sus amigas tiene una camiseta negra que dice "El Che Es Nuestro"; en una mano lleva una cocacola y en la otra una bandera radical: el rojo y el blanco. Le pregunto a unos periodistas si vieron gente suelta, ciudadanos autoconvocados, y se ríen:

»—Eso sería como encontrar un trébol de cuatro hojas.

»Un funcionario importante de la gobernación me confirma que no hay:

»—No, a todos éstos los trajeron los punteros… Y mirá que es el presidente, yo pensaba que iba a venir gente a verlo, a saludarlo, es el presidente de la Nación, pero tampoco.»

«La puesta en escena es impecable: pobres simulan un fervor que nadie tiene por un señor poderoso que simula creérselo —y están, del otro lado de los vidrios, los millones de televidentes, que quizá se lo crean un poquito: todo es cuestión de buena voluntad», escribí entonces, y me preguntaba si el protagonista, el jefe político de turno, el presidente entonces, que sin duda había organizado muchos actos tan artificiales como aquél, conseguía olvidar por un momento, en el estrado, esas maquinaciones y creer en la verdad de los vítores, los vivas, las ovaciones de ese pueblo indiferente a sus palabras.)

Pero aquel día de octubre, en la tristeza del fallecimiento, muchos fueron a la Plaza de Mayo porque querían ir, por decisión absolutamente propia. Tampoco era algo tan extraordinario. Seis días antes, sin feriado, sin duelo nacional, sin aparato del Estado, sin aparato sindical, sin aparato peronista, sin aparatos de televisión transmitiendo en cadena, otros miles y miles ocuparon, en cuestión de horas, esa misma plaza para repudiar el asesinato de un joven militante, Mariano Ferreyra. Y, unos meses antes —sin ánimo de ofender a unos u otros—, cuando murieron Sandro o Alfonsín ¿no había también muchísimos miles de tristes en la calle? Lo cual no significa nada más que eso; quizás a Sandro todavía lo escucharan; a Alfonsín seguro que no. Pero la muerte hace tantos amigos, tanto deudo.

Y, aun si los tristes de Kirchner hubieran sido extraordinariamente muchos, todo termina en la razón populista: ¿que algo tenga muchísimos seguidores lo legitima? ¿Mil millones de moscas nunca se equivocan? El supuesto pueblo como la fuente de toda legitimidad es un peligro que ya conocemos (véase «Futuro», pág. 378). No digo que no sea fuente de ninguna; digo que, aun en las situaciones más populosas, importa pensarlas, debatirlas; no, sin duda, refugiarse en el número para anular la discusión. Pensar. Más argentinos había el 3 de abril de 1982 en esa misma plaza, vivando al entonces general Galtieri.

Es cierto: cabe, entonces, preguntarse, cómo se constituye la razón. Es otra de las dudas de este panfleto que se nutre de ellas.

La palabra militancia ha vuelto, y su escenario es esa «vuelta de la política» de la que muchos hablamos, en estos tiempos, de una forma o de otra. No está claro de qué hablamos cuando hablamos de política: qué es lo que está volviendo. Por el momento, esa vuelta consiste menos en resultados claros que en haber vuelto a poner sobre la mesa ciertos debates. Para empezar, el más político de todos: con sus problemas, con sus desvíos y patinazos, el debate sobre cómo se reparte lo que hay. Es cierto que se habla, que se discuten cosas que antes no. Se hace poco al respecto, pero al menos parece que al nombrarlas se las actualiza, se las hace presentes. Y ya: es, una vez más, la política en su versión pensamiento mágico.

La recuperación de la palabra *militancia*, de la palabra *militante* es un momento fuerte de la constitución del «relato setentista» actual. Como si militante encerrara en su sonido una historia y un sentido que el oficialismo quiere acaparar, y sólo pudiera ser militante quien adscribe a ese setentismo edulcorado que este peronismo ha decidido convertir en su mito de origen: cuando murió Mariano Ferreyra, por ejemplo, los redactores de la agencia oficial Telam —foco del «periodismo militante» entendido como propagandismo mutilante— recibieron la orden de no llamarlo, en ninguno de sus cables, «militante» sino manifestante: militantes son los nuestros, venía a decir la decisión, los demás —los que llevan años y años peleando en la calle— son cualquier otra cosa.

Militar, ya se ha dicho, es un verbo complicado: adscribe la actividad política a un oficio bélico. Supongamos que, de algún modo, lo sea: que hacer política en el sentido fuerte es una forma de entrar en oposición tajante con los que defienden intereses muy opuestos. Hay, de todas formas, en la idea de militar, la noción de que habría que hacerlo con el orden de un ejército: respetando la autoridad, las jerarquías, la obediencia. Y la etimología lo profundiza: la palabra

militante empezó a usarse en latín —y en las lenguas romances— para «describir a la Iglesia cuando lucha por su Fe, o a los miembros de la Milicia de Cristo».

Supongamos que esa idea fue mutando para llegar a la acepción actual: el militante, un luchador de la fe, sería quien activa por una causa sin esperar ningún beneficio personal —por oposición al político, que sí. Pero, en los últimos años, el proyecto oficialista intentó presentar a sus políticos como militantes, como una forma de devolverles cierto crédito. La famosa «vuelta de la política» suponía que sus cultores ya no fueran políticos —en el mal sentido de la palabra. Quizá por eso buscaron como síntesis posible —como santo patrón— un político identificado con las épocas más militantes: otro recurso al mito setentista. Quizá por eso la agrupación más conocida de su juventud se llama La Cámpora.

Héctor José Cámpora era el dentista de un pueblo que no tenía la culpa de llamarse San Andrés de Giles. El dentista empezó a militar con los conservadores; durante los primeros gobiernos del general Juan Perón fue intendente y diputado; se destacaba por su lealtad —esa virtud tan militar, tan peronista que, combinada con la idea también altamente peronista y militar de «verticalidad», produce eso que, en otros ámbitos, se llama obediencia ciega, obediencia debida, obediencia perruna. Se contaba entonces, sobre él, un chiste malo: que cuando su jefe le preguntaba la hora —«¿Qué hora es, Camporita?»—, el dentista le contestaba, leal:

—La que usted quiera, mi general.

Cuando su general cayó, el dentista fue preso y se escapó. Después volvió a sus amalgamas hasta que en 1971 su general, desterrado, lo nombró su «delegado personal» para reemplazar a un señor Paladino que lo había traicionado. Como delegado fue candidato presidencial en marzo de 1973 y ganó con el 49% de los votos. Pero sólo gobernó 49 días, porque a su general Perón no le gustaba el rumbo que estaba tomando su gobierno. Entonces su general le dijo que renunciara y el dentista Cámpora, cagándose en millones de votos y en las leyes y en esas juventudes que lo habían apoyado, renunció para entregarle su gobierno y demostrar que seguía siendo, sobre todo, un hombre muy leal. Ese día su figura empezó a desvanecerse. Su general no le dio ningún espacio en su nuevo gobierno y, de ahí en adelante, sólo se recuerda su muerte lenta como asilado en una embajada de Belgrano y, por fin, en México. Nunca supimos realmente qué pensaba: cuando su general le dijo que estuviera con el peronismo revolucionario, estuvo. Cuando le dijo que se fuera porque necesitaba su lugar para acabar con el peronismo revolucionario, se fue. Quizás esa forma de la indefinición lo convierta en un modelo digno de estos tiempos. En cualquier caso sabemos que el dentista Héctor José Cámpora fue,

queda dicho, sobre todo leal. La lealtad así entendida es una cualidad muy discutible: la condición del que sigue las órdenes de alguien sin pensar en pensarlas, la renuncia a la imaginación, a la duda, a la búsqueda.

La Cámpora no organiza barrios ni dirige centrales estudiantiles ni arma corrientes sindicales ni consigue puestos electivos en concejos y diputaciones; La Cámpora no moviliza, cuando lo intenta, más de dos o tres mil personas; La Cámpora sería lo que los años setenta habrían llamado una «agrupación de cuadros»: un grupo que se distingue menos por la cantidad y el arraigo de sus miembros que por sus supuestas calidades. Sólo que estos cuadros tienen habilidades muy contemporáneas: son —o deberían ser, vistos sus puestos— administradores diestros.

La Cámpora empezó por cumplir con la ley de la sangre: fue fundada —dicen que fue fundada— por un hijo de los doctores Kirchner, un joven Máximo —que es el nombre imperial que los presidentes peronistas les ponen a sus hijos. La Cámpora funciona ahora como proveedora de diligentes dirigentes del Estado. La lista es conocida: su jefe es subsecretario de Reforma Institucional, otro es secretario de Justicia, otro trabaja en la secretaría de la presidencia, otro es presidente de la Corporación Puerto Madero y director en Aluar, otro es director en Telecom, otro en Techint, otro es interventor de Fabricaciones Militares, otro es presidente de Aerolíneas Argentinas, otro su segundo, otro dirige las noticias del canal oficial, otro las subdirige, otra es gerenta de la Anses y esposa de un jefe, otra directora de Documentación Presidencial y hermana de otro: más política de la sangre —joven. Y más: varios son hijos de desaparecidos —una marca que vale lo que pesa— y los que mandan son hombres; entre todos manejan miles de millones de pesos y mucho poder. Que el «retorno de la militancia» esté fogoneado desde el poder, y que se instale tan fuertemente en él, es un signo fuerte de estos tiempos.

Lo es, también, que la «militancia» actual no suponga cambios significativos en las vidas de los militantes. O, por lo menos, que esos cambios no vayan en el sentido de la austeridad —como forma de asumir ciertas ideas— sino de cierto lujo. Se puede ser militante y cobrar mucho del Estado por esa militancia; se puede ser militante y seguir trabajando en telenovelas o programas de chimentos; se puede ser militante y ganar y gastar mucha plata en pavadas. Se puede ser militante y tomarse un avión —casi— propio para ir a ver un partido de fútbol a Montevideo. Si alguien se pusiera quisquilloso diría que es lógico, coherente, cuando esos militantes se encolumnan detrás de unos jefes que hablan de la redistribución mientras no paran de acumular riquezas. Que la militancia no suponga un compromiso de

vida, una crítica y replanteo de esas formas de vida, es una diferencia decisiva con lo que solía considerarse militancia. No digo —¿no digo?— que sea mejor ni peor; digo que es completamente distinto —y que, quizá, sea un efecto de la falta de elecciones ideológicas que esta militancia supone.

En cualquier caso, estas formas de la «militancia» permiten explicar una frase molesta: basta de currar con los setenta significa también «paren de contarnos que una banda de funcionarios muy bien pagos es lo mismo que la jotapé clandestina y perseguida, peleando por el socialismo» —o, peor, su «equivalente en esta etapa».

Las consignas de La Cámpora —que tiene la delicadeza de no ser agrupación, organización, cofradía, sección, sector, secta, sólo La— aparecen en su página web, proferidas con ese tono de vocales cerradas y consonantes perdidas, afinación ausente, que suele reconocerse como bel canto barra. Sus palabras son, por lo menos, dispersas: «Vayas donde vayas voy a ir,/ vos sos la razón de mi existir./ Te llevamos en el corazón,/ yo soy de Eva Duarte y Juan Perón./ Yo soy así, Perón yo soy,/ de la cabeza siempre voy,/ ya van a ver, vamo' a volver/ es la gloriosa JP», dice una, sin que quede claro a quién le habla —aunque, si la segunda persona a la que se dirige es confusa, más lo es la primera que habla: empieza en singular, sigue en plural, vuelve al singular, vuelve al plural: alguien podría perorar de la dialéctica entre el grupo y el individuo pero sospecho que estaría boludeando. Otra consigna incluye datos sobre sus métodos de conocimiento y análisis de la realidad: «Me lo dijo una gitana,/ me lo dijo con fervor,/ patria o muerte es la consigna,/ para la liberación./ Me lo dijo una gitana,/ yo no le quise creer,/ junto a Néstor y Cristina la gloriosa JP./ Una gitana hermosa tiró las cartas,/ que eran de la doctrina de Juan Perón,/ porque al movimiento se lo defiende,/ poniéndole el pecho y el corazón». Y la otra que citan, con el mismo acento, trata de aclarar los términos del intercambio: «Baila la hinchada baila,/ baila de corazón,/ soy argentino, soy peronista,/ quiero vivir mejor».

Pero ninguna de ellas se compara con el último hit, plaga de futboleros, ésa que cantan en cada entretiempo del campeonato Néstor Kirchner varias docenas de adherentes. De ese monótono réquiem llamado «Nunca menos» pocos más que los muy adheridos recuerdan la letra abolerada, pero el título se ha impuesto, se ha usado en convocatorias varias, ha pegado. Y es curioso: la idea de *nunca menos* se propondría como una superación del *nunca más* pero, fuera de ese contexto estrecho, suena como un grito de guerra resignado: no es vamos por todo, siempre más, hasta la victoria u otras monsergas habituales para decir que su pelea continúa imparable confiada. Es lo

contrario, el grito del aguante: defendamos este poco, agarremo lo que hay, que no haya menos. Es la digna elegía de una organización llamada Frente para la Victoria. Es la épica posibilista en todo su esplendor, la canción que le correspondía.

Que aparece tan clara en el artículo de un muchacho que se llama a sí mismo Tomás, se define como muy kirchnerista y escribe notas en un blog bastante debatido que se llama Artepolítica: «La historia no se repite un carajo. Cada generación va haciendo lo que puede con lo que le toca. A nosotros nos toca esto y, le digo más: que está buenísima la época que nos toca, porque nos va a formar mejor, para ampliar más derechos, para institucionalizarlos, para crear nuevos. Nos toca esto porque nuestro pasado es el 2001, macho. Nuestro pasado es cuando no había instituciones. Perdón, perdón por no querer agarrar los fierros, perdón por nuestra épica posibilista frente a la de tipos como Caparrós que iban a cambiar el mundo. Nosotros queremos institucionalizar el mundo e ir corriendo la frontera de los derechos cada vez un poquito más. Gradualmente. Y que me disculpe el Che Caparrós por semejante aburguesamiento pero, ¿sabe qué, compañero?, en 2001 no ganaron la calle los sectores populares frente a la caída del Estado. Al contrario, compañero: los sectores populares quedaron hechos mierda. Nosotros tenemos ese pasado y queremos construir otro presente y otro futuro: uno con más Estado en los lugares donde todavía no llegó. Ahí tiene razón Martín: tenemos una épica zarpada en posibilismo (…). Queremos ver cómo hacemos posible que haya mejores cárceles, queremos pensar cómo diversificamos las exportaciones, queremos ver cómo hacemos ahora que nos cambió la ecuación energética y usamos más gas que petróleo. Pero, ¡qué burgués, compañero! Disculpe si no me replanteo mi forma de vivir, si no vendo mis pertenencias, si no me hago franciscano y arrojo el celular por la ventana para vivir de verdad, militantemente, como un militante de verdad, sin posesiones, sin propiedad privada como corresponde. Disculpe si en vez de cantar por la revolución que está por venir, "defendemos lo que hay"».

Nada de lo cual quita que hay una cantidad —difícil de evaluar— de jóvenes que no son funcionarios ni ganan muchos miles ni desafinan por la tele que también apoyan al gobierno kirchnerista —y que, sin duda, esa cantidad aumentó tras la muerte del doctor y su transformación en toponimia. Es un fenómeno interesante, también difícil de evaluar: ¿están realmente convencidos de que están cambiando algo importante? ¿Los excita o tranquiliza o moviliza la idea de hacer algo, aunque sea esto? ¿Se resignan a que, para hacer algo, hay que hacer poquito? ¿La falta de proyectos serios puede hacer

que uno como éste los atraiga? Un amigo gruñón me dice que, siendo muchachos que crecieron con el peronismo de los noventa y la Alianza deforme, no es raro que, para ellos, el doctor Kirchner sea el Che Guevara o, incluso, Ernesto Guevara de la Serna. Entonces yo le digo que es un ataque de culo y él me muestra un artículo del director de T*iempo Argentino* que se llama «Desafió los límites de lo posible» —Él, por supuesto— y habla de la ilusión de los que eran jovencitos cuando volvió la democracia y que «toda esa energía maravillosa de vivir la vida en la libertad se nos vino abajo con el Punto Final y la Obediencia Debida. Fue como crecer malamente y de golpe. El mundo no era sólo lo que deseábamos: también era lo que los otros, en este caso, las corporaciones en alianza con los militares, no querían que cambiara. Así se inauguró el posibilismo y aprendimos con dolor que había un límite para todo, entre ellos, nuestros sueños de una sociedad mejor. Los noventa fueron años de resistencia y recogimiento en la derrota: la política pasó a ser mala palabra, el 1 a 1 convirtió a algunos de nosotros en alegres consumidores y el indulto parecía una lápida que aplastaba nuestros reclamos de Memoria, Verdad y Justicia. (…) El estallido de 2001 confirmó nuestros pronósticos. La Argentina neoliberal se convirtió en una pesadilla. Y allí apareció él, con su birome bic, sus ojos desalineados y los mocasines que atrasaban veinte años. Néstor Kirchner, en democracia, corrió los límites de lo posible. Y después de tantas pesadumbres, ahora que somos un poco más viejos, tenemos que admitir y repetir delante de nuestros hijos que sin las esperanzas que perseguimos no somos nada de nada. Y eso, los ochentistas, se lo debemos a él», dice el artículo, y mi amigo me dice que a confesión de partes etcétera etcétera.

Y por fin yo le digo que hay algo que me interesa mucho en ese equívoco, en esa mezcla de rebeldía retórica y política institucional. Se puede pensar que el oficialismo puso a circular todo ese aparato mítico de discursos críticos y referencias a la «militancia» heroicizada para obtener ciertas ventajas políticas. Pero una vez que esas ideas circulan, lo que producen escapa al control de sus difusores y sus funcionarios —y quién sabe qué pasa. Va a ser interesante ver, de aquí a unos años, qué produce la circulación de ese discurso entre esos famosos jóvenes a los que supuestamente ha atraído: qué pasará cuando terminen de descubrir que esas referencias son el barniz contestatario de una política que tiende a mantener lo establecido, que sólo se pelea vocinglero con tres o cuatro enemigos cómodos mientras consolida el poder de los grandes capitalistas argentinos —y piensen que quizá valga la pena tomárselo en serio. O, inversamente, que se desilusionen de ese tipo de discurso. La pregunta está abierta —como suelen estarlo— y se parece a la que surge del cuestionamiento general de la idea de verdad (véase «Relato», pág. 257), felizmente

deshecha por *Clarín* y el gobierno: son diques que se rompen, aguas que pueden traer inundaciones o cosechas, o inundaciones y cosechas, o todo lo contrario.

Otro sector muy visible de la militancia kirchnerista es ese grupo de intelectuales progres metonímicamente llamado Carta Abierta, formado en la Biblioteca Nacional al calor de la reyerta de las retenciones, que se hizo conocer cuando consiguió introducir un vocablo en la lengua local: d*estituyente.* Destituyente es uno de esos argentinismos que no están en el diccionario; suputo que significa, poco más o menos, lo contrario de constituyente o instituyente: que sería eso que en lugar de crear instituciones las ataca o amenaza. Era curioso escuchar a los cultores de la audacia política y la transgresión, a gente leída y escribida y declamada, a personas que siempre buscaron la ruptura con el régimen utilizando a troche y moche una palabra que los colocaba en las antípodas de la transgresión, en la defensa del orden establecido —siempre que sea el mío.

La palabra destituyente se fue destituyendo pronto —fue otra de esas modas efímeras argentas, tipo paddle o parriposho— pero los señores y señoras Carta Abierta todavía aparecen bastante, aunque nunca está muy claro qué dicen porque se manifiestan a través de unos manifiestos que aparecen poco. En aquellos días —octubre de 2008— me tomé el trabajo de leer uno de esos documentos, porque respeto mucho a algunos de ellos, porque me interesó la discusión. Entonces escribí que no había sido fácil:

«No fue fácil leerlos. Muchachos, yo también puedo escribir complicando, pero trato de seguir los consejos del maestro Voltaire: “Si tienes que pelear contra la hidra de la superstición”, le dijo una vez a Casanova, “no puedes darte el lujo de seguir el consejo del gran Horacio cuando decía que había que escribir contentus paucis lectoribus” —y no se lo tradujo, por supuesto, porque los dos sabían que el latinajo quería decir “para satisfacción de unos pocos lectores”. O sea: que cuando un texto pretende intervenir en el debate político debería buscar la comprensión —y por momentos me fue difícil saber exactamente qué decían. Pero hice lo posible, y esto es lo que entendí e intenté sintetizar.

»En los primeros párrafos definen que el gobierno, aparecido tras la crisis de representación política, “no esgrimió doctrinas revolucionarias —ni casi ninguna otra—, pero mostró un rumbo propicio a una renovación de la vida colectiva”, y que “no ahorró audacias en ciertos temas y se mostró rutinariamente conservador en otros”. Después le critican su falta de “elaboración, explicitación y proyección de algo previo” a la estatización de Aerolíneas, el pago al Club de París y la nueva Ley de Jubilaciones, que “hubieran exigido

mostrar esas medidas en conexión a mejores argumentos sobre la economía pública y las deudas sociales internas”, dicen. Y lamentan que, en la cuestión de los trenes, el gobierno no reconociera “las condiciones inaceptables en que viajan millones de personas” en lugar de “incurrir en un lenguaje de imputaciones que recuerdan tramos oscuros de la historia inmediata”.

»Con respecto al conflicto del campo, atacan ustedes a “las nuevas bases sociales de la neoderecha” que se movían “en el goce de sus reflejos desestabilizadores y en el pedido simultáneo de que se pusiera fin a tanta pasión desatada”; después explican que los “activistas agrarios se dejaron barnizar por lenguajes eventuales de izquierda que al sumarse al cobertizo reaccionario hacían abandono de su propia historia”. Pero también que “podrían cuestionar al gobierno la dificultad para anclar ese conflicto en fuerzas sociales efectivamente reconocidas, esto es, no que existiese una comprensible confrontación sino que ésta fuera meramente estridente, vocinglera e imprecisa”.

»Después dicen que en la Argentina “se ha hecho abandono de los modos más rigurosos de análisis político, lo que incluso pudo notarse en los propios descuidos con que se tomaron las medidas gubernamentales”. Y se preocupan por “las encrucijadas imperiosas que deben resolver los movimientos sociales”: los que se sienten “apéndices estatales” y los que se convierten en “desastrados agentes de acciones que favorecen intereses extrínsecos a los de las causas populares” y van, incluso, a bailar por sus sueños.

»Más adelante reivindican la política latinoamericanista del gobierno y sus alianzas con las “repúblicas hermanas”, pero se preocupan por sus próximas medidas: “Los condicionamientos y el cerco al que fue sometido el gobierno luego de las votaciones parlamentarias pueden justificar nuevas prudencias en el tratamiento de diversos temas pendientes, pero eso no debe ser el motivo por el cual se instituyan decisiones políticas y económicas con concesiones a los sectores nacionales e internacionales que operan el sitio precisamente al aspecto más progresista de aquellas decisiones”, o dicho de otro modo: que las últimas derrotas no los lleven a entregar demasiado a los grupos de poder y al capital financiero —que ya andan celebrando. Aunque, dicen, el gobierno sabe “que el terreno por el que transita está rodeado de arenas movedizas y de seductores espejismos que no llevan, necesariamente, hacia políticas populares, políticas que requieren audacias y voluntades no siempre disponibles”.

»Después se explayan, como era de esperar, en el tema derechos humanos, definiendo que “la promoción de actos jurídicos sobre los símbolos más significativos de un pasado de horror” es “el cimiento básico de la época”. Y se alarman porque “algunos llegan a afirmar que el gobierno utiliza la política de derechos humanos como un

recurso a la impostura, pues mientras haría una política por lo menos descuidada en materia de derechos sociales y economía cabalmente distributiva, insiste en hablar sistemáticamente de las condenables violencias y atentados a la vida ocurridos en el pasado". Es cierto, algunos lo afirmamos. Por eso busco su respuesta, y me encuentro con buenos deseos: "Es necesario dejar de heredar el país de la dictadura y hay indicios, en las políticas gubernamentales, de una efectiva búsqueda de modos más equitativos y dignos de la vida social". Tras cinco años de gobierno encuentran indicios. Y siguen: "Como todos sabemos, el gobierno ha tenido trazados convocantes y perdurables en estos terrenos, aunque a veces realizados con muchos balbuceos e ingenuidades".

»Sigo leyendo, claro, pero ya empiezo a delinear mi pregunta para ustedes. Entonces supongo que quizás encuentre una respuesta en su referencia más directa a su propio papel como grupo, que formaría parte de "la izquierda real": "…la izquierda real, aunque no tenga generalmente ese nombre, pues actúa en gran medida con sus claves nacional-populares y sus legados humanísticos y sociales de pie, está en los filamentos realmente existentes del movimiento social democrático, expresado en infinidad de variantes de lenguaje y militancia. Fue a las plazas históricas a defender la democracia y con consignas propias, interpretó que el gobierno, aun moviéndose improvisadamente en la tormenta, encarnaba los trazos fundamentales de una voz popular que a su vez le reclamaba más afinación y claridad en los argumentos. Los hilos a veces tenues pero continuos de las memorias populares van tejiendo, como también lo supieron hacer en otras jornadas del pasado, los ideales emancipatorios, y lo hacen en el interior de dificultades inéditas e, incluso, desprovistos, muchas veces, de señales luminosas que no suelen partir de un gobierno que no ha sabido, no ha podido y tal vez no ha querido profundizar en la creación de una genuina base de sustentación popular". O sea, una vez más: interpretan que el gobierno encarna "los trazos fundamentales de una voz popular" pero no sabe, no puede y tal vez no quiere crear una "base de sustentación popular". Mi pregunta se inflama.

»Sus últimos párrafos son una crítica de la cultura contemporánea y sus debates, y al final dicen sobre ustedes mismos que "su vida política es un conjunto de decisiones simultáneas que surge de las asambleas abiertas, de la integración libre, del sentimiento emancipado del sujeto público", entre otras cosas. Y que si consiguen expresarse como desean, sus palabras tendrán "el efecto, la extrañeza y el valor que pudo tener la celebración de Castelli en las ruinas de Tiahuanacu el primer aniversario del 25 de Mayo de 1810". Eso me sorprendió: según todas las historias que he leído, aquel día Juan José Castelli hizo un elegante discurso revolucionario ante unos indios que

apenas entendían el castellano y lo miraban azorados.

»Pero, más allá de ese detalle —y del tema de la utilización de la memoria—, debo decir que estoy de acuerdo con sus críticas —aceradas, acertadas— al gobierno. Ahí es donde se concreta mi pregunta: lo que no entiendo, entonces, es por qué lo apoyan con algún fervor. No me alcanza que los otros sean peores. He buscado en su documento —de verdad he buscado— las razones, y no las encuentro. Quizá sea mi tontería, mi ingenuidad, mi cortedad de miras. Ojalá les interese contárnoslo. A mí me importa entenderlo.»

Pero no terminé de conseguirlo. Sólo pude pensar, con el tiempo, en el fantasma del entrismo: ese procedimiento (véase «Peronismo», pág. 41) que hace que ciertos militantes —más o menos— de izquierda quieran acercarse al peronismo para «cambiarlo desde adentro». Es otro efecto de la convicción de que sólo los peronistas pueden hacer política en serio en la Argentina. Aunque, en general, estén tan incómodos con su nueva posición, y tengan tantas críticas. Es una forma de la resignación: no está muy bien, no es lo que querríamos, pero es la única posibilidad concreta, así que vamos con esto: otra vez, la épica posibilista. Que quizá termine por ser un modo de bloquear las posibilidades de construcción —lenta, dubitativa, balbuciente— de algo realmente nuevo, diferente.

Es curioso: lo más parecido a una verdadera militancia kirchnerista son esos grupos que no cumplen con el lugar común del mito: que no nacieron de la muerte del Gran Muerto porque existían mucho antes de que el doctor Kirchner pudiera siquiera imaginar su muerte heroica.

Los piquetes —la irrupción de la pobreza en el espacio público argentino— fueron la forma de existir que se inventaron miles de obreros que habían perdido sus trabajos y, con ellos, la posibilidad de la clásica huelga. Aparecieron en 1996 en Cutral-Có y en Tartagal: en los dos casos, sus protagonistas fueron las víctimas de la privatización de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales —que el doctor Kirchner había apoyado y defendido y de la que recibió sus famosos 500 millones. De algún modo, esos piquetes empezaron también contra él. Y la respuesta del peronismo del doctor Menem fue el lanzamiento del primer plan asistencial nacional, el plan Trabajar —que los potenció y los modeló al mismo tiempo. Porque los piquetes tenían un problema estructural: era cierto que eran, como decía una consigna de la CTA, «la nueva fábrica», entendida como el espacio donde situar las reivindicaciones de los pobres. Pero, así como en la fábrica —espacio privado— se le exige al patrón, en el espacio público de la ruta sólo se le puede pedir al Estado: colocarse, con suerte, en una posición de dependencia hacia el Estado.

Cuando el doctor Kirchner llegó al gobierno, los grupos piqueteros se habían convertido en «organizaciones sociales» —el nombre que se dieron a fines de los noventa para no decir que eran políticos— y tenían cierto peso en los suburbios más pobres del país. Se basaban, en buena parte, en el manejo y distribución de esos planes que los gobiernos anteriores habían multiplicado y eran, entonces, una fuerza de movilización relativamente importante.

De la crisis había quedado la certeza de que la represión no alcanzaba para detener las protestas: el doctor Kirchner lo creía —por convicción o por cálculo político— y le pareció mejor tenerlos de su lado: persuadirlos de que sus opciones estaban en el Estado, no contra él. El doctor les ofreció coincidencias políticas y puestos en la estructura del gobierno, les dio o confirmó planes asistenciales para sus integrantes y dineros para cooperativas de trabajo o comedores comunitarios. Casi ninguno lo había apoyado en su campaña —solían definirlo como «la continuidad del régimen»— ni votado en las elecciones, pero varios aceptaron el convite. Los más conocidos fueron el FTV de Luis D'Elía, el Frente Transversal de Edgardo Depetri, el Movimiento Evita de Emilio Pérsico, los Libres del Sur de Humberto Tumini, militantes que llevaban muchos años de pelea en los barrios del Gran Buenos Aires.

Como contrapartida el doctor obtenía la garantía de cierta paz social —que no le harían kilombo— y una base para cuando el gobierno necesitara «sacar gente a la calle». Que le permitía, también, apretar al Partido Justicialista: las organizaciones sociales se convirtieron en una especie de ala izquierda del peronismo del doctor como la Juventud Peronista de los setenta fue un ala izquierda del peronismo del general: un contrapeso que debía permitir que el líder no quedara cautivo de un sector. Por supuesto que, a cambio, los líderes piqueteros pretendían, igual que la JP de entonces, influir en ciertas decisiones del gobierno —con más o menos el mismo éxito.

(El oficialismo tiene una idea del militante de base como séquito: aquel que acompaña, sigue, corea, viva —pero no tiene ninguna intervención en la elaboración de las políticas. Pese a las promesas del doctor Kirchner en su discurso inaugural, el oficialismo nunca dejó de lado su idea personalista y restringida del poder para construir una auténtica fuerza política: nunca trataron de fomentar la participación, organizarse para vencer al tiempo, consultar a los suyos y al resto de los ciudadanos: darles voz y verdaderos votos. No es su idea del poder —ni su idea de la militancia. Se contentaron con apropiarse del botín del Estado y usarlo para mantenerlo, pero no parece que hayan armado nada duradero. El Frente para la Victoria sólo funciona bien desde la victoria, desde el poder: por eso es tan probable que, en cuanto se queden sin él desaparezcan como corriente, como

«proyecto».)

Las semejanzas entre aquel «peronismo revolucionario» y estas «organizaciones sociales» se mezclan con diferencias fuertes: aquél tenía un proyecto político autónomo y sus militantes solían ser el producto de la radicalización de jóvenes de clase media que actuaban por el bien ajeno; éstas están integradas sobre todo por pobres muy pobres que pelean por su propia supervivencia.

Siempre pensé que uno de los peores problemas de aquella militancia fue que una cantidad de muchachos clasemedia habíamos decidido hacernos cargo de los males de obreros y más pobres y llevar adelante las soluciones que suponíamos para eso. Era encomiable pero confuso. Hablábamos por otros, actuábamos por otros: nos arrogábamos la representación de gente que nunca nos la había dado, que —a veces— nos apoyaba un poco, que otras no sabía que existíamos o —incluso— nos repudiaba claramente. Y nos enojábamos con ellos porque no hacían lo que nosotros suponíamos que debían, no entendíamos por qué no se daban cuenta de lo que les convenía.

Siempre me pareció que esa autodesignación de defensores de pobres ausentes —mientras tanto, hasta que se dieran cuenta de que tenían que hacerlo ellos— era uno de los rasgos más discutibles del vanguardismo setentista. O sea: que quisimos imponer a los pobres conductas políticas que ellos no querían adoptar y así nos fue.

Uno de los cambios más fuertes de los últimos años es que ahora los que se manifiestan por los pobres son muy pobres —aunque sus dirigentes siguen siendo, en la mayoría de los casos, muy parecidos a aquellos militantes setentistas. Pobres, conducidos por dirigentes de origen clasemedia: muchos se movilizan porque apoyan las políticas de sus organizaciones, pero muchos también porque esa movilización les consigue planes u otros beneficios. Christian Boyanovsky, en *El Aluvión*, un libro —muy bien documentado— sobre el tema, calcula que la mitad de los integrantes de las organizaciones sociales se mueve por convicción —para «transformar la realidad»— y la otra mitad para conservar sus —magros— beneficios. Aunque, por supuesto, la división no es clara ni tajante. Y aunque se supone que, para los conductores de estos grupos, ese clientelismo es una forma de crear las bases de una organización popular que, eventualmente, pueda funcionar autónoma del Estado cuando el Estado sea copado por otros sectores. Es un cruce curioso: en principio, uno pensaría que el clientelismo, ese elemento central, tan mayoritario en la participación política contemporánea, es lo contrario de la militancia. Uno, como casi siempre, pifiaría.

El c*lientelismo,* otra de las palabras decisivas de estos años

argentinos —una palabra tan romana, tan imperial cesárea—, consiste en asegurarse el apoyo de personas a través de dádivas que los obligan a mantener ese apoyo si quieren mantener esas dádivas. Los gobiernos peronistas lo han practicado tanto en los sectores más pobres de la población que algún mal pensado ha llegado a malpensar que quizá tuvieran entre sus metas mantener la pobreza de esos sectores para mantener su apoyo (véase «Kirchnerismo», pág. 55).

En cualquier caso, el clientelismo es un dato insoslayable de la Argentina actual. Cuando recorrí sus provincias para escribir *El Interior* me encontré con muchas de sus formas. Pero me parece que nadie lo explicó mejor que uno de sus cultores, el tucumano José Orellana.

«Los mellizos Orellana tienen cuarenta y cinco años, nacieron en una casa pobre, no tuvieron mucha escuela, empezaron a trabajar muy chiquitos y se metieron en el peronismo de adolescentes. Hace más de diez años José, el más lanzado, consiguió la intendencia de Famaillá, su pueblo. Desde entonces, José y Enrique se reparten los roles: cuando uno es intendente, el otro es diputado provincial —y viceversa: es un arreglo tan perfecto. José Orellana es un gordo expansivo, charlista, y me contó su versión del clientelismo sin vaselina:

»—Yo soy un convencido de que el mano a mano es la mejor obra. Es lo que te consigue las lealtades. En Famaillá se enferma un tipo y lo primero que hacen es avisarme a mí. ¿Hay que operarlo? Lo llevo, lo hago operar, lo traigo, si hay que conseguir una silla de ruedas la consigo, si hay que hacer una jubilación la hago. Ha muerto alguien y allá estoy yo, con el cajón en la mano, yo soy asqueroso en eso, ya me he acostumbrado, voy al velorio, les mando las bebidas; si hay un casamiento yo les mando la música, los ayudo con esto y con lo otro. A mí me gusta, lo siento, pero siempre estás pensando en el voto: qué querés, hermano, yo vivo de eso, qué te voy a andar contando. Y yo me encargo de que se enteren cuando hago algo, no voy a querer que se quede en el anonimato. ¿Qué voy a hacer, se lo voy a dar al dirigente para que él lo lleve? ¿Y qué va a decir el dirigente, acá le manda José? No, va a decir acá le traigo esto. No, hermano, acá el que regalaba se fundió. Mientras yo tenga tiempo de hacerlo… ¿Qué te creés, que como vidrio yo?

»Me decía José Orellana y se entusiasmaba, se reía, me palmeaba.

»—Yo cuando puedo voy y les hago un buen bañito. El bañito el tipo lo toca todos los días con el culo, lo mea todos los días… Yo lo convencí al gobernador, le dije con los baños no sólo solucionamos el problema de las letrinas, de sanidad; el tipo todos los días está ahí cagando con vos y no se olvida: yo he cumplido con vos, vos vas a cumplir conmigo. Yo evito darles lo que se consume ligero porque eso es pan para hoy y hambre para mañana. Yo trato de resolverles el

asunto. Si un tipo está enfermo en serio yo voy y lo pensiono. Porque hoy hay plata, hermano. Si la Nación está entregando pensiones al por mayor… entonces hay que aprovechar el momento. Les podés dar cosas, solucionar problemas, y eso es lo que te dura. Entonces ellos ven que entre todos los malos hay uno menos malo: soy yo. Pa' ellos yo soy el mejor, ídolo, el mejor. ¡No se van a olvidar de mí, no se van a olvidar! Y el día de las elecciones vos sabés cómo va a estar el votito ahí… Pero aun así yo los voy a buscar, no me quedo tranquilo, les digo muchachos, acá el Josecito renueva, hay que cuidarlo porque es un buen changuito, ustedes saben que yo siempre estoy con ustedes… No es que nosotros seamos mañosos; nosotros somos muy… pragmáticos. Nosotros estamos en función del voto. Por ahí puede haber intendentes que dicen ah no, yo soy independiente. Son tan independientes que se olvidan de que después va a haber una elección, no los vota ni la familia porque hasta ni a la familia la ayudan. Y se presentan pero no ponen el aparato. ¿Y eso cómo es? ¿Vas a tener el aparato y no lo vas a usar?

»Decía José Orellana y se reía con la bocaza, con la cara, con todo el cuerpo tirado para atrás, como quien acaba de escuchar un chiste extraordinario. Yo le pregunté, entonces, qué le gustaba del poder: por qué tantos esfuerzos por tenerlo:

»—Primero te da un status de vida mejor, eso es innegable. Pero a mí lo que más me encanta del poder es haber venido de un hogar humilde y haber llegado. Mirá, la vida es una balanza. Hoy yo ya podría comerme diez facturas pero peso más, estoy gordo, muy gordo, entonces me limito. Y cuando yo era chico las diez facturas las veía por la vidriera nomás, y las deseaba y no tenía. Yo he ganado con la política. Pero yo he vivido y dejado vivir. A mí la política me dio todo: un buen estándar de vida, la preocupación de entender y conocer, de estar imbuido de muchas informaciones; no te voy a decir que soy la lucidez, pero boludo no soy, que ya es bastante en estas cosas.»

En una encuesta reciente, el 18% de los argentinos —el doble que el promedio latinoamericano— decía haber recibido alguna vez una oferta por su voto. El voto es el penúltimo recurso con que cuentan tantos pobres argentinos. Es, en rigor, su ultima mercancía, su último recurso cuando el mercado ya no quiere comprarles su fuerza de trabajo. Entonces les queda vender el voto a cambio de un plan o un inodoro, o sea: ponerlo en el circuito comercial, hacerlo guita: capitalismo de mercado hasta las últimas. La democracia es, también en eso, una gran ayuda. Y el voto, entonces, sí que es útil.

20
Elecciones

sus. fem. sing., argentinismo: contrato social sin resguardos contra el incumplimiento; oportunidad para recibir ciertos favores de gobernantes y candidatos; momento de efímera expresión; engorro.

«El pueblo inglés se cree que es libre: está gravemente equivocado. Sólo es libre mientras dura la elección de los miembros del parlamento: en cuanto esos miembros son elegidos, el pueblo está esclavizado: vuelve a convertirse en nada. En el breve momento de su libertad, el pueblo inglés hace tal uso de su libertad que se merece perderla», escribió Jean-Jacques Rousseau en su C*ontrato Social,* Ginebra, 1743, editado —con cuantiosas censuras— por primera vez en la Argentina por el doctor Mariano Moreno, noviembre de 1810.

Nada es más homogéneo en la sociedad argentina actual que el rechazo de los políticos: lo lograron. Nos convencieron de que el problema era la calidad de los políticos y lo creemos, como suele decirse, a pie juntillas: ¿no es difícil estar a pie juntillas? ¿Y creer? O, más a propósito: ¿por qué insistimos en que el error está en las personas, en lugar de suponer que puede estar en el sistema de delegación basado en esta forma de elecciones? ¿Porque, si lo pensáramos, no sabríamos cómo seguir?

No se trata —no debería tratarse— de las características de cada representante: no se trata —no debería— de que éste sea más honesto que aquél, aquél menos confiable que éste; se trataría, si acaso, de no tener que confiar, de tener formas de intervención que hicieran innecesaria la confianza. Es obvio: nadie firma contratos que no incluyen alguna cláusula de salvaguardia, alguna garantía del estilo «si el vendedor no entrega la mercadería en el plazo de cientopentos días a partir de la fecha de pago deberá indemnizar al comprador con la suma de tropecientos pesos diarios hasta…» Y, sin embargo, todos firmamos cada dos años millones de cheques en blanco a fulanos que ya han demostrado que no van a cumplir lo que prometen.

Todo voto es en blanco como un cheque, y este año vuelve a haber elecciones. Otra vez el desasosiego, la tristeza de la impotencia nacional, la duda entre Guatemala y Guatepeor. Por el momento no hay ideas ni debates ni programas y, para disimular su ausencia, el espectáculo repetido de la politiquería patria actual y sus dos grandes

grupos: los que dicen que hacen lo que no hacen, los que no dicen que hacen lo que hacen; los oradores progres que consolidan la pobreza, los gerentes conservas que hablan de solidaridad. Los que tienen algún poder —posición, plata— lo usan para seguir teniéndolo: el uso más primario y más inútil, el que hace que la política se haya convertido en mala palabra. Y todos tratando —desesperada, inútilmente— de convencernos de que es muy diferente elegir a Ñuqui o a Telésforo: el curro de los enemigos.

Si esto sigue así las próximas elecciones van a ser otro gran paso en el divorcio entre la sociedad argentina y la política; lo cual, visto lo visto, sería lógico y saludable si no fuera porque la política —no esto que hacen nuestros políticos— es la única forma conocida de mejorar en serio nuestras vidas. Ahora, además, con la guinda de estos candidatos de la sangre, el deudo y la deuda. ¿Cómo fue que conseguimos esta chance de pasarnos los próximos cuatro años gobernados por el hijo de un presidente muerto o la viuda de un presidente muerto? La delegación de la delegación se suma a la política de la sangre y avanzan dos pantallas: de la tristeza a la vergüenza. Todo aderezado por esta falsa polarización entre oficialismo y oposición: como si no hubiera sino esas dos opciones. La idea de «la oposición» es una entelequia creada por el gobierno, que tiende a revolver a todos los otros en el mismo barro: son todos iguales, tienen tan poca identidad que lo único que los define es que están contra nosotros. Y los medios lo repiten, y se instala el concepto: existen ellos y nosotros, dos fuerzas en pugna que quieren más o menos lo mismo con detalles.

No sé si alguien quiere hacernos pensar que votar y no votar da lo mismo, de que votar a equis o menos equis da lo mismo, de que todo es un show gratuito y aburrido —no lo creo, porque no son tan maquiavélicos, tan inteligentes— pero, si quisieran, no lo podrían hacer mejor.

Lo bueno y lo malo de las elecciones es que te muestran —suponemos— «el país real»: uno que vota en catarata a todos éstos. Lo sabemos, pero verlo en las planillas impresiona. ¿Qué hacés con eso? ¿Qué hacés cuando ves que tantos otros son tan radicalmente otros? ¿Cuando no te gusta lo que deciden ni un poquito así? ¿Te clavás cuchillos de plástico en la axila derecha? ¿Aceptás que tienen razón porque son muchos? ¿Te hacés el tonto para que no te digan que «no aceptás la realidad»? ¿Averiguás sobre las leyes migratorias en Chechenia? ¿Escuchás seis días seguidos a Coltrane, sangrás por la herida, te dedicás a criar chihuahuas? ¿Te afiliás al PJ?

Las elecciones nos desazonan porque son una puesta en escena cruel, descarnada, de nuestra mediocridad, nuestras incapacidades: si

tenemos estas opciones —si las opciones que tenemos son éstas— la culpa es toda nuestra, somos nosotros los que no supimos conseguir otra cosa, preparar otra cosa, organizar otra cosa, merecernos otra. Aunque quizás —además— este sistema electoral sirva para que las opciones que lo hegemonizan nunca sean opciones.

«Por algo las llaman urnas», dijo hace mucho tiempo el anarquista español Buenaventura Durruti. Y también me acuerdo de otro chiste: es un poco pavo pero por suerte ya lo conté hace quince años —y me impresiona que quince años después pueda contarlo de nuevo, en circunstancias parecidas, tan pocas diferencias; en algún punto usted y yo, mi querido, hemos perdido el tiempo. El chiste consiste en pedirle al otro —a usted— que piense un número del 1 al 10, lo multiplique por 9, sume los dos términos del producto y le reste 5 al resultado. Que calcule a qué letra del alfabeto corresponde ese número —sin contar la che ni la elle, que ya no existen— y que piense, con esa letra, el nombre de un país. Que no lo diga y que busque, con la segunda letra del país, un animal —y que diga cuál fue su resultado: país, animal. Hágalo, si se encuentra cenicero de moto.

—Espere, espere un momentito, no me atosigueis.

—No, tómese todo el tiempo que se le dé la gana. Total, a quién le importa.

Si lo hizo, si se prestó a manipulación tan baladí, le apuesto a que acaba de decir, como todos, Dinamarca Iguana. El truco empieza fácil: la cuenta siempre le va a dar cuatro —fijesé, intente variantes— o sea: D. Después el mecanismo se pone más turrito: funciona porque nadie supone que debería ser especialmente original —cree que los nombres pedidos son funcionales, que sirven para un paso siguiente. Y las otras opciones de países con D —Djibuti, Dominica, Dahomey, Disneylandia — son rebuscadas. Habría que pensar un momento y, sobre todo: habría que creer que pensar vale la pena. Es más fácil aceptar que las opciones son limitadas y simular que uno elige. Entonces dice Dinamarca y después, con la I, le sale Iguana. Y termina mostrando lo fácil que es dejarse manejar y soportar, después, que los electos hagan lo que quieran.

Ese incumplimiento se facilita mucho en la medida en que nadie sabe bien qué vota. Por eso fue que, hace más tiempo todavía, escribí un artículo que todavía me reprochan, por pura ignorancia, algunos blogs guerreros, sobre las formas de calificar el voto: «¿Qué es esta democracia sacrosanta? Si la democracia —esta democracia— es un mecanismo por el cual no te matan por opinar u oponerte, te hambrean y te forrean con dedicación, y una vez cada dos o tres años te dejan votar bajo el bombardeo del marketing y las medidas electoralistas por una opción que puede ser traicionada de inmediato

sin que existan mecanismos inmediatos para oponerse a esa traición, esta democracia me parece algo muy cuestionable», decía entonces.

«Porque se habla de la democracia, como dogma. Y no de las democracias, de sus grados posibles: democracias más o menos representativas, más o menos participativas, más o menos directas. Y está claro que la democracia argentina actual es de aquellas que menos participación permiten a sus ciudadanos. A eso me refiero cuando hablo de recalificar el voto: si votar es sólo ese ejercicio bianual y distraído, manipulado, no me parece suficiente como legitimación, no alcanza. Otra cosa sería si la democracia se ejerciera todos los días, si existieran mecanismos de proposición directa de medidas, de referéndum sobre temas de interés particular, de revocación de los mandatos», decía.

Y proponía un mecanismo huevón para fomentar esa participación. «Uno de los peores males del sufragio contemporáneo son los dirigentes vendidos como jabón-lava-más-blanco, con gran insistencia en sus sonrisas y ningún enfásis en sus ideas —entre otras cosas, porque no las tienen o, en el mejor de los casos, son iguales a las del adversario», decía, para hablar de estos señores que nunca tienen más programa que el del lavarropa. «Lacra son esos votos que compran detergente y no saben lo que votan, que deciden sin decidir, que siguen una corriente, una costumbre familiar, una consigna vagarosa. Entonces, digo, para impedirlo levemente: ¿por qué no incorporar a cada boleta de voto una serie de preguntas, tipo *multiple choice*, que den la pauta del compromiso del votante, que lo califiquen o descalifiquen?»

Un suponer: que, en el momento de votar, cada ciudadano tenga que completar una boleta para computación tipo prode, con —digamos— diez preguntas, tres opciones de respuesta para cada una. Las preguntas versarían sobre las propuestas de cada candidato. El votante marca sus respuestas, y los votos donde no haya un mínimo de ¿cinco? aciertos son inválidos. Esto obligaría a todo el mundo a ciertos cambios: al candidato y a sus partidos a difundir sus propuestas, a dejar bien claro cuál es el contrato que firmamos; a los votantes, si quieren que su voto valga, a enterarse de qué están votando. O sea: a demostrar que cuando uno vota está decidiendo algo más que un concurso de sonrisas.

La idea tiene, está claro, sus problemas: se puede pensar que no todos los ciudadanos tienen la instrucción o el tiempo necesarios para enterarse de lo que cada cual propone —y que esto, en un primer momento, podría suponer alguna discriminación. Es lo que dicen los que dicen defender a los pobres con el argumento de que los pobres no pueden o no quieren o no saben ocuparse de esas cosas, pobrecitos.

Yo no lo creo —y creo que ese argumento es racista clasista un

toque peronista. Y creo que, con este mecanismo, sería de algún modo un orgullo emitir un voto válido, y si hay millones y millones de argentinos que se esfuerzan para saber quién va a ser el cuatro de Boca este domingo, imagino que habría muchos que lo harían para saber qué ofrecen realmente este o aquel candidato —si eso tuviera algún tipo de influencia. Y los partidos y el Estado tendrían todo el interés —si quieren legitimar su existencia— en ofrecer a esos ciudadanos las maneras de hacerlo. Tendrían que hacer, horror, campañas con ideas.

Para complicarles un poco más los trucos, los engaños, votar no debería ser un deber sino un derecho. Las elecciones obligatorias son una muestra clara de desconfianza en nuestra famosa «vocación democrática»: si creyeran que nos importa elegirlos, no nos obligarían. Nos suelen presentar el voto obligatorio como una verdad revelada, universal indiscutible, la base de la justicia democrática. Y sin embargo el mundo rebosa de países mucho más democráticos que soportan que sus ciudadanos decidan si votan —o no votan. En Europa, por ejemplo, sólo Bélgica, Chipre, Grecia, Italia y Luxemburgo obligan. Y en todo el mundo son poco más de treinta.

El sufragio universal obligatorio no es obligatorio. Es una opción que se impuso en la Argentina como reacción a las prohibiciones: durante mucho tiempo sólo pudieron votar los propietarios; cuando por fin se definió que todos podían —salvo las mujeres, por supuesto—, hacerlo obligatorio parecía un modo de asegurar esa conquista. Fue en 1912.

Ya pasaron un par de meses; quizá deberíamos empezar a considerarnos suficientemente maduros como para que no nos obliguen a ejercer nuestros derechos. O, si no lo estamos todavía, se podría pensar que ya es tiempo de intentar otro camino. En cualquier caso, alcanzaría con ver lo mal que le ha ido al sistema político argentino para justificar la idea de cambiarlo. El sufragio obligatorio suele presentarse como la forma de garantizar la participación de todos: como si meterse en un cuarto oscuro y manotear un papel fuera participar. Y se diría que la obligación baja la calidad de esa participación, la reduce a ese gesto menor: como los candidatos saben que todos tienen que votar, sólo deben intentar que los recuerden por un slogan, una sonrisa, una marca conocida.

Aquí, de nuevo, aparecen los que dicen que, si no es universal, los que van a votar menos van a ser los pobres —porque, supongo, suponen que los pobres votan porque los obligan. Sería interesante recurrir a esas encuestas que creemos poco pero seguimos consumiendo —como las promesas electorales, las primicias de los periodistas deportivos, las excusas del cónyuge o pareja o cohabitante

— para sondear qué pasaría si el voto no fuera obligatorio: cuántos irían a votar, qué sectores perderían más votos. Es obvio, para empezar, que si alguien elige ir a votar cuando puede no hacerlo va a pensar más en qué elegir: va a informarse, se va a preparar, le va a dar más vueltas. Un voto valdría más: no sería la resignación de quien acata sino la expresión de un —pequeño— compromiso. Y desaparecerían muchos de esos votos automáticos: no, yo voto y revoto a tales porque mi abuelita siempre los votó; yo lo voto porque me gusta ese aviso de la tele; yo voto a bríos porque me suena el nombre. Imagino que el ¿peronismo? perdería una buena cantidad; quizá también los radicales. Imagino más cosas, y en general me gustan.

En cualquier caso, las elecciones tendrían más valor: no sólo se votaría un político; también se votaría la política —y la política tendría que convencernos de que vale la pena. Cada fulano que fuera a depositar su voto estaría diciendo que le importa: la proporción de votantes sería un índice importante, un sinceramiento sobre nuestra percepción del sistema democrático: un referéndum sobre si nos representa —o no. Y esto, supongo, produciría cambios en la forma de llevar adelante las campañas y la actividad política en general: una cosa es que los partidos tengan que ganar la preferencia light de un fulano que se comió media hora de cola y algo tiene que hacer en ese aula; otra, muy distinta, que tengan que persuadir al fulano de que vale la pena comerse la media hora. Deberían, para eso, entusiasmarlo con la idea de participar un poco más; la herramienta más poderosa del poder en esta democracia —convencer a los ciudadanos de que la política es una mierda y mejor no mezclarse— dejaría de servir.

Mientras se mantenga, el voto obligatorio ayudará a mantener esta ambigüedad extrema con que los argentinos pensamos la política: la mayoría la detesta, la culpa de todos los males, la desprecia, pero no hace nada por cambiarla. Quizá no sepa cómo; quizás al fin y al cabo no le importe tanto. Los políticos siguen aprovechando: el sistema político argentino —la democracia de delegación con representación sucia, los contratos electorales incumplidos, la sospecha constante— se sostiene por la obligación del voto. Gracias a ella, los políticos mantienen cautivo un mercado que, de cualquier otro modo, habrían perdido: si todos están obligados a tomar cocacola, la cocacola puede envasar orines de zorrino y va a seguir vendiendo. Hasta que un día…

Y está, por supuesto, para rematarla, la posibilidad de ejercer el poder ciudadano un poco más a menudo que una pinche vez cada dos años. «El pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución», dice

nuestra Constitución de hace siglo y medio, que una cantidad de señoras y señores, doctoras y doctores volvieron a votar en el ’94.

(Con un cierto matiz de mamarracho. Esa misma Constitución de 1994, la hija bastarda de la aventura extramatrimonial de Carlos y Raúl —la hermanastra de Zulemita Menem y Ricardo Alfonsín—, dice también, entre otras cosas, en su artículo 89, que «para ser elegido presidente o vicepresidente de la Nación, se requiere haber nacido en el territorio argentino, o ser hijo de ciudadano nativo, habiendo nacido en país extranjero; y las demás calidades exigidas para ser elegido senador». Y explica, en su artículo 55, que los «requisitos para ser elegido senador» son «tener la edad de treinta años» —no dice «más de treinta años»; dice «la edad de treinta años», lo cual excluye de la elección de 2011 a todos los ciudadanos que no hayan nacido entre noviembre de 1980 y octubre de 1981. Y, sobre todo, «disfrutar de una renta anual de dos mil pesos fuertes o de una entrada equivalente» —lo cual establece una discriminación económica que no sólo es intolerable sino, además, incalculable. Son los problemas de atenerse a la letra de las leyes —que suelen tener muy mala letra, escritas como están por abogados. Son los problemas de atenerse a cualquier letra.)

Los señoras y señores, doctoras y doctores del ’94 debían estar, algunas tardes, distraídos. Pero no lo estaban cuando mantuvieron el párrafo que dice que «el pueblo no delibera ni gobierna…» Era, pasado siglo y medio, el mismo intento de mantener la delegación absoluta como base de su poder. En 1853 el intento tenía incluso una justificación técnica: en el estado decimonónico de las comunicaciones, se podía argumentar que era necesario delegar en un gobierno lo que un pueblo no podía decidir en tiempo útil. Ahora, con los teléfonos, televisiones, Internet, no hay ninguna razón técnica para no consultar de inmediato las decisiones importantes; las razones son descarnadamente políticas: puro esfuerzo por guardarse el poder.

Pero esa misma Constitución zulemirrica prevé también, como homenaje al aire de los tiempos y a la hipocresía ambiente, la posibilidad de convocar «consultas populares» para que los ciudadanos decidan cuestiones precisas. Por supuesto, la opción nunca se usó: sería la negación de los mecanismos habituales de nuestros políticos, que resisten feroces panza arriba. Queda dicho: el doctor Kirchner anunció, en su discurso inaugural, que lo haría sin parar —pero nunca encontró el momento de empezar, y su señora menos.

Yo creo que, si fueran astutos, concederían ese derecho: sería una forma de remozar la democracia triste, de recuperar cierta confianza popular en sus mecanismos gastaditos. No digo que sería la panacea de nada; digo, sí, que podría mejorar un poco el clima —e incluso un poquito nuestras vidas. Por eso pensé que las próximas elecciones

podrían incluir, por ejemplo, en el mismo sufragio, la consulta popular sobre tres o cuatro propuestas decisivas.

Habría que discutir cuáles serían. Yo no sé pero, para aclarar mi idea, van ejemplos: si queremos o no queremos que el Estado ponga en marcha un plan de verdadera inclusión social que termine de una vez por todas con la vergüenza del hambre en la Argentina —y los detalles de ese plan—; si queremos o no queremos rebajar el IVA y reemplazarlo con impuestos a las transacciones financieras y a la explotación minera y petrolera, para crear un sistema impositivo más igualitario; si queremos o no queremos que los sistemas de salud pública y privada se reorganicen para salvar las enormes diferencias que hacen que no haya enfermedad más mortal que ser pobre. Por ejemplo.

Son sólo algunas posibilidades, materia de debate. Que enumero para aclarar la idea básica: que, junto con la elección de ciertas personas poco fiables, plebiscitemos medidas que esos elegidos no podrían dejar de lado. Este gobierno, con su reconocido talante democrático y su famoso carácter progresista, podría proponer la votación de esas medidas —o las que fueran. O incluso si, por uno de esos malentendidos incomprensibles de la política patria, el gobierno no lo hace, cierta oposición podría intentarlo en la famosa Cámara. Para hacerlo no se necesita ninguna reforma ni complicación: sólo usar la Constitución, conseguir los apoyos y, sobre todo, tener ganas de que la democracia se vuelva levemente democrática.

Entonces la campaña electoral se tornaría interesante porque nos obligaría a discutir seriamente las tres o cuatro políticas concretas importantes que deberíamos decidir, en lugar de hablar de batallas imaginarias, dragones de relato, monopolios y monolitos y monosabios y, sobre todo, la sonrisa limpia y las historias sucias de cuatro o cinco señoras y señores, doctoras y doctores. Y su resultado sería más complejo y más completo: el ganador no recibiría el cheque en blanco acostumbrado porque estaría obligado a llevar adelante esas medidas que habrían sido votadas —plebiscitadas— junto con él. Entonces, quizá, votar tendría algún sentido. Aunque yo sigo creyendo que no debería ser una obligación sino —su nombre lo indica— una elección. Pero ésa es otra historia. A menos que fuera, también, una de las propuestas para votar en el próximo octubre.

Son —sabemos— parches, remiendos para un «sistema de representación» cada vez más alejado de sus «representados». Intentos de sobrevivir, de ganar tiempo mientras pensamos un futuro que merezca la pelea de convertirlo en un presente.

21
Futuro

sust. mas. sing., argentinismo, arcaísmo: eje perdido del pensamiento argentino. **2.** Figura retórica, útil por su indeterminación intrínseca: el futuro, por definición, siempre está más allá.

La pregunta del millón no vale cuatro guitas: ¿cuánto puede seguir un país —un pueblo— haciéndose el boludo? ¿Cuánto puede tardar en volver a pensar que, si se toma en serio, puede conseguir algo de lo que necesita? ¿Cuánto —que es mucho más que una cuestión de tiempo? O, dicho de otro modo: ¿cuánto soportaremos seguir viviendo en modo aguante?

Aguante es una palabra fuerte en la Argentina actual: aguantá, bancatelá, soportá lo que hay, hacé el aguante. Aguante —el significado original de aguante— no es voy a hacer algo para mejorar; aguante es me pasan cosas brutas pero soy bien macho, capaz de soportarlas. Cuanto más brutas, más se ve mi capacidad de soportar: mi aguante. Un ejemplo casi bobo para entender el mecanismo del aguante es la sensación térmica, ese relato que nos hemos conseguido para poder creer que las cosas son un poco peores que lo que son. En cualquier lugar del mundo los meteorólogos informan la temperatura, medida objetivada, y cada cual se siente como puede. Pero nosotros queremos cifras más brutales, que demuestren que sufrimos más: la sensación térmica siempre es más dura que la medición del termómetro, nuestro pequeño drama diario. Nos gusta ver que todo está un poco peor —porque eso nos reafirma en nuestra trinchera del aguante. Aguante es, últimamente, lo que tenemos en lugar de futuro.

No es sólo un fenómeno argentino: el futuro pasó de moda en buena parte del planeta, hace ya más de veinte años. Por lo menos, desde que la plata volteó el muro de Berlín y se desmoronaron los grandes relatos teleológicos: los que suponían que toda realización estaba allá adelante y te explicaban cómo sería. El siglo veinte había vivido de esas ilusiones: las diversas revoluciones modernas se basaban en esa idea judeocristiana de que lo que importa estará en un mañana venturoso que siempre está llegando. No era grave, entonces, sacrificar el presente por ese futuro deseado: el futuro era el tiempo decisivo, donde sucedería lo que importa. Ese modelo —el modelo de la revolución más o menos marxista y leninista— era la forma más

política de la idea de progreso.

Progreso es un sustantivo muy calificativo: se lo podría definir como los cambios que nos gustan —por oposición a retroceso o decadencia, que serían los que no. En los últimos siglos nos acostumbramos a imaginar ese progreso como algo constante: la confianza en que el paso del tiempo mejoraría las condiciones generales de la vida. Una de las bases de la modernidad —esta época confusa que empezó con la Revolución Francesa y que algunos dan por terminada y otros no— es esa idea del futuro como promesa. El futuro siempre sirvió para eso: los hombres nunca pudieron soportar lo insoportable del presente sin una ilusión, un relato posible, eso que ahora llaman utopía para dejarlo fuera de juego. La originalidad de la época moderna fue que la promesa ya no era aquella vida mejor en otro mundo que solían vender las religiones: ya no una salvación mítica incomprobable sino una salvación social concreta, una vida mejor en este mundo cruel, gracias a la política y la técnica.

Ahora, en los países —ricos— que inventaron esa modernidad, el futuro se volvió un subproducto de la tecnología: promesas de la virtualidad, de la hipercomunicación, de los órganos hechos a medida, de la vida fuera de la Tierra, de la multiplicidad de sexos, de la simultaneidad de lo que sólo podía ser sucesivo, de la hegemonía de la sociedad del espectáculo: vaguedades. El futuro es técnico pero indefinido. Ya no aquellos relatos que ahora parecen naïfs de robots domésticos, jetpacks, comidas en píldoras, vidas larguísimas y vacaciones interplanetarias; ahora el futuro técnico es una especie de nebulosa que tiende más a la virtualidad que a una materialidad distinta, nada muy preciso: ni siquiera el futuro técnico tiene un relato definido. Los únicos relatos precisos de futuro son las amenazas.

Una encuesta reciente —del Pew Center, hecha en esos países que hacen estas encuestas— dice que el 80% de los franceses, 70% de italianos y alemanes, 60% de americanos y británicos creen que sus hijos van a vivir peor que ellos. Cualquier recorrido por los discursos más al uso muestra las razones de ese susto: la finitud de los recursos, la violencia, la superpoblación, el cambio climático, la convicción de que somos una mierda, hacen que lo que viene parezca peor que lo que hay.

Estamos en uno de esos momentos necios de la historia en que nadie tiene una buena idea sobre qué esperar del futuro, y entonces nos dedicamos a temerlo. El presente siempre es insatisfacción garantizada; me gustaría saber por qué, entonces, ciertos presentes producen futuros de esperanza y otros, futuros de terrores. Alguien podría pensar que la historia del mundo podría leerse a partir de esa dicotomía: las épocas que buscan su futuro, las que lo miran con espanto.

Supongo, provisoriamente, que nunca hay menos futuro que en los períodos que acaban de desechar uno —que recién tiraron: ahora, por ejemplo, cuando los discursos sobre el futuro venturoso igualitario se han hecho trizas y todavía no aparecen los que deben reemplazarlos. Que aparecerán, más temprano que tarde: el futuro no se encuentra dentro de quince, veinte, cincuenta años; el futuro es una variable del presente, un relato sobre cómo se ve y se pretende ese presente —y la humanidad, en general, no ha sabido vivir sin alguna forma de futuro esplendoroso: el presente es demasiado duro como para soportarlo sin la promesa de otra cosa. Por eso creo que los períodos sin futuro —sin esperanza puesta en el futuro— duran menos que los otros y ahora, en buena parte del mundo, no hay promesa instalada y funcionando. Sí la hay en lugares como la China o la India o incluso Brasil, donde cientos de millones de personas están llegando al mercado y les parece extraordinario. No la hay en los lugares donde nadie llega o donde muchos llegaron hace tiempo y ya vieron que con eso no alcanza —y se desilusionan y se amargan y no consiguen nada que esperar: nosotros, tantos otros.

Pero en los últimos años el futuro hizo una breve reaparición en la Argentina —después de haberse perdido con estrépito. Hace casi una década, al calor de la crisis de 2001, escribí en un libro que se llamaba *Qué País* que «el tema del futuro y su desaparición me parece central. Creo que lo básico que le pasó a la Argentina en estos últimos veinticinco años es que fue renunciando progresivamente a esa idea de sí misma como país de futuro: la idea central con que la Argentina se pensó, se hizo. La Argentina siempre estaba por ser: era la tierra de la gran promesa. Estaba a punto de ser maravillosa y eso nos sostuvo por lo menos durante un siglo, desde 1880 hasta 1976. Eso incluía la idea global del país que todos nos merecíamos y alguna vez íbamos a tener, y la idea individual de “m'hijo el dotor” —el progreso privado como parte de un tejido social en mejora constante.

»El último avatar de esa idea fueron las organizaciones revolucionarias de los setenta que planteaban “hay un futuro mejor posible, hagámoslo”. Con todos los errores que tuvieron, ése era su planteo central: formaban parte de esa continuidad de “la Argentina en marcha hacia su futuro venturoso”. Las cosas no estaban tan mal, pero podían estar muchísimo mejor.

»A partir del golpe militar del '76 ese discurso se cayó —se fue cayendo de a poco, por supuesto, porque una cosa así no se derrumba de golpe—, pero no fue reemplazado por nada equivalente en el imaginario social.

»Creo que la desaparición de esa idea produjo esta especie de anomia social de los últimos quince años. La razón central de esta

desazón, sospecho, es la pérdida de ese eje y su falta de reemplazo. Aunque la cuestión no era tan simple. En realidad, el futuro reapareció por todas partes bajo su forma más insidiosa, más canalla: la del mezquino futuro personal. Siempre que podían, todos los que podían se armaban futuros hechos de bolsas de valores, sueños de beeme, niños rubios y mujeres teñidas. El supuesto hedonismo de los noventa fue la forma más imbécil de futuro, la que aparece cada tanto —cuando todas las otras se derrumban.

»Pero ese futuro era para pocos. Muchos ya no tenían ninguno y lo soportaban. Siempre me sorprendió esa forma de la resignación social: ¿por qué las personas se conforman con la vida que llevan? Al menos las religiones les ofrecían la compensación de una vida después de la vida, pero ahora hay muchos que no se lo creen. Cuando esa creencia empezó a caerse, vinieron las revoluciones: "Lo queremos aquí y ahora". Ahora algunos han vuelto a la religión y sus promesas. Los demás ¿se resignan por miedo a lo que puede pasar o pasarles si lo intentan o por convicción de que lo que hay es lo único posible, el famoso triunfo del pensamiento único? ¿O muchos no consiguen imaginar otra cosa? Siempre me intrigó.

»Y lo peor fue que por esa falta de futuro desapareció el presente. Como decía el otro, "primero vinieron por el futuro pero no me importó, porque yo estaba preocupado por el año siguiente. Después se llevaron el mes de diciembre y no les hice caso, porque estaba ansioso por la semana próxima. Después se robaron el martes, pero me hice el tonto porque yo pensaba en la tarde de hoy. Y al final, después de dejarme sin futuro, se llevaron el presente".

»Aunque ahora la idea de futuro parece haber vuelto de alguna manera a la Argentina, pero no por acción sino por omisión», escribí a principios de 2002. «O sea: ya no porque hay una serie de signos que te dicen que el futuro va a ser mejor o que hay un camino sino porque una catarata de signos te dicen que el presente se esfuma. Entonces lo único que existe eventualmente es el futuro. Sin esas certezas con las que antes podíamos decir "no, va a suceder tal y tal cosa, estoy seguro, la historia lo prueba". Pero volviendo a pensar las cosas en términos de "algo puede pasar". Por esas razones, el futuro ha cambiado de características: antes, durante todo un siglo, el futuro era un lujo. Ahora, creo, es una necesidad.»

El doctor Néstor Carlos Kirchner lo entendió, en esos días, mejor que cualquier otro político con aparato, plata y posibilidades, y volvió a hablar de construir un país, volvió a hablar de ascenso social, volvió a hablar de futuros, y se llevó el gato al agua.

A mí me encantaría mojarme. Nada más excitante que mojarse, formar parte de algo, sentir que uno hace con otros, que las cosas

—«las cosas»— avanzan. No hay estado más feliz que el del creyente, el que imagina que algo está pasando, el que supone que hay algo que merece su compromiso. Tan a menudo me pregunto si no me estaré equivocando sobre este peronismo, si no estaré confundido, si no serán ellos los que tienen razón. Ellos son, en este caso, amigos queridos, respetados, con un discurso flameante, rebosante de futuros, belicoso. Que sea flameante y belicoso me gusta, y agrega a mi perplejidad: si están peleando tanto, ¿no será que tienen por qué? Entonces reviso y reviso, escribo panfletos como éste, no lo encuentro.

Es cierto: en estos diez años el futuro ha vuelto —tímido, módico —, pero es un futuro anterior. Lo que hace las veces de futuro es, en general, un intento de volver atrás. El futuro kirchnerista es, en el mejor de los casos, la recuperación semimítica de un pasado mítico: el del primer gobierno peronista —con su Estado proveedor, su mercado interno, su mejora de salarios y servicios sociales, su movilidad social, su líder fuerte, su control sindical, su populismo nacionalista— aderezado con unos toques de modernidad tipo matrimonio gay y redes sociales. O sea, al fin y al cabo: el emprolijamiento —la normalización— de una sociedad basada en las desigualdades, en ricos cada vez más ricos y pobres estancados. Una sociedad que ni siquiera podrá recuperar realmente lo bueno de aquel peronismo porque mantiene la exclusión: para un argentino de cada tres, el futuro aparece como una repetición interminable de este presente de zozobra, de pobreza, de infelicidad.

El peronismo de los doctores Kirchner se cargó un pasado y un futuro: intentó apropiarse de una historia supuestamente heroica que no fue la suya y convertirla en oropel y justificación de un presente turbio que sí le pertenece; trató de justificar con sus reivindicaciones —tan tardías— de los derecho sumanos de los setenta un gobierno que respetó mucho menos que lo que debería los derechos humanos básicos, urgentes —comer, curarse, educarse, alojarse, vivir— de millones de argentinos del año 2011. Y consiguió que una energía social importante —mucha gente, muchos recursos, algunas ideas— que estaba en la búsqueda ahora se dedique a conservar el capitalismo de mercado, sus injusticias, sus desigualdades, so pretexto de que esto es lo que hay y que peor es nada y más peores son los otros.

El argumento posibilista aparece todo el tiempo y se completa con picante: los que no lo compartimos somos, en el mejor de los casos, ilusos ignorantes y, en general, turros vendidos, traidoretes. El argumento posibilista tiene bases: el peronismo de los doctores Kirchner es, en varios aspectos, mejor que la mayoría de los gobiernos recientes, porque llegó al poder en un momento en que había necesidades impostergables y les dio respuestas coyunturales:

veníamos de quince años de gobiernos que miraban para otro lado cuando alguien se desangraba, y éste por lo menos puso un par de curitas y a veces, incluso, trató de decir que eran cirugía a corazón abierto. Lo cual nos hizo pensar en esas cirugías: devolvió un debate, devaluó ese debate.

Así que en general es cierto que los otros son peores y seguramente es cierto que peor es nada y es demasiado cierto que esto es lo que hay: la épica posibilista es básicamente posibilista pero, para sonar épica, debe insistir en cierto «izquierdismo» por la negativa: a nuestra izquierda no hay nadie, suelen decir, cero, nada. La izquierda c'est moi, aunque yo no sea de izquierda.

No es un planteo fácil. Para sostenerlo, este peronismo cooptó a algunos de los movimientos sociales más reconocidos y los integró a su aparato, con funciones cambiadas: las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo pasaron a ser su mejor firma de relaciones públicas, la legitimadora incuestionable; los piqueteros pasaron a ser su fuerza de calle, los clientes más fieles; ciertos intelectuales respetables —y muchos ranfañosos— pasaron a ser su coro griego, aplausos educados. Yo estoy absolutamente a favor de que ese tipo de movimientos se involucre en política partidaria: son políticos y toman partido, no podrían hacer otra cosa. La pena es que se peguen a un gobierno que no cambia nada, que desdeña las metas que esos movimientos proclamaban. Uno de los mayores logros del peronismo —que los ricos argentinos alguna vez le agradecerán como merece— ha sido deslegitimar y esterilizar a las Madres, los piqueteros y compañía limitada.

Porque, para completarla, mayorías distraídas —fogoneadas por ciertos medios y ciertos grupos muy atentos— aceptan el discurso: sí, claro, es un gobierno medio zurdo, fijate, están las Madres, los piqueteros, mirá lo que dicen. Sí, así es como gobiernan estos tipos, un desastre, patotean, afanan, lo que hace falta es…

O sea: que quién sabe por cuántos años va a ser muy difícil hablar de distribución de la riqueza sin que suene la carcajada al fondo por tanta palabra malversada, hablar de estatización sin que aparezca la sospecha judicial por tanto curro con fondos estatales, hablar de cambio social sin que te tiren por la cabeza con el recuerdo de esta banda de amantes del poder. Creo que este gobierno se cargó un discurso, hipotecó las posibilidades de cambio en la Argentina por un tiempo —¿largo?— y le dejó el camino abierto a la derecha más vulgar. Que fue la llave para la vuelta de los caciques sindicales y los intendentes clientelistas —con él— y de los boquipapas —contra él. Que, con su relato flameante belicoso legitimó a una oposición que no sólo es difusa por inepta: también, porque no tiene nada muy diferente que ofrecer, porque no precisa ofrecer nada muy diferente.

«El nuevo presidente», escribía hace poco uno de los portavoces de la oposición de derecha, Carlos Pagni, en *La Nación*, para describir el papel de un boquipapa triunfante, «se comprometería a devolver a la economía un marco institucional estable dentro del cual combatir la inflación, despejar la incógnita energética, restablecer el equilibrio fiscal, formular una política agropecuaria y disminuir el costo del financiamiento»: muy poca cosa, diferencias escasas, tanta pelea por esas cuatro o cinco boludeces. En los setenta la gran derecha tenía algo que hacer; en los noventa la gran derecha tenía algo que hacer. Ahora les alcanzaría con gestionar con mínimas correcciones lo que se está haciendo —y buscar el moño populista para que los más pobres no se les desmelenen.

Por eso me desespera sospechar que ésta será otra de esas pérdidas de tiempo, de esos clásicos desperdicios de oportunidad que han hecho grande y tonto —tan fracasado— a este país. Ése es el problema. No este gobierno mediocre, sin objetivos claros, sin pertenencia definida, sin una base firme, que va y viene entre los progres y los sindicalistas, entre la realidad y su discurso, perdidito, sino el efecto que puede tener sobre los próximos años. Si esto sigue así este gobierno terminará siendo el que ayudó a que los ricos argentinos capearan la peor crisis de su historia sin grandes privaciones hasta que, ya aburridos de gobernar por interpósita un poco vocinglera, aprovecharon el desgaste del discurso de cambio para quedarse con el paquete entero. Y entonces, a fin de cuentas, en el manual de Ibáñez del futuro, el interregno de los doctores Kirchner terminará siendo un gran cero a la izquierda.

Espero que no. En cualquier caso, este peronismo nos ha hecho perder muchos años enfrascados en discusiones menores, alejados de los debates que podrían valer la pena. Y, mientras, seguimos en esta mediocridad de la democracia de delegación y diferencias brutas, de pobreza y de desesperanza. Que no se nos ocurra nada mejor no quiere decir que la democracia sea buena; que se nos hayan ocurrido cosas peores no quiere decir que la democracia sea buena; que otras no hayan funcionado no quiere decir que la democracia sea buena; que tantos se mueran de hambre al pedo no quiere decir que la democracia sea buena: quiere decir que todavía no encontramos, que hay que seguir buscando. Y que la democracia puede ser buena para eso —o no. Y que seguir buscando nos puede llevar a errores, sin duda, a revolcones, a desastres, pero que quedarse con esto que tenemos —la democracia, oh— es pura cobardía.

De donde, una última definición: la democracia actual es la forma de nuestra pereza, de nuestra rendición. Es la manera de aceptar que otros decidan por nosotros, pretendiendo que nosotros decidimos. Y la

manera de resignarse a no buscar más allá de la pobreza que tenemos.

Parece que nos resignamos —como sociedad, como cultura global — a que esto es lo que hay: ésa sí que es una conducta nueva, el aire de estos tiempos. Necesitamos tótems, religiones, y como —en estos tiempos tristes— no encontramos mejores, nos complacemos en la religión democrática: la democracia como un fin que tenemos que construir, que defender, que festejar.

No nos atrevemos a pensar fuera de este sistema de fracasos y traiciones, y nos quejamos de su funcionamiento —y no de su naturaleza. Como si las lentejas nos cayeran mal y entonces nos empeñáramos en ponerles más sal, menos sal, más o menos pimienta, chorizo colorado o cantimpalo, panceta ahumada o seca —antes de aceptar preguntarnos si el problema no será el plato de lentejas. Lo cual, viviendo en la religión de las lentejas —en el miedo de que cualquier otra comida nos va a caer peor porque una vez comimos un pescado podrido— es muy difícil de aceptar.

Lo dicho: no nos atrevemos a pensar cómo cambiar lo que tenemos porque pensamos desde el miedo a sus alternativas conocidas. Muy distinto sería pensar esta democracia desde esta democracia, analizarla por lo que es y no por lo que no es —una dictadura. O, incluso, no analizarla por lo que es sino por lo que hace, por lo que produce: este país. Es una forma curiosa del esencialismo: cuando hablamos de democracia no hablamos demasiado del país que resultó de este sistema —no hablamos de la injusticia, las diferencias brutas, la pobreza insultante, el desdén de los derechos de la mayoría que resultan de este sistema— sino, con pompa y circunstancia, del sistema en sí: festejamos la democracia por lo que es, no por lo que hizo y está haciendo. Lo decíamos hace un rato:

—Che, qué bueno que tenemos democracia.

—¿Ah, sí, por qué?

—Y, porque tenemos democracia.

Para poder romper con ese esencialismo tendríamos que creer que fuera de la democracia hay más opciones que un despotismo criminal o uno soviético. Pero no conocemos ninguna.

Hace cien años no sabíamos escribir sin una pluma, un tintero y un papel, y ahora estoy tecleando en la computadora —porque hubo gente que pensó que valía la pena imaginar lo que no conocía. Quizá no hay modelos alternativos claros —o, por lo menos, no tienen difusión. Pero lo primero es acordar en el interés de buscarlos, en lugar de resignarse al mal menor.

La democracia, está claro, es menos mala que diversas dictaduras. Sin duda: no te matan por decir o intentar ciertas cosas —pero eso nos sirve más a los que tenemos como mayor riesgo la represión del poder

de tanto en tanto; los que corren el riesgo de no comer todos los días no siempre ganan gran cosa con las libertades democráticas. Las libertades democráticas podrían permitirles cambiar esa situación —o no, según se usen. Pero nada en los principios de la democracia en sí implica que esa situación cambie. De hecho, la democracia es el sistema que maneja un mundo donde una de cada seis personas pasa hambre. Hambre —que significa hambre. Digo: la democracia es el sistema político predominante en un mundo donde la mitad de las personas vive con menos de dos dólares diarios, donde un fulano o fulana de cada cinco es analfabeto o beta, donde uno de cada seis no se alimenta bien, donde cada segundo —cada segundo— alguien se muere de hambre. O sea, una vez más: mientras usted leyó este párrafo, en este mundo dominado por las grandes democracias, se murieron de hambre diez, doce, quince —más o menos, da igual, a quién le importan los detalles. Algo debe andar mal. Y sin embargo han conseguido convencernos de que la democracia es una cima del género humano: la aspiración universal.

En la Argentina, cuando la mayoría no podía hablar, era común escuchar aquella frase. Solían decirla en voz baja, con su carga de furia y reivindicación: sospecho que fue el peronismo el que nos convenció de que «el pueblo nunca se equivoca». Claro, el pueblo los buscaba y los votaba y por eso lo callaban y lo proscribían: el pueblo era peronista y les servía suponer que tenía razón.

La mayoría, entonces, era un ente peligroso que quería votar por esos que ciertos poderosos no querían —o, al menos, quería votar de vez en cuando, decidir un poco. Hasta que la democracia se volvió posible porque ya no amenazaba a nadie: entonces la idea de que la mayoría siempre tiene razón se transformó en un mecanismo y una tautología. En una democracia, las mayorías tienen razón por definición, porque se define a la razón democrática como aquello que piensan las mayorías. Fue el apogeo de aquello de que el pueblo siempre tiene razón.

No fue fácil pasar de ahí a la idea de que «el pueblo a veces se equivoca» —leído como «la mayoría puede equivocarse». Obviamente, entre nosotros, el doctor Menem ayudó mucho: lo votaron mayorías felices, indudables, y el país se empeñó en demostrar —y demostrarles— que habían metido la pata hasta la ingle o caracú.

Fue interesante: nos costó varios años de regresión y hambre y malhumor; nos dio a cambio la posibilidad de pensar algo que antes habría sido impensable. Revisadas unos años después, las elecciones de 1995 demostraron que las mayorías pueden equivocarse; la democracia, a partir del post Menem, ya no es aquel tótem sagrado. Pero las mutaciones son lentas y todavía falta, seguramente, para que

podamos pensar la idea de que el pueblo siempre se equivoca.

Decir siempre siempre es un error, decía el otro, pero me interesa pensar esa idea: la mayoría siempre se equivoca. Es productiva si se piensa con un mínimo de perspectiva histórica: la mayoría es —suele ser— la fuerza de conservación. El pueblo de Roma estaba claramente a favor de la esclavitud, o mejor: nunca en su vida se preguntó si estaba a favor o en contra de la esclavitud porque le parecía tan natural como la lluvia. El mundo estaba hecho así, había hombres libres y hombres esclavos y siempre los había habido y, por descontado, siempre los habría. El pueblo —la mayoría— lo sabía y despreciaba a los tres o cuatro chiflados que decían lo contrario.

Es un ejemplo. Como el pueblo francés en 1750 —un suponer— cuando había unos pocos, escasísimos, que decían que no, que un rey no podía detener o decapitar a cualquier súbdito sólo porque se le cantara el quetejedi, o que un rey no era una emanación de Dios o, incluso, que había que ver qué cornos era eso de Dios. Eran muy pocos y el pueblo —la mayoría— sabía que decían tonterías.

—Oiga, Dupont, ¿ha visto lo que dicen esos infelices?

—No, no me diga que otra vez andan con eso de que un país podría existir sin un rey que lo gobierne. Como si no supieran que siempre hubo reyes, que siempre los va a haber.

O los hombres e incluso la mayoría de las mujeres de nuestro país —y de todo el mundo— a fines del siglo XIX, que suponían que el sufragio universal era universal para todos los hombres, faltaba más, no se vaya a creer —y que las mujeres estaban muy bien criando y cocinando y callándose la boca cuando hay que hablar de cosas serias.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Todo lo que ahora nos parece abominable fue, en algún momento, razón mayoritaria: todo el mundo sabía que el mundo era así porque así debía ser, porque así había sido y sería. Y si fue cambiando —si ya no hay esclavos que se llamen esclavos, si ya no hay reyes que se llamen reyes y puedan hacer todo lo que quieran con sus súbditos— fue porque hubo minorías que no se resignaron a creer que tenían que callarse porque fueran pocos. Que no aceptaron la razón estadística. Que no pensaron que el pueblo nunca se equivoca.

(Es cierto: hay momentos en que las mayorías dejan de conservar y cambian todo. O un poco. Pero suele ser porque hay minorías que pensaron mucho antes lo que ellos hacen entonces. Es antipático, es elitista, es la historia.)

Es un problema: yo no digo que todos los pocos tienen razón —o la tendrán a largo plazo. Pero sí digo —creo que digo— que todos los muchos se equivocan. Que los muchos suelen ser una fuerza de conservación de ciertos errores. Que lo que el pueblo cree absolutamente hoy es lo que dejará de creer mañana o pasado.

Lo cual plantea más problemas. Algunos te dirían con qué derecho vas a decirles nada ahora; amoldate a su tiempo, esperá que la mayoría comparta esas ideas. Es la forma perfecta de que nunca suceda: si alguna vez los muchos cambian sus ideas es porque primero hubo unos pocos que los interrogaron, que cuestionaron esas certezas congeladas.

Pero, claro: hay muchos grupos minoritarios —muchos pocos— que postulan soluciones distintas de las mayoritarias, y es imposible saber a priori cuáles son los pocos que tienen razón, y además los pocos son odiosos —y más cuando pretenden tener razón en algo, y más cuando se recuerda cuántas veces se equivocaron mal. Porque los pocos también se equivocan casi siempre —el error es el estado natural de cualquier pensamiento— y sus fallos suelen ser abominables y además no tienen la justificación de la estadística. Siempre es más fácil refugiarse en el error de los muchos: es abrigado, seguro, tan correcto.

Es lo que llamamos democracia. Pero que ese mecanismo sea el más fácil, el que sabemos cómo usar, no significa que sea bueno. De hecho, sirve para mantener vigente el error de las mayorías: para eso lo usan los que se benefician con esos errores. Habrá que encontrar, alguna vez, la forma de desarmar ese sistema. Mientras tanto, me parece interesante empezar por pensar que el pueblo se equivoca mucho. Es una hipótesis, una base para algún debate y, odiosa como suena, puede ser fructífera.

Aunque convoque la pregunta obvia: ¿qué hacer con esa convicción molesta en un momento en que todos los fieles de la religión democratista creen lo contrario? ¿Callársela y aceptar el dictamen de las mayorías?

La imposibilidad —la incapacidad— de pensar el futuro como algo distinto del presente es una marca fuerte de esta época. Es, faltaba más, una forma perfectamente ahistórica de pensar la historia: el triunfo solapado de esa idea, tan burlada, tan exitosa, del fin de la historia. Por supuesto, ya nadie dice, como Fukuyama hace treinta años, que todo va a seguir exactamente igual porque hemos llegado al punto culminante de nuestra evolución. Pero la mayoría supone que no hay otra manera de vivir que no sea el capitalismo, la desigualdad, la explotación —más o menos moderadas para hacerlas vendibles. Aunque cualquier ojeada a la historia del mundo muestre, para empezar, que ninguna forma de organización social duró para siempre: que lo que llamamos historia es el relato de los cambios de sociedad a lo largo de los siglos.

Pero no hay nada más conservador que la falta de imaginación. Es cierto que es difícil imaginar cómo podría cambiar un mundo que

parece tan sólidamente instalado en la basura: grandes gobiernos, grandes mafias, grandes religiones, grandes marginados, grandes ejércitos. No me extraña que gente muy honesta se desaliente —y apoye, por ejemplo, el futuro anterior. Pero una cosa es no saber qué hacer para cambiarlo, y otra ayudar a que siga todo igual.

Nada más triste que esa resignación. Yo no quiero creer que este sistema es lo mejor que sabremos hacer, que no sabemos ser más que esta tristeza. Yo prefiero creer que no es así. Yo querría que no hubiera desigualdades entre las personas, que no hubiera ricos y pobres, que no hubiera poder sino decisiones compartidas, que no hubiera patrias sino comunidades, que no hubiera religiones sino debates, y tantas otras cosas —pero no sé cómo se hace. Sí supongo que ya sería momento de atreverse a pensar de verdad si queremos tener algo mejor que esta democracia de delegación y decepción constante: si ya se nos pasó el miedo, si aceptamos que —visto que nos va para el orto— vale la pena arriesgarse a pensar que se puede pensar por fuera de esta religión de creyentes descontentos.

A pensar que, aunque más no fuera por ambición estética, por orgullo, miles de millones de boludos deberíamos ser capaces de inventar algo más que este mundo tan pobre, tan berreta. Vivimos una época de mierda y muchos lo soportan con cierta facilidad. A menudo me pregunto cómo lo hacen.

¿Cuándo fue que aceptamos que esto es todo, que no podemos querer más, que la fealdad de tantas injusticias no nos molesta tanto, que sabemos convivir con la miseria de millones, que el mundo es lo que es y basta de pavadas? ¿Cómo fue que aprendimos a decirnos que claro, que algunas cuestiones no están bien, que deberían ser de otra manera pero al final las cosas son así y qué le vamos a hacer, no hay forma de cambiarlas: que así es el mundo, así va a ser?

La más fácil, por supuesto, consiste en mirar para otro lado y dedicarse a uno mismo, sus parientes, sus cosas: es lo que hacen millones y millones, la mayoría de los que pueden. Personas que se alejan de la política como si la política fuera un terreno para especialistas —políticos, periodistas, académicos, economistas— y suponen que no tiene mucho que ver con ellos, con sus vidas. Personas que se refugian en lo privado porque lo público es decepción o es amenaza, y se convencen de que lo público no les interesa —en el sentido en que un cuchillo interesa un tejido—, que les da igual, que no va con ellos, sin pensar que esas decisiones les definen la vida. Entonces se cierra el círculo vicioso: a medida que los ciudadanos se retiran de la política, la política sirve menos como instrumento de cambio —porque la condición para que lo sea es ese interés y participación— y se consolida como pura gerencia, provecho y peleíta.

Lo cual produce a su vez que esas personas se alejen más y más.

Aunque siguen pensando que tal y cual es un problema, y se reconfortan en ese pensamiento: yo soy uno de esos que creemos que los chicos deberían comer tres veces al día, soy buena gente, tengo mi conciencia: mi moral. La moral reconforta, tranquiliza. El pensamiento moral es la mejor excusa para hacerse el boludo.

A mí me gustaría que me saliera el truco, y me repugnaría que me saliera el truco. Sé que viviría más cómodo si pudiera olvidar la vergüenza de vivir en un mundo como éste, pero no lo consigo —y a menudo no quiero conseguirlo. Cuando era más chico muchos lo soportábamos porque creíamos que estábamos a punto de cambiarlo; ahora no tenemos siquiera ese recurso. Lo que nos queda es pura humillación: aguante.

Insisto: no creo que dure mucho, porque no sabemos vivir sin una idea de futuro. Y creo que deberíamos ser capaces de inventar algo mejor. Lo creo, aunque más no sea, por una idea barata del progreso: en el largo recorrido, está claro que las sociedades han ido mejorando mucho desde Asiria hasta ahora —son más libres, más vivibles, más ricas en todo sentido— y, mal que les pese a los ecololós y otros apocalípticos, no veo buenas razones para que justo ahora dejen de hacerlo. Pero el proceso es largo y trabajoso y, sobre todo, incierto.

No estoy tratando de proponer ningún otro modelo —porque no lo tengo. No tengo una buena respuesta, pero tengo una buena pregunta —y me niego al chantaje que supone que uno sólo tiene que preguntarse aquello que puede responder. Eso es lo que hacen los curas, los políticos berretas, las maestras ciruela.

Ya no hay marchas ineluctables de la historia ni verdades científicas que garanticen que algo va a suceder. Queda, si acaso, la posibilidad de pensar qué es lo que uno quiere y buscar formas de buscarlo. Suena fácil, y es complicadísimo. Por eso la solución más habitual consiste en tratar de mejorar un poco lo que hay. No digo que haya que dejar de hacerlo; digo que me parece un error si el precio de hacerlo es dejar de buscar: si las mejoras posibilistas anulan la voluntad de búsqueda porque se presentan como lo único posible: lo que hay.

Cuando lo que podría haber —lo que me gustaría que hubiera— es el coraje de buscar. Son, por supuesto, búsquedas a largo plazo, sin garantía de resultados: sin ciencia ni religión ni grandes jefes que vengan a asegurarte nada. Buscar con la única certeza de que uno se puede equivocar jodido, que puede perder años, esfuerzos, todo, porque sólo sabe que quiere ciertas cosas que nada ni nadie le garantiza conseguir. Y que se pasará años y años de tanteos, de errores, de hallazgos parciales. Se trata, supongo, de aceptar que lo más probable es que siempre podemos —¿nosotros? ¿qué nosotros?—

equivocarnos, incluso a la hora de pensar quiénes somos nosotros. Sólo queda, creo, instalarse en la duda, en la desesperanza esperanzada: en la convicción de que siempre todo cambia aunque ahora no sepamos cómo.

Sé que lo que estoy diciendo es vago y es decepcionante. Pero, al final, toda la cuestión es de una simpleza casi obscena: ¿cuál es la forma política que podrá acunar, proyectar, consolidar una distribución justa de los bienes y poderes? ¿Cuál la que dará la posibilidad de vidas que se puedan vivir sin la amargura de saber que deberían haber sido tanto mejores, tan distintas? La democracia de delegación que tenemos ahora no lo ha hecho. ¿Puede? ¿Sabe? ¿Le importa?

Todo consiste en encontrar esa forma política. Durante muchos años pensamos que el pensamiento único nos cerraba la posibilidad de ese debate. Después, la caída estrepitosa del modelo neoliberal abrió de par en par esas compuertas, y ahora nuestro gobierno nacional y popular —igual que sus colegas latinoamericanos— intenta cerrarlas con el argumento de que ya encontró las respuestas. Pero no ofrece realidades, sólo ciertos discursos que la realidad se empeña en desmentir, formas pobres del pensamiento mágico.

Y mientras tanto, en distintos lugares, en muy variadas situaciones, cantidad de personas imaginan o viven o buscan o descubren formas nuevas de pensar el futuro, de ilusionarse con los cambios posibles —o aparentemente imposibles todavía: crean los modos de reinventar el mundo, los futuros futuros.

Los que merezcan que peleemos por la posibilidad de hacerlos presente. Por ahora, la pelea es descubrirlos, y en eso estamos, creo, espero.

Vale la pena.

Buenos Aires, 29 de mayo de 2011

Gracias

Es lo que quiero darles (o hacerles)

a Margarita García Robayo, porque quiero y la quiero;

a Lucía Álvarez, por el entusiasmo con el que colaboró en el proyecto;

a Martha Rosenberg, Blas de Santos, Lila de Santos, Juan Caparrós, por las charlas de sobremesa;

a Paula Pérez Alonso, Dani Yako, Christian Ferrer, por sus lecturas;

a Pino Solanas, Jorge Lanata, Tomás Abraham, Bernardo Kosacoff, Ernesto Tenembaum, Martín Sivak, Martín Lousteau, por las conversaciones, las ideas;

a Tomás Raffo, Claudio Lozano y el resto de la gente del Instituto de Estudios y Formación de la CTA, por la colaboración y las informaciones;

a Ignacio Iraola, porque realmente quería publicar este libro;

al doctor Carlos Saúl Menem, entonces presidente, por la frase que le tomé prestada para abrir estas páginas: «No nos importan las críticas, no nos importan los agravios, no nos importan las calumnias, porque ¿quiénes son los que agravian, los que difaman, los que calumnian?» La dijo en una tribuna de Quilmes en 1993; lo flanqueaban el entonces gobernador Eduardo Duhalde y el entonces intendente Aníbal Fernández, que lo aplaudían a rabiar.

Y a todos esos argentinos que votaron al doctor Menem en 1995 y piensan votar a la doctora Fernández en 2011: si no fuera por ellos, libros como éste no tendrían sentido.

Espejo de la Argentina Planeta

España
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel.: (34) 93 492 80 00
Fax: (34) 93 492 85 65
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Paseo Recoletos, 4, 3.ª planta
28001 Madrid (España)
Tel.: (34) 91 423 03 00
Fax: (34) 91 423 03 25
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina
Av. Independencia, 1682
1100 C.A.B.A.
Argentina
Tel.: (5411) 4124 91 00
Fax: (5411) 4124 91 90
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil
Av. Francisco Matarazzo,
1500, 3.º andar, Conj. 32
Edificio New York
05001-100 São Paulo (Brasil)
Tel.: (5511) 3087 88 88
Fax: (5511) 3087 88 90
Mail: ventas@editoraplaneta.com.br
www.editoraplaneta.com.br

Chile
Av. 11 de septiembre, 2353, piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)
Tel.: Gerencia (562) 652 29 43
Fax: (562) 652 29 12

www.planeta.cl

Colombia
Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Bogotá, D.C. (Colombia)
Tel.: (571) 607 99 97
Fax: (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador
Whymper, N27166,
y Francisco de Orellana
Quito (Ecuador)
Tel.: (5932) 290 89 99
Fax: (5932) 250 72 34
Mail: planeta@acces.net.ec

México
Masarik 111, piso 2.º
Colonia Chapultepec Morales
Delegación Miguel Hidalgo 11560
México, D.F. (México)
Tel.: (52) 55 3000 62 00
Fax: (52) 55 5002 91 54
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

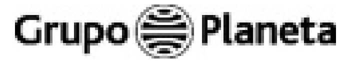
Perú
Av. Santa Cruz, 244
San Isidro, Lima (Perú)
Tel.: (511) 440 98 98
Fax: (511) 422 46 50
Mail: rrosales@eplaneta.com.pe

Portugal
Planeta Manuscrito
Rua do Loreto, 16-1.º Frte.
1200-242 Lisboa (Portugal)
Tel.: (351) 21 370 43061
Fax: (351) 21 370 43061

Uruguay

Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel.: (5982) 901 40 26
Fax: (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela
Final Av. Libertador con calle Alameda,
Edificio Exa, piso 3.º, of. 301
El Rosal Chacao, Caracas (Venezuela)
Tel.: (58212) 952 35 33
Fax: (58212) 953 05 29
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve



Espejo de la Argentina es un sello editorial del Grupo Planeta
www.editorialplaneta.com.ar